PC4483
.C37
1914

CONSEJERO EPISTOLAR FEMENINO:
SEGUNDO DE ALGUNOS ARTICULOS
LITERARIOS, MORALES

PC4483
C37
1914
c.1. main
RC
4/9/86

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PC4483
.C37
1914

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/consejeroepistor00cast

a 00003 396444

CONSEJERO EPISTOLAR FEMENINO

SEGUIDO DE

ALGUNOS ARTÍCULOS LITERARIOS, MORALES

Y PEDAGÓGICOS

POR

PILAR L. DE CASTELLANOS

ES PROPIEDAD DE LA AUTORA

1914

GUATEMALA

TIPOGRAFIA SANCHEZ & DE GUISE

8a Avenida Sur número 24.

R C C

CONSEJERO EPISTOLAR FEMENINO

PC4483
.C37
1914

SEGUIDO DE

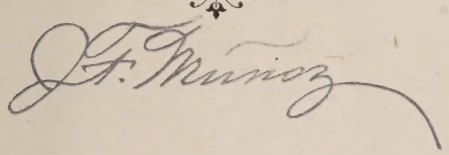
ALGUNOS ARTÍCULOS LITERARIOS, MORALES

Y PEDAGÓGICOS

POR

PILAR L. DE CASTELLANOS

ES PROPIEDAD DE LA AUTORA

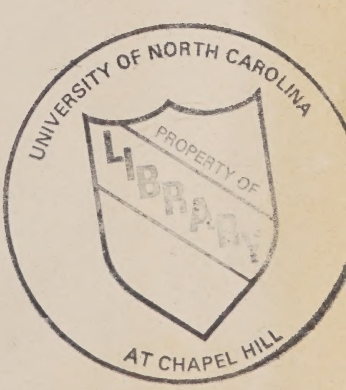


1914

GUATEMALA

TIPOGRAFIA SANCHEZ & DE GUISE

8ª Avenida Sur número 24.



A MIS LECTORAS

Al dar á la prensa estos tipos de cartas familiares ó sean indicadores para correspondencia, que en muchas ocasiones por poca costumbre ó por timidez y modestia propias de la mujer, se acude á extraños, no he creído ni podría lisonjearme de que sean acabadas piezas de redacción. Tampoco juzgo inhábil á la mujer, de cualquier categoría que sea, para que pueda por sí sola, valerse de su pluma, en todo caso ó necesidad. Lejos de mí, envejecida en la labor del magisterio, he observado con minuciosa paciencia, de cuánta facilidad intelectual está dotada la mujer centro-americana, y no se crea que hoy es más afortunada que ayer. No; seríamos injustos, nuestra mujer es inteligente por naturaleza y de imaginación ardiente, de expresivo lenguaje y de tierna poesía. Le ha faltado en muchas ocasiones, dirección y cultivo esmerado; y en otras, las prematuras ilusiones de nuestra ardiente zona, la han apartado desde niña, de toda escuela, adelantando los trabajos del hogar y de la maternidad, y las tranquilas tareas del aprendizaje se han pospuesto por las que le atraen y cautivan.

Por mi vocación al magisterio también, he servido gustosa á centenares de jóvenes que solicitan mis consejos epistolares, ya por dirigirse á personas superiores, ya porque créen de alguna facilidad mi estilo. De esto no podré ser juez. Me he atrevido á hacerlo, después de muchos años de haber recibido inmerecida acogida, mis producciones, que aunque sencillas, llevan talvez el sello propio de la mujer guatemalteca.

No doy á personas del otro sexo, estas páginas, para su corrección, que: aunque bien lo necesitan, dejarían de ser por lo mismo, propias de nuestro pensar y sentir, y vayan á la dama distinguida, ó á la humilde obrera, con todo el deseo de mi alma, de serles útiles, ya como consulta ya como sencilla recreación.

En Europa, en la América del Norte y en Sud-América, deberán tener estos manuales, pero variando el clima, el idioma y las costumbres, natural es que cambien también las frases de sus comunicaciones. "El estilo es el hombre," ha dicho alguno, pues, nuestras costumbres deben tener su característico modo de expresarse en lenguaje epistolar.

Voy á dar cartas de las que más observo se necesitan, una vez, que, para comunicaciones de otra índole, pocas veces tenemos necesidad de dirigirlas. No se me censure del fondo moral que á todas he querido darles pues, sabido es, que todo el que escribe para el público, debe aspirar á difundir moralidad.

PRIMERA PARTE

Carta 1.ª de una joven á su madre.

Señora Doña Ursula del Río,

Santa Clara.

Madre mía:

Desde que me separó la mano de la necesidad del materno hogar, en donde pasaron tan felices los años de mi niñez, para adquirir más conocimientos de los que se pueden obtener en reducidos círculos, no he podido olvidar á Ud. ¿Y cómo podía olvidar el sol su misión, el agua su tendencia, el aire su acción, si están en su propia naturaleza? Así mi corazón, así mi alma, que vive del alma de Ud. que dedica sus tres facultades, á la digna labor de comprender su amor y sus beneficios, recuerda á toda hora sus desvelos y ternura y agradece cuanto cabe en mi ser, unos y otra.

Poco tiempo ha que no la contemplo con los ojos corporales, pero más la veo con los del cariño y del deseo.

¡Cuánto se acrisola el afecto con la ausencia! ¡Cuán largas son las horas, en el cielo distante, del cielo donde dejamos al más noble objeto de nuestro amor! ¡La Madre! ¡Oh la Madre! Ella que es el faro que alumbra los primeros pasos de la vacilante edad; ella que se trasmite á los hijos, con toda la plenitud de sus fuerzas; ella que solo es feliz si cree que lo son, los trozos de su alma, los pedazos de su existencia! ¡Quizá hasta hoy comprendo debidamente, cuánto es el valor de Ud. y cuántò le debo! Dormían quizá en mí, estos sentimientos, ó no había tiempo para meditar en mi grandísima deuda hacia Ud.; pero hoy, la distancia, los hermosos cuadros de filial ternura que á nuestra vista nos descubren las juiciosas maestras, y las dignas lec-

ciones de sus autorizados labios, parece que nos despiertan ó nos animan á reconocer tantos beneficios que debemos á la madre! Si tarde es para reconocerlo, no es tarde para agradecerlo.

Sea pues, adorada madre mía, esta primera carta que le dirijo, el aroma de mi ternura, el eco fiel de mi ardiente gratitud, tanto por el amor que me profesa, como por la valiosa prueba que recibo de Ud. al depositarme en un Centro de cultura, si en lo material tan ventajoso, en lo moral imponderable.....

No le había escrito antes, porque quería hacerlo con toda la efusión de mi alma y también con más conocimiento de mis necesidades actuales, para ponerla al corriente de todo, y para ésto vaya la segunda parte de mi larga comunicación.

Como Ud. dió ámplias facultades para que se me proporcionara lo necesario tanto á mi maestra, como á mi encargada en esta ciudad, he abusado talvez, en pedir cuantos libros creo indispensables; quiero aprovechar en poco tiempo si me es posible, cuanto se me enseña, con el solo fin de ser pronto útil á Ud., para que sus esfuerzos y sacrificios, no sean ni más largos ni infructuosos.

No saludo á cada uno de mis hermanitos, porque tendrán carta mía indudablemente; quiero darles consejos que hoy recibo yo; quiero que amen á Ud. y la sirvan cuanto Ud. merece y ellos tienen obligación. Si Ud. tiene lugar, aunque sea en cortos instantes de descanso, le ruego me hable de todo; de todo cuanto pasa en mi bendito hogar. Todo me es gratísimo saberlo hasta en pequeños detalles. Háble me de las labores del campo, de mis ovejas, de mi fiel "Misrael," perro á quien no puedo olvidar, de mi jardín y de cuanto Ud. sabe que merece mis simpatías.

Solo pido al cielo cotidianamente que Ud. viva muchos años y con tan envidiable salud como hasta hoy.

Cada letra de ésta, reitere á Ud. mis sentimientos.

Su hija,

Elvira.

Capital, Mayo 11 de 19...

Observacion.—No se crea demasiado larga una carta, tratándose de seres de nuestro cariño, que por otra parte ha tiempo dejamos, y á quienes siempre les es satisfactorio ver expansión en nuestras comunicaciones. Dejemos el laconismo para cartas comerciales, ó de petición á elevados personajes, quienes por sus muchas ocupaciones no deben contar con sobrado tiempo para largas y molestas epístolas.

Santa Clara, Junio 3 de 19...

Señorita Elvira del Río,

Capital.

Adorada hija:

¡Con qué palabras podría yo manifestar el profundo como gratísimo sentimiento que la lectura de tu carta hizo brotar en lo más íntimo del alma!

Siempre te has distinguido por lo amorosa, por lo fina con tu madre; pero tus frases juiciosas como elevadas me han hecho el efecto más benéfico que puedes imaginar. No somos las madres guiadas por el interés; no queremos ni esperamos gratitud. Es uno de los beneficios del Criador, el que no conozcamos el egoísmo, tratándose de los hijos. Estamos pagadas y con creces si éstos se sienten dichosos; más, nos premia de manera indecible, el saber que se comprenden nuestros sacrificios, que se estiman nuestros desvelos, que se juzgan tal como se prodigan nuestras amonestaciones, y que se levanta en el fondo del alma el pedestal de la primera entre las virtudes sociales: la gratitud!

Quedo pues, á mi vez agradecida á tus afectuosos conceptos, y quiera el Dador de todo bien, que tú disfrutes de salud; que tus maestras vean en tí, discípula ejemplar, y que tus afanes escolares, no disminuyan jamás el fondo de virtud que debe ser preferible á toda otra cosa.

A mi vez te repito mis consejos: mucha prudencia, silencio y obediencia á todos; fraternal afecto á las otras jóvenes y ninguna familiaridad que pase á ser peligrosa con las demás. Afecto general: particular ninguno. Si lo observas así, tendrás la llave de la verdadera tranquilidad, de un bienestar duradero y de la estimación de cuantos te rodeen. ¡Cuánto gozaré en mi vejez, si vienes tú á ser mi consuelo y mi alegría!

Sabe que tendrás situados fondos en esa, para todo lo útil, no para lo innecesario. Quiero acostumbrarte á la prudente economía. Los trajes usados, refuérzalos, hazlos siempre servibles y no te deslumbre el lujo que algunas gasten; no es sabia la mujer lujosa, más bien es necia, y no será su riqueza duradera.

Tus hermanos lloraron de emoción con tus preciosas máximas; digo preciosas por el valor moral que encierran. Bendígate Dios, como te bendice tu madre.

Ursula.

Carta á un hermano extraviado.

Habana, Octubre 7 de 19...

Señor Don Daniel de Bellaencina,

Buenos Aires.

Carísimo hermano:

Un año habrá muy en breve que por última vez te estreché á mi corazón, al separarnos de la amada patria, y aunque tú no me escribes, no debo pagarte con igual moneda. Sé cuál es el obstáculo á tus expansiones fraternales. Temes mis reprensiones, y dudas quizá del móvil de éstas. Siempre los jóvenes creen (y mal creen así) que nuestras justas amonestaciones ó consejos son dictados por poco afecto.

Dos años mayor que tú soy yo, y creo mi deber, llamarte al sendero del honor y de la felicidad. Si lees mis conceptos con sangre fría, con imparcialidad y con justicia, será otra la apreciación que te merezcan mis frases.

Nuestro padre sufre mucho por tí! Por tí abandonó patria é intereses y se desterró voluntariamente á esta apartada región, que: aunque tan bella, tan generosa como rica, no es la tierra natal; su cielo es tan límpido como el cielo de Guatemala, sus campos fértiles como toda zona tropical, sus costumbres, lenguaje y franca hospitalidad nos hacen vernos como en propio suelo, pero ni la familia es nuestra, ni la intimidad del hogar es aquella que allá dejamos, ni las amistades antiguas como sinceras pueden olvidarse por otras, aunque tan buenas, como aquellas.

¡Quién puede olvidar el terruño, aquel que contemplamos en los primeros albores de la existencia!

Esto mismo, no lo dudo, extrañarás tú también, este mismo lenguaje sería el tuyo, si apartando falso temor, nos abrieras el corazón, y dijeras: "¡Padre, perdón." Esto solo bastaría para resurgir el afecto adormecido de tu anciano padre, para llamarte de nuevo al seno de su hogar! Creíste quizá que recorrer el mundo sin timón ni guía, era simple hecho de fácil ejecución, y casi lo veo, te has arrepentido más de mil veces.

¿Crees ahora que no enviarte auxilios pecuniarios es injusticia; que no secundar tus extravíos es falta de amor paternal? Mucho te equivocas. Tus deslices primeros y tu ausencia del hogar sin previo consentimiento dan á conocer que te creíste libre de toda tutela y poderoso para valerte por tí mismo. ¿Te equivocaste? Sí. Personas extrañas acuden al recto padre, pidiendo favor para el hijo olvidadizo ó lijero. Más no es ese el órgano de petición. Gracias, sí, á esos generosos corazones, que por tí se muestran interesados; pero no revela esto de parte tuya arrepentimiento, ni afecto, ni humilde conocimiento de tu conducta incorrecta.

No creas tampoco que nuestro buen padre dice una sola palabra en contra tuya. No; en su dolor profundo solo se concentra en él, y mis ojos amantes ven á través de sus pupilas su dolor y su tristeza. Alguna vez, que tú en su lugar, siendo padre, tengas su criterio y su ternura, sabrás estimar ese silencio y ese latente sufrimiento.

Nuestros intereses no podían aumentar aquí, siendo como somos extranjeros. Si hemos comprado inmuebles no son como los que allá poseíamos y nuestros gastos han sido aumentados. A esto se debe que yo sin consultar á nuestro padre y como ahorros propios míos, (que muchos he hecho con este objeto) solo te gire $ 200 *doscientos pesos oro.* Si con ellos puedes acercarte á estas playas me consideraré feliz; pero antes de toda determinación, medita. ¿Piensas ó has pensado ser otro del que fuiste ayer? ¿Te someterás al régimen paternal? Si así lo resuelves, yo seré tu intermediaria; yo seré responsable de reprimendas ó de enojos, al menos aparentes. Yo quien haga las veces de la santa mujer que en mala hora perdimos en nuestra primera juventud. Yo seré pues madre, y..... vuela, ven á los brazos de la que te llama haciendo las veces de aquella bendita mujer.

Dirije tu carta á la Calle de Carrera, número 197.

Mientras te abrazo, recibe mi afectuoso saludo.—Adiós.

EUGENIA.

ADVERTENCIA.—Toda carta, en que el afecto, nos hace querer atraernos á personas heridas por el infortunio, no debe llevar recuerdos de faltas que se quieran echar al olvido. Aunque en conjunto se debe amonestar, y aun afear lo malo del proceder.

Tengo conocimiento de magníficos resultados que tales cartas han obtenido.

Carta de una señorita huérfana á su pretendiente.

Señor:

No sé si me aparto del deber, al contestar á Ud. sus repetidas cartas, que en obsequio á la verdad no he recibido con voluntad propia.

En mi calidad de huérfana, no tengo estricta obligación de consultar, como lo hiciera si estuviese viva mi inolvidable madre, aunque las personas que me protegen, mucho derecho tienen á ésto, porque ven mi felicidad.

Creo pues, que poco agradecida soy ahora al contestar á Ud. sin entero y pleno conocimiento de dichas personas.

Ud. me dice, que ha fijado su amor y su dicha en un enlace que Ud. juzga fácil si yo acepto. Muy díficil lo creo yo. No son las palabras amorosas ni las constantes cartas las que garantizan ese amor ni esa dicha.

El hombre que ha meditado ese paso que Ud. desea dar, debe ser más caballero, y antes que dirigirse á la huérfana, debe hacerse digno de sus protectores. A ellos más que á padres naturales, debo yo estimación y honra, y aunque hacia Ud. me inclinara afecto ó simpatía, esto lo haría á un lado ante el deferente lugar de la gratitud.

Como no quiero volverme á ocupar de tal asunto, deseo decirle cuanto siento y pienso de una vez.

No tengo patrimonio ninguno, vivo en hogar que no es mío.

No me avergüenzo al decirle que los trabajos de la miseria me serían muy duros, así como tampoco aspiro á grandes riquezas que no dan felicidad.

Mi carácter es poco accesible á dar crédito á palabras. Me gusta ver comprobado con hechos lo que se me promete.

No creo que podría perdonar jamás ninguna falta á la fidelidad.

Manifestado ésto supongo que Ud. desistirá de su proyecto. Ud. está llamado á porvenir más lisonjero. No insista, pues, si son contrarios sus ideales, y crea que en nada afectará mi amor propio si le veo indiferente de hoy en adelante.

SILVESTRA.

OBSERVACION.—Por muy empeñada que esté nuestra simpatía hácia un individuo que nos escribe en solicitud de correspondencia, no deberemos dar rienda suelta á ese sentimiento, que nunca será sólido, si es vencido con prudentes reflexiones y con voces de rectitud.

La joven digna debe abstenerse de recibir cartas y contestar á aquellos, que por su edad y ligereza no merecen crédito. Son pasatiempos que perjudican en lo moral, hacen perder un tiempo que aun no es conocido y sirven de mal precedente para la edad del juicio. Además los jóvenes que de esta manera se manifiestan no son los que pueden hacer felices á las que les creen.

El joven pundonoroso, el enemigo de esos juegos de amor, ese será el buen esposo y el correcto caballero.

Advertimos á las jóvenes que no es digno usar un lenguaje familiar, ni adulador, en cartas de ese género, ni menos ser muy eruditas, que lejos de agradar, pondrían en ridículo, por muchos conocimientos que se tengan.

A una amiga.

Guatemala, Enero... de 19...

Señorita Edelmira Montesdeoro,

Las Olas.

Amiga del corazón:

¿Debería escribirte? Si pagara el corazón como se paga en el comercio, creo que no, dinero por efectos. Voy, pues, á dirigirte el saludo del cariño en el lenguaje real de cuanto siento aunque tú me has olvidado.

Algo siento que me falta, algo, quizá mucho veo de menos á mi derredor, y todo lo tengo, aquí en plena Capital. ¿Costará trabajo adivinarlo? No; falta á mi corazón el eco dulce y cariñoso de la mejor amiga, el acento suave y benéfico de la hermana de la infancia, el arrobador cariño de los mejores días. El amor materno, sé que es sin igual, el amor de los hermanos ¡es tan dulce! pero el afecto de amigas verdaderas, es el rocío del cielo, en florido vergel, es el trino de las aves en encantado bosque. Si se goza, la amistad, al compartir nuestra alegría nos hace no sucumbir de placer, y si se sufre, oh, entonces ¡cuánto se amengua nuestra amargura! la amistad pura y sincera es sin duda ninguna, el antídoto contra el veneno del desaliento, contra la adversidad entera. ¡Cuán difícil es, dicen los sabios hallar buenos amigos! Talvez es cierto; pero las amistades que tienen por base la sinceridad, la bondad, el deber, éstas son como el maná de aquel pueblo, que tenía el sabor que cada uno quería.

¡Ah! mi amada Edelmira: me figuro verte allá en las altas colinas de ese hermoso suelo americano, y con la imaginación te saludo día á día al rasgarse el velo que cubre el hermoso sol del trópico, y por la tarde, me formo la dulce ilusión de verte á la márgen de ese imponente río, honor de nuestras montañas! y vida de nuestras ricas producciones. Eres feliz gozando de la imponente majestad de las montañosas posesiones del sur. Este es un medio de admirar al Criador de todo, y tú eres juiciosa y agradecida como pocas. Admira pues y bendice á quien tan espléndido formó el suelo americano, juntando en todas sus latitudes bellezas del norte con maravillas del mediodía; riquezas de oriente con lujosa producción de su occidente.

Estas consideraciones hago mías cuando tú las hagas, tanto en la hora del crepúsculo, como cuando bañe perpendicularmente el sol esas fértiles praderas. He dejado hoy mi carácter bromista, por ponderar tu dicha.

Ya sabes que esta hermosa Capital, siempre es bulliciosa. Los moradores siguiendo el rumor de su constante oleaje van y vienen y quizá no gozan ni sufren, como aturdidos de este ensordecedor ruido. Tú no envidies á tu amiga que te echa tanto de menos.

LETICIA.

OBSERVACION.—Las cartas de amigas por mucha confianza que se tengan no deben tenerla tanta que se afloje el respetuoso cariño que nos merezcan. El estilo chocarrero ó pasado de bromas disminuye el afecto y si el carácter de ambas es franco y gracioso, no pasen las bromas del buen gusto y del decoro, que es el mejor encanto de la joven. Aunque ciertas frases alegres siempre amenizan las cartas íntimas.

Carta de condolencia á un antiguo amigo de familia.

GUATEMALA, Enero... de 19...

Señor Doctor Don Aurelio Selvaoscura,

Lima, Perú.

Amigo distinguido:

El correo próximo pasado, trajo á nuestra familia la triste y lamentable noticia de la temprana muerte de su virtuosa y digna compañera, á quien solo tuvimos el honor de conocer por sus referencias y por el apreciado retrato que nos envió desde esa ciudad, muy recién unidos en matrimonio.

Nosotros, apreciando aquellas dotes que hicieron á Ud. el hombre más dichoso con su posesión, comprendemos hoy el vacío imponderable que queda á su derredor.

Cada caricia de sus tiernos hijos, será para Ud. dardo que hiere las más íntimas fibras de su alma.

¡Quién puede intentar dar á Ud. palabras de consuelo en su dolor profundo, ni quién como Ud. puede recordar con tan intenso cariño cada uno de los actos de virtuosa consideración con que supo ella obligar su amor!

La amistad, apela en esta ocasión á la hermosa realidad, de que todo creyente, puestos sus ojos en un mundo mejor, ve allí con la fe del alma á los seres que le preceden en la marcha hacia su destino. ¡Oh, la inmortalidad si fuese un mito, aun así sería dulce baluarte para el alma lacerada! Para Ud. tan creyente como bueno, no es

un mito. Allá espera Ud. reunirse á la tierna compañera que un día fué su centro de ilusión y una época aunque corta, el blanco fué de sus afectos y servicios.

¿Dirá Ud. acaso que cruel el destino le arrebató su dicha y su alegría? ¡No, no puede decirlo quien acata los inescrutables decretos del Señor!

Hoy llora Ud. tan temprana separación, pero no llora ni pesares de desengaños, ni tristes horas de sufrimientos, ajenos á la virtud, que muchos deploran. Ud. bajará á la tumba con una ciega fé en aquella mujer tan fiel como bella y tan digna como amorosa.

Ella sabrá desde el paraíso, á donde van los buenos, rogar á Dios por Ud. y por las caras prendas de su conyugal ternura. Ud., fuerte, quedó para llorarla. Ella en contrario caso, habría sucumbido al peso del dolor.

Confórmese con los sabios decretos de quien dá grandes amarguras á grandes almas. En esto mismo tendrá Ud. el mérito, en la resignación.

Toda mi familia uniendo al suyo el sentimiento ruega desde ahora por el descanso de aquella ejemplar señora, y pide también que: sea el bálsamo de la resignación cristiana, su recompensa. Creemos muy justo que Ud. como lo ha proyectado venga á la patria de sus padres, á dar tregua á su dolor al estrechar en su corazón á sus dignas hermanas, calmará el pesar, y ya que no le sea dado el olvido porque corazones nobles no lo buscan, sí conseguirá no contraer afección ninguna que pudiera serle fatal á los tiernos niños que, hoy más que nunca, deben cobijarse bajo el bienhechor abrigo del solo sér que les queda.

Sean ellos su dulce consolación, y puesta la confianza en el Eterno se suavizarán sus penas.

Estos son los deseos sinceros de toda mi familia y muy especiales de su antigua amiga y S. S.

Brunequilda Paz.

Observacion.—Las cartas de pésame, exigen palabras cariñosas y que revelen participación en la pena. Si desgraciadamente no hubiese habido virtudes ni cualidades en la persona extinta, se procurará sin faltar á la verdad suponerle aquellas propias de la condición ó edad, etc., á fin de que en algo cifremos nuestra condolencia. Si la muerte de la persona á que nos referimos hubiera sido trágica, no recordemos allí nada que sirva para aumentar el dolor.

Carta de una amiga á otra solicitando le lleve á la pila baustismal á una niña.

Tu casa, Febrero.... de 190....

Señorita Gloria Lombardo,

Ciudad.

Siempre amada amiga:

Personalmente debíamos presentarnos mi esposo y yo, ó uno de los dos, para expresarte nuestro deseo, pero él, ya sabes que peca por tímido y yo estoy encerrada por santa voluntad del muy estricto doctor. Ya adivinarás con este preámbulo lo que pretendemos, y si no, allá va en dos palabras: queremos que tú seas Madrina de nuestra hija á quien sin recibir el agua bautismal, hemos llamado Dina.

Si no te es importuno, hoy mismo esperamos con tu presencia la aceptación. Si no pudieres hoy; tú fijarás el día; pero sabes muy bien que no nos parece demorar nunca ni tres días este acto de tanta importancia.

Perdona si estos compromisos de amistad te molestan, pero en atención á tu ejemplarísima conducta, no querría verme desdeñada. Asimismo piensa Evilmorac, quien estima tanto como yo tus virtudes, y dice: "Para padrinos de mis hijos serán personas virtuosas."

Si siempre te aprecio como lo mereces, hoy te duplico mi afecto y gratitud.

Con expresivos y anticipados conceptos de parte de mi esposo, me subscribo Afª. amiga y futura Comadre.

Silveria.

Observacion.—Es muy digna de elogio la corrección de muchas personas que con premura solicitan estos servicios, con el fin de que las personas elegidas para padrinos, no se ocupen en preparativos que alguna vez implican gastos que son en ciertos casos, superiores á las rentas de las personas.

Es una deferencia, el solicitar para estas funciones, en que se contrae espiritual parentesco, personas que merecen respetos y cariño, y las elegidas, no deberían nunca rehusar.

Carta á un amigo que nos participa su boda.

Hacienda "El Verjel", Mayo 12 de 190....

Señor Don Héctor Santiesteban,

Capital.

Bondadoso amigo:

Muy particular placer me proporcionó la fina y atenta de Ud. en que me anuncia su boda; digo placer porque nada tengo que reprochar en su elección, y aunque en tales asuntos nunca debe una ser indiscreta ó más bien dicho, intrusa, algún derecho tiene la amistad sincera y el antiguo conocimiento para dar algunos consejos ó hacer algunas observaciones á los que nos han obligado con su cariño.

Ud. no me ha dicho nada de las prendas que adornan á la que pronto será su señora, pero éstas por sí mismas se han publicado. Amigas de la infancia y personas extrañas me informan de manera muy favorable para ella. Unas me ponderan su amor al orden y economía, otras su humilde porte y finas maneras y todas que: es un modelo de virtudes y del hogar. Supongo que á esto se agrega lo que primero fascinó sus sentidos. ¿No es verdad? Su hermosura. Esta aunque sí es notable, no será lo que le encarezco por ahora. Ante todo y sobre todo sé que es buena y virtuosa, y eso basta. El hogar para ser dichoso no necesita belleza física, sino belleza moral. ¡Dichoso el hombre que sabe elejir compañera para todo la existencia!

Por eso felicito á Ud. y me felicito yo de ser, quien primero le hable con tal claridad. Haga el cielo lo demás que la base Ud. la puso. Una sabia elección.

Con mis felicitaciones, van mis votos por su felicidad, y eterna prosperidad.

Amiga verdadera y Afª.

Assenet Bolivar.

Observacion.—Cuando nos vemos en el caso de felicitar á una persona que ha hecho desacertada elección, y si el caso exije hacerlo, deberemos desearles virtudes ya que belleza no es dable desear, ni otra clase de prendas personales, pero sí caritativamente debemos suponer que las poseerán, en lo sucesivo.

Tarjeta de felicitación á una amiga en sus bodas.

Al llenar tus aspiraciones con el afecto verdadero de Federico, sea el tuyo para él tan sincero como eterno. De hoy más no serás la jovial Elisa, sino la circunspecta señora de Albafrente, ante cuya honorable presencia todos rindan respetuosa consideración. La mía sea primer homenaje de verdadera amistad, y el tributo de mis simpatías.

ROSALPINA VALLEFRIO.

Tarjeta de felicitación á un joven que nos participa su boda.

Señor Don Rogerio Valz,

Era de felicidad comienza hoy para Ud.; no la pueden garantizar aisladamente, sean ambos el uno para la otra, sin desviar pensamientos ni aspiraciones. Consideraciones y ternura atarán sus corazones, lazos que ni la muerte podrá romper. Estos son los deseos de su S. S.

CONCHA DEL ROBLE.

Abril 1.º de 190....

Tarjeta de pésame.

Señora Doña Lina de Barco,

Con sincera tristeza y dolor profundo, acompaño á Ud. en el justo sentimiento que embarga su alma. Al ofrecerle mis frases de condolencia, pido á Dios que Ud. sufra resignada y que su amado hijo goce de eterna paz.

ESTER CRISPOLTI.

Enero 5 de 190....

Carta á una hermana en el colegio.

Santa Clara, Agosto 3 de 190....

Señorita Elvira del Río,

Capital.

Amada hermana:

Ayer nos proporcionaste un rato feliz con tus cartas. Las leímos repetidas veces, y en nuestro gozo general hasta se las leímos á Misraêl, quien de alegría no cesaba de mover el rabo, parece que al oír tu nombre se volvía loco, y te buscaba por todas partes.

Mamá nos dejó á nosotros el gusto de hablarte, de todo cuanto aquí pasa, porque dijo, que ella, solo de cosas serias se ocuparía. Desde que partiste á esa Ciudad, no hemos estados contentos, porque tú haces falta y como eres de genio tan festivo te llevaste risa y alegría. Las ovejas tal vez lloran por tí porque las veo cabizbajas; tenemos nuevas que nacieron en la Sierra; las bautizó Rafael, es decir que á todas puso nombre; aparte te adjunto los nombres de ellas.

El jardín está algo triste, quizá las flores lamentan tu ausencia, ó es la estación de invierno quien las hace caerse y morir. Las amigas que te quieren siempre hacen cuanto está de su parte porque sus papás las lleven al Colegio para estar contigo. Si así llega á suceder, ¡que envidia nos darán! Todo cuanto nos encargas para Mamá lo estamos cumpliendo.

Cuando tú vengas ocuparemos una en pos de otra el lugar tuyo en ese Colegio. Como no he estado largo tiempo allí no tengo relaciones para saludarlas en ésta.

No tengas cuidado por nada que Rafael está haciendo cuanto puede por reemplazarte á lado de Mamá.

Adiós y no dejes de escribirnos con alguna frecuencia.

Tu hermana,

Loto.

Observacion.—Las cartas fraternales no exijen otro lenguaje, que el del cariño, y éste se revela hasta con pequeños detalles.

Carta á una joven, á petición de un amigo.

Alameda, Mayo 15 de 190....

Elisa:

No creo poderte expresar con mis incorrectas líneas, lo que el alma siente.

¿Qué puede decir la palabra ni qué bosquejar la idea, de cuanto el corazón hace germinar? El afecto como sentimiento único, elevado, grande y avasallador, no tiene frases propias, y al pasar al papel, parécenos todo pálido, frío, sin vida!

¿Pero, cómo entonces dar á conocer nuestro cariño, que si viviera escondido en el fondo de nuestro sér nos quitaría la vida?

El ave trina, dulce enamorada, con gorjeos que no puede voz humana repetir; el agua llora y canta; el aura en doliente susurrar llama á la mitad de su alma, el sol; el pez allá en obscuro fondo gime tras dulce compañera, y hasta el rocío busca con tranquilo llanto donde reposar hasta que sea oído por la brisa; y el hombre ¿cómo no dejarse oír del sér que su existencia ha fascinado?

Quiero, aunque no halle palabras que te revelen mis afectos, decirte que te amo con amor tan puro, como puede amar el albor primero de la mañana, como el corderillo á la tímida compañera de su primera edad, como el aura, el sol, la brisa y como sentimos el amor de la Creación entera. No pienses que exagero: ¡si tú, vieras mis noches de insomnio, mis horas de tristeza, mis días de duda! sin que la pluma te lo significara, sí me comprenderías.

¿Qué puedo ofrecerte yo, pobre sér que no alcanza talvez á complacerte! Pero el universo si es preciso será mío, para ponerlo á tus plantas. Mi nombre, humilde pero honrado, mi fé en el porvenir y mis labores en el trabajo fecundo, porque hay un ideal, en mi corazón, eso tengo para tí, mi dulce Elisa.

Tal vez otros te ofrezcan pedrería y dorados palacios, pero en cambio ni llevan pureza de sentimientos, ni el alma ajena á la falsía.

Mis ojos nunca han contemplado otra faz de mujer. Tú sola has hecho fijar mi pensamiento, mis sentidos y mi razón. Contéstame si me crees digno de tí y si no está distante el día de verte á mi lado ante el Altar.

Federico.

Observacion.—Algunas veces nuestros hermanos ó nuestros amigos nos encargan estas cartas. Nos honran porque sabiendo que la imaginación de la mujer es más inclinada á la poesía, nos juzgan á propósito, para llegar á la parte vulnerable: el sentimiento, y nos ruegan expresemos cómo quisiéramos ser comprendidas.

Carta á un sobrino que se despide para lejana tierra.

Guatemala, Julio 11 de 190....

Señor Don Pedro Espada,

Sonsonate.

Pedro:

¡Cuánto me alegró tu carta de ayer, en la que me participas tu marcha á Montevideo!; no porque me agrade considerarte tan lejos, dentro de poco. No, sino porque los jóvenes deben antes de cambiar de vida, conocer algo más el mundo. Tus aspiraciones comerciales parecen ya conseguidas, ahora falta la parte de recreación.

No creas que esa bellísima Ciudad Uruguaya haga desmerecer á la graciosa San Salvador; una y otra tienen vida propia, y ese vergel del Pacífico, la calma, de la costa del Bálsamo, la tranquila Sonsonate que al verla los viajeros la comparan con la lejana Siria circundada de palmeras, arrullada por el océano, y calentada por un Sol tropical, ¿qué le falta para ser muy amada de sus hijos? Cielo azul y despejado, tibias y perfumadas brisas, vegetación florida, poéticas colinas, vida del hogar, llave de comercio y brazos robustos para sus trabajos.

Pronto estarás en una Ciudad-puerto, tan agitado, activo y rico como que ocupa el tercer lugar de Sud América. De nombre conocido, y de progreso increíble. A su belleza material solo hallarás igual en Europa, donde también echarás de menos la poética Sonsonate. Porque el suelo donde nacimos es el mejor de los que calienta el Sol.

Ojalá que la transición de climas no te hagan mella ninguna. Acerca de tu futuro estado, no creo te desvíe ese paseo por el continente; va á caberte en suerte una jira por la majestuosa Cordillera, cuya imponencia nos hace no ser inconstantes. Con experiencia te lo aseguro, mientras más visites las ciudades del Sur, más fiel te juzgarás, porque esas altas cimas que al despertar, admiramos cubiertas de nieve, nos hacen pensar en el ardiente sol que visita nuestros cerros.

Hallarás á tu paso mujeres bellas, sí, generosas y distinguidas, pero las sencillas, las tiernas compañeras de nuestros lares valen mucho al corazón.

Cuando hayas recorrido espléndidas ciudades, entonces amarás más á tu juiciosa prometida.

Recorre pues, (sin temor de ser olvidado por Raquel), cuanto lleve á tu inteligencia savia, á tus asuntos otros horizontes y á tu cuerpo más energías, y mañana,.... cuando vuelvas á la casa donde naciste serás un hombre muy sesudo. No te permito fijes un ins-

tante tus miradas en las lindas uruguayas, no por que te crea infiel, sino porque el hombre digno, no debe tener más ideal que el que le hará dichoso.

Escríbeme de todas partes y espera siempre noticias de tu amorosa tía.

SINFORIANA.

A una amiga que nos pide consejo.

GUATEMALA, Marzo 6 de 190....

Señora Doña Marta de Bernal,
Las Cabañas.

Buena amiga:

No contesté su carta ayer porque quise antes meditar su proyecto, viéndolo bajo ambos aspectos. Hoy creo hacerlo, cual si á mí personalmente pasara el caso.

La demasiada tirantez, es contraproducente y la absoluta indiferencia es puerta á mayores males. ¿Puede poner Ud. término medio? Sí; algo de ternura de su parte, y algo de fuerza de voluntad para no tocar el punto en cuestión.

Mayor solicitud suya y un poco de olvido hacia lo pasado serán mejores correctivos. Abandonar Ud. el hogar aunque por poco tiempo, paréceme cobardía, estar presente ante lo que nos humilla tampoco es factible. Exponga Ud., su viaje y creo que ante la trascendencia de ese proyecto variará todo. Siempre prudencia y mucho tino. Si aún así nada logramos, talvez un tercero, autorizado por supuesto, arreglará todo. Mientras la saludo personalmente, reciba mi cariño y adiós.

CELINA DEL TABOR.

Carta al Sumo Pontífice.

Santísimo Padre:

Reverente y poseída de filial ternura, se postra espiritualmente una humilde hija del corazón del Continente americano, y saluda al Vicario de Jesucristo con íntima alegría en el hermoso y memorable año del Jubileo Sacerdotal. ¡Quincuagésimo de la ordenación del que hoy rige la Cristiandad!

¡Late de gozo el corazón de los hijos ante los acontecimientos venturosos de los padres! ¿Cómo no latir, de entusiasmo llena el alma mía al recordar la fecha mil veces grata del Padre universal acá en la tierra?

Ya este año entero, consagramos los hijos agradecidos á recordar y bendecir al Eterno por los favores dispensados al sucesor del Gran León. Asimismo impetramos bendiciones y salud para muchos años que esperamos en El mismo, nos conserve al que lleva por distintivo "fuego ardiente".

Pidiendo la bendición de vuestra diestra y besando el augusto pie, cordialmente felicita al Supremo Pastor, una hija amorosa y humilde.

ELVIRA ROMERAL.

Aquí nombre y dirección.

OBSERVACION.—Estas cartas siempre se envían en latín, y como en muchas ocasiones, no van directas por correo, sino recomendadas á viajeros que piensan llegar hasta el Santo Padre, requieren mucha corrección y brevedad, pues aunque siempre es el Cardenal Secretario quien las vé, algún caso se ofrece en que el mismo Pontífice las recoge como señal de deferencia hacia hijos de lejanas tierras.

Las que hemos tenido oportunidad de saber que dirigen señoras, llevan por objeto pedirle bendición.

Carta de despedida á una amiga que ingresa de hermana de caridad.

LEON DE NICARAGUA, Julio 20 de 190....

Señorita Olivia Silva,

Masaya.

Carísima Olivia:

No me sorprendió la tuya del 6, en que me anuncias tu determinación y marcha á Colombia para vestir allí el místico traje de las siervas del Señor.

Desde niña, fuiste tú, modelo de abnegación, de ascetismo y de virtud. ¡Te recuerdo tanto! Supe también después, que habías rehusado el velo de la desposada, aunque tantas cualidades poseía el distinguido Señor Lament.

Bien haces en determinarte á pasar tu existencia entre el cielo y el bien.

Una de dos misiones traemos á la tierra: ó fundar un hogar ó ser útiles á la humanidad, que quien esto no hace, es un ser casi, casi egoista. No digo que por eso debe quedar despreciada la soltera que pasa sin una ú otra resolución. ¡Lejos de eso! esta tercera porción y quizá la más numerosa del globo, es casi siempre Cirineo poderoso de unas y de otras arriba expresadas y quedábamos bien las que no tuvimos decidida vocación ni por el santuario ni por el estado conyugal.

Yo por ejemplo creo estar en mi elemento algo así, libre para todo ejercicio propio de mi condición.

En resumen: tú fuiste María: elegiste la mejor parte. Llevarás la dulce paz de la mansión de la caridad y ninguna responsabilidad ante el cielo ni ante los hombres.

Tendrás olvido de éstos, que poco valen por cierto, pero muchas bendiciones del Padre celestial.

Mucho te felicito. Allá en la distante patria que el Señor te reserve, no olvides á esta tu amiga que llora tu ausencia, pero que aplaude tu noble resolución encomendándose á tus oraciones, y que te dice tierno Adiós.

CORINA THERAN.

Carta á un primo que se cree desgraciado.

FINCA "EL DESIERTO," Diciembre 7 de 190...

Señor don Azael Lorenzana,

Ciudad.

Mi buen primo:

¿Qué me dices en la tuya? Creo no comprenderte. Entreveo sí algo como decepción, un cierto lenguaje de escéptico ó de cobarde. ¡Perdona que ya solté la barbaridad! Ninguno quiere ser cobarde, de Uds. los señores hombres, y créeme, casi todos, huyen del dolor cuando le ven cara de tigre. ¿Qué es lo que les asusta? Su intensidad, su duración ó su atrevimiento en atacarlos? Porque analizando el dolor, es pasajero te diré que la mujer lo ve, lo siente y si acaso es débil, llora, talvez grita, pero calma después y espera bonanza. Salvo cuando pierde la razón que entonces talvez y ni entonces es suicida. ¿Será ésto, que no es tan débil como se la llama? ¿Será que en su organismo, que cual red de nervios se enreda el dolor la adormece el mismo sistema? Al contrario, ella, como menos equilibrada en los cuatro temperamentos que la constituyen debe ser más desfavorecida en el dolor físico, más fácil de desesperarse por la falta de valor moral, más tímida por su sensibilidad, más indefensa por su ambiente. Y sinembargo ¡cuántos pesares hondos,

ocultos, eternos, acompañan á muchas en su jornada por el planeta terráqueo.

¿Sabes qué encuentro desfavorable en Uds?, y dispensa que te lo diga: es falta de reflexión, falta de virtud.

¿Somos acaso, formados de luz, para que á esta materia nada le ofenda?, y aun así, nubes importunas eclipsan alguna vez sus benéficas ondas. Si de tierra, tenemos la parte deleznable, lógico es que se desmorone con poco, que pierda día tras día, y que soplos diversos, la hagan perder su fuerza y su belleza. Todos estamos en viaje más ó menos ligero; perder algo en el trayecto, no debe extrañarnos, vamos andando. Lo necesario es llegar con otros bienes al destinado punto.

¿Te reirás si te digo que: lo único que debemos llevar en grande acopio son..... actos buenos? Ya veo dēsde aquí tu risita de periquita..... y no es de reirse eso. Sé, calmado en el dolor. Hazte indiferente ante los desprecios ajenos y más bien ríete de algún sarcasmo con que se te crea herir. Vaya á propósito un ejemplo. ¿Te acuerdas de Marcela que era tan linda muchacha, pero tenía el defecto de ser coja; "un pie quebrado" le decían siempre cuando la envidia las mordía, allá en el colegio, y ella con aquel carácter tan jovial les contestaba, mejor es leer una estrofa de cinco versos, y hacía reír de la broma. ¿Crées tú que ella no sentía el sarcástico fin de herirla? y ¿quiénes la ofendían?, una negrita que sacaba la lengua cada vez que hablaba, dejando ver un órgano como el *vaso del cerdo;* otra que tenía los ojos con una distancia como del cielo á la tierra y otra cuyo corto defecto era un aliento á..... no eran flores; y no obstante, Marcela me decía, "¿por qué he de pararme en pequeñeces? Yo quisiera que ellas fueran correctas, pero no siendo las debo sufrir y reirme. Es mejor."

Esto te aconsejo yo, ahora. ¿Sufres? pues hazlo con valentía, con grandeza de alma y con mérito. No desesperes. ¿Quieres morir? A ese fin llegamos; casi más cerca de lo que creemos. ¿Quisieras desaparecer hoy mismo? Solo cambiarías de sitio en el sufrimiento, porque la voluntad de Aquel que te crió no es que llegues á El, sin el debido crisol. Conque deja de raras consideraciones y háblame en tu carta de algo útil, algo nuevo y algo que me consuele á mí, que tengo varios *cacastes* llenos de penas, y muchas espinas de trabajos, y eso que no soy rosa. (1)

Tu prima,

Carmelina Lis.

Observacion.—Las frases de aliento que nos atrevamos á dirigir á nuestros deudos, deben ser con algo de sentimiento pero con muy frecuentes consejos y lenitivos. Si fuese posible hacerles comparaciones con otros de mayor sufrimiento, talvez conseguimos suavizarlos.

(1) Cacastes son los aparadores en que conducen sus efectos comestibles los indios de algunos pueblos.

Tarjeta de invitación.

Dora del Rhin

Espera esta noche á su apreciable amiga Lola, para la ceremonia del *Bautismo de su hijo Juan.*

Agradeciendo esta deferencia su amiga afectísima.

Noviembre, 4, 190...

Carta al novio enfermo.

Mi fiel Simón:

Pedí permiso á mi mamá para escribirte, porque tengo mucha pena por tí. No sé cómo continúas de salud, y temo molestar á tu mamá y hermanas si mando preguntar.

Como no te has dignado enviarme una razón á fin de calmar mi ansiedad, ahora te escribo. No quiero que emplees la pluma para satisfacer mi justo deseo de saber si mejoraste ó estás aun delicado. Manda á una sirviente que en dos palabras me haga este servicio.

Si te sientes mejor, ni aun así hagas el ánimo de salir. Está la estación muy fría y perderás lo ganado.

Procura ser obediente y tomar todas las medicinas, y si fuera preciso no verte en un año, por tu bienestar, resignada optaría por seguir al doctor, una vez que me es más cara tu existencia y tu salud, que mi propia satisfacción y que mi vida misma.

Tu mamá y tus bondadosas hermanas, sé que se han distinguido en su fina labor de cuidarte. ¡Oh, si pudiera yo hacer algo por tí! ¿Lo presumes así? ¡Verdad! Cuídate y no dudes de tu invariable,

SATURNINA.

Mamá te recomienda muchos cuidados, y á la vez te saluda. —Vale

OBSERVACION.—Algunas veces por poco tino, al expresarse de las personas de la familia de uno ú otro prometidos, se han roto lazos de cariño y de estimación.

Carta á la maestra.

Alajuela, Abril 4 de 190...

Señorita Emperatriz Loyola,

Medellín.

Nunca olvidada maestra mía:

¡Qué feliz me siento ahora al poder pagar una deuda de cariñosa gratitud! y digo mal, ¡quién pueda cancelar cuenta tan larga como es la que comenzamos en los días primeros de la niñez y no acaba sino en el sepulcro! Si, en la tumba ¡por qué cuanto bueno adquirimos en el recinto de la Escuela, nos acompaña hasta allá, y quien sabe si más allá también!

No concibo niñas desagradecidas, con sus abnegadas maestras. Esto me revela alma muy baja, alma de lodo, corazón muy seco. ¡No! no es alma la que deben tener, debe ser en su lugar algún pedazo de piedra.

¡Cómo olvidar sanos, útiles consejos, desinteresados favores; el alimento del espíritu y la luz para nuestra débil inteligencia juvenil! ¿Cómo no estimar en lo que vale el empeño con que tratan de sembrar en nuestros corazones, amor á la virtud, amor al trabajo y fe, cuya poderosa influencia forma todo el porvenir?

Yo no podría creerme dichosa, si no recordara agradecida á las bienhechoras maestras que dieron á mi primera edad, dirección. Mucho recuerdo á las jóvenes compañeras de tan dichoso tiempo. Como algunas aun están en esa ciudad, ruego á Ud. las salude á mi nombre. Con otras de las vecinas repúblicas hemos conservado fraternales relaciones.

Cuando le sea posible contestarme, que mucho se lo agradeceré, sírvase darme informes de cuanto sea grato para mí. Como por ejemplo, la marcha de los trabajos ferroviarios. El Club de Señoras que se interesan por los pobrecitos leprosos, y otros asuntos de general interés.

En esta ciudad, nada hay de particular. Nuestro cambio de administradores no alteró Administración, y caminamos muy bien en todos los puntos del programa gubernamental. Nada ha quedado en el papel. Todo es práctica. Y hoy Costa-Rica como juiciosa hermana la presentan de modelo sus otras seccionales.

Bendigamos á Dios que aquí no hay espíritu levantisco, ambicioso ni fácil de inquietarse. Así podemos vivir con ideales para el porvenir.

Saluda á Ud. mi papá y familia. Ya sabe que vive aunque distante de Ud. muy cerca con el corazón su alumna que gozaría con serle útil.

Epifania Moscoso.

Carta á un tío contestándole.

San Francisco Cal., Enero 1.° de 1900.

Señor Don Zabulón Otero,

Monecillo.

Amado tío:

Ya me imaginaba yo, que Ud. estaba triste sin nuestra algazara constante. ¡Qué se hace!, todo es alguna vez necesario.

En cambio puede entregarse muy tranquilo á sus operaciones aritméticas, que no muy listas salen, oyéndonos á toda hora, cantar, reír y hablar como mujeres que somos y muchachas.....

Además, Ud. á veces es regañón, lo que prueba que necesita silencio, calma, etc. Disfrútela á sus anchas, porque solo tres meses pensamos estar en esta ciudad. A nosotras nos hace falta, y mucha, su presencia, sus cuidados y sus regaños. También esta ciudad está muy bulliciosa y nos marea. La falta de costumbre.

Ya tenemos amigas: las del Eho nos agasajan y quieren, porque son muy buenas; nosotras no podemos recompensarles porque Ud. nos encarece algo de..... Ya recuerda Ud. lo que nos recomendó. Conque sepa pues, que estamos muy fieles y cumplidoras á cuanto nos dictó.

Vaya pidiendo encargos, aunque sea una letanía que gustosas le llevaremos todo, desde lentes de oro hasta dulces y si quiere para nosotras vestiditos y sombreros, también autorícenos que tenemos gusto en complacerlo.

Dora y Africana lo abrazan y yo besando su frente me despido por hoy.

Palmira.

Si los tíos que nos escriben son de los que gustan de confianza, debemos corresponderles en el lenguaje franco y decidor. Más si sabemos que es contrario á su seriedad, procuraremos finas atenciones sin faltar á ese respeto, que se merecen los mayores en edad, posición ó parentesco.

El Purgatorio, Diciembre 20 de 190...

Señorita Ester Lina Peral,

Capital.

Carísima Lina:

No te asustes al leer la dirección de ésta. No creas que he pasado á esa región definitivamente; ó mejor dicho después de este destierro. No. Este lugar tiene tal denominación no se por qué, pues ni caluroso, ni oscuro ni nada tiene que pudiera darle analo-

gía con aquel que tú sabes. No porque hayas estado allí, sino por otra cosa. Lo que si tiene este lugar, es pulgas. Quizá por esto los anteriores lo bautizaron con ese nombre, aunque no llamaríamos nosotras así, sino más bien pulguerio, pulguero ó pulgal, en fin cuestión de colectivo, que no nos debe afectar hoy. Te contaré que estamos gordas, alegres y algo descansadas, excepto de eso de las pulgas, ¡que vaya si molestan!, pero vaya lo uno por lo otro, hay pollos, comprendes que te hablo de hijos de gallinas; hay patos, hay coches, digo cerdos, ó marranos como dicimos allí y muchos y elevados pinos, cipreces, etc. Se goza con la vida del campo, y no se echa de menos la de ciudad. No se oye murmurar de tal persona ni de tal hecho; no se compra la leche con maicena ó á saber con qué otros accesorios; no se gasta ni carne ni hueso, aunque los nuestros si se destruyen algo. No se come tanto, quiero decir tanta raíz, todo es natural, selvático, barato que con esto último ya se dijo todo.

Tú quizá no estarías en tu elemento, pues no participas del gusto de tu hermana Lía, que goza con los indios; que goza oyéndolos, quise decirte; hoy la recordaba á este propósito, porque uno me decía, que debía hallarse hoy en la ciudad con un abobado, porque ya pasó de la distancia su pleito; quería decir Instancia, supongo yo. Aunque mejor sería como lo dice él, pues, vaya si dista un pleito en ganarse ó perderse. El otro me contaba, que habían llamado á su contrario, por envolver deposición. Mal traduciéndolo yo me atrevo á creer que dijera absolver posiciones, que ya eso es otro cantar, en lenguaje de *pleiteadores*. Por el estilo me divierten estos sencillotes, ó naturales como ellos se tratan y dicen bien, que todo lo tienen al natural: piel, hogar, alimentos y amistades, y hasta sus ceremonias religiosas tienen tales rarezas, que parecen estuviéramos á raíz del descubrimiento. ¡Pobrecitos! que sigan así; después de todo, qué haríamos sin ellos, tan sufridos, tan tontos, tan sin enfermedades contagiosas, etc., y que siquiera en este ambiente se recibe oxígeno puro.

Ve si vienes unos días al Purgatorio; no pasarás por la muerte; y si no quieres, goza de cuanto allí te fascina: toros, teatro, árboles de Navidad y tamales. Más no por ésto eches al olvido á esta tu amiga que te quiere siempre hasta y más en el Purgatorio.

SERAPIA PERDIGON.

Adn.—No me escribas cuatro líneas, ve que yo te dí el ejemplo; hazlo tú con usura.—SERAPIA.

Carta á un autor.

San Miguel, Febrero 10 de 190...

Señor Don Mardoqueo Pedernal,

Guatemala.

Grande amigo mío:

Antes que felicitar á Ud. me he felicitado y con razón leyendo sus hermosos versos. Su fácil rima tiene tanto de ternura como de patriotismo, y por eso figurará entre nuestros verdaderos poetas. Cuando se conozcan en todo su valor tan hermosas composiciones, tendrá Ud. el lugar que se conquistó su estro. Al felicitarlo de corazón, deseo que el éxito indudable de su obra, nos proporcione ver más producciones de Ud. Sea este débil homenaje á su inspiración, el tributo de mi cariño.

Paconia Rosselin.

Observacion.—La frase "grande amigo" ó amiga, solo es usada entre personajes que gobiernan, para comunicarse con sus amigos de igual puesto; más no por ésto nos está vedado cuando nos dirijimos á personas de genio ó de algún valor intelectual.

Carta solicitando empleo en el ramo de Instrucción.

Guatemala, Diciembre 11 de 190....

Señor Sub-Secretario de Instrucción Pública,

Presente.

Señor:

Se que está vacante la plaza de directora de la Escuela Elemental de Niñas de la ciudad de..... Yo solicito dicho cargo; como cuento varios años de servir en otras Escuelas en los grados complementarios, creo que puedo aspirar á dicho puesto, por mi larga práctica, considero que desempeñaré en todo lo que exije el programa oficial, y que la moderna pedagogía aconseja. Deseo esa Escuela por ser más á propósito el clima para mí.

Si cree el Señor Sub-Secretario, de fácil consecución mi presente solicitud, sírvase elevarla al Señor Ministro, con su recomendación previa ya que le constan mis anteriores servicios, y quedando de Ud. Att$^{a.}$ S. S. le anticipo mi reconocimiento.

Prudencia Oliver.

Nota de dimisión.

Señor Ministro de Instrucción Pública,

Ciudad.

Con respetuosa consideración, me dirijo á Ud., sinceramente agradecida por todo el tiempo que se me ha honrado con el cargo de Direectora de la Escuela de Niñas N.° 30 de esta Ciudad, y suplicándole á la vez se sirva admitir la renuncia de dicha dirección, por exigirlo así mi salud, que ha comenzado á alterarse, debido al largo trabajo que he venido sosteniendo en quince años.

Si esta misma causa desapareciera y el Señor Ministro juzgase oportuno, utilizar mi buena voluntad y servicios; pronta estaré á coadyuvar en el terreno que mis escasas aptitudes, permiten, y en que anhelo ser útil á la juventud.

Con la sincera gratitud que me obliga, soy del Señor Ministro, muy deferente S.

Jacinta Mendibelzua.

Guatemala, Mayo 4 de 190....

Señor Ministro de Instrucción Pública,

Presente.

Carta dando consejo á un hijo que quiere seguir carrera eclesiástica.

Santa Barbara, Enero 10 de 190....

Señor Br. Don Lupercio Bonefill,

San Salvador.

Hijo mío:

Cuando leí tu fina carta, dos sentimientos encontrados ocuparon mi alma. Uno de placer por tus frases empapadas de ternura, de esa ternura que nos hace gozar á las madres, y que bien recompensa las pasadas horas de ausencia del hijo amado; y otro de pena por los deseos que me manifiestas. No te sorprenda si digo pena, pues tan espinoso, importante y trascendente paso, requiere larga meditación. Muy marcada vocación y previos consejos en favor y en contra. Estos solo puede suministrarlos, uno que haya pasado por las largas y duras privaciones que exije tan noble misión y que se haya visto, en difíciles pruebas, en injustas persecuciones y en rudas labores.

Si este paso se dá sin debida prueba, quizá se escolla. Sentado ésto, te diré mi parecer. Tu felicidad, en el tiempo y tu supremo fin, es lo que yo aspiro. Nada más. Si en ese camino la crees asegurada, ¡qué dichosa se creerá tu madre! Así como sería indecible el dolor y la amargura, viéndote extraviado en tan difícil senda! Ora y medita, ambas son las vías de hallar la luz. Sigue consejos en los cuales haya cordura, rectitud y autoridad. No te fíes de los de tu edad y carácter más ó menos ligero, que esos te querrán desviar por prurito de hablar y de saber hasta de materias que ignoran.

Dada tu firme y última determinación, cuenta siempre con tu madre que nada omitirá por tu bien, y que pide á Dios por el amado hijo á quien bendice.

MALVINA CENARRUZA DE BONEFILL.

OBSERVACION.—Las madres prudentes nunca deben oponerse á las justas aspiraciones de sus hijos; pero sí en todo caso aconsejarlos y alentarlos á lo bueno y dejarles una libertad amplia ya que de estos pasos dimanará el bienestar. El verdadero afecto no debe ser egoísta.

Al esposo ausente.

GRANADA, Mayo 3 de 190....

Señor Don Jacobo Herranz,

París.

Amado mío:

Con tu última recibí verdadera alegría, pues se me vuelven siglos los días cuando no veo cartas que me digan el estado de tu salud. Mucho celebro que tanto te haya favorecido el clima para la afección intestinal que comenzaba á perturbar tu bienestar aquí. Ojalá que buenas prescripciones y algo de descanso de labores contínuas, te restablezcan radicalmente. Yo creo que debes pasar los tres meses que el Dr. te indica. No veo esa absoluta precisión de tu vuelta. Procura tener calma; en eso está el mejorar. Ya no ves la hora de regresar; así lo comprendo, porque te conozco mucho, pero estando yo al frente de los intereses, no debes apenarte. Pompilio ya me ayuda, y mucho hace Lesbia también. Las casas sucursales están bien atendidas y de ello tengo buenas cuentas, informes y referencias.

Solo algo se entibió el cuidado de Adán en los trabajos campestres, pero allí estoy yo muy activa.

Paso las semanas en revista y los días festivos en esta Ciudad.

No he asistido á dos ó más fiestas, por no creerlo natural, sin tu compañía. Aunque paso de los cuidados de juventud, siempre

es un justo tributo al esposo fino que no asistirá tampoco sin su mitad. Aunque esa Capital de la moda lleve la atracción de todos los extranjeros; sé que tú siempre serás el firme y leal marido. El corazón nunca engaña y el mío así me habla. ¿No es cierto? Sí es: y por ello recibe el centuplicado cariño de mi alma, un abrazo de Pompilio, besos de Lesbia y saludes de la servidumbre.

Tu amorosa,

REBECA.

Carta de una joven que termina con su novio.

Camilo:

Como conozco muchísimo tu carácter con las pruebas que he recogido en dos años de trato algo familiar, no temo inferirte ni herida en el alma, ni pena ninguna. Sé que te reirás de mí, pues pronto te llevarán tus aspiraciones con la primera que te quiera corresponder, aunque sea falsa correspondencia. Como tú eres poco ó nada fiel, nada te importa que contigo lo sean.

A mi dignidad y sentimientos, cumple hoy desligarte de todo lazo que nos uniera. Afortunadamente nada de trascendencia nos obliga. A mi afecto le sobrará el olvido, al pasatiempo tuyo sobrarán coquetas.

No te exijo me vuelvas mis cartas, que en nada afectan mi honor ni mi porvenir. Limpio afecto de prometida que se estima, era lo que yo te repetía. Así es que como puedes romperlas, puedes leerlas en plena sociedad; nada me perjudican, y si en adelante fuere mi sino ser casada, no tendrá de que avergonzarse el que me quiera por esposa, que á mi deber nunca falté y si tú burlaste mi fé y mi cariño, no seré responsable yo de ajena falta.

Olvida mi necia credulidad y ríete de mis horas de felicidad, que si, bien truncadas creo ahora. Tu porvenir y lo que puedes ofrecer á otra, me sabrán indemnizar.

Adiós para siempre, te dice,

MARIANA.

Tarjeta de bienvenida.

Florencia Requena,

Celebra el dichoso regreso á la patria, de su amada amiga Isabel: y como siempre cariñosa, la espera abrazar pronto; ofreciendo sus respetos á sus amables padres, y recibiéndolos tú de los míos.

SANTO TOMAS, Julio 13 de 190....

Carta de una hija pidiendo perdón á su padre.

Señor y Padre mío:

No debía ser la pluma intérprete de mis ardientes anhelos. Mi alma debía postrarse ante el cariñoso padre, y mis rodillas en tierra debían ser el humilde homenaje de rendición. A su cariño sin igual, debía ser expiación apropiada, pero el corazón no habla como el cerebro, y aquél anhela ya romper la valla que separa el mío del suyo, si algo ó mucho le ofendí, no sea de hoy más Ud. el Juez, sino mi propia razón, que me reprochará á toda hora mi falta de juicio y mi negra ingratitud. No son las conveniencias sociales las que me impulsan á rogar su antiguo amor, no, mil veces no; es el alma que late al amoroso latido de la suya, es mi vida que siente el vacío de su terneza y es en fin que no soy feliz sin las bendiciones del más tierno padre y del más digno amigo. Si valen á sus ojos las lágrimas de los míos, envíeme su perdón y cuente con la ternura y gratitud de su pobre

SERAFINA.

GUATEMALA, Mayo 2 de 190...

Señor Don Serafín del Pino,
Zacapa.

Carta de reconciliación.

SAN PEDRO, Octubre 12 de 190....

Señora Doña Petra R. de Balmoral,
Santa Lucía.

Estimable Doña Petra:

Ningún sacrificio empleo en dirigirme á Ud.; que siempre ha merecido mi particular afecto, y si en mala hora algo vino á interrumpir nuestra armonía, ésto, quiero vivamente que cese. Nada más sencillo que arreglar pacífica y prontamente lo que motiva nuestro poco acuerdo hasta aquí. Ud. tendrá más razón que yo, pero esto se dilucida con calma y no con intolerantes frases que ni en Ud. ni en mí deben tener cabida.

Mucho me complacerá ver á Ud. tan bondadosa como siempre lo fué con mi familia, y muy grato me será ser útil á la suya. Si esta satisfacción que le ofrezco, quita á su corazón toda huella de resentimiento, mucho gozará el mío, y con tal motivo, estoy á sus órdenes en todo, deseándole salud y bienestar.

S. S. S.
SOLEDAD DE SIRIO.

Carta de despedida á una amiga.

Managua, Septiembre 7 de 190....

Señorita Rosalpina Soberani,

León.

Amiga del alma:

Con verdadero dolor, te dirijo esta carta, en momentos que arreglo mi partida á Guatemala. Quise hacerlo antes, pero aun estaba indecisa y por último se ha resuelto que yo pase á aquella capital.

Conocer una ciudad, que según me cuentan mis primas es primorosa y alegre, es cierto que me seduce; pero alejarme de mis tiernas amigas tan buenas como tú, que ocupan el primer lugar; es harto sensible y duro. Si me sienta el clima, y si congenio con aquella sociedad, talvez esté algún tiempo, pero de lo contrario, pronto regresaré. Allá espero que me ordenes lo que gustes; si quieres por medio de mi familia escríbeme, ó directamente 15 C. O. N.° 200, á casa de Armida voy á dar. ¡Sí, tengo ilusión de ir! pero tengo más tristeza de partir.....: Así somos las mujeres, todo nos cuesta mucho. Hasta en los mismos goces encontramos aflicción. ¡Triste misión la de la mitad del hombre! Sufrir y no saber cuando tiene término esto.

Procuraré escribirte cada poco. Pero tú debes hacer lo mismo, y me cuentas de tu salud, empresas, etc., y de todo lo que te pertenece..... Ya sabes que todo me importa como á tí misma.

Abrázame á tus papacitos y dile mucho á Sarita. Con que hasta Guatemala, y adiós.

Sempronia Cordovez.

Carta contestación.

Leon, Octubre 14 de 190...

Señorita Sempronia Cordovéz,

Managua.

Amiga del corazón:

Muy sensible, demasiado doloroso fué para mí el anuncio de tu viaje y por si aún te llega ésta á tiempo de salir de esa, quiero recomendarte mucho.

Apenas puedo contener mis lágrimas al despedirte. Presiento que no volveré á verte, porque siento que mi salud es nula; pero, no debo apenarte. Tú partes á lugar encantador, aunque mucho

parecido al nuestro, y no debes llevar malos y tristes presentimientos míos.

Procura conocer todas esas lindas mujeres de aquella República principalmente de la capital, de la Antigua y de Quezaltenango, que he oído decir á los jóvenes que allí se educaron, que son hermosas. Además, dicen que tiene edificios suntuosos, esa ciudad y gran movimiento; así como muy solemnes procesiones religiosas. De todo infórmame, y celebraré que goces plenamente. Nada puede nublar tu quietud. Todo va contigo. ¿Qué más felicidad? Así es que si la amistad por la separación te preocupa, aunque justo sea esto, no debe llenar tu alma de pesar, pronto quizá vuelves y tus amigas del alma te volveremos á ver más bella y siempre buena, recompensando con esto los días de ausencia.

Si tienes lugar me visitas á Doña Silfo Gamaliel, cubana que quise mucho, y que pasó á Guatemala en Mayo de 89.

Sería ofenderte si te encargara que no nos olvidaras, pues almas como la tuya son siempre fieles, en el goce y en el dolor.

A tus primas que realmente no conocí en León, me haces favor de saludar y esperando con ansia tus letras de Guatemala, quedo pidiendo al Todopoderoso que te dé feliz travesía.

Mis padres al retornar tus saludos, te desean grato viaje. Sara te escribirá.

El abrazo más estrecho, recíbelo de

Tu Rosalpina.

Carta de recomendación á una señora.

Danli, Noviembre 15 de 190...

Señora Doña Valeria de Urcullú,

Quito, República del Ecuador.

Distinguida Señora:

Perdone que al escribirle, sea implicándole alguna molestia. Más al recordar la bondad de su alma no he vacilado un punto en fiar en Ud. y en su benevolencia.

Mi buena amiga Doña Eulalia Carmesí de Cruz en viaje urgente á esa Capital, por estar su esposo el Señor Ingeniero Don Archibaldo Cruz, en trabajos de su profesión en Colombia, Venezuela y allí también en el Ecuador, necesita permanecer algún tiempo, y sin amistades en esa; me habló sobre el particular; como sabe que yo tengo algunas familias amigas, en esa ciudad, crée desde

luego que mucho podría hacer á mi vez. Yo espero en que Ud. le de los respectivos datos, para buscar casa, y personas á quien asociarse.

Gocé yo tanto con tan buenas señoras que creo desde hoy que con ella se manifestarán de igual suerte bondadosas y finas.

Le digo además: que en nada va á extrañar ella las costumbres centro-americanas, pues las distinguidas damas del precioso jardín que resguarda el Chimborazo, son como bellas, virtuosas y amables; digo esto con el acento de la más estricta convicción.

Saludo á cada uno de su familia; nunca las olvido y al enviarle mi retrato, quisiera mandarle el corazón.

Soy de Ud. muy fina S. y A.

Cándida Clavel.

Carta á una señora pidiendo la mano de su hija.

Esquipulas, Marzo 2 de 190...

Señora Doña Melania Rosal,

"El Atolladero".

Mi buena Señora:

Tengo verdadero placer al saludarla, y vivos deseos de su conservación y salud.

Como estoy achacosa hace algún tiempo, no me permite el doctor, salga de esta posesión, como quisiera hoy hacerlo y saludar á Ud. personalmente.

Ya habrá Ud. previsto el caso en que me encuentro, pues estas cosas quienes mejor las comprenden, somos las madres. Manuel mi hijo mayor se ha fijado en Sotera, hija de Ud. y creo que ambos se simpatizan, y queriendo formar un hogar nuevo quizá distante de nuestra éjida, solo espera su consentimiento, la aceptación de Ud. para dar los debidos pasos. Yo no podría darle datos de mi hijo, que nunca sería creída en lo absoluto; pero Ud. quizá sabrá apreciar en lo que vale la formalidad, (hoy en la actual época,....) de un joven. No creo que hará desafortunada á su virtuosa hija, y si la falta de riquezas es un defecto, no lo es para poder reunirlas, perseverante trabajo y prudente economía.

Si mi petición es enojosa á Ud., crea que lo sentiré mucho, y si por el contrario accede á los deseos de mi hijo, solo pido bendición para esos nuevos lares.

Con afecto y consideración, soy de Ud. Attª. S. S.

Tiburcia San German.

Carta á una sobrina que se casa.

Guatemala, Enero 7 de 190....

Señorita Clementina Parra,

Asunción.

Mi buena Tina:

Muy sorprendida quedé al leer la carta de Sebastián al participarme tu boda. Ya es asunto arreglado. No obstante esto, yo debo darte mi regalo de consejos, y esto me lo agradecerás sino hoy, mañana.

Cuando yo me casé con Liberato mucho me molestaron ciertos consejos de ancianas, pero así los recibí ¿y después? Todo lo puse en práctica y ¡vaya si me valieron! Aunque Liberato tan bonachón y tan trabajador, no dejaba, (aquí entre las dos) de ser terco y cuando él decía: por aquí, ni su madre lo sacaba de allí; pero yo, con mi prudencia, con mi docilidad, con mi paciencia, vaya si lo volví un..... gatito, uñas encogidas; pero sí fué bueno.

Pues eso te recomiendo yo. Si es manso, tú debes ser más, pero no con mansedumbre que te dejes arrastrar al río, no. Con dulzura mezclada de rectitud. No te hagas predominante, pues eso es impropio de mujer, pero no seas tan blanda que el día menos pensado, quiera vender hasta las piedras y quedes á la luna de Valencia.

Haz de tu influencia una necesidad, pero no te hagas la indispensable para asuntos propios de él.

La carga que te eches, sea llevada igual siempre. No por pesada le dejes un día. Cuida los intereses y no le eches en cara ningún defecto que le notes. Si es fino contigo, tú serás apasionada, si él es fogoso tú no seas exagerada. Equilibrio, eso requiere el santo matrimonio. Es lazo, es cadena y es cruz, como lazo no lo rompas, como cadena no la arrastres, y como cruz, adórala. ¿Qué situación, ni estado hay sin reveses? pobres ó ricos, buenos ó malos, mujer ú hombre, niña ó anciana; todos estamos en vía de merecer. Si quieres ser feliz, no pienses que mereces dicha, y la tendrás; no creas que sola tú sufres sino que es tan general, universal y propio de todo sér viviente el padecer, que sería una excepción difícil de hallar, uno que no trajera esa consigna.

Sé, pues, fuerte, y serás heroína. No te quejes de algo, que el pobre, mucho tendrá á la vez que ver en tí desfavorable, porque todas tenemos más ó menos nuestro lado flaco, y no lo conocemos, menos lo evitamos.

Dios te dé acierto y si antes me lo comunicas, te hubiera dicho "nones".

Tu tía,

Munda.

Carta á un hermano proscrito.

San José, Febrero 11 de 190...

Señor doctor Don Heli Erzáguriz,

Buenos Aires.—Argentina.

Hermano mío muy querido:

¡Qué diera por estar á tu lado, y compartir contigo lo que te persiga á tí!

No me digas que esta carta es una filípica, ni tampoco una epístola filosófica, nada de esas cosas; es una especie de desborde del pecho mío, que no pudiendo hacerlo con la voz de la garganta lo dice todo con la pluma saturada de honda melancolía.

¡Oh! si supieran los hombres cuánto vale la paz y el hogar no pensarían en turbar su tranquila vida, con cuestiones que si bien pudieran tener interés general, ni siempre lo logran, ni redunda en bien particular.

¿Por qué buscar el polo á las cosas, teniendo un bienestar casi envidiable? Por la patria me dirás. ¡No, no es por la patria el desconcierto que se levanta cuando se levantan murallas de malestar, cuando se quiere interrumpir el pacífico sendero de las masas!

Hay medios y benéficos de arreglar todo, cuando hay verdadero deseo de mejorar situaciones. La palabra mesurada y convincente pudiera mucho. Si nos oyen hemos cumplido, si no se nos atiende, no seremos culpables.

Como se ama á la patria, es haciéndonos útiles en la órbita de nuestras aptitudes. Tú en la tribuna, aquél en el campo de batalla, el otro en su industriosa labor, aquella con su virtuoso ejemplo más allá con su ingenio; uno con sus luces, otro con sus enseñanzas, y ninguno está sin cometido en el concierto universal.

Amar la patria es servirla. No todos pudieran hacerlo en las batallas, pero sí pueden hacerlo todos en su esfera de acción. Con óbolo se levanta un monumento, con el óbolo de industrias, letras, ciencias, artes, moralidad, buena fé, etc., con eso haremos feliz al suelo que nos vió nacer. Cada uno, desterrando lo que le afee hermoseará el conjunto. Ayer había más patriotismo, porque cada uno se preocupaba de perfeccionar su entidad moral, su sér individual y las formas sociales, que casi siempre son el espejo de la vida de los pueblos.

Hemos de convenir, querramos ó no, en las mil evoluciones que el globo tiene que experimentar, aun se les observa en el sistema planetario, se notan en los mundos siderales y ¿cómo no verlas y esperarlas en el globo terrestre; más deleznable por sus capas arcillosas que esos mundos de luz?

Mucho comparas constituciones nuevas, ó de tal ó cual modo dispuestas, que hacen la existencia llevadera, eso, no es cuestión de individuos aislados sino de razas, que han venido seleccionándose y al final se sienten mejoradas. ¿Podríamos acaso nosotros obrar tal prodigio?, ni tú ni yo. Pues entonces, esperar el efecto de otra época, y ello sucederá. El individuo ajeno á toda lucha gozará con el firme paso que lleve y si hay en su camino rudos zarzales, la sana filosofía (dispénsame que tal palabra se escapó) los hace á un lado y se sigue la marcha.

Bien comprendo que tú dirás que eso puede hacer ó pensar nuestro sexo, porque bajo prisma distinto vé la marcha de los sucesos. Talvez no estés en lo atinado. Porque la mujer, no porque no puede en algunos casos expresarse, deja de tener criterio acertado. Ella quizá con perspicacia propia de su organismo columbra lejanas dificultades y trascendentes males; pero no quiere, ni debe ser audaz y espera que el mismo desconcierto general avise el descarrilamiento y se arregle.

Pensamientos son éstos que tú debes hacer y que yo no sería la llamada á inculcártelos; pero, te veo ó presumo que sufres, y quisiera que el porvenir te brindara días de calma y de satisfacción, que por poco que se conozca, solo en el hogar propio se disfrutan. Allí donde están los lazos de familia, hay afectos sencillos y sinceros, allí calor y poesía, que á la larga se echan de menos en lejanos horizontes.

¡Qué pensamientos serían los de Napoleón en la apartada Santa Elena? y eso que al menos sus primeros laureles coronaron las ambiciones de aquel genio juguete de la fortuna.

Toca á la Providencia el encarrilamiento de los pueblos, no es el hombre el encargado de hacerlo sino el de poner en acción cuanto bueno puede ponerse en práctica para el bien general.

Cada raza es factora de sus costumbres, cada pueblo lleva el sello de su acción moral: si fuerte, fuertes serán sus labores y sus frutos, y si débil, raquítico todo lo que emane de sus hechos.

Piensa con cariño en tu familia, y no por eso el desaliento abrume tu corazón. La fuerza moral es el baluarte en el infortunio. Pronto y con tus reflexiones abrirás la puerta de la patria.

Todos gozamos de salud y deseamos saber que tú estás bueno. Cuídate y recibe el afecto fraternal de

LUCRECIA.

Cuando escribas, dirige la carta á Puerto Limón que allí pasaremos los días de Enero.—VALE.

OBSERVACION.—Cuando tenemos que dirigirnos á personas que no pueden regresar á la patria, debemos hacerles pocos recuerdos de sus encantos y circunstancias que aumentarían su dolor. Más bien debemos distraerles con pensamientos y llamarles la atención con otras reflexiones, pues siempre las cartas de familia se aguardan con grata curiosidad.

Carta á una amiga enferma.

San Vicente, Junio 3 de 190....

Señorita Lucinda Duarte,

Amapala.

Mi amada Lucinda:

Grande pena me ha causado, la noticia de tu enfermedad. Habría deseado sacudir tanto compromiso de esta casa, para llegar á ese puerto y cuidarte, pero á ese paso se me dificulta sobremanera por la ausencia de mis hermanos, y todo pesa hoy solo sobre mí. Me consuela que á tu lado está tu mamaíta, y ojalá que el doctor N. esté con residencia temporal allí, según supe en días pasados, para que vea por tí.

Si te sientes mejorada, opino que pases á la capital ó regreses á la Unión que allí tienes muchas amistades que te cuidarán.

Aunque ese gracioso puerto tiene muchas familias no siempre hay todos los elementos para el caso.

Deseo saber pronto de tí, y ojalá en próximo vapor me escriba tu mamaíta.

Al venir alguno de mi familia, podré acudir á tu servicio.

Dios permita que tu mejoría sea pronta. Queda entre tanto apenada,

Tu amiga,

Salvadora.

Carta de una madre al Director del Colegio.

Jalapa, Marzo 9 de 190....

Señor Director del Colegio C.

Guatemala.

Distinguido Señor:

Saludando á Ud. con todo afecto, espero se sirva manifestarme, si mi hijo Policronio ha pasado al 2.° grado Complementario, porque él nada me habla á ese respecto, y yo creo que: en caso contrario debo hacerle severas reprensiones, á fin de que el presente año, lo emplee aplicado y estudioso.

No he recibido el testimonio mensual de Febrero, y eso me extraña también.

Si ha aflojado él en sus estudios, Ud. sabe que yo le estimaré me lo castigue como juzgue oportuno; pues su edad bien permite el que se le exija aplicación, y ya él sabe que: si los estudios superiores no están al alcance de su inteligencia, por lo menos los complementarios utilice y aproveche.

No seré yo, quién conociéndolo sin aptitudes, le obligue á carrera profesional, que no será su centro, puede elegir algunas de las labores apropiadas á cada individuo según sus disposiciones, elementos y vocación.

Para arreglos generales, ya sabe que la Señora Doña Silvia Brunet tiene mi recomendación.

Deseando á Ud., Señor Director, completa salud y estimando sus finos cuidados con mi hijo, espero sus apreciables órdenes.

Afectísima S. S.

Reducinda Mogrobejo.

Observacion.—Las cartas á los maestros deberán ser corteses y lacónicas por las muchas labores á que tienen que atender, y siempre se les debe agradecer todo cuanto hacen en favor de nuestros recomendados, que: nunca se conoce debidamente la molestia, trabajo y responsabilidad que origina un alumno; por bien remunerado que se le suponga, pues no es el metal el que paga servicios morales, intelectuales ó de otra naturaleza.

Carta á una hija en el colegio.

Santa Tecla, Agosto 15 de 190....

Señorita René Vallecillos,

San Salvador.

Amada hijita:

Va ésta con todo el deseo de abrazarte, deseando que tu salud sea inmejorable, y que continúes aprovechando las preciosas lecciones de tus virtuosas maestras.

Nada vale el pan material que yo como madre debo proporcionarte, pues obligación muy dulce me impuso la naturaleza misma; ante el pan del espíritu, del corazón y de la inteligencia, que tus maestras te ofrecen. Como puedes ser agradecida es: poniendo en práctica todo lo bueno, que veas y todo lo útil que te enseñen. Cada letra, cada palabra de los maestros es una joya de valor inapreciable porque con eso, seremos de algún valer y de eso depende el mayor bien con que caminemos por la tierra.

Desgraciado el que no aprecia los esfuerzos de sus mentores y directores, y los sacrificios paternales que por pocos que parezcan, siempre los ocasionan, aunque no fuese más que el separarnos de esos seres tan amados.

No oiga jamás decir que tú te manejas con grosera educación, porque se lastimaría hondamente mi alma.

Cuídate y recibe cariñosos recuerdos de tus hermanas, y besos de tu madre.

Solina de Vallecillos.

Contestación de una persona que recibió una ofensa.

Su Casa, Abril 9 de 190...

Señora Doña Elpidia Personate,

Ciudad.

Respetable Señora:

Vivamente siento que Ud. llevada por un instante de la susceptibilidad haya herido ó pensado herir mi amor propio. No soy yo á tal punto susceptible que reciba como ofensa lo que un arranque de carácter me lanzara.

El lenguaje de la razón habla de otro modo. Yo no he ofendido á Ud. al querer hacer valederos mis derechos y prácticos mis intereses. Si á Ud. le causaron desagrado, no seré yo quien la disguste sino su carácter algo violento. Sepa que no guardo resentimiento y que seré afortunada si puedo servirla, que es el deseo de su afectísima.

Africa Callejas.

Carta á un novio.

Ruperto:

Te has empeñado en que no te quiero porque no me asomo al balcón como tú quisieras cuantas veces pasas por la calle. Tú no sabes que mamá se disgusta, y tiene razón, pues ya que puedes entrar cada ocho días, dice que no es correcto que estemos dando escenas en la calle.

La gente se ríe de los que ven en esa tarea. Cierto que como estamos en víspera de casarnos, quisiéramos hablar á toda hora como los futuros..... pero hay también respetos sociales que atender, y si desgraciadamente ya no se verificase el matrimonio, seríamos uno y otra objeto de burlas.

Esto es lo que nuestras mamás preven y quieren evitar. Ya ves que cuando me pidió tu tío, fué lo primero que te suplicó que no ventanearas.

Guarda más ilusión la falta de vistas que la continua presencia. Yo vivo tranquila esperando las semanas que me hagan feliz, hablando una hora; que al fin casi son dos, pues nunca te vas precisamente á la hora fijada; y haces bien. ¿Tenemos tanto de que hablar? Aunque sea lo mismo, y castillos viejos en el aire. Yo me quedo repasando como lección tus palabras; ¿haces tú lo mismo? Si me amas, debe ser así, sino, al punto olvidarás mis locas ilusiones futuras, ó mis justas quejas. ¿Ya no visitaste á Clara?

Bien portadito, y adiós.

Lupe.

Carta al papá ausente.

Señor Don Tiburcio Esperani,

Danli.

Querido Papá:

Tengo vivas ansias de saber de Ud. y hermanos, pues desde su última de la semana antepasada, nada me dicen.

¿Cómo está de salud? ¿Qué tal está portándose Libio? Yo no he podido arreglar los asuntos que comenzamos, porque me faltan algunos detalles que espero recibir en estos días. No se apene por estas pequeñas demoras, que todo se arreglará Dios primero.

Procure pasear, darse baños y desentenderse de las mismas ocupaciones que al fin gastan el espíritu y el organismo.

Fernandita lo abraza y quiere escribirle, pero teme que Ud. no entienda su letra.

Con el cariñoso abrazo reciba el corazón de su hija.

Lisímaca.

San Pedro Sula, Mayo 11 de 190...

Carta á una prima que está distante.

Corinto, Marzo 7 de 190...

Señorita Engracia Luján,

Londres.

Carísima Gracia:

En inglés debía dirigirte ésta, porque supongo que con siete meses de estar entre esos, ya no recordarás el español. ¿Serás tan ingrata de echar al olvido nuestro sonoro, rico y más que todo propio idioma? ¡No seas así, ve que te castigaría ya sabes quien! Desde que me contabas las impresiones de aquella colosal ciudad y sus extraños objetos, ya no recibo carta tuya, ni de Nabuco. ¿Qué les pasa? ¡Serán tantos los encantos de ese Puerto y Capital! Así debe ser, pero lo que yo más pienso, es que el nebuloso cielo de Londres y la atmósfera cobriza, que cobija ese lugar, te ha vuelto fría como son ó deben ser los fulanos de allí.

¡Qué tristeza! ya me figuro yo estar hablando con un sujeto de esa; seco, (no flaco), frío, indiferente y perplejo.

¡Dios guarde!, si á nosotras nos gustan, con vida, con frases armoniosas que á veces, canto y canto y nada de..... como dijo la otra; pero lo cierto es que nuestra naturaleza está formada para la poesía y aunque sea en palabras la buscamos, ya que la patria la derrama en todo y por todo. Desde la altiva Cordillera, hasta las

pintorescas llanuras, y desde sus majestuosos lagos, como el nuestro de Nicaragua, hasta los limpios riachuelos, todo lleva el tinte supra armónico y como recuerdas toda armonía es música, y toda música es poesía, en fin fuera de digresiones.

Díme, ¿conociste al fin el Castillo de Windsor, y si no apresúrate, que aunque sea por fuera debes visitarlo. Yo no perdiera tiempo en tu lugar. Solo de la Bolsa y de las grandes fábricas me hablaste ya, quiero me informes del modo de ser de esas ladys. ¿Son bellas? si serán ¿verdad? pero nuestras paisanas tienen ese fuego, propio del suelo americano tan propenso á dar llamas como á apagarse, pero con tal facultad, así vamos pasando. Nuestro Puerto está algo silencioso. No sé á qué atribuirlo; talvez por no haber ahora que exportar; el mes próximo, entonces sí vendrá la animación con los fardos y los exportadores, y las bañistas.

Las Cardenal, estuvieron aquí el mes pasado; siempre tan festivas como para vivir cien años con ellas.

Nuestro Momotombo nos asustó hace unos días con sus ruidos, pero no pasó á más, gracias al Cielo.

Cuestiones políticas, no alteran ahora el orden, lo cual ya es algo para vivir unos días. Eso si tienen ahora Uds. en favor, que no están oyendo ni esperando triquitraques de estos nuestros connacionales que no dejan á una estar tranquila. ¿Conoces ya á las realezas de allí?

Si puedes mandarme fotografías ó revistas, me halagarías mucho. Si ya tienes, que lo dudo, alguna amiga londonense me la saludas, apesar de que esas tales no tienen estas fórmulas nuestras; son puro dinero ó nada. ¡No me gustan!, pero ¡qué me han de gustar si no conozco á ninguna, pues aquella Miss. que estuvo aquí á saber qué bretona sería!.....

Adiós, ya hago punto porque si sigo nunca acabaría.

Goza con cuanto veas allí, pero no por esto olvides á tus fieles amigas de estos solitarios desiertos. Con cada ola que viene, quedo esperando carta tuya y deseo abrazarte cuanto antes.

Maclovia Lacayo.

Carta á una cuñada con motivo de un nuevo niño.

Antigua, Enero 20 de 1900.

Señora Doña Librada de Rebolledo,

San Andrés.

Mi amada Libra:

Comienzo por felicitarte, por el nuevo vástago. Bendigo á Dios que cuentes ya tres niños, pues dada tu juiciosa educación harás de ellos útiles y dignos ciudadanos.

Darás la enhorabuena á Roque, porque verá en sus hijos tus virtudes, Dios mediante. Lo que yo me atrevo á encarecerte es,

que no cifres toda tu vida en ellos con un amor exagerado, porque eso nos puede cegar á tal punto que no veamos sus pequeños defectos ó nacientes pasiones, y, ¿qué sería de nosotras las madres si ofuscadas por cariño mal dirigido, dejáramos crecer lo que un día podría serles nocivo, perjudicial y trascendental?

Desde la cuna estamos en la obligación de alejarles todo lo que puede un día volverse en ellos hábito. Hasta en las costumbres puramente naturales, cabe buena dirección. Así los veremos crecer robustos, sin hábitos viciosos y con especialidad, fáciles de encaminarlos al bien.

El amor verdadero á los que amamos, consiste en saberlos encarrilar, corregir y serles útiles en la verdadera acepción de la palabra. Mimarlos y serles escollo á su felicidad futura es criminal.

Quiera el Señor, conservar la salud de los tres niños y que Roque sepa repartir en iguales partes el afecto á los tres, pues el primogénito parece llevar la palma. Tú, supongo los amas en igual porción.

Caricias á Luisito por mí, y abrazos á Jorge y á Labán.

Tu hermana política que te quiere.

BELISA.

Contestación á una petición.

SAN DIEGO, Octubre 31 de 190...

Señora Doña Eleuteria Zambrana de Sáenz,

San José.

Muy estimable amiga:

Con verdadero placer recibí su grata de 13 del presente y aunque debía contestar á Ud. en próximo correo, no pude hacerlo sin antes escoger el mejor medio de obsequiar sus deseos. Ud. sabe que sus encargos son órdenes para mí, que veo en ellos un medio de servirla.

Queda pues á la fecha arreglada la cuestión que motivó su anterior.

Tiene Ud. situados en esa los 2,000 colones que necesita y ya sabe que no me apresuré á mandarlos por no parecerme el que Ud. hipotecara finca ninguna de ésta, ya que yo debía recibir una suma en la presente semana.

Si algo tardé, no fué morosidad culpable, sino inconveniente particular que hoy queda salvado.

Cuando Ud. guste ordenarme seré honrada con sus estimables disposiciones.

Mi esposo la saluda, y yo quedo muy afectísima S. S. y amiga.

CRISANTA DE IRAZU.

Carta dando una mala noticia.

Santa Ines, Mayo 27 de 190...

Señora Doña Silveria G. de Barrueto,

Guatemala.

Muy estimada Señora:

Hago mis votos á Dios, porque Ud. esté disfrutando de salud en unión de su amable familia. En ésta todos á sus órdenes.

Recomendóme la Directora de X que manifieste á Ud. la dificultad que existe en que continúe en el establecimiento su hija Máxima. Ella creo que ha olvidado los buenos consejos de Ud. y desatendiéndolos, se hizo ajena al afecto de sus maestras.

Yo como creo un deber hacerlo, la recogí ó más bien la recibí en mi casa, mientras Ud. ordena el enviársela, aunque la Directora pudo tenerla mientras Ud. disponía algo; me pareció que estaba mejor lejos de las demás que algo molestarían el amor propio de ella.

No se apene en demasía por tan penoso resultado, que más tarde y con atinadas reflexiones se subsanarán sus faltas, que son generales en la juventud inexperta.

En espera de sus estimables órdenes soy Atta. S. S.,

Basilia Bonaparte.

Carta á un abuelito.

Guatemala, Mayo 27 de 190...

Señor Don Lázaro Castro,

La Tebaida.

Querido Abuelito:

Cada semana tengo el gusto de escribirle, y aunque sé que Ud. no puede ya contestarme por su falta de vista, sí quisiera, que mi tío me pusiera letras dictadas por Ud.

Mucha falta me hace mi querido Abuelo; solo la necesidad de ahorrar algo me obliga á vivir lejos de ese lugar que aunque aparece triste, para mí tiene la mejor alegría que es verlo á Ud., pues el que no sabe de abuelo no sabe de bueno. Aquí no carezco de nada porque la Señora á quien sirvo es muy bondadosa y me cuida como hija, por las recomendaciones de mi tía Lola.

Le remito con Rafael mi primo, todo mi sueldo, pues nada me falta á mí y á Ud. le servirá para algo.

Supe que está Ud. muy sano y tranquilo y eso me alienta á continuar lejos de Ud.; pero si Ud. se enferma, pronto mande á mis hermanos ó á mi tío para que yo vaya á cuidarlo, aunque Ud. tenga

allí otras nietas. Mi deber es hacerlo, y mi placer servirlo, para pagar con algo su ternura y sus cuidados.

Aunque aquí hay muchas distracciones, yo gozo en pensar en Ud. y en pedir á Dios me lo cuide y conserve mucho tiempo.

La Señora, mi patrona, no se opondría en permitir que yo fuese á su lado, en caso de enfermedad; pero si no quisiera, yo preferiría estar en la compañía de Ud., que pasar con el sentimiento de no serle útil, tan lejos.

Su nieta que lo quiere de corazón.

BLASINA.

A una abuelita.

GRANADA, Febrero de 190...

Señora Doña Mónica Ferraz,

Comayagua.

Mi amadísima mamá abuela:

Estoy sentida con Ud. porque no me ha escrito y yo no dejo correo, sin ponerle algunas letras. ¿Ya se olvidó de su Lulú? ¿ó es que ha estado enferma y no me lo quieren decir? Vivo con esa pena, y causa de eso ni me fijo en los estudios. No puedo consentir en que Ud. se ponga malita, y yo tan lejos, pero no, Dios me oye, y á El pido día á día que Ud. esté muy bien de salud.

Lo más caro para mí es Ud. desde que quedé huérfana, y mi deseo es volver cuanto más pronto sea posible á su lado. Ya conoce Ud. esta ciudad tan bella y que mucho me gusta, pero es para mí más grato estar con Ud. y contemplarla.

Cuando visité nacimientos, la recordé yo con su precioso risco; viera que graciosos estuvieron los de aquí, pero el suyo me es más encantador. Hágale una visita, á mi madrina, porque yo solo una hora dispongo los domingos para escribir, y esa hora es para mi mamá-abuela.

Ya concluí el trabajo en seda que comencé el mes pasado; lo enviaré á Ud. en cuanto tenga caja apropiada. Ya tengo dos paisajes y son bonitos porque son de nuestras colinas; así creo yo, no se si me equivoco.

Los profesores dicen que tengo el 2.° puesto en pintura y dibujo; solo lo que no muy me gusta son las matemáticas, pero sí estudio bastante, no sea que deba recibir título para salir del colegio; á mi condición, creo que le bastaría con los conocimientos generales, pues no pienso dedicarme á trabajos de hombre ni á la enseñanza; solo me creeré feliz sirviéndola á Ud.

Adiós mi buena Abuelita. No se descuide en nada que pueda perjudicar su salud, y bendiga á su

LULÚ.

Carta en el natalicio de una amiga.

Tu casa, Marzo 20 de 1900.

Señorita Estela Rosa,

Presente.

Amada Estela:

No pudiendo estar hoy á tu lado por hallarme enferma, vayan con estas frases de cordial afecto los votos puros de mi amistad.

El natalicio de los seres á quienes amamos, es digno de festejarse porque tales días nos traen el recuerdo del dichoso en que vieron la primera aurora.

Tú mereces los muchos y fervientes votos de tu familia por tu perpetua felicidad, y las voces de la amistad, te deben también significar los suyos.

Entre estas que nos felicitamos de ser tus amigas leales, está quien estas líneas te traza, desnudas de lujo y de poesía como te haces acreedora, pero revestidas de infinita ternura.

La alborada de la vida te ha visto feliz y satisfecha; quiera el Eterno que el camino que te falta, sea próspero y cubierto de flores; en tus virtudes las hallarás, en tu bondad sabrás quitar los abrojos propios de toda senda, y yo con saber que eres feliz, lo seré y mucho, porque mi afecto es el mismo que nos alegró desde los primeros días de la existencia, sin que ni pasajera sombra lo empañara.

Te envío esas violetas, símbolo de mi modesto lenguaje, pero llenas del perfume de la ternura. Como tú, flor de nuestra sociedad, perfumas el ambiente de cuantos te rodean, así ellas recuerden á la sincera y fiel amiga.

Expectacion.

Carta cobrando una cantidad.

Señora Doña Bonifacia Santélices,

Presente.

Señora á quien aprecio:

Tengo el gusto de saludar á Ud. deseando su buena salud y bienestar, lo mismo que de su estimable hermana.

Mi deseo sería no inquietar á Ud. con respecto á la suma que me tiene, pero ahora me urje, y contra toda mi voluntad me veo en el caso de recordársela y suplicarle que no pase de esta semana. Créame que si contara con otros fondos no molestaría á Ud. que talvez ha tenido dificultad en reunirlos. No será ésto motivo de que en otra ocasión no me ocupe, que seré siempre como Ud. merece, su S. S.

Luciana Icasa.

Casa de Ud., Marzo 29 de 190....

Carta á un Doctor pagando sus derechos profesionales.

Guatemala, Abril 5 de 190...

Señor Doctor Don Feliciano Torrecilla,
Presente.

Señor:

Con el más ferviente voto de gratitud, dirijo ésta á Ud. que tan bondadosamente se interesára en la salud de mi adorada madre.

Su larga como bien empleada carrera profesional le ha merecido laureles, que Ud. humilde siempre acepta, pero no busca. Este que hoy ha ceñido, una vez más, sea la recompensa de su filantrópico afán y de su caritativo interés.

Adjunto á Ud. esos honorarios que: no serán los que debiera remitir, pero que son los que puedo por ahora.

Sea mi gratitud para Ud. una demostración íntima y profunda del alma que á tamaños servicios, no le proporciona la fortuna adecuadas retribuciones; y la voz del infortunio halle siempre en Ud. al bondadoso aliviador de sus males.

Bartolomea Pizarro.

Carta de despedida á una hermana.

"El Parnaso", Mayo 10 de 190...

Señorita Ester Rosa del Arenal,
Santa Marta.

Cara hermana:

Desde esta pintoresca villa te digo mi adiós de despedida. ¿Volveremos á vernos? No lo sé, pero si mi adverso destino tal sacrificio me impone, no dudes un instante en el amor de tu hermana.

No quise ir á despedirme de tí, porque sería muy doloroso para ambas.

Parto para San Francisco porque así lo quiere la familia de Arquelao, pero desde allá te recordaré y procuraré servir en lo que me necesites. Si los negocios no son favorables, quizá resuelvan regresar. Esta posesión queda á cargo de mi cuñado. Así es que eso me deja esperanzas de que no sea indefinida la ausencia.

Cuida mucho á mi tía, y abrázala por mí; que yo no la olvidaré; el correo próximo te llevará un pequeño recuerdo mío. Acéptalo.

No llores por mí, que talvez tenga la buena suerte de volver á tus brazos cariñosa siempre.

Estefana.

Carta agradeciendo un obsequio.

Casa de Ud., Febrero 15 de 1900.

Señorita Directora del Colegio "La Sociedad",

Presente.

Muy distinguida Señorita:

Con su apreciable, he recibido la inestimable deferencia con que inmerecidamente me favorece. Asimismo el valioso obsequio que me envía, el cual viniendo de Ud. tiene para mí centuplicado valor, por el afecto que en ello me revela.

No conociendo de parte mía ser acreedora á sus bondades queda obligada mi sincera gratitud.

Al manifestársela á Ud., acepte una vez más el aprecio y cariño de su afectísima S. S.

Rodolfina Aranzazú.

Carta á un sacerdote en su primera misa.

Señor Pbro. Don Crisóstomo Vera,

Chinandega.

Respetable Padre:

Con la fausta noticia de su ordenación he gozado, cuanto es indecible, viendo aproximarse el día entre los días, felices para Ud.; pero hoy al contemplar la felicidad que le ha cabido, acercándose la primera vez al Altar, haciendo oficios que ni los Angeles, tienen igual; he sentido como propia su verdadera alegría. El mundo no conoce ni se detiene á meditar sobre la dignidad del Ministro del Santuario, por eso vé casi indiferente á esos elegidos.

No seré yo la llamada á hacer los encomios de su dignidad, ni menos aun á augurarle los áridos y dilatados páramos que le esperen. Ud. todo ésto ha columbrado, y sabiéndolo no ha disminuído su valor moral ni ha pensado evadirlo al llegar el día de emprender camino. Ud. ha sido como cuantos abrazan esa carrera, elegido entre millares. Si alguno desalentado en la jornada, dobla la frente, no quedará en el desierto. Mano de Angel le levantará y volverá á la vía que dejó. ¡Es tan sublime, tan grandioso el cometido del hombre sacerdote, que: no podría nunca abdicar voluntariamente su misión incomparable, salvo casos en que la razón se extravíe, pierda la lucidez y con ella el sér que le hace el primero entre los de la creación.

Su oración contínua, su abnegación hasta lo inverosímil, y su lucha entre lo divino y lo humano que constituye el individuo, me asombran ya, porque de ello nos ha dado pruebas irrecusables. Aquel, que hoy bajó á su llamado en este día, cubra su existencia con la coraza de toda virtud.

Los Angeles del Empíreo guarden sus sentidos y sean los truinfos sublimes, aunque ignorados del soldado de Cristo, los que le reserven el verdadero laurel. Una eternidad de inefable ventura.

A sus cotidianos mementos me acojo, y las pobres plegarias mías serán por el colmo de su predilección. La perseverancia.

Con mis ardientes felicitaciones, créame siempre invariable servidora.

Anunciacion Peraza.

Leon, Febrero 28 de 190....

Carta de felicitación á un nuevo Abogado.

Guatemala, Octubre 15 de 190...

Señor Licenciado Don Facundo Tristán,

Presente.

Señor á quien estimo:

Al coronar sus tareas científicas, en este día, en que vé abrirse nueva Era en su existencia, me animan sentimientos de verdadero regocijo. Para los triunfos de los amigos no hallamos expresiones que signifiquen nuestro propio gozo.

Talvez sea espinosa, la labor que Ud. emprende, pero todo lo que está en la cima, implica sacrificio para llegar.

Ud. con la balanza de Themis, hará beneficios á la humanidad, víctima de injusticias y con eso tendrá un mundo de satisfacción. Esa cabe á las almas grandes que no aspiran solo al mezquino placer del oro.

Nunca se desvíe Ud. del sendero de la probidad y de la justicia, y el eco de la gloria, la diadema que la Historia coloca sobre la frente de sus preferidos y la conciencia siempre tranquila, serán premio acá en la tierra, á su noble proceder. ¿Puedo desear más al buen amigo, que ya se siente feliz con el triunfo del deber cumplido?

El abrazo de su anciano padre y el beso amoroso de la tierna madre han pagado á Ud. en este día los rudos años de labor y de constancia.

Para ellos mis enhorabuenas, y para Ud. votos por su prosperidad.

Edda Parquer.

Tarjeta de felicitación á un artista.

Refugio de Arbizú,

Con admiración y aprecio saluda á Ud. felicitándolo por el último y bellísimo cuadro que su imaginación de artista ha producido. ¡Mi entusiasta enhorabuena!

Señor Don José Cambronero,

Ciudad.

Mayo 2 de 190...

A una amiga que sufre.

Tu casa, Mayo 24 de 190...

Señora Doña Armenia de Riofrío,

Ciudad.

Mi amable Armenia:

No quisiera que las palabras suavizaran las profundas amarguras, sino los hechos. Quitar de tus hogares los crueles sufrimientos, y dar con la mano el alivio que mereces; pero, ¿quién puede cambiar lo que está destinado quizá para nuestro futuro bien?

Ayer te recomendaba la resignación, y sé que la tienes; hoy te encarezco la constancia en esa misma resignación.

¿Acaso no tiene ocaso el sol? ¿No tiene punto de término el invierno? y cuanto existe sobre la tierra no vemos que cambia y desaparece? Pues así es y más fácilmente el dolor. Es propio de la humanidad tener todo, cambio, y fin.

El soldado no gozaría sino, en la victoria, el mártir con la corona.

Tú luchas. ¿Por qué no esperar recompensa? Al grande padecer espera mucho gozar.

Fija tu pensamiento en lo que vale fijarlo; en la suprema felicidad.

Comparto sufriendo contigo, y las tristezas que me trasmites, las convierto en ruegos por tí.

Sobre tu frente que el dolor nubla imprimo el beso de mi compasión y afecto.

Tuya afectísima,

Maria Antonieta.

San Pedro, Marzo de 1900

Señora Doña Sofía de Arcaiz,

Quezaltenango.

Siempre recordada amiga:

Mucho te agradecí la muy fina carta que me dirigiste, y más te agradezco la confianza que me dispensas al pedirme consejos acerca de las dificultades que se te presentan en el hogar. Algo creo que existe allí de parte tuya. No siempre las suegras son culpables de ciertos defectillos. Son las hijas advenedizas las que están llamadas á estudiar el carácter de la nueva mamá para hacérseles amables y amadas.

Disculpa mi franqueza. Las mamás suegras ya son por lo general entradas en años, ésto y sus penas les comunican cierta acritud, que una buena esposa debe procurar endulzarles. Ellas quizá han sabido gobernar su hogar con mucha rigidez, con orden, economía y aseo, pues ésto, aunque implica sacrificios, debe ponerse en práctica porque á la vez redunda en bien propio.

Mucha dulzura, pues tú sabes que hasta las moscas caen mejor con miel que con acíbar. Actividad y mucha tranquilidad en el semblante, hacen amable y simpática á toda mujer. Nada de quejas por trabajosa que sea la existencia. Tras la borrasca sigue el tiempo sereno.

De este modo y en todo procurar complacerla, te darán el más deseado éxito. Recuerda que algo ó en mucho has enajenado el cariño de su hijo y al menos con tu ternura le pagas ese hurto. Siembra, que después recogerás.

Ten por máxima segura que: el que es bondadoso merece reciprocidad. ¡Cuántos defectos tendrás tú, que ella quisiera alejártelos y no debe ni quiere ofenderte. Todos los tenemos. Sufrámonos mutuamente. Esa pequeña lucha nos acarreará mayor calma. La simpatía, no la lleva el rostro, sino la amabilidad, la virtud.

De esta suerte te atraes más á tu esposo, que comprende con estos rasgos de abnegación, todo lo que deseas ahorrarle.

No seas dominante, no quieras agradar á otros, y procura estar lo menos posible en la calle, y cuando debas salir si es á honesto recreo con tu marido, y ojalá que la invites á ella también, como señal del mucho agrado que su sombra bienhechora te produce.

Mucho podría añadir á mi larga epístola, pero temo cansarte, supla tu rica inteligencia lo que omito ahora, y á vuelta de unos meses ó días me contarás cuánto has ganado en el corazón de Doña Rosa. No dejes esta carta donde pueda ella verla que mucho la molestaría tal indiscreción mía, ó tuya.

Sé feliz, pues Dios te ha dado elementos para ello, y tú puedes poner algo de tu parte.

Como siempre te quiere,

Bartolomea.

Antigua, Febrero de 1900

Señora Doña Enriqueta de Oliva,

Lima.

Mi bondadosa amiga:

Estimo tu grata del 20 del pasado, en todo lo que vale. Tus sanos y juiciosos conceptos son para mí, valioso tesoro porque sé que los dicta la prudencia, el cariño y la amistad.

Comprendo que mi matrimonio con Emilio no sería feliz por la diversidad de caracteres y menos todavía por la diferencia de creencias. El, sectario, yo apostólica, católica y romana, por convicciones, por abolengo y porque en mis venas siento correr la sangre de aquella raza que un día atravesó desconocidos mares por plantar en nuestros bosques y praderas la enseña del Crucificado.

Pero ahora el punto difícil está, no en que yo prescinda, que sí prescindo de una vez, sino en que él está según aparece perdidamente ciego por mí y que mucho costará el que desista. Tú me dices que aproveche esa pasión que le domina, para atraerlo á mi religión, y creo que en apariencia ó por el momento sí lo haría, y en cuanto lograse su objeto, volvería á su tenaz manera de pensar, y esto es lo que yo peso, la trascendencia de tal circunstancia, no quiero aventurarme.

De todas maneras, yo debo salvar mi hogar de cuanto pudiera acarrearme sinsabores. La vida en sí misma sin esos grandes líos, es harto difícil. Ayúdame tú á salvar la situación, que por mi ligereza juvenil he colocado á tal altura.

Abraza á Ernestío á mi nombre y cuídalo como precioso fruto de tu dichosa unión. El herede tus bellas cualidades, y sea el consuelo de tu vejez, que no por estar distante, dejará de llegar. Retorno los recuerdos de tu esposo y escríbeme siempre.

Tu amiga,

Beatriz.

SEGUNDA PARTE[1]

La Natividad de Jesús.

Dulce como todo lo que se relaciona con la niñez es la Pascua. Parece que cuantos atractivos se encierran en la urna de doce meses, salen por los últimos días de diciembre á regocijar al niño, al hombre y á la mujer, al joven y al anciano. Fiestas populares. ¡Oh, los desheredados de la suerte, también vosotros entonais vuestros himnos con la pascua!

¡No sólo el hijo del magnate gozará con el abundoso festín y el deslumbrador sarao, también el pobrecito proletario, ya prepara su bullicioso nacimiento. Por un día, por unas horas, va á olvidarse de su eterna prosa, de su negra suerte y de su mísero destino!..... Corren bandadas de graciosos niños, en busca de sus tradicionales pastores..... La madre cariñosa sigue al hijo de su alma por aquel mercado de juguetes, y ella también forma el castillo nacarado de las primeras edades. Un día siquiera no pensará en el monótono trabajo. Un día redobla su labor y espera descansar con el justo motivo del nacimiento; del nacimiento del Salvador!

Poética como todas las ceremonias del creyente, es la fiesta del Niño del Portal. Esta fiesta habla al corazón con su eterna melodía, habla á los sentidos con su lenguaje de ilusiones.

¡No paséis tan veloces, preciosos sueños de oro de la edad de la niñez! ¡Cuando os hayáis alejado llorará la venturosa infancia que no retornará ya más!

La juventud goza al contacto de cuanto es tierno, de cuanto la retrata; justo es, pues que en la pascua, tiempo en que se conmemora el más tierno y sublime de los sucesos, se conmueva, se regocije,

(1) Los artículos aquí puestos han visto la luz pública en revistas del país y de otras partes, con mi nombre unos y con mi seudónimo otros, pero de años atrás.

se levante hacia mundos desconocidos, á dó sólo le llevan en sus alas, los querubes de Bethlem.

Nuestra mente vuela por las graciosas colinas de la Judea, nos acercamos por un momento, al derruido umbral del pesebre de Jesús..... nada existe: aquel en un tiempo establo rico, sólo guarda algunas pajas, que como olvidadas, permanecieron allí por alguna centuria.

La luna comienza á aparecer en el azul pabellón, miles de mundos se abrillantan á medida que se eleva por el éter la majestuosa diosa de la noche..... Un ruido extraño turba por instantes la tranquila selva. Placer desconocido toca á las puertas de los guardadores de ovejas.

Batilo se apresura á llamar á su Tirsa para que canten con su guardada arpa, aquella arpa que se encontraba en las llanuras de Rubén.... Y corren á comunicarse con los demás pastores de la comarca, por que su júbilo es inmenso, inusitado, dulcísimo, jamás sentido..... El hielo, la escarcha, nada sienten.

El placer que baña sus corazones, calienta sus miembros hace poco entumecidos.....

Multitud presurosa se acerca al arruinado portal, ninguno los ha llamado, pero todos han corrido en esa dirección..... y se acercan y cantan.

El perfume suave del templo de Salomón nos ha atraído dulce familia, dice el enamorado Batuel, y por ese nos postraremos en este recinto humilde pero quizá santo..... ¿No oyes, adorada mía, el concierto que en los aires escucho yo?..... Oh, sí, lo escucho también yo; volemos á llamar á los pastores..... allá vienen.

¡Sacrosanta remembranza, que no abrumarán los olvidos de veinte siglos!

Así como los humildes moradores de Judea sintieron el poético influjo de la presencia del Dios niño, así todas las generaciones subsiguientes han gozado con el bendito recuerdo de aquella etapa. Y por eso goza la soñadora imaginación del niño y de la mujer. Y por eso también el anciano, en alas de sus recuerdos, olvida sus ya contadas horas, para celebrar el nacimiento del Salvador.

Las palmeras vestidas de sus inimitables hojas, dan ropaje á los nacimientos de nuestro país, el precioso fruto como el oro, engarzado, ornará las pilastras y los techos, y nuestras bellas montañas en miniatura retratadas por ríos de plata, harán las delicias de nuestros niños; cascadas de papel, lluvia de plata..... Celebremos la pascua de nuestros antepasados, que la verdadera alegría nos haga por instantes olvidarnos de la prosa de la existencia. Que admiren por doquiera las bellezas de nuestro suelo en graciosos paisajes, que la música de Efraín, nos haga por un momento olvidar el mundo y su cortejo de dolores, haciéndonos entonar con el ángel de noche buena: "Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!"

Sor Elena.

Juventud, belleza, fortuna, talento, posición, virtud, salud y afectos, todo, todo lo que puede embellecer la existencia y dar alegría y encanto, á las horas de la vida..... las de su sexo la envidiaban, los hombres la admiraban, su familia la amaba con íntima ternura. ¿Y cómo no amarla, con su angelical carácter, con su genial bondad, con su perfecta educación? Las halagadoras frases de la amistad no mareaban su cerebro ni maleaban su corazón las voces de la entusiasta admiración que por doquiera escuchaba, y su alma en alas de místicos anhelos, busca otro campo á do espaciarse.... y una tarde, tarde plácida de mayo, llena de valor, de ese valor que sólo la virtud inspira, se despide de sus padres y se encamina á la tranquila mansión de las vírgenes de Dios!.....

Lágrimas, ruegos, reflexiones justas y que sólo el cariño dictan, no pudieron hacerla vacilar. ¿Por qué en la edad de las dulces ilusiones, de los plácidos ensueños, de las gratas emociones, te retiras de ese mundo que aun no ha derramado en tu alma el acíbar que guarda escondido? ¿Por qué no gozas de todo cuanto noble y digno te rodea? ¿Qué extraña locura se apodera de tí y abandonas hogar, familia y afectos?..... y para el mundo que ayer te admiraba como buena y como bella hoy te compadece como pobre enajenada!.....

¿Dónde, dice el vulgo ignaro, dónde está el criterio de Malvina, para sepultar tanta hermosura en el sepulcro de los vivos? ¿dónde la abnegación para ser la esposa amada de alguno de tantos que la idolatraban? ¿dónde la santidad, si rehuye los medios que el mundo puede proporcionarle? y llegan á sus oídos las absurdas frases de compasión que le prodigan, y abre más la tumba do reside.

Pobre mundo, no sabes, dice Malvina que allí en tu seno no hay paz cumplida ni perdurable; tú me ofrecías afecto..... pero ese afecto lo dobla como débil junco el aquilón de algún contratiempo, y yo..... flor que no nació para lucir su corola en tus pensiles, amo lo grande, lo digno, lo que no muere, lo que no traiciona, lo que no cambia..... El corazón de la mujer mientras más exquisita es su sensibilidad, mientras más nobleza hay en su alma, más grandeza de aspiraciones abriga y quiere que su afecto no sea con otras compartido..... no, no soportaría el dolor de la división, moriría ¡como el cisne, cuando ve caer á la dulce amiga por la mano aleve del cazador! Ama con íntimo anhelo, porque cree digno á un ser elegido..... y, cuando cruel desengaño arranca aquel cendal, el pecho no soporta el hórrido dolor que le anonada..... y sólo la muerte, esa dulce hada que le tiende sus brazos para estrecharla, para siempre.... sólo ellá podrá dar lenitivo á su infinito pesar!.... ¿Por qué quieres ¡oh mundo que no me comprendes, quitarme la dulce quietud de este recinto á donde no llega el veneno del desengaño, ni tortura la crueldad de la traición! Soy feliz, mis ojos,

no se fijarán en bellezas pasajeras, mis oídos no se adormecerán al blando arrullo de ternezas, que no les dicta el corazón.

Adiós, déjame aquí.....! y Malvina recibió sobre su cabeza la blanca toca de las vírgenes de Dios..... y dijo el mundo: "Pobre histérica..... murió para la felicidad." Ignorantes, no conocen la dicha y la quieren brindar..... pobres, no la sienten y creen venderla al precio de innúmeros lamentos, de tristes desventuras.

Malvina..... hace seis años que cambió su nombre por el de Sor Elena de San Agustín. No la recuerda el mundo..... no la conocen más que sus compañeras que vistiendo la cándida librea, oran juntas, recréanse juntas y pasan sus horas entre el cielo y la tierra..... Su alma no ha sufrido, su corazón lo ha acostumbrado al libro, al altar, á la patria do algún día llegará.

Mujer feliz.

La Poesía del Dolor.

Un campo sembrado de nítidas azucenas; en verde lontananza una faja de cristal serpenteando y en cuyas linfas se detiene el cisne..... á sus márgenes plateada y menuda arena; el cantor de las selvas más allá, y graciosos corderillos acercándose á sus transparentes aguas. El sol calentando las faldas de las esmaltadas colinas, para que los hijos de dos hermanos, que alegres se deslizarán en su tapizada alfombra. Alegría, contento, amor y felicidad prometía á los dos mancebos aquella tierra, aquel cielo, aquel ambiente!..... Un triste efecto de la primera delincuencia, trastorna el cerebro del mayor, y sus ojos negros se vuelven altivos, crueles, su modelada boca se contrae al furor de una pasión, su frente se nubla por el pensamiento fijo en un..... crimen. Pronto las bellezas de ese cielo le parecerán tristes presagios.

¡Como se liquida la nieve de las montañas al calor del sol, así se deshace en llanto el pesar de dos mujeres!

Con la edad de los patriarcas, con la edad de los pastores y de las selvas, murió la virgen poesía. Vinieron etapas de bronce, de oro, de luz, de acero..... y no resucitó el genio bienhechor de aquellos días, que hacía recordar á los mortales, el llorado Edén.

La primitiva humanidad comenzó con dos ramas cuyo tronco creció en el paraíso. Aquellas dos ramas extendieron sus hojas, se dilataron, crecieron en distinta dirección, la una inclinó sus frutos al lado del Septentrión, la otra mirando al Mediodía.

Caín el delincuente, ama la molicie, y quiere que de los rebaños de su hermano, lleguen pieles y lana para su abrigo, leche para su Mehala, esposa á quien no ama según el corazón! quiere que las perfumadas azucenas sean para él y los cabritos para su Addí, quien apenas balbuciente ya muere de pena al contemplar el adusto sem-

blante de su padre. Este, lleno de envidiosa ira, asesta contra el dulce Abel, fratricida arma..... y cae como el junco, al furor del vendaval!!

Thirsa, la tierna Thirsa, esposa infortunada del primer hermano que sucumbe, no se desgarra su blanca veste de cordero, no se arranca su rizada cabellera, no se desespera en su amargura. En la profunda pena, llora junto á los jacintos del vecino Eddol, y cubre de besos al rubio niño que retrata á Abel la sola prenda que de su amor quedara! la tierna herencia del malogrado esposo..... y canta piadosa elegía que le dicta su dolor, á las márgenes del Etri!

"Amante compañero que el Criador del Universo dióme, candoroso hermano mío, que el venerable Adán nuestro padre me eligiera un día sobre la piedra que de altar servía allá..... en el caudaloso Etri. ¿Por qué me dejas en este páramo sombrío? ¿No te acuerdas de tu Thirsa, que en las tardes presurosa te salía á encontrar con tus palmas favoritas y tu niño en sus brazos? para que aquellas cubrieran tu cabeza y el otro acariciara tu seductora barba, y tú velabas tu marfilina frente con tu rubia cabellera, que rizada ornaba tu ovalado rostro! ¡Recordarás allá, en otro Edén á la pobre compañera! que como su nombre indica, inconsolable ansía el instante de abrazarte en el Prado del Señor!

Y tú, pobre hijo mío, llora, llora sobre el césped que nos cobija á tu padre y á mi bien. Llora por el cariñoso Abel, que nos dejó en la plenitud de la vida y de la dicha, en lo más bello de la existencia que á Dios le consagraba y á su morena Thirsa. No sepas, no, que cruel hermano nos lo arrebatara..... ¡Ay! Abel, Abel mío; carne de mi carne, alma de mi alma, mi vida, mi cielo, mi ventura, mi amoroso compañero, ¿por qué no bajas á hacerme compañía?, ¿á dónde se encaminará tu desolada Thirsa, pobre hermana? ¿No te acuerdas de aquel día en que Mehala mi infortunada hermana abrazándome con ternura me dijo, que Eva en aquella tarde nos uniría á vosotros? ¿que ellos nos eligieran para que la bendición de Adán nos vinculara eternamente? ¡que desde entonces viviríamos á la sombra de una sola palmera, cuidándonos los dos! que tus pasos yo seguiría, que tú mis pasos velarías, que lo que tú amaras eso sólo amar debía yo! que tú no harías derramar lágrimas á Thirsa, ni Thirsa encender jamás tu ira..... que tú no verías á Mehala, ni Caín visitaría á Thirsa, que Mehala me abrazaría cuando su tierno compañero la trajera de su brazo..... y tú me llevaras en los tuyos al lado de la hermana! que al aparecer el rubio Febo tú irías á los campos..... y yo en la roca permanecería esperando tu llegada con tu frugal alimento que sin tí no me sentara en la pradera á la silvestre mesa! que entibiara las pieles de cabrito para tus entumecidos miembros, que yo alimentara cariñosa á los hijos de tu amor, y tú los arrullarías al esconderse el sol tras el lejano monte. ¡Acuérdate! acuérdate, Abel mío, que no ví cumplidos mis sueños de ventura!.... y lloraba, lloraba sin consuelo, lloraba Thirsa sin cesar!..... y su

llanto se confundía con las aguas de aquel río! Mehala, sombría no podía ni llorar, su queja se perdía en su garganta, sus ojos al suelo se dirigían y como estas dos palmeras heridas vinieron sus descendientes. El dolor con su celestial melancolía, poetizando el pesar mismo, y el remordimiento con su tétrico rubor! mudo y sin aliento! Se trasmitió la poesía y la ternura á la estirpe de Abel, y la aspereza y el dolor frío á la raza de Mehala, Thirsa desbordaba el sentimiento entre raudales de llanto, y canta como alondra en espera del dulce compañero. Mehala, nada espera en el páramo infecundo, y ya no canta!!!

Congela sus íntimos dolores en el propio corazón.

Condolencia.

A mi amiga Josefita de Penedo.

¡Cómo quisiera con el poder único y sublime de la religión, llevar á tu alma lacerada un consuelo, un lenitivo! ¡Cómo anhelo para tí el bálsamo de la resignación en las duras pruebas que mano Providente te depara! ¡Cuán grato fuera para mi alma al estrecharte á mi corazón transmitirte la cesación de amargura con una generosa conformidad! ¡El dolor, quién puede aliviarlo, consolarlo ni atenuarlo, cuando ese dolor es de madre y de esposa. Esposa buena, madre tierna, esposa digna modelada en la virtud, madre cariñosa educada en el deber!.....

He seguido tus pasos en la edad de la inocencia y fuiste pura, en la edad de la juventud y fuiste digna, en la era del matrimonio y siempre noble y abnegada y buena.....

¿Por qué el destino te reservó el dolor? Quisiera penetrar tan íntimos arcanos, pero, ¿qué digo? Los vislumbro, sí, la misma Religión á que apelo me señala uno, me demuestra la primordial causa; que eres buena. El Cielo deja caer fecundante lluvia sobre terreno preparado para próspera cosecha, esa cosecha para tí, nunca será la tierra, porque la tierra es mezquina; morada sólo digna del hombre miserable, la cosecha que á tí te espera es gloria perdurable, en la Mística Salem!

El corazón maternal ha sufrido la más cruel de las heridas. Tu corazón de esposa ha recibido el más amargo de los sinsabores. ¿Qué afecto hay más abnegado, intenso y noble que el de la madre? ¿ni que amistad más generosa y tierna que la de la esposa, más aun si esa madre y esa esposa tiene el alma, tallada en el deber, en el honor y en las creencias, que de la obligación forma una ley y del deber un atractivo?

¡Feliz tú en medio del dolor! porque los días de tu existencia no han sido infructuosos. Sellaste tu misión con el sacrificio y las horas de tu existencia sellarás con el martirio..... Para tí la tierra no tendrá más que nebulosos horizontes y doquiera tiendas tu mirada, encontrarás tristezas!! Pero, á través de ese éter hallarás la dulce sombra de los seres que perdieras en mitad de tu jornada, y allá, allá no sufren y eso te anima á proseguir, allá no hay dolor, ni angustia, ni tristeza y eso te dirá al oído, son felices: y entre tanto tú caminas como cisne solitario en apartada costa, esperando aquel día en que despejado el cielo, sin brumas el océano, llegue á la ribera la nave salvadora. La muerte. Mas nó! no debes tú morir, nó, debes ser modelo en el dolor como fuiste modelo en el honor! Vive, y si sobre la tierra no hay para tí calma, alegría ni solaz: con ello acopias méritos para acercarte á Dios! ¡Tú sabes que El, envía los sufrimientos para enaltecer á sus elegidos. Los grandes dolores, son dirigidos á grandes almas.

La antigua amistad que nos uniera, es título precioso para mí, para ofrendarte, si no consuelos, unión de condolencia, sufro pues, contigo como madre y digo al Eterno ¡Señor!..... Consuélala.

Guatemala, Junio 20 de 1902.

El Dolor.

¿Cuándo nació el dolor? Nació con la primera delincuencia; puede decirse que es coetáneo de la humanidad. Su tronco lo dejó como legado, sus descendientes lo probaron en todas sus manifestaciones.

¿Qué dolor ha existido que Adán no lo viera en profético espejismo? Junto con la inocencia, perdió la dulce quietud que se retrataba en sus grandes azulados ojos. Junto con la paz, perdió el grato sueño, que es el bálsamo de las penas, y vino una tras otra en eslabonada historia la tristeza, el sufrimiento, la inquietud y el llanto. Primero ve á su tierna compañera radiante de belleza como obra postrimera del Hacedor del mundo, ajándose, nublándose en su escultural hermosura; ve que palidecen las sonrosadas mejillas, un día rivales de los jacintos; después ve que el dolor..... con la proximidad de la muerte le trae cada ser de su cariño! Y cada hijo suyo es un ¡ay! de su amorosa Eva; y el dolor de Adán se aumenta; y pasan las horas entre el rudo vagar por las campiñas, y recogen la silvestre fruta y el dolor la sazona para llevarlas de alimento; y se acerca la noche y el crespón que cubre las montañas enlutece también su corazón; y recuerda que ese fúnebre sudario era para él

desconocido allá en el Campo Damasceno! Y cuando sus preciosos hijos heridos por el sol ó ateridos por el frío lloran, gruesas lágrimas le arrancan á él, el dolor y el remordimiento. Y ve morir tronchadas como débiles palmeras preciosas avecillas, útiles cuadrúpedos, robustos cuadrumanos, y siente que un dolor intenso le devora, representándole su lejano fin! Y ese dolor y el no menos grandioso de perder un día á la abnegada compañera, le quita en todos los instantes la dulce paz en que apareciera sobre el universo. Ve en lejana perspectiva el sufrimiento de millones de generaciones; ve la tragedia final de su prole; ve por doquiera lloro, luto, pesar, odios del hombre con el hombre, guerra de pueblos, sangre..... ruinas, desolación, terror, y nada, nada puede quitar á su imaginación el espanto que la amilana. ¡Oh, el dolor! ¿Cuándo dejas de envenenar las horas de Adán?

....Solo lo mitiga una promesa, la promesa bendecida que allá en el Paraíso le hiciera el Creador, y cuando la siente repercutir en sus oídos, da tregua á su amargura y late con quietud su corazón!

¡Herencia no desperdiciada un sólo instante por la raza del primer infractor! Desde entonces, ¡qué edad de la humanidad no ha sentido quebrar sus fibras el dolor! Allá una madre desolada llora la eterna despedida del hijo de su corazón. Aquí un esposo viste funerario crespón por el caro bien que remontó su vuelo hacia la mansión ignota. Acá una huérfana triste, perdida la luz de la inteligencia vaga como errante procelaria desde que los tiernos seres que le dieran vida partieron á la Eternidad. Más allá arrastra hórrida cadena un extraviado del sendero del deber y del honor. Otro gime en obscuro calabozo la ruda injusticia de un criminal envidioso, y otro mendiga el pan de puerta en puerta ó sirve como esclavo á un áspero señor. Y ese enjambre de dolientes sufre y llora, y el rico llora también y el sabio llora más, y el justo llora tanto como ellos, y el bueno en su dolor llora por todos.....

Tal es el dolor engranado, reproducido, enseñoreado de toda la especie, hasta el final de los tiempos! ¿Qué podrá borrarlo, calmarlo, endulzarlo? No es el suicidio, nó, quien pone fin á ese engranaje; no, mil veces nó; porque ese puente que traspone es para comenzar á sentir dolores desconocidos. Solo la religión con sus consoladoras promesas atenúa el dolor; ella dice al corazón: "espera y esperando se suaviza el padecer." Elevamos los llorosos ojos al azulado éter, y algo como ondas de esperanza se desprenden de allí y nos alivian. Vemos en lontananza una puerta que al abrirse nos recibe y allí cesará cuanto doloroso en este suelo nos dañaba. ¡Religión, bendita seas!

Murmurios....

Cual gardenias que se abren, al influjo sonriente del benéfico airecillo que nos manda el polo sur, se despiertan las sencillas tremulantes ambiciones del ardiente corazón.

Como abejas veleidosas que revuelan presurosas al impulso prepotente de las gracias juveniles de las flores del jardín, se despiertan los anhelos, los anhelos bullidores de la edad primaveral.

Como gotas de rocío que en los pétalos sedientos se detienen titilando en las horas vespertinas de los días calurosos de la zona tropical.

Como cisnes que regresan tras los días que la ausencia les quitó la dulce paz, y al posar sus piecesillos en la roca bien amada, se deleita el corazón.

Como arrullo suave y tierno que adormece al dulce niño, que en los brazos maternales le produce grato sueño.

Como vírgenes ensueños de las vestes que han dejado, de la tierra los placeres, de la vida los halagos.

Como cantos que lejanos nos atraen, nos acercan y recuerdan las salmodias ó los cánticos corales de las regias catedrales que encantaron la niñez.

Cual las gracias seductoras que descubre el caminante, en lejanos horizontes al caer tras la colina el muriente rojo-sol. Y tras fajas nacaradas que semejan filigranas ó encajes que tejieron los de Holanda para el rey. Así las almas puras, cuando llevan dentro el pecho las sonrisas y deliquios de un Edén con que soñaron, todo anuncia venturanza, todo alegra el corazón. Las mañanas apacibles no enlutecen ni le afligen; la cadencia misteriosa, que las fibras condolidas arrancó por el dolor; no entristece ni perturba su gratísimo gozar.

Esas tardes tropicales que retratan hojas secas, ó miriadas de avecillas en las nubes blanquecinas y se mueven como barcas al empuje del calor, le dilatan el cerebro, le calientan, le enardecen, y á su vívido fulgor, se estremecen sus arterias, se contrae, se enajena su cerebro pensador.

Las magníficas praderas, revestidas, tapizadas de la verde yerbecilla que el Estío comerá, cuánto alegran, cuánto ensanchan los recónditos, y puros misticismos que forjó.

Todo es goce, todo es sueño, nada turba de la vida el monótono existir; mientras dura la influencia con su mágica potencia de afecciones sin sufrir. Se descubre por doquier la belleza de Natura. Todo es rico y seductor, todo es verde cual las hojas con que el árbol viste galas, y esperanzas el amor.

Es, edad feliz, tu herencia, el placer y los delirios, los ensueños y las gracias, los deseos de grandeza que se anidan y se arropan en las cimas cerebrales y no bajan ni desvisten su ropaje damasquino, hasta que otra fuerza impera en el alma soñadora ó el dolor, barriendo llega la potente juventud y aniquila y arrebata con los días soñadores, la inocencia y la virtud.

El Valor.

Parece que hasta en nuestros días se ha hecho exclusiva esta cualidad (que yo llamaría virtud), se ha hecho, repito, del hombre. Los espartanos decían: "debemos dar ciudadanos valientes, mientras que conservemos tímidas á nuestras jóvenes doncellas."

Quizá haya quien se escandalice de mi nueva teoría, (digo teoría, porque en ese terreno se queda todo en nuestro caro suelo).

Pues como iba yo diciendo, creo que el valor debería ser virtud que en temprana edad se inculcara al sexo femenino, ya que al fuerte se le inicia. Es necesario que así como se ilustra á la mujer, se la fortifique y eduque para la árdua empresa de sufrimientos que el mundo le reserva.

Si solamente el hombre ha de lanzarse á las batallas y exponer su preciosa vida, en aras de algún capricho ó ambición, tendremos pues en él, valor guerrero.

Si la mujer debe ser un día madre de familia, ¿cuál será aquel sufrimiento, dolor, pena ó miseria á que no se halle expuesta? Raro es el camino de su existencia que no sea largo *vía crucis*. Ya enfermedades que le agostan, ya separaciones que la apenan, ya dudas que la aflijen ó pobrezas que la arredran, ó seducciones que la empujan á un abismo, ya á millares de peligros más ó menos ciertos, ya á privaciones que el alma pequeña se siente amargamente afectada al sólo columbrarlas. ¿Qué es, pues, lo que más necesita la mujer, ó mejor diré, qué es lo que únicamente necesita? (preparaos á oír): Valor, y sólo valor. Valor puede llamarse la fuerza superior que Dios comunica á la joven que, contra todo oleaje, se separa del camino que pudiera conducirla al mal; valor se llama aquella fuerza que impulsa al viajero á cruzar mares y montañas, en busca de lo desconocido, de lo grande y de lo bello; valor necesita la esposa que tiene que sufrir á un marido áspero, irrespetuoso, caprichoso, celoso, etc. (perdóneseme tanto oso), que quiere dominar por su juicio, que se cree ofendido por su sombra, que en cada palabra cree oír el delito; valor necesita la madre que cuenta una á una las horas de la noche velando á la cabecera del niño enfermo (cuando la madre es amorosa); valor necesita la anciana cuando ve partir á su hijo

amado, si no tras la gloria ó la riqueza, en busca sí de la paz y de la virtud, ó tal vez del pan que el patrio suelo le negara; valor necesita..... pero ¿á qué cansarnos? ¿No vemos que no hay paso en la humanidad, en el que no sea necesario valor, y valor á toda prueba?

La joven que se entrega á la ardua, penosa y..... activa vida del Magisterio, ¿no necesita valor? Allí más que en ningún otro sendero que atraviese. ¡Qué de dificultades! ¡qué de estudio! (la que sabe cumplir) ¡qué de privaciones!) Ahora lucha con una niña negligente; después con una cuya vivacidad aterra; después con aquella más indiferente que un habitante del polo; más tarde con otra cuyo corazón es un sepulcro; en seguida con otra que no tiene ya corazón, y más allá, con unos padres de familia que..... aman mucho á sus retoños, y que por esta sola causa los miman, los malean, los..... pierden. Pero lucha también con otros que..... no los aman. (No concluye aquí). Tiene que luchar, y ¡qué luchas! Con un vulgo exigente, ignorante, incivil. Para unos, la maestra es un..... caos (por lo oscuro) profundo (no por su ciencia). Para otros, es un ente casi, casi ateo; quien la juzga bien, sólo censura su..... abnegación, con el epíteto de..... pobre; quien más caritativa, no la alza á ver (por temor del contagio). Y por último (esto es peor), los que debieran consolarla por que no son ni alumnas, ni vulgo, ni encargados, ni madres de familia, ni cosa así parecida; pues esos se creen con derecho á despreciarla (aunque esto sucede en todo género de sociedades).

Valor pues, necesita, la que, olvidándose de sí misma, se entrega en favor de la juventud para ilustrarla (aunque sólo lo desee), para corregirla, para darle elementos para vivir mañana, y en vez de recoger gratitud, recoge indiferencia.... recoge censura.... olvido.

Valor necesita la joven para tropezarse á cada paso con seres mezquinos y no hundirlos con su desprecio.

Valor necesita el desgraciado que ha menester al rico, para no perecer. Valor necesita el rico, cuando se ve envidiado y en manos de ambiciosos que ansían devorarle. Valor necesita el hombre (ó la mujer) de talento al encontrar en su camino genios (que no son genios), que parecen salidos de las piedras, para mortificarle. Valor necesita la doncella cuando se encuentra compadecida (de las que se llaman buenas), de las que la envidian. Valor necesita..... baste ya.

Algún profundo pensador nos ha definido ya la virtud, diciendo que es el valor; y si no lo hubiese dicho, con su permiso lo diría yo.

¿Qué es la paciencia? Valor para sufrir cuanto nos ofende, cuanto nos lastima, cuanto nos amarga la existencia. ¿Qué es la caridad? Valor, y gran valor, para desprendernos de cuanto pueda sernos supérfluo, y si es grande ese espíritu, aun de algo que no sea supérfluo, en bien del necesitado. Hay más; valor necesita el cari-

tativo para encontrarse con quien le hiere traidoramente, en algo que le vulnere, y en vez de venganza, le saluda, le perdona! ¿Qué es la humildad? Valor para conocerse á sí mismo y aparecer tal cual es, con sus defectos, con sus miserias, con sus pequeñeces, sin desvanecerse jamás por el mareo de algún falso adulador; prefiriendo el último lugar en la casa de los pobres, y no frecuentando la de los ricos; valor necesita el humilde para soportar al orgulloso que por su falso metal, hace como que no conoce á sus vecinos pobres, y jamás les dirige el saludo que la urbanidad exije, que el amor fraternal impone, y en cada pobre (ó que él juzgue así) mira un importuno, y no se acerca á la casa del que cree inferior, porque se degrada (esto es más común en la mujer ignorante). Valor necesita el enfermo que, agobiado de dolores, no encuentra una mano que le brinde remedio, ni un corazón que le prodigue consuelo!

La obediencia ¿qué es? Aquel valor sin segundo que necesita el subalterno, ó el hijo, ó la esposa, etc., para contrariar siempre su voluntad y hacer la de un superior, quizá atrabiliario, tal vez obcecado, cuantas veces ignorante y exigente generalmente, á no estar provistos de una dosis de talento.

Largo sería, pues, ir analizando las demás virtudes. Sabiendo que no son sino frutos del valor moral del individuo en más ó menos grado de fuerza. Bástenos decir que sólo ese valor puede enaltecer al ser miserable que nada valdría, que nada vale sin la virtud.

Quisiera, pues, que á la mujer se la educara en ese valor y para esas luchas.

Hay otro género de valentía que sin aspirar al bello nombre de virtud, coloca á la mujer en un alto pedestal; valor es este que lo requiere la educación física de la familia, y aún la educación intelectual.

(Ojalá que mi pensamiento no sea mal interpretado).

Cuántas veces la joven educada sin ese valor, se halla de repente convertida en madre de familia, y ella misma huye de un fantasma que sólo en su imaginación se encuentra, bautizado con el nombre de miedo. Ya para espectros que no existen, ya para peligros que no son reales; y si sus hijos, ávidos de aire y de luz, quieren ir en pos de esos elementos, el temor la arredra y pone un muradal entre las aspiraciones justas de aquéllos y el temor de que ella es víctima. Creyendo los elementos como enemigos de su tranquilidad y de su prole, quiere evitar un mal y tropieza con otros mayores. Generalmente ese temor ó vagas preocupaciones van tomando proporciones alarmantes en los caracteres débiles, viniendo á ser más tarde, al par que tímidas é indóciles, aferradas é intransigentes.

Una fatalidad arrebata á otra, todos sus bienes de fortuna, y, de la noche á la mañana, se encuentra sin hogar, sin pan y sin amigos (esto es lo que primero se pierde), si se halla revestida de valor, sabrá salvarse de tan anómala situación, y esa potencia, lla-

mada en su auxilio, sirve á la desheredada para formarse un hogar, quizá más bello que el que perdiera. Teniendo valor para trabajar, para sobreponerse á la costumbre de los goces que el oro le proporcionaba; valor para cambiar sus antiguas comodidades por hábitos sencillos, la mano providente, que premia el trabajo, le pagará con usura lo que accidente inesperado le arrebatara.

Allá se encuentra otra, víctima del hado fatal, y en noche de insomnio, vacila entre acortarse la existencia á soportarla entre pesares; pero al amanecer el día, eleva su mirada al cielo, y la esperanza la visita, y corre llena de fe á postrarse ante el ara santa. Un valor desconocido la transfroma; y la que ayer bajaba mustia y sin alientos cada peldaño de su desventura, fluctuando entre el dolor y la muerte, hoy cree y desea vivir, pero con nueva vida, con la vida del que espera, acaso en la eternidad! El ángel de la esperanza bajó á darle valor para el sufrimiento, para el trabajo, para el llanto; y sufrir, trabajar y llorar, es dulce cuando hay valor para sobrellevarlo.

Una mujer viste el negro traje de la viudez y, cuánto, cuánto le espera en su soledad! Un mundo siempre impasible al dolor y al sufrimiento; una sociedad de bronce para el desvalido; un camino de escollos, y uno tras otro los pesares que conducen al sepulcro. Aquella infeliz ve á su derredor, pero ¿qué ve? En perspectiva el luto, en lontananza la tumba ignorada. No tiene ni aún el consuelo de esperar un pronto fin, porque su edad la coloca entre horas de largo padecer. Ella pide al cielo que el ángel de las alas negras se acerque á envolverla en su fúnebre gasa y la lleve hacia el mundo de donde no se vuelve más. La desesperación, esa enfermedad de las almas débiles, la impele á pedir el fin á sus dolores. Una lejana bruma va bajando por Oriente así como vaga sombra de esmeralda y oro, y velando la frente de la entristecida joven, la transporta á un espacio de dulces emociones. La esperanza ha triunfado..... El valor la dará fuerza para llevar su pesada carga; el valor la hará olvidar su negra realidad; el valor dará á su semblante de azucena el tinte de la rosa; el valor, ya bajo la forma del trabajo ó del estudio, ó del cumplimiento del deber, le hará caminar hacia su destino acompañada del bien y de la paz.

El guerrero ve á la patria que tanto ama, presa de horrible sufrimiento, pero la esposa, á quien todo la adorna menos valor, llora, impide y suplica á su noble compañero que no intente exponer su sangre en aras de la tierra natal, porque ella moriría. Y el pavor que ella siente, fácilmente lo trasmite á aquél, y la patria acaba de esa suerte con sus campeones.

La desoladora mano de la parca diezma una ciudad floreciente, y ¿quién acude á socorrer á sus atribulados hijos, víctimas de aquella plaga? El valor personificado en la mujer fuerte, que abandonándolo todo, corre tras el que sufre, sin temor de que la hiera el dolor ó la muerte. ¿Quién impulsó al intrépido genovés á que escalara

lo desconocido? Otra no menos intrépida que él: la valerosa Isabel, que ceñía la corona de Castilla.

El valor personificado en los padres generosos de la raza desgraciada, encontró lugar en la historia, y dió nombre á Bolívar, á Lincoln, á Washington.

¿Quién levantó el sitio memorable del siglo XV? ¡Juana de Arco! mujer más valiente de cuantas existían en su época.

Multitud de heroínas podríamos citar, ya bíblicas, ya de estos últimos tiempos y de este continente; pero el principal objeto es impulsar á que se acostumbre, á que se eduque á la mujer en ese sistema, puesto que el campo por donde tiene que cruzar lo necesita, y prescindiendo del valor bélico, inculquésele el verdadero valor moral que la hará sufrida, grande y estimada.

Ese día, aquel en que la mujer sea heróica, no habrá suicidios, ni lo intentará su esposo; pues ella, previsora y fuerte, sabrá luchar contra toda adversidad: ese día habrá verdadero amor para nuestros semejantes, porque la fuerza moral de que se halla revestida la mujer, la hará sacrificar sus inclinaciones, sus tendencias y hasta su felicidad en aras de los demás.

Ese día, repito, sabrá la mujer defender sus intereses, sin que un vano temor la acobarde, sin que una timidez mal entendida la detenga. Sabrá pasar por sobre esas necias preocupaciones que la hacen ver indiferente al desgraciado, creyéndose ella un modelo de virtud, que quizá, y sin quizá, no conoce. Sabrá levantar al caído, porque ella conoce el valor de que es capaz el alma arrepentida. Sabrá ayudar al infeliz, porque tiene valor para acercarse al que sufre. Sabrá, en fin, hacerse grande en el dolor y en el goce, en el trabajo y en la riqueza, en el más humilde puesto y en la más encumbrada posición, porque comprende que á todo y con todo debe hallarse dispuesta la mitad-necesaria de la humanidad.

A la madre y á la maestra, toca dar ese hermoso tinte de nobleza al carácter de la juventud femenina, para que la sociedad gane y la familia disfrute de bienestar y de dicha.

No se confunda, pues, el valor, con el arrojo temerario, ni la desfachatez, ni el desprecio á peligros ciertos, ni al valor que despoja del pudor: No; eso jamás.

Valor bien entendido es lo que se necesita.

Higiene.

La salud, uno de los dones más preciados de Dios, debe ser mirada con sumo interés de nuestra parte, ya que perdiéndola perdemos nuestro bienestar temporal, y nos incapacitamos para el trabajo, asimismo porque es un deber sagrado el procurar conservarla á costa de cualquier esfuerzo. El que disfruta de salud completa, puede juzgarse por muy afortunado, puesto que se encuentra en aptitud de sobrellevar cualquier percance de la suerte, y también llevará resignado el peso de cualquier trabajo.

Desde los brazos maternales, se ha de procurar acostumbrar al niño á que mire con interés su salud y su conservación, así como el que sepa arreglar sus actos á la más indispensable higiene.

La madre de familia, debería ser siempre el modelo en esta hermosa ciencia de la salud, pues á ella nada más incumbe el que sus hijos la guarden.

Muchos casos hay, en los cuales, por causa nuestra se altera ó se pierde la salud, aun precindiendo de aquellos vicios que acortan los días del hombre y que apesar de esto, él, se lanza en sus brazos como ciego y se arroja en su temprana edad en la tumba. La madre de familia tiene una hermosa misión del cielo, al conservar la existencia y la salud de aquellos seres que le confiara. Dios es el dador de la vida, y él, es su conservador, ¿quién lo duda, pero también ha puesto al alcance del hombre esos tesoros con que ha enriquecido á la naturaleza para que él se sirva de ellos, y sepa conducirse en la peregrinación sobre el planeta.

¿Por qué son tan exuberantes los ardientes pueblos del trópico? Porque allí el hombre será más infeliz, y tiene en compensación á la falta de brazos, una naturaleza pródiga. ¿Por qué el hombre del clima opuesto es más activo? Porque allí la tierra necesita de la mano diligente del hombre.

Allá en las sinuosidades del interior del Africa, existe una desconocida colección de serpientes venenosas y fatales, pero allí también está al alcance del salvaje africano, multitud de plantas que le sirven de remedio activo y eficaz para aquellas mordeduras.

Esto solo nos servirá de prueba, que la sabia mano de la Providencia, nada ha dejado al abandono ni menos se olvidára un punto, de su creación.

Al habitante de los polos, diole pieles hermosas para cubrirse y con que atravesar las gélidas comarcas de su origen; al habitante de las grandes y pobladas ciudades, le prodigó las fibras de sus plantas. De manera pues, que al saberse aprovechar cada uno de los muchos beneficios del sumo Hacedor, damos el lleno á nuestros deberes y en ello le glorificamos.

Vamos á comenzar con el niño desde la primera edad. Como un beneficio particular se encarece á la madre que no viva arrullando á su hijo, á toda hora, porque le infiere un grave mal, á esto se

atribuye que los primogénitos sean más raquíticos, porque con menos cuidados la madre se desvive por estar con su hijo en los brazos, y esto es perjudicial para la salud y desarrollo del niño, así como para la perfección de su cuerpo. No me opongo á que se lleve en brazos, en aquellos momentos de caricias, que hacen del hombre el único tiempo feliz, pero no le conviene que pase los días en semejante posición; el suelo, sobre alfombras ó esteras, es lo más apropósito para que allí haga libres toda clase de movimientos, aunque siempre á la vista de la madre ó de la niñera. El niño desde temprano debe acostumbrarse al método en las comidas, procurando que sean con medida y sin largos ó frecuentes intervalos. Muchas veces, creen las madres que el niño llora porque quiere alimento, y le dan indiferentemente lo que creen que desea, siendo esto causa muchas veces, de que se enferme y se acostumbre á inmoderado. La cantidad del alimento no debe ser demasiada, ni con larga distancia, en los primeros dos años del niño, pasando éstos, ya se observará otro régimen más adecuado, es decir menos frecuente el alimento pero más sólido. El más apropiado para los primeros años es el que debería no escasearles, como la carne asada, la leche de vaca, las patatas, el arroz y los huevos. Cuanto menos pueda dársele dulces y frutas, más sano se conservará. Respecto al traje se aconseja que sea lo más flojo posible y adecuado á las estaciones. Muy recomendable sería que en los meses de lluvia, y en lo más crudo del invierno se les abrigara con camiseta de lana ó de seda, principalmente en nuestro clima, que con tanta frecuencia se sufren bruscas trancisiones.

La limpieza en la ropa de los niños es muy necesaria, siendo la causa de muchos males cutáneos, la falta de aseo. Diariamente se les debería acostumbrar al baño, pero ya que no sea posible esto, siquiera dos ó tres veces entre semana. Estos baños deberán ser para los niños raquíticos ó linfáticos, en agua templada, y para los niños robustos ó sanguíneos más helada. Se evitará que se mojen únicamente la cabeza, porque esto es nocivo, el baño ha de ser general, para que sea benéfico, y no se permitirá que lo prolongue demasiado. Igualmente se evitará que el niño tome el baño después de un largo ejercicio, ni menos cuando haya pasado la hora de comida.

Respecto á las horas de levantarse y acostarse se procurará que sean á una misma. El niño que se acostumbra á jugar algún rato en la cama, contrae el peor hábito, y no se debe consentir; cuando el sueño le rinda deberá quitársele el vestido del día y cubrirlo con uno apropiado para la noche, más flojo pero más abrigado. Muy perjudicial es que los niños se quiten la ropa de cama y queden casi desnudos. Para eso se les colocará de manera que les sea difícil el hacerlo. Al levantarse el niño procúrese que lo haga sin detenimiento, en seguida que se habitúe á lavarse manos y rostro y con mayor cuidado la boca.

El ejercicio es un medio necesario de conservar la salud, y muy indispensable en la primera edad. Los paseos pues, deben ser siempre al aire libre y con medida. A los niños deben sacarlos á pie para que se fortalezcan y cansen un poco, que esto es utilísimo para el apetito. Aquellos niños sanguíneos deben salir en las primeras horas de la mañana, y en las tardes cuando el sol decline, mas los niños linfáticos, será conveniente que aprovechen el ejercicio con sol, aunque no muy dilatado.

Cuando el niño pasa de la primera edad y se le envía á la escuela, se le deberá buscar aquel establecimiento que preste más garantías (desde luego que sea más moralizador) y que tenga en alta estima la higiene, amplitud en los salones de clases, vigilancia en el aseo de las oficinas interiores. Sería de procurarse que en los patios de las escuelas hubiese hermosos árboles, corpulentos, como eucaliptus, naranjos, limoneros, saucos, nogales, etc. Las piezas húmedas son funestas para la salud, pero en caso de no poderlo remediar se colocarán papeles impresos, antes de las esteras, pues está probado el buen éxito de la tinta de imprenta. Las camas se colocarán de manera que queden lejos de las corrientes de aire.

En los aposentos que duermen más de tres niños, debe haber mucha ventilación, procurando que queden abiertos desde que los niños se levanten por la mañana, hasta la hora de acostarse. En los establecimientos numerosos se ha de mudar la ropa de la cama, es decir las piezas interiores, cada ocho días, cuidando de que no haya cambio en las piezas, y se ponga á unos las que hayan servido para otros. Los salones de clases deben ser siempre ventilados y grandes, cuyas ventanas no miren al Norte, los asientos para las clases que sean apropiados al tamaño del niño, á fin de que ni queden los pies colgando, ni la espalda distante del respaldo, los asientos deben ser de junco ó de reglas, cuídese que los niños no se inclinen sobre la mesa, ni cruce una pierna sobre otra, porque es causa de mala conformación. Muy mala costumbre es aquella de que los niños estudien con luz artificial, mucho menos con la luz del gas. Esto da origen á los padecimientos en la vista.

En estos establecimientos se procurará que toda clase de alimentos sea preparada el mismo día, para evitar que hayan perdido su fuerza, así como que vayan bien cocidos á la mesa. No importa el condimento, cuanto á la calidad y cantidad, cuerpo sano, mente sana.

Los paseos escolares son de suma utilidad, y deberán entrar en todo plan de estudios los paseos campestres semanales.

En los colegios de señoritas, se debería procurar la formación de baños, para que pudiesen ser más constantes, ya que para los niños se hace más fácil sacarlos á las afueras, para tomarlos. Si fuese posible darles clase de natación, se habría hecho un beneficio más.

Para conservar la salud, es necesario la moderación en las comidas y bebidas, la moderación en el sueño y en los ejercicios, la moderación en el trabajo y en las ocupaciones mentales, moderación en todo, aun en aquellos placeres más lícitos, sobre todo el sueño; que las horas de la noche sean para consagrarnos al descanso y las del día para el trabajo.

El espíritu, necesita también de una dulce quietud, aquellas personas muy agitadas, y entregadas á grandes meditaciones, concluyen por perder la razón, hay que dar cada vez que se sienta mucho peso en el cerebro un poco de expansión y de solaz. Los grandes sufrimientos morales concluyen por acortar la vida, así es que no debemos preocuparnos de tal suerte que se nos haga la existencia una dura carga.

El convencimiento de que la tierra es un desierto en donde pasamos muchas privaciones, nos hará esperar desengaños y sufrimientos; esperemos pues estos, con calma y resignación, y no nos sorprenderán. Aquel que de todo se abate y entristece, tiene que anticiparse el sepulcro.

Para las personas predispuestas á afecciones del corazón, es muy recomendable que salgan al campo, se priven de sensaciones fuertes y de bebidas espirituosas, así como de muy frecuentes bailes, privándose igualmente de cuanto puede perjudicar el sistema nervioso que es lo que más directamente ataca al corazón.

Para personas que se hallan como preparadas á sufrir los funestos males de la anemia y de la tisis, aconsejan los médicos enriquezcan la sangre y la vigoricen con buena alimentación, mucho ejercicio y fosfatos.

A aquellas personas que con facilidad pudieran contraer afecciones pulmonares, se les recomienda que eviten las transiciones del calor al frío y las temperaturas húmedas, lo mismo que el descuido en las simples bronquitis.

Cuando alguna epidemia invade, es preciso aquella prudente precaución que sin ser exagerada es indispensable, ya separando los trastos en que se da el alimento y medicinas al enfermo, ya cuidando de que su ropa no esté en contacto con los otros, ya lavando de manera especial aquellos mismos y ventilando muchísimo la habitación.

Los niños de corta edad están más predispuestos al contagio, por cuya razón á ellos más especialmente se les debe evitar el contacto con los enfermos. Las secreciones de éstos deben ser escrupulosamente apartadas, procurando desinfectar, lo que á ellos sirva, y con mayor vigilancia las ropas y los excusados.

Aunque las flores son un buen medio de perfumar el ambiente, no conviene que se descuiden las plantas á tal grado que aniden allí insectos dañosos, por esto se deben limpiar con frecuencia las flores y los arbustos de todo aquello que las molesta y nos puede molestar á nosotros, con igual solicitud se debe asear el sitio donde se colocan macetas con flores, para que allí no se deposite lodo é insectos.

Creo que en una casa de orden, lo más vigilado debería ser la cocina, puesto que allí se elaboran los alimentos, pero, ¡cuántas hay que parecen boca de lobo, desconociéndose al entrar en ellas, hasta la infeliz cocinera por el espantoso color que le comunica. ¡Cuántos animales inmundos se anidan allí, y cuántos inconvenientes presenta, siendo muchas veces la causa de esos descuidos, de algunas enfermedades.

Respecto al agua potable, ¡cuánto, cuánto se pudiera decir! pero baste aconsejar, que el agua de nuestras cañerías no debe tomarse cruda, porque está probado, que originan muchos desarreglos en el organismo y son el foco de inmundicias.

En caso de no poder adquirirse otra agua, se podría hervir diariamente la del consumo y en seguida hacer uso de ella.

Multitud de reglas higiénicas se deben obsevar en todos los actos de la vida; pero sería largo puntualizarlas en un cortísimo apunte como el presente, basta muchas veces el buen sentido para evitar cuanto nos perjudica, y practicar lo que nos es provechoso. Además es una de las obligaciones del maestro, dar reglas á este fin, y acostumbrar al niño desde el primer día de ingreso al establecimiento, á que asista limpio, peinado, aseada su persona, y aunque pobremente vestido no en abandono, y si esto es triste para el niño, no tiene comparación en la niña, á ella se le debe vigilar mucho, para que adquiera ese hábito hermoso y saludable de orden, de limpieza, de esmero y de delicadeza personal que la embellecen, la honran y la darán como premio larga vida.

3 de Agosto.

Escrito para *El Boletín Católico.*

A COLON

¿Y no te detienen, invicto Marino, las olas rugientes de un hórrido mar? ¿Y no te amedrentan audaz peregrino, de hombres audaces un cruel acechar? Y pides auxilio, al cielo y al Rey, mas no para glorias que el triunfo te diera. Sí para el suelo que vive sin ley, y fuera felice si á Dios conociera. Por eso te lanzas henchido de gozo, de fé y de esperanza confiando en María. No importa que un día perdieras reposo; si siempre la calma, un trueno la envía. Te alejas ufano, del suelo querido, y déjas sin pena, el suelo español.... y vienes orando porque eres creído, y quieres que crean aquellos que adoran ¡ingratos! al Sol! Agosto felice, te

trae á esta playa, y dejas la hermosa nación de Isabela. Bien venga el Marino. El sueño del hombre que se hizo á la vela.

El 3 bendecido de Agosto, á la Nave, sin dudas, sin quejas, subir te miraron, los unos bendicen tu empresa ¡quién sabe! si gloria, los suyos hallaron. Pero otros de loco, de necio te tratan. Se ríen, se mofan de hazaña sin nombre. Algunos quisieran tu muerte y contratan, sumir en las ondas la nave y al hombre! Allá entre las brumas, dó ruje el Atlante, sin otro testigo que el cielo y el mar; te vieron las olas rezar suplicante, pidiendo una costa, á donde llegar; y dices á todos que esperen tres días, que al cabo de ellos, la vida darás, en tanto á los cielos llorando pedías, y orando escuchaste: "La tierra hallarás", y vieron Pinzones, la faja de tierra, allá en lontananza, á orillas del mar y el grito que un día te dieran de "guerra", de glorias y vivas oirás resonar. Tu fé de creyente, cumplida se vió, doblar la rodilla humilde ante Dios, bajar á ese suelo do huella de gente, parece que nunca la playa sintió.

Colón, tu victoria, bendice mi canto; más grande tu triunfo no puédese hallar! Pero ¡ay! de la envidia, que ensáñase tanto, en genios que solo la fé puede dar!

¡Colón, tus ensueños, ensueños sublimes! Por fin los consigue tu afán realizar. Les abres el cielo pues tú lo redimes y logras que abracen la cruz y el altar! Y el sólio que cubra tu regia cabeza, de rey de la América, el cielo será, pues todo tu sueño es que, de esta riqueza, del Rey de Castilla proclámese ya.

Los hombres que pueblan, la tierra ignorada; las selvas que visten riqueza de Edén. No intentes te brinden su fruta dorada. Pues sabes que espinas darán á tu sien. El Rey á quien amas, Fernando engañado, en vez de laureles y fiestas dará. Cadena á tu planta y acíbar mezclado, de duro lenguaje que España te dá.

—¡No importa, Marino, la mar es así! La mar veleidosa del mundo. ¿Qué dá? Si sufres, si lloras, si humíllante aquí, acaso otro siglo altar te dará y Dios acogiendo tu espíritu grande; tu fé y tu martirio premió con usura. ¡Desprecia la tierra, que brota amargura, tu altar es más bello, más alto que el Ande!

Agosto 3 de 1902.

Misterio!

Penetro en laberínticas selvas.... ¿qué miro? enmarañados y seculares árboles.... donde la mano del Hacedor los colocára un día; ¿cuándo? ¿hará una centuria, dos, cinco, cien? lo ignoro. La ciencia me dice que los árboles milenarios se cubren de canas como la cabellera del hombre, y ellos erguidos, altaneros titanes se arropan de jóvenes vestiduras, nada menos que verdes como el manto de la esperanza. ¿Quién les dá nueva savia? ¿Por qué la anemia no los devora como á la juventud de países tropicales? ¡Misterio! ¿Donde saca la palmera anciana, fuerza para levantar nuevas sombras con qué cobijar á vástagos de ayer? ¡Misterio! La ciencia me dice que esas palmeras son potentes porque la madre tierra las rejuvenece con sus varios limos y fecundantes gases. ¿Y al hombre? Al hombre también, pero éste envejece porque sufre, porque anhela, porque goza, y por.....mil causas más; misterio!.... El jardín se cubre en la primavera de bellísimas flores á cuales más embriagadoras por sus perfumes, á cuales más atrayentes por sus corolas; ¿por qué, pregunto, no tienen el mismo aroma, por qué no visten el mismo traje? La ciencia dice que el aire, el sol, la luz, la sombra, el abono, y mil cosas más dan el suave perfume á la rosa, el intenso al nardo, el embriagador á la violeta, y yo no descubro el por qué ó el en dónde de esa diversidad! Si el cáliz es el mismo ó parecido, si el sépalo cubre sus poros, ¿por qué no le hallo uniforme? ¡Misterio!.....

Las aves hendiendo el espacio, unas se pierden en lontananza, otras vuelven al viejo muro y aquellas invernantes, las otras cosmopolitas, y muchas acuáticas, ni anidan en iguales cumbres, ni cuidan á sus polluelos bajo el mismo sistema y tienen las partes constitutivas de los bípedos.... Misterio.... Los climas....El sol, más ó menos oblícuo, más ó menos distante del Ecuador, y más ó menos lejos del polo, dá fisonomía distinta al suelo que calienta, y sin embargo sus habitantes se acostumbran á opuestas influencias atmosféricas.... ¡Misterio!

La raza humana, bella como última pincelada del gran lienzo de la creación, ni es uniforme en sus tipos, ni es exacta en sus líneas, ni es una sola en sus colores, forma y tamaño. Misterio, y doquier misterio. Es porque el árbol, la flor, el ave, el hombre y todo, fué formado por Aquel ante quien nada hay obscuro ni confuso, y detiene por misterioso vínculo, los mundos siderales en el denso éter, y dá luz no analizada, por más que se pregone su conocimiento, al globo central que con esa fuerza motriz atrae cuanto gira sobre nuestras cabezas y dá vitalidad á la célula y variedad de colores al iris, velocidad al pensamiento, modulaciones á los sonidos, fuerza atractiva á la Creación entera, y en todo armonía, poesía y belleza.

Cuando el hombre sacudiendo el vaso de arcilla que detiene su alto *Yo,* trasponga los espacios y vuele al seno de su Dios, entonces, descorrerá los velos misteriosos que creía inaccesibles, inaceptables, imposibles. Mientras tan deseada hora suene, la dócil investigación no pierda el tiempo en vagas elucubraciones, adore al infinito y créase tal cual es: pequeño átomo en el concierto universal.

Estudio del niño.

La barbarie se ha perpetuado en los pueblos salvajes por falta de escuela; la ignorancia sentó sus reales en las regiones que pueblan los indígenas, por carecer de escuela; la industria parecía dormida y las artes relegadas al olvido en las comarcas que se vieron privadas de tan civilizador elemento durante varios siglos, y el progreso allí se estacionó á pesar de las ventajas que ofrecen la benignidad del clima y la prodigiosa feracidad de nuestro suelo.

Aparece la Escuela, y el niño, la mujer, todos reciben luz, ideas, conocimientos, ciencia; la familia se levanta, el individuo obtiene inusitada metamórfosis.

La nación se llama grande, y los pueblos todos la conocen ya.

¿Será ésto suficiente para que se llamen grandes el individuo, la familia, la nación? No, mil veces no, falta un cimiento más estable, á tal coloso le falta la base sólida, lo que constituye al porvenir para las nuevas generaciones: se descuida un tanto de la educación moral, parte inmensamente trascendental de la cultura del individuo.

No porque carezcan de esa cultura las personas á quienes se encarga la educación del niño, de las niñas, ó de las jóvenes, ni tampoco porque se olvide en ningún plantel de educación, tan importante ramo. Es únicamente, porque no se estudia con detenimiento al niño desde temprana edad; porque al entrar en el santuario de la escuela se teme desagradarle, cortando de raíz sus nacientes inclinaciones ó las pasiones viciosas.

Nuestro primer deber al recibir al niño es estudiarlo y, conocidas sus tendencias, aplicarle por dósis determinadas el remedio que el mal exija.

Al niño iracundo, jamás debemos dejarle ver nuestro semblante descompuesto; eso aumentaría en él la indignación, la cólera y la venganza. Cuando aquel arranque impetuoso de ira le haya pasado, hablémosle con suavidad, pongámosle ejemplos de niños cuyos caractéres análogos al suyo, fueron paulatinamente convirtiéndose en ovejas, al suave influjo de dulces reprensiones. Obliguémosle á aborrecer en sí mismo tan despreciable pasión y refirámosle historias de niños que se hicieron infelices á causa de su mal humor, hijo de una descuidada educación.

Jamás digamos ante él, á otras personas, que es iracundo ó incorregible, pues ésto lejos de estimularlo al cambio de carácter, lo harían más difícil de educar. El único remedio poderoso para esos caracteres fuertes, es la dulzura, llevada con pleno conocimiento del carácter.

Al niño envidioso, se le vigilará á fin de conocer quién ó quiénes son los niños por los que siente tan despreciable obcecación; entonces se le hace ver que las prendas morales de aquellos, son las que le inspiran esa pasión, y que por esto mismo debe procurar imitarles, al menos en alguna de dichas prendas. Al mismo tiempo se le afeará tan necia ceguedad diciéndole, que el envidioso es el tipo más perverso que puede existir, puesto que de aquella pasión nacen el odio, la avaricia, los crímenes y la espantosa desunión que reina en todas las escalas sociales; que por el contrario, el niño que no siente ese gérmen, goza con sus semejantes, cuando éstos son favorecidos por la fortuna, por el talento, por la naturaleza ó por los sentimientos, y se hace igual á ellos á medida que sea más virtuoso, más moderado, más culto, más educado.

Nunca reprenderemos lo bastante, el feo defecto de desvirtuar unos niños á otros, sus buenas acciones, su bella conducta. Esto revela el roedor gusano de la envidia en quien así atenúa algo bueno de otros.

La intemperancia, es otro de los defectos á que comunmente se sienten inclinados los niños, ésta es la mejor época de formar en ellos hábitos de orden, de moderación y de templanza. De la intemperancia se derivan: el sensualismo, el embrutecimiento y la ociosidad, así como la obscuridad en la inteligencia.

La niñez, es la época feliz en la cual están dispuestos y preparados los corazones para recibir saludables enseñanzas; entonces la inteligencia se encuentra dócil á todas las ideas sanas; la imaginación ávida de impresiones varias y halagadoras, no se necesita más que de un conocimiento exacto de su carácter, aún no determinado, de sus facultades embrionarias, de sus sentimientos vírgenes. De cuyos sentimientos, facultades y carácter recibirán los niños toodo el bien ó el mal que el porvenir les reserva.

El maestro no solo está designado para dar al niño lecciones que si bien labran su suerte futura, en la vida material, no son solamente éstas las que garantizan su felicidad en el hogar, en la sociedad y en la patria, felicidad que aunque arbitraria, puede existir. Está llamado también para dar oportunas reprensiones y sabios consejos auxiliados del mejor ejemplo.

El que vive sin las rudas tareas que un constante trabajo ofrece, como el paupérrimo é infeliz que las sobrelleva, sienten la bienhechora influencia de tan saludables nociones.

La mujer, ya ocupe un alto puesto social, ya viva en humilde cabaña, no olvidará, ni aquella por su fausto ni ésta por su estado

proletario, los principios sublimes que recibiera en el alcázar de la ciencia.

Cuando por el contrario, la mujer opulenta, anulada por el lujo, fascinada por el oro, mecida únicamente por una necia adulación que fomenta desde la cuna sus viciosas tendencias, y que fortifican más bien que destruyen, unas afecciones mal entendidas; cuando esa mujer, repito, usando ó abusando de toda su libertad, dá rienda á aquellas pasiones nunca violentadas, ofrece el más triste cuadro y funestas consecuencias para la familia, para la sociedad y para el suelo que la vió nacer.

Diferente tipo se presenta en la mujer habituada á sofocar sus instintos y á poner muralla á los vicios; cuando llega al pleno uso de su libertad como esposa y como madre, jamás desconoce los imperiosos deberes que la moral impone: si esposa ofendida, sabe sobreponerse á la ingrata correspondencia del dueño de su nombre y erige entre ella y los demás un inmenso valladar. Si madre infortunada, sufre con resignación la dulce carga que la naturaleza le confiara.

Jamás abusando de sus deberes de mujer ni de madre, profana el tesoro de honra que le confiara la naturaleza.

El lujo, otra de las causas primordiales de desorden moral y económico, debe á todo trance sofocarse en la niña, si se puede desde la cuna y con más razón desde la escuela, en donde formando un grupo considerable y en colectividad con niñas de diversas condiciones tiene más ejemplares de esa gangrena social.

A la mujer es á quien más directamente ataca tan triste enfermedad, el amor al lujo: por ese deseo innato de agradar, por ese instinto de vanidad que forma parte de su sér y en muchas por el poco empeño de ilustrarse, pues á medida del talento y de la instrucción en la mujer ceden ó se enseñorean en ella los expresados vicios.

Por esto á ella se le deben inculcar los preciosos hábitos de moderación en sus trajes, de sencillez elegante y de contínuo aseo en todo su sér y tino en sus adornos que contrapesen con el brillo de otras mejores prendas; y sobre todo, de humilde conformidad con lo que la mano de la Providencia le trazara.

Acostumbradas desde temprana edad á no extralimitarse en todos sus gastos, no aspirarán al deslumbrante oropel de lo que no podrían alcanzar sin detrimento de su nombre. Sin lujo será fuerte la mujer.

Otra de las inclinaciones á que generalmente se encuentra próxima á sucumbir, es la murmuración.

Comenzando desde niña á fijarse en los defectos de las demás, y por una secreta envidia, aprende á ocultar las cualidades que casi siempre adornan á la que está poco favorecida de la belleza ó de la fortuna; mal inmensamente más trascendental que cualquiera otro porque la mujer por sus instintos y viveza privilegiados penetra

más allá de lo que la mirada investigadora del hombre alcanza, y no conocen diques sus curiosas investigaciones.

Este defecto es hijo de la curiosidad, pues para dar alimento á ésta se desea saber aun lo que no debiera saberse jamás.

La primera vez que la maestra llegue á oír ó tenga noticia de pequeñas murmuraciones, no debe por un instante dejar pasar tamaño defecto, y sí aplicar el pronto correctivo que su buen criterio le aconseje. Así se formará en la niña una de las más esenciales y hermosas virtudes que adornan y atraen estimación para la que las posee.

La inclinación desgraciadamente innata en la niñez á la ociosidad, y especialmente desde que entra en los doce años debe tratarse de combatirla, porque ésta y no otra es la causa de la degradación moral de la mujer y con particularidad en la de padres pobres. Esta es casi siempre la que aspira á disfrutar de algunas comodidades, y pronto un constante trabajo la desalienta y busca como gozar de las ventajas que ofrece una vida exenta de ocupaciones; sin comprender que esas ventajas son ilusorias, pues el ocio la enerva, la imposibilita para el bien y la hacen fácil para el vicio.

Las clases proletarias dispuestas, por su posición social, al desempeño de las labores manuales son las que necesitan una constante dedicación al trabajo, á fin de que acostumbrada á ese redentor afán no aspiren á un contínuo descanso.

Para esto se las debe dedicar á los quehaceres á que son menos inclinadas para que no busquen después los medios de evadirse de ningún trabajo doméstico.

Entre las jóvenes de clases acomodadas, se observa que generalmente son las más trabajadoras é industriosas. Esto nos revela que nace esa actividad del ejemplo y de la costumbre que tiene de ver en sus hogares orden, aseo y régimen, ya por el laborioso empeño de la que regenta la familia, ya por un número de domésticos que cumplen con sus labores, y de aquí que han formado en ellas hábitos al arreglo y laboriosidad.

Hay oportunidad de observar que, las infelices que ocupan el último escalón del vicio, son inhábiles hasta para faenas ordinarias de la más modesta habitación, y que aun ignoran los más triviales usos en la economía y en la industria; más aun, no tienen nociones de método ni de aseo. ¡Triste cuadro de ignorancia, hijo de la pereza no combatida desde temprana edad!

A nosotras las maestras es á quienes toca más de cerca llamar á la niña al cumplimiento de su deber. No olvidemos, que de la pereza se levanta el vicio y del vicio la degradación y de éste la destrucción, por último el remordimiento, pero siempre tardío.

¡Qué diferente es la mujer que no descansa dando lleno á sus múltiples obligaciones!, ¡qué sabia! ¡qué fuerte! ¡qué grande ante el dolor! ante el infortunio, ante las decepciones y las privaciones

de una vida azarosa, amarga ó infortunada! Sin necesitar de nadie, sin aspirar á nada, cumpliendo con su misión.

Hemos hablado de las principales tendencias, raíces de otros muchos vicios, que si no son de tanta trascendencia, llevan sí descarrilada á la mujer, que un día y no lejano, debe ser el ángel de la familia, el auxilio del hombre y el tipo moderador de la sociedad.

A nosotras toca vigilar todas las acciones de la niñez, para preparar al hombre, compañera y no carga, para que ése, un día evoque nuestro nombre con expresiones de cariño y bendición; porque él busca en el hogar lazos de cariño y en nuestro apoyo, solaz y venturanza que le hagan llevadera esta vida hartamente fatigosa por sí sola. Y la mujer que mañana será esposa, sabrá apreciar y bendecir nuestros afanes por su felicidad moral, cumpliendo con anhelo los deberes que la cultura y la educación imponen. Bacon decía: "dejad al tiempo que es el mejor innovador de las costumbres," pero yo digo: dejad á la maestra transformar la sociedad y sus costumbres. Pienso que en el sentido moral no es el tiempo el que quita sino que arraiga los hábitos.

Nosotras, obreras del futuro, estamos llamadas á sembrar y las generaciones que se levanten, y las edades que nos sucedan recogerán los frutos. Si las sociedades no pueden en un día, en un lustro, en tiempo determinado, recoger ópimas cosechas, habremos puesto los medios, y buscado el remedio. Conociendo al niño, estudiando su carácter, sus aspiraciones y su modo de ser, habremos hallado el remedio. Una eficaz medicina, cura pronto.

Abril 30 de 1891.

La universalidad del idioma.

Cuando todo se auna en nuestra actual generación, cuando el vapor, la electricidad, y las vías férreas, nos abren las puertas de la unidad y acortando las distancias, nos demuestran que el mundo es nuestro y que nada puede separar una porción del globo, de las otras porciones, puesto que los mares unieron los continentes y atravesando sus ondas, se facilita la traslación; entonces es cuando notamos la necesidad de un idioma universal. Quizá ya cerebros inspirados pensaron sobre esa necesidad, pero la constancia no resolvió el problema.

¡Imposible! dirán mis comprofesoras, y no solamente ellas, el mundo entero! y á la verdad parece imposible dadas las dificultades fisiológicas de las razas y de otros mil escollos que al parecer se levantan ante un pensamiento nuevo ó no aprobado.

¡Imposible! esto mismo oyó decir Galileo, cuando por primera vez expuso su opinión acerca de la redondez del planeta que habi-

tamos; y hoy nos parece imposible aquella oposición, porque hoy todo nos lo demuestra, porque nacimos con tan feliz demostración.

"El estilo es el hombre" dijo un sabio. "El idioma es la patria" diré yo á mi vez.

Cuando nos encontramos en lejano suelo, sin lazos de familia, sin afecciones, extranjeros en fin, hallamos el único y más dulce consuelo, conversar de la patria, de sus usos, de sus costumbres, de sus leyes; nos representamos la patria con el lenguaje; y por el contrario en apartadas regiones del globo, sin ser comprendidos, olvidamos, al menos en apariencia, aquel cielo, aquellos montes, sus ríos, sus templos, sus bellezas, las afecciones. ¿Por qué? porque el lenguaje nos lo impide, no nos representamos sino cuando en aislamiento evocamos sus recuerdos en silencio y soledad, y ya perdiendo su colorido y tal vez su forma el pensamiento.

La familia, desapareciendo uno á uno, para morar en la tumba, las amistades, perdiéndose por la ausencia, las costumbres alterándose por la distancia, no tienen facilidad de seguirnos á donde vamos.

Según nos refiere la Biblia, desde aquella memorable Torre de Babel, tuvo origen la confusión de lenguas, como para castigar la soberbia humana que emprendiera tan colosal empresa: elevarse hacia las nubes. Y de aquel desorden, y de esa dificultad, vino irremisiblemente el nacimiento de razas, de pueblos, de leyes, de usos y demás diferencias en la humanidad; y aquella lengua siriaca, relegada después al olvido. Unos hablaron con la influencia de su clima, por la laringe, otros con el auxilio de la nariz, aquellos sólo con la lengua y éstos con la boca. He aquí la dificultad de uniformar el idioma, salvado esto, será el mundo nuestro.

Haciendo uso de un solo lenguaje podríamos fijar nuestra residencia en donde mejores bienes encontráramos, ya éramos entendidos, eso lo suficiente.

Quizá el agonizante siglo XIX resuelva tan grandiosa idea y si nosotros no recibimos el beneficio que reporta, los hijos nuestros ó los de éstos la utilizarán.

El viejo hemisferio nos legó sus leyes, sus usos, sus placeres, sus vicios y su civilización; pero nos dejó muralla entre su suelo y nuestro suelo: el idioma.

La industria y los adelantos grandiosos de este siglo nos abrieron desconocidos horizontes, dando paso á múltiples comodidades. Ya no será obstáculo para el viajero la demora en su trayecto, porque el vapor le pondrá pronto en riberas remotas. Ya no vacilará ante las ignoradas vías, porque la locomotora le arrojará sin sentir quizá, en apartados climas; el teléfono le traerá frases de cariño, el cable le pondrá en comunicación con la familia y la patria y la tierra entera; y ayer se despedía de los seres queridos, pero hoy éstos le miran en todos momentos, porque la luz obrando silenciosa trasmitió al papel su semblante. Pero aun no será completo el

bienestar, todavía hay una muralla: el idioma para él desconocido, no practicado ú olvidado.

Cuando esa dificultad desaparezca, los hombres del Septentrión visitarán el mediodía, y éstos atravesarán y explorarán ignotos climas.

Absurda, ridícula, extraña quizá parece esta cuestión. Así pareció á los de su siglo la idea feliz de Copérnico clavando al sol en el firmamento, Kepler fijando la ley de los orbes celestes, Galileo vislumbrando el infinito con el telescopio, y con su solemne frase *e pour si mouve;* Newton, reduciendo á formas fijas la gravitación universal; Laplace, dando solución al escrúpulo que Newton había llevado al sepulcro sobre las perturbaciones celestes; los hermanos Herschels, ensanchando, por decirlo así, el espacio, descubriendo nuevos rumbos, nuevos cuerpos, presintiendo la existencia de un sol central, motor universal de la grandiosa creación; Hoyghens, descubriendo las leyes de la percusión; Torricelli y Pascal, las leyes de la pesantez del aire. Estos hombres y otros en todas las escalas de las ciencias parecían errados, y aun ellos mismos se llenaban de escrúpulos ante sus vastas concepciones, y á esos cerebros fecundos debemos leyes y descubrimientos bienhechores, no digo ya uniformar una palanca social, como lo es la palabra, una en su fin, una en su principio, una en su móvil y en sus varias formas y usos.

Tal vez estudiado el medio de obviar las dificultades puramente físicas se resolviera el problema.

Vimos á Lagrange dando al cálculo infinitesimal toda la perfección de que era susceptible; á Monge, creando la Geometría descriptiva; Carnot, después de otro, dando á la fortificación fórmulas sabias y nuevas; á Franklin, dirigiendo al rayo; Tremblay, presentando la materia organizada en sus combinaciones y transformaciones, y á esa muchedumbre de genios que descubrieron en los fluídos incoercibles, magnético, eléctrico, calórico y lumínico, las averiguaciones de los más raros fenómenos y las más altas combinaciones cosmogónicas.

A mi juicio, cuanto tiene de árduo, es abdicar la lengua propia ó reformarla ó modificarla, sobre todo si estos pueblos que tuvieran tan dura necesidad, eran de raza latina, cambio rudo sería dejar tan sonoro, rico, fácil y vibrante idioma por formas guturales ó repugnantes.

Pero ante el beneficio común desaparecería el apego al idioma propio, y siempre se encontraría medio de obviar y conciliar toda dificultad.

Si esto como aparece es tan difícil y distante, procuremos al menos popularizar más los demás idiomas que predominan en Europa para que nos traigan más luz, más ciencia y más experiencia.

Hagamos de estos ramos una necesidad y habremos facilitado nuestras relaciones con los pueblos cultos.

Que se pongan en las escuelas profesores de alemán, de inglés y de francés, y no sólo se entenderán los unos pueblos con los otros, sino que se viajará más y con tanta facilidad como en el propio país.

El 15 de Septiembre.

Sesenticuatro años cumple hoy nuestra cara emancipación política. ¡Qué de hechos sublimes recuerda nuestra historia; cuántos sacrificios de nuestros patriotas, cuántas luchas de parte de los buenos y generosos! ¡Qué de rémoras presentadas por los enemigos de esa empresa magna! ¿Cuántos sufrieron el ostracismo, y cuántos prefirieron alejarse de la patria de sus mayores, para no verla sumida en eterna esclavitud?

Mas, llegada la hora en el reloj de los destinos, llegó también el momento de sacudir el yugo de la patria común. Cierto era que nuestro idioma, era su idioma, que nuestras leyes eran sus leyes, que nuestro culto era el suyo, que nuestros sentimientos eran hijos de los suyos; pero también era cierto, que en nuestro suelo había cerebros luminosos que podían levantar al pueblo de su estacionamiento, había también genios que sin preocupaciones de casta, salvaran el muro, el muro que les detenía para emitir sus luces, su saber y sus observaciones. La joven América tenía en su exuberante vegetación, fortunas colosales que no debían vivir latentes, ó conocidas sólo del pueblo ibérico. La América llevaba en su seno arenas auríferas que podían atraer las miradas de todos los habitantes terrícolas. El alma de la América poseía como rico patrimonio, dilatadas llanuras y laberínticos bosques en donde miriadas de pájaros de armoniosos trinos, arrobarían al perdido viajero.

En esta porción del continente coloniano, existían inteligencias superiores, capaces de darnos leyes apropiadas á nuestro clima y á nuestra naturaleza, análogas á nuestro naciente comercio, deficiente industria y escasa vida política. ¿Por qué tenerlas uncidas á distante yugo? ¿Por qué mantener las aptitudes nacientes en estrecho y limitado horizonte? ¿Por qué amurallar sus dos gigantes barreras? ¿No oímos el hórrido rebramar del dilatado Océano que azota nuestras enhiestas rocas por ambos lados? ¿No parece que piden al pueblo centro-americano, cuenta de sus grandes riquezas, ya zoológicas, ya agrícolas, ya minerales? ¡Oh, sí! el rugido de embravecidas ondas, nos despierta al trabajo, á la animación, al progreso.

Llegó pues, para el corazón de la América, aquella fecha imborrable.

¡Quién duda las luchas fratricidas que nuestra libertad provocara; pero esto no fué dique á las grandiosas obras que de uno á otro extremo del gran Istmo se emprendieran! ¡No importa á

nuestros héroes el rigor de los castellanos! ¡No amedrentó á nuestros patricios el ostracismo ni el despojo!

Hoy pues, nuestro corazón agradecido á los próceres de aquella fecha, evoca su nombre con gratitud y con orgullo; debiendo estar con letras de oro escritos por doquiera que se animen corazones americanos; para ejemplo de generaciones futuras y para admiración de otras edades.

Figuras venerandas: ¡yo os saludo, la patria no os olvida; la escuela os estudia como modelos de patriotismo y de grandeza!

Cada uno de nuestros héroes vale tanto, como valen para Colombia, Venezuela y Ecuador los nombres sublimes de Sucre, San Martín, Coto Paul, Urdaneta, Andrade, Padilla y el sin igual Bolívar.

Nuestros héroes también se inmortalizan porque dieron á su patria vida y derechos.

No debe el niño centro-americano ignorar los nombres respetados de José Cecilio del Valle, orador eminente pero más eminente patricio. De don Miguel Larreynaga, de Gálvez, de Cabañas, de los licenciados José Antonio Larrave y Santiago Milla, de los doctores Molina y Delgado, de Beltranena, Diéguez y Aycinena y otra pléyade de fervientes centro-americanos.

Setenticuatro años hace que el alma del continente, sacudiendo el marasmo que le enervaba, se vistió con sus galas de regia desposada, salvó las murallas do vivía esclava y comenzó á dominar como señora.

Más tarde dijo: oirán, allá en mis vírgenes selvas la voz prepotente de la fugaz locomotora, este cielo tan despejado lo vereis velado por red eléctrica que lleve por doquier palabra, luz y movimiento.

Todos los pueblos del planeta me saludarán salvando las distancias, desde el amanecer hasta la caída del sol. Mis ricos productos llegarán desde las orillas del Támesis hasta las costas argentinas, y los vapores de cien naciones se deslizarán por mis riberas desde el Golfo de Bengala, hasta las playas guatilinas. Y tendré leyes propias y tendré mil bardos que darán nombre á mi belleza y tendré tiernos cantores que nada envidiarán á los viejos poetas del antiguo mundo. Tendré mis historiadores que llenos de amor patrio no se olvidarán de cuanto bueno produce esta porción amada; y tendré también mujeres bellas que nada envidien á las andaluzas; tendré luz, tendré vida, tendré nombre.

La voz de la Sibila va cumpliéndose. Nuestro suelo es y será como lo vieron en profético miraje nuestros mayores.

Demos pues, honra á nuestros legendarios libertadores, trabajemos cada cual en la órbita de nuestras aptitudes, porque llegue pronto el hermoso día en que esté completa la grandeza que auguró la hermosa libertad.

1.° de Septiembre de 1895.

La mujer sin religión.

Mi caro Ernesto: en cumplimiento de mi promesa, te hablaré algo sobre lo que me preguntabas, ya que piensas formar un nido; que este sea muy dulce, que sea tranquilo, que sea embalsamado por odorantísimas flores de ternura, de abnegación, de constancia y de virtud.

Alguien entre tus numerosas amistades te habrá dado por consejo estas ú otras frases análogas: "busca mujer callada," "búscala laboriosa y económica." Quién te habrá dicho, elije mujer fea, como garantizadora del buen nombre; quien talvez "escoge mujer instruída", talvez otro, escógela ignorante, quién te dirá que sea rica; cuál, que sea amable; cuál, que sea agreste; talvez otro, que sea de sociedad; otro, que sea aislada, etc., etc., Pues bien, yo solo te aconsejo que sea virtuosa. Ahí está la única base de bienestar, de paz y de prosperidad.

Antes de entrar en materia debo advertirte, que mi consejo, no es ley. Tú eres un joven de suficiente criterio, de ideas avanzadas, de civilización no desmentida y entre todo esto llevas en la mano las páginas de la historia, abiertas, de manera que los grandes hechos y las grandes tragedias no pasan veladas á tu vista. Así me agrada la juventud que no cierra sus ojos á las grandes verdades que la humanidad le presenta por doquiera. Compara pues, caro Ernesto, y que los sucesos que te admiran sean analizados, para que de ellos deduzcas lo que creas lógico.

Recuerdas los acontecimientos de otras edades y de otros climas. La historia es buena consejera.

¿Recuerdas que la mujer, ya directa ya indirectamente, ha sido causa de grandes bienes y de grandes males? Quizá más numeroso es el catálogo de los hechos desgraciados en que ha influído. ¿Por qué? Porque mayor número cuenta la maldad.

Comencemos. Apunta los generosos servicios prestados por la mujer á la humanidad, cuando yacía oprimida. En primera línea y aunque citemos mujeres bíblicas, ahí está Judith, la valerosa Judith. Noemi y otras como ellas, que no por ser heroínas de la antigüedad merecen menos elogios. Debido á su amor á la patria y á su celo, la una expone cuanto tiene más digno, en favor de su pueblo desgraciado; la otra se prepara á morir si es necesario por su amado pueblo Israel. ¿No ves á Débora gobernando con rectitud y juicio al grande cuanto difícil país Hebreo?

Negar las luces, tino, abnegación y sacrificios de aquellas mujeres sería ridículo.

Y ¿á qué se debió esa grandeza de alma, esa nobleza de sentimientos, esa abnegación, esos sacrificios? Bien lo sabemos, á sus creencias, á su virtud.

Pasando á otras edades, ¿no sientes cariño por mujeres como la magna Elena, como Margarita de Hungría, Blanca de Castilla,

Margarita, esposa de Luis IX, Isbel, la gran Isabel coodescubridora del Nuevo Mundo, á quien después del audaz genovés debe España este hemisferio?

¿Qué diríamos de la célebre heroína del siglo XV, y de otras como ella célebres en los fastos de otras naciones?

No nos detendremos en las virtuosísimas doncellas, de diferentes siglos y países, que con los nombres de Cecilias, Eulalias, Catalinas, Rosas, Estéfanas, etc., etc., han elevado á la mujer á la categoría de ángel. ¿Queréis en el continente Nuevo? pues allá en la patria de Bolívar también hay mujeres modelos, tenéis á doña Luisa de Arismendi, prisionera por el amor patrio y el amor conyugal; y como ella muchas más, que sería cansado enumerar. Unas salvando su patria de manos opresoras, otras salvando sus hogares del infortunio y la deshonra y otras como la señora Montila, alentando á sus hijos al sacrificio.

¿Por qué repito se han distinguido esas mujeres? Porque han sido creyentes.

No podría la mujer ser grande sin el ideal que columbra en lejanos horizontes.

Compara con la historia de cada una de éstas y la vida lúgubre ó criminal de unas Borgias, de unas Catalinas de Rusia, Catalinas de Médicis, Margarita de Borgoña, Margarita de Navarra, Isabel de Inglaterra, etc. Para el hogar no querrías á ninguna de éstas, ¿verdad?

Cierto que aquellas fundaron su cariño y su esperanza en un edén, cierto que aquellas llevaban en el alma, la ternura y el sacrificio; pero esa ternura y ese sacrificio alcanzaba á los seres que las rodeaban. Cierto es que no deslumbraban con el brillo de las piedras sobre sus coronas, aunque reinas algunas; pero deslumbraban con el brillo de sus acciones, colocando sus nombres entre los nombres de las mujeres magnas.

El corazón del hombre, á no estar muy maleado, no puede aspirar á ser dueño de una Mesalina; á no ser muy vulgar, no puede conformarse con ser esposo de una descreída, á no ser muy mezquino, no puede vivir solo de la materia.

La mujer impía, la mujer sin creencias es un ser que amarga la existencia de su dueño. Lleva en su pecho el veneno que acosa la existencia de sus allegados. Su felicidad es pasajera y sus dolores no tienen bálsamo ni consuelo.

Es tan dulce la mujer creyente (hablo de la que en verdad cree), no me detengo ante las medianías. Es tan noble, tan desinteresado, tan grande el cariño de la mujer que lleva en su corazón la chispa divina de la fé, que su ternura no halla contrapeso en su hogar, que su generosidad no encuentra límites en el ancho campo de los sacrificios.

Es tan espiritual, que sus dolores, las penas, sus amarguras, sus pesares, sus luchas, llevan la mística poesía que las endulza.

Para la mujer creyente no hay venganza, porque sabe que el perdón es el gran remedio á sus males; para ella no hay odios porque sabe que el amor, es el único que regenera y ennoblece; para ella no existe la envidia, porque conoce que solo la virtud merece poseerse y para ella no hay inconstancia, porque su alma no nació para jugar con los grandes afectos que Dios puso en su alma para levantarla.

Son pues, esas pasiones, propias de almas que no creen, y que nada esperan y que nada aman.

Si comparamos á una mujer religiosa con otra que desconoce toda tintura de creencias, veremos á la primera, cuando hija, velando á la cabecera del padre anciano y con solícito afán, escuchando los latidos del corazón de aquel sér á quien ama y respeta, tocando su pulso á cada instante y reclinando su abrasada frente sobre su corazón, y cada respiración del enfermo acelera la suya, y con mano febricitante le sostiene en su lecho postrimero; la cabecera del anciano es su mejor asilo porque quiere no perder siquiera sus últimos consejos amorosos y sabios. ¡Oh y cómo llora silenciosa en el lecho de agonía!

Y qué se diría de la joven esposa que unida ante el altar, á un ser á quien no ha dejado de amar un segundo, se afana por complacerle; ¿con cuánto empeño observa hasta sus menores deseos y sale al encuentro hasta de los más pueriles antojos? Cuál se regocija de poderle complacer, de poder hacerle suave el yugo del matrimonio. Cuál trabaja porque en su hogar reinen el orden, el aseo, la economía y la sonrisa, únicos factores de dicha conyugal.

Contemplemos á la mujer cristiana como madre, cuánta poesía encierra. No halla goces en fiestas mundanales ni en públicas almonedas de pudor y de miradas. Su ideal, es la cuna de su hijo; allí pasa las horas que le quedan de sus tareas cotidianas, allí siente vivir en la mirada de aquel niño, la primera sonrisa, el primer nombre que balbute, son imborrables para ella, ¡qué madre no siente inspirarse ante la cuna de su hijo!

Ella sí, le señala el edén tras de ese cóncavo azul, si eres bueno conocerás hijo mío aquel paraíso le dice señalándole el éter! Junto con el de su padre terrenal le enseña el nombre de aquel Padre que reside en la Jerusalén celestial; cuando puede llevarlo al templo le muestra con júbilo las imágenes de su culto, que con infinita poesía le descifra cuanto para él es desconocido y tierno.

Allí, le dice, te escucha Dios, y ve tus secretos, y sabe tus pensamientos y conoce tus deseos. Con infantil ternura ora el niño hacia el Dios de su madre! Aquel día el niño no habla, no recuerda, no piensa en otra cosa, que en Dios á quien oró por la mañana, la madre saca partido de aquel afán por ir al templo y le ofrece que si es bueno le llevará otro día. La infancia es tan pura que goza con todo lo tierno y poético, quiere volver á extasiarse ante el lienzo de Murillo y de Velásquez, donde vió sonrientes niños como él, en brazos de la inmaculada virgen de Sión, quiere volver al tem-

plo, donde quedó absorto al escuchar el imponente cantar de algún levita ó el sonoro órgano que le hizo saltar de júbilo, y en donde miriadas de luces titilando ante sus ojos, le hacen soñar en un paraíso y quiere él llevar luces y flores, y órganos á su hogar, porque algo poético, algo sublime le acerca al infinito: ¡qué alegre me pongo, cuando me llevas, le dice á la joven, veo allí niños, mamás, viejecitos y todo me hace gozar! qué alegre es ir al templo. Y la madre creyente saca más partido de aquellos infantiles goces, que de otros menos puros y quizá nocivos, y aquel niño será obediente y cuando pase la primera infancia vedla, con cuanta ternura y constancia le explica los grandes y sublimes misterios, que el niño con corazón sencillo cree y ama, y cree y espera y por esto ama. He ahí la innegable utilidad de que la madre eduque por sí al niño en la primera edad, porque con su dulzura y perseverancia sabe fabricar con precioso lienzo de pureza, aquel corazón.

Más tarde ya es un hombre, pero jamás abusa del amor, consideración y respeto que debe á la bondadosa mujer que fué su mentor. Por esto jamás olvidará las dulces impresiones de aquella edad de poesía. ¡Oh! nunca, los que de otro modo piensan no han tenido madre, y si la tuvieron, no fué tierna, no fué modelo, no fué como lo prescribe su misión.

El hombre no se aparta del camino que le trazara la madre prudente y religiosa, lejos de eso, consulta con ella sus más insignificantes emociones y de ella espera, luz y consejos. Talvez se lanza un día, en una sociedad descreída y el imperio de la moda lo arrastra hacia profundos abismos; pero, al borde de esos abismos, recuerda la voz amiga de la madre y se aleja de aquel antro. ¡Oh, mi madre, dice, tú me detienes y tu voz aún me resuena al oído! ¿Quién dará paz y consuelo y bálsamo en las grandes penas de mi vida? Una madre creyente, religiosa y buena.

Por el contrario la joven descreída, escéptica cuando niña, avasalla á cien admiradores pero no ama á ninguno; desea ser el blanco de todas las miradas y gime y murmura y refunfuña cuando algo le impide satisfacer el más leve de sus caprichos. Pasa las horas entre el tocador, el piano, el baile y las visitas.

Qué le importa, á una joven así, la enfermedad de sus padres ancianos; las dificultades de un hogar pobre, los azares de una vida privada de recursos, ni la familia, ni el porvenir, ni el bien, ni la virtud.

Su Dios, es el capricho; su ideal, la moda; su afán, el lujo; su pensamiento, realzar....

Pobre juventud, cree que la virtud es muy austera; la fe, un mito; las dulzuras del hogar pobre, una eterna prosa; el afecto filial, un yugo; el cariño fraternal, una carga; las buenas obras, un rasgo de aristocracia; el templo un paseo como otro cualquiera; la sencillez, una degradación; la moderación, faltas de buen tono; la urbanidad, un sarcasmo, etc., etc. Y si desgraciadamente con-

trae matrimonio,..... allí comienza el infeliz marido á ser víctima de rudos é innúmeros caprichos, de necias exigencias..... pero, á que alargarnos, basta decir que comienza su calvario y que no terminará ni aún después de muerto. Cierto es que en su errada elección halló el castigo, pero también es cierto que se arrepintió desde el primer momento de despótico imperio de aquella mujer impía, sin fé, sin temor, sin espiritualismo.

¿Y qué tiene esto que ver con la religión, me dices, si acaso, serán faltas de educación ó vicios de carácter?

Precisamente en esto influye la buena educación religiosa; sin creencias, sin fe, no puede ser, no tiene razón de ser, la mujer; ni sumisa, ni obediente, ni abnegada, ni fiel, ni modesta, ni sufrida, ni cariñosa, ni humilde, ni caritativa con los suyos. Porque estos sublimes arranques, estas grandes virtudes, no nacen solo por que las siembran; sino porque se mira un más allá, en donde todo espera premio. En donde es pesado todo para recibir con usura el galardón, por eso pues, la mujer creyente abraza con alegría las grandes cruces del infortunio, del dolor, del pesar y de los sufrimientos.

La joven que en nada cree, que en nada espera, que nada teme, que á nadie ama y que todo lo aguarda del presente, no puede, no es posible que pueda perfeccionarse. Nada le importa el placer de la virtud, no cree que existe dulzura en el sacrificio; nada le estimula en el gran combate que tiene que librar con el crimen y el deshonor. ¡Qué le importan las penalidades de la familia, si ella goza! ¡Qué le importan las víctimas, si ella no lo es! Cree que ha venido á gozar únicamente y por todos los medios procura pasar feliz su carrera terrenal. Piensa que su misión sobre el planeta es satisfacer todas sus aspiraciones y nada le detiene en la vertiginosa carrera.

Cuando el destino la coloca en el tierno santuario de la maternidad ¡ah! qué fastidio, dice á sus amigas, "¡las noches de insomnio que me proporciona Pepito, á veces me dan impulsos de ahorcarlo: y después que yo soy la que debo criarle por que á mi esposo se le antoja de que esto es una necesidad, y también porque una nodriza vale un sentido. Figúrate ¡ay Dios mío! ya no puedo ir á los bailes, porque cuando he ido amanece con cólico Pepito y si no, se me ha escapado de chamuscar, con una infeliz sorda que tengo de niñera. Imagínate que cuando fuí al baile de * se le antojó á la china, acostarse en mi cama y no me sintió cuando regresé, así fué que como también padece de accesos de tos, en un ataque, tomó mi almohada de plumas de cisne y formó un yagual para contenerse dichos accesos. No te cases Soricia, eso de ser una esclava hasta de las chinas, es la última calamidad y eso que sí me quiere mi Paco y soporta bastantes molestias mías. Un día de tantos quito el pecho al patojo, porque ya me aburre el contínuo encierro, ajeno á mi costumbre, por que al fin y al cabo esta vida otra se la ha de gozar!"

—Ernesto, ¿quisieras tú en suerte una mujer de esta clase? Háblame con sinceridad. No, cierto que no, y no de otro género la conseguirás, sino buscas primero y como base la religión en tu futura.

No te engañes, alucines, ni ciegues, por una aparente y falsa piedad; este es el medio de atraer á los incautos. Busca la virtud verdadera y sólida, que sólo la religión en su única acepción, puede prestar á la mujer; ella es la que dá á la joven valor en sus penas, sumisión debida hacia los superiores y esas bellas y perfumadas flores que forman el ramillete, que aspira el tierno esposo, el amoroso padre y la buena madre.

La paciencia y la ternura solo la dan las sublimes máximas de la sana moral, sólo se anidan en el corazón que tiene ideales nobles y que lleva en el alma esperanzas inmortales. No puede ser la buena esposa alimentada de mundanos instintos.

Tengo una amiga en un país lejano, y ésta me escribe hace poco, en los siguientes términos:

"Después de ocho años de unión con Adalberto, hasta hoy no hemos tenido el más ligero desagrado, y sabes cual es mi política, una muy sencilla. Cuando lo agobia el peso del trabajo, lo consuelo y aliento, y con mis ahorros y economías le ayudo de manera que le sorprendo con un descanso preparado de antemano por mí, le procuro cambiar de objetos que le causen hastío y le preparo cuanto sé que le complace. Vivo cuidadosa de que los chiquitos no le molesten para nada, las veladas de invierno le busco distracciones en el hogar, ya formando con los niñitos pequeños actos ó sainetes, ya jugando algo nuevo, y cuando alguna vez se enferma, yo no vuelvo á pensar en otra cosa que en devolverle la salud para mí, tan cara. No le curo con medicinas sino que le atiendo con cuidados. Y vieras que todo esto lo hago tan gustosa como no pudiera hacerlo más. Visto los trajes y colores que á él agradan, salgo solo cuando él quiere y me invita, visito cuando me lo aconseja y recibo á quienes me indica, de manera que soy un ser complementario de él. Yo se que en el cielo hay una silla, reservada para los matrimonios que jamás se arrepientan y quiero ser la que ocupe dicho lugar.

Yo no hago caso de chismografías ni de cizañas, pues este es el primer paso de la desunión, creo que mi esposo no me es infiel y si desafortunadamente fuere, yo nada lograría con saber tamaño desencanto para mí. Si desgraciadamente cansado de mi hogar busca una mujer extraña, yo sentiría dolor profundo; pero él lo ignoraría y al fin, cansado de extraños goces, me devolvería su perdido afecto. Si el dolor ó el infortunio visitaren nuestro hogar, le aceptaré como el rocío que refrigera las plantas, como la lluvia que limpia del polvo á los árboles, como el crisol donde se purifica el oro. Yo sé que la virtud es lo único que puede hacer feliz á la mujer y por eso quiero poder practicarla algún día. Sé también que hay un mundo mejor

á donde van los que sufren gustosos los trabajos de este valle de dolor''.

¿Qué te parecen, Ernesto, estas frases? Y más que las frases, ese aroma de alegría que se columbra á través de sus palabras?....

Ama en buena hora la belleza, el talento, el buen tono, la riqueza, el lujo del gran mundo, etc., etc., pero al pensar en ese nido no busques más que una mujer creyente, ella garantizará el honor de tu hogar y la paz de tus hijos y de tus canas. A no ser que cegado de falsos atractivos, olvidado del porvenir, pienses fabricar sobre la arena para que no dilate tu nombre y tu quietud.

La mujer sin religión es una flor cuyo desagradable perfume retrae; es un pájaro que hiere con sus chirridos; es en suma, la personificación del mal y del infortunio.

No quiero para tí, mi buen amigo, la mujer del otro extremo, esto es tan triste como repulsivo. Bajo el velo de una religión que no se conoce, ni menos se practica, se deja el hogar en abandono y ruina, y después, crímenes que horripilan. Apartemos nuestros ojos de las Catalinas de Médicis, su contacto nos infecta.

La mujer nació para consuelo del hombre, para que sea el ángel tutelar de su existencia, para que con abnegación y fe, siembre en su camino la esperanza y brote en el erial del mundo la caridad.

Los grandes dolores en el hogar, son el fruto de mujeres ateas. Los grandes progresos y las grandes evoluciones sociales, son el fruto de los genios que como Juana de Arco han creído; como Isabel han esperado y como Teresa de Jesús han amado.

Yo no prosigo; que la historia te presente mejores modelos.

Septiembre de 95.

Tu amiga.

Las Vacaciones.

Ha llegado el día de verse de nuevo en el hogar paterno. ¡Qué ansiado día! El suave y apacible susurro de las hojas, parece que ya suena en mis oídos. El grato murmurio de las fuentes me recuerda la edad de los ensueños. Ya oigo el melodioso canto de las mil aves que pueblan el enmarañado bosque, ya me imagino aspirar aquel delicado ambiente, perfumado por un millón de flores silvestres. Y la vista recreándose con los matices de flores y de horizontes.

¡Qué hermoso es el mes de noviembre! y si es dulce, grato y bello para los que hemos pasado el dintel de la edad de la prosa, ¡cuánto más será, para aquellas almas juveniles que viven de las flores, de las aves, de las fuentes y de los prados.

Llegó el momento de volver al seno de la familia y al hogar que calienta el fuego purísimo del más puro afecto.

Tras días de estudio, de reflexión, de trabajo y de esfuerzo, van á deslizarse en goces las horas de las vacaciones. ¡Aquel que al estrechar á sus padres, les presente el certificado de su conducta ejemplar, de su aprovechamiento y de su amor al estudio, cuánto, cuánto gozará, en el interior de su corazón; la dulcísima satisfacción del que cumple sus obligaciones, es tanto más pura cuanto mayor es la dignidad del que la siente. Por el contrario los que ven indiferentes el retorno al hogar, los que no sufren al estrechar á sus amantes padres por no llevarles el consuelo, la garantía, el testimonio de que sus afanes, sus vigilias, sus dolores y su separación, tuvieron una recompensa muy más grata que los tesoros, que proporcionan las riquezas, se puede juzgarles ya degradados.

La madre amorosa, piensa desde mucho tiempo atrás, en el venturoso día de ver de nuevo en sus brazos al hijo de su alma.

¡Oh! si pudieran los hijos comprender cuánto los aman sus padres, cuánto gozan con sus triunfos y sus adelantos, darían por muy bien empleados los desvelos escolares!

La época más sonriente del año es para el alumno, la temporada de las vacaciones, la siente acercarse como un oasis, en el campo de su carrera.

Ojalá pues, que la juventud estudiosa, aproveche el precioso tiempo que pasa en sus lares.

La juventud necesita de aire, de luz, de actividad, de gratas impresiones, de cambio de clima, de ejercicios ó paseos campestres y de todas las perspectivas que presenta la naturaleza, en las afueras de las poblaciones. Por esto los pedagogos han pensado que descansen los que se consagran al estudio, y que vayan á gozar de esos diferentes cambios, y de esas variadas impresiones.

Por lo que respecta á esta Escuela, deseamos que las alumnas regresen á sus hogares, alegres y satisfechas, ya porque en su mayoría han secundado los buenos deseos de sus padres, ya porque muchas de ellas son tan amorosas hijas, que esperan el momento de reunirse á los autores de sus días con el afán de no separarse durante dos meses.

Justo es pues, que gocen y se sientan recibiendo nueva savia para que, al volver al seno de la Escuela, trabajen afanosas, con más ahinco, con más ardor y con más probable fruto.

Máximas.

La casa de la mujer coqueta, llevará el sello de la inconstancia.

El hogar de la mujer tranquila, será como una preciosa y serena bahía, en donde se ven solazarse las aves cansadas de vagar en la superficie de las ondas.

El recinto de la mujer ligera y vana halagará los sentidos y oprimirá el corazón.

La morada de la mujer virtuosa, será como el oasis que bendice el sediento y cansado viajero.

La conversación de la mujer ligera será como el murmurio de las aguas agitadas. La conversación de la mujer juiciosa será una grata melodía que no se olvida fácilmente. El acento de la mujer ignorante es el rústico choque de las hojas secas. La voz y las palabras de la mujer instruida serán los trinos del ruiseñor. La palabra de la mujer presumida y fatua, cansa, la de la discreta agrada y entre ambas hay un abismo.

La mujer en la edad primera es un bello ideal. En la edad del juicio es un tesoro. En la edad de la vejez un consuelo. ¡Ay de la mujer que no consuele á cuantos la rodeen!

La buena maestra, se hace acreedora á las bendiciones de la posteridad, y la que olvida su misión tan noble merece el duro castigo de la patria.

La Humanidad no sabe cuánto debe al maestro; se supone al bueno. Cuanto valga la patria de éste, se lo merece á él.

El M. R. P.

Fray Simón de Jesús López.

Acaba de perder la Orden Franciscana al R. P. Fray Simón de J. López, uno de sus miembros más virtuosos, dignos y amados. Ha volado al seno del Señor, dejando recuerdo imborrable de sus virtudes, de su ejemplo, de su bondad. Centenares de personas lloran su eterna despedida y sienten el vacío que dejara allí en donde el creyente iba á depositar sus penas, sus íntimos dolores, sus faltas, al ministro del santuario y de aquel asilo salía consolado, absuelto, lleno de esperanza, como peregrino sobre la tierra, fortalecido y resignado. Reflejando aquel Sacerdote en su frente surcada ya por el trabajo y por los años, una sencillez é inocencia, hijas de sus costumbres sin tacha.

Nació en Ciudad Real, de Chiapas, por el año 1834; fueron sus padres, el señor don Desiderio López y la señora doña Hipólita Goicoechea, hermana ésta del ilustre Doctor Goicoechea, uno de los benefactores de la extinguida Sociedad Económica de Amigos de Guatemala. Distinguía á sus progenitores, la piedad y la virtud, heredada por el digno franciscano. Educado en el temor de Dios y en la virtud, con el ejemplo de los suyos, sus primeros pasos fueron al templo, sus mejores juegos al culto infantil y las celebraciones de niño á las imágenes, allá en su hogar. Las horas de recreo, las destinaba á fabricar sus imágenes y lo que le servía para el ornato de sus altares. Al cumplir 12 años pide permiso para ingresar á la orden franciscana de aquella ciudad á cuyo deseo se opusieron sus padres por la

corta edad del niño, y por un temor propio de almas virtuosas, de que más tarde pudiese no ser modelo en la religión, diciendo su buena madre: "quiero en el cielo aunque sea un mal soldado y no un mal ministro en el infierno." En fuerza de la vocación que le arrastraba al claustro, dispuso el niño Simón alejarse á San Cristóbal en donde también había convento de dicha Orden y partió sin demora y sin vacilación. Dejamos á los lectores comprender lo mucho que sentirían sus padres aquel valor y enérgica resolución de su hijo, pero haciéndoles sabias y oportunas reflexiones el Doctor Goicoechea, lo dejaron en el tranquilo claustro que él eligiera y amara. Las primeras nociones de las ciencias las había adquirido en el hogar, y las que eran propias del religioso las comenzó allí en el noviciado de San Cristóbal. Siendo digno del afecto de sus maestros por su humildad, moderación y bondadosa índole, no tenemos datos si allí cursó todas las materias, ó se trasladó á Ciudad Real en donde estaba otro convento. De edad de 22 años recibió las primeras órdenes y al siguiente las demás. Próximo estaba á coronar sus aspiraciones de religioso, subir al altar y elevar por vez primera la santa é inmaculada hostia, cuando la exclaustración de las Ordenes religiosas en aquel suelo, por lo que tuvo que permanecer solo un mes, lo necesario para arreglar viaje á esta capital.

En el año 1858 se despidió de aquella patria por la cuna y por la familia, y con ocho religiosos de San Francisco se dirigían á ésta. Contaba ya 24 años, admitidos en este claustro y apreciados por sus cualidades pasaron los primeros meses, siendo en el año de 60 elevado al sacerdocio y cantando su primera misa en el altar mayor de San Francisco en el día de la Purísima, fué su padrino de misa el señor Licenciado don Luis Pavón.

Sus dotes de bondad y prudencia le merecieron el aprecio de los religiosos de la orden, y en elecciones fué el designado maestro de novicios de la misma, encontrándose entre los novicios muchos de los sacerdotes que aun quedan de aquella religión, pasado algún tiempo y siendo de edificantes prendas, mereció otros cargos. Su tino y caridad fueron proverbiales; en el manejo delicadísimo de aquella grey, pudo hermanar la fidelidad á la regla y el lazo fraternal de unión entre todos.

Vino el año 1871 y exclaustrado segunda vez del convento bien amado, pasó á servir varias parroquias de este Arzobispado, como San Marcos, Retalhuleu, Rabinal, San Antonio Suchitepéquez y otras, dando en todas el mejor ejemplo de su ministerio. Amante del silencio, celoso por el buen nombre de su Orden, fiel á su constitución, no buscaba círculos de ningún género. El era buscado como generoso amigo, como infatigable ministro, como confesor prudente y caritativo.

Quiso reorganizar la Hermandad de Nuestra Señora de los Pobres fundada allí canónicamente hacía más de 50 años, pero casi extinta por las circunstancias varias y difíciles que habían obstaculizado su marcha y para el efecto habló con distintas per-

sonas para que coadyuvaran á su empresa. Fué acogida con satisfacción y entusiasmo y ha venido trabajando por algunos años con regularidad.

La Asociación del Viacrucis fué por él establecida, organizada y regentada, encontrándose inscritas en sus filas multitud de personas de la capital y fuera de ella.

Llamado hace algunos años á cuidar y servir el templo de San Francisco consagró todas sus fuerzas y últimas energías á aquella Iglesia, conservando el culto con religiosa pompa y atrayendo con su bondad á los compañeros de Religión que no pudiendo vivir bajo las mismas bóvedas le consolaban. Sostuvo la 3.ª Orden de San Francisco en donde hay numerosas filas y no por la edad, sino por el trabajo asiduo y el confesionario sin tregua, contrajo enfermedad interior que fué minando su existencia, por espacio de algunos años, siendo pronunciada su gravedad en el mes de Enero del corriente año. Su amorosa hermana que hace 15 años lo cuida desde su viudez, y su virtuosa sobrina procuraban aliviar y atenuar sus dolores y buscaban el remedio al mal que lo afectaba, trasladándolo á la casa de su habitación.

La ciencia no fué suficiente, ni esos amorosos cuidados y después de una prolongada dolencia en donde la paciencia y la humildad resplandecieron, bajó al sepulcro auxiliado por sus hermanos de Orden, visitado por el Dios tres veces Santo, en el Santísimo Sacramento, durante 15 días y en la noche del 29 de Agosto se unió al Supremo Bien. Llorado por cuantos lo trataron y conocieron, sentido por la sociedad cristiana y bendecido por los buenos. Su memoria no la puede el tiempo destruir porque está cimentada en la virtud.

Pasaron los días de prueba y entras al goce infinito que tus virtudes te merecieran.

La siempreviva de mi cariño he ofrendado sobre tu sepulcro. Mis oraciones no serán para el que gime en el Purgatorio, sino para el justo que llegó al Señor.

El escéptico y el creyente.

¡Nací por mi mal, ¡hora infortunada! encontré en mi cuna y á su borde, el llanto. ¿Por qué? porque sufría, porque el hambre, el dolor, el frío, el calor, la sed, todo me oprimía y no sabía que, ni á que daría causa. Era inconsciente.... Pasó mi edad primera, y con ella, nuevos dolores me esperaban, después de despedirme de los ya conocidos, de los que me halagaban por decir así con el afecto maternal. ¡Oh, amor santo, sólo único, puro, con esa edad, ¡adiós! y vino la niñez, ¡que de castillos infantiles, que de deseos, que de ensueños coloreados con la inocencia, esa inocencia que deja bellos lienzos, que no borran el dolor

mismo, ni el placer absoluto, ni el cielo, ni la tierra, ni los mares! ¡Adiós inocencia! Al trasponer tus umbrales ¿qué me dejas?.... Vacío, desencanto, duelo, duelo profundo, amargura, más grande que la que encierra el bíblico Marat.... Llegó la juventud, pero al fin era mía y en sus dinteles.... ¡horribles fantasmas! ¡huid! encontré la amistad, la patria, los goces, la fortuna, la sociedad.... ¡Maldito todo esto! ¿Por qué los maldigo? No un día me abristeis los brazos, generosos seres, hermosos horizontes de la patria mía, goces, etc., etc.? Si yo os maldigo de nuevo, porque todo es, todo fué, todo será humo, vapores mefíticos, miasmas nauseabundos, podredumbre, lodo.... La amistad existe, cuando podemos servir, ser útiles, cuando nos ven oro, influencia, posición, belleza ó cualquier otro punto explotable, y ¿después? desprecio, pretextos fútiles para el olvido, para el abandono, para la censura, para la burla!... No existe el cariño. Nó, mil veces nó, ni lo creo, ni lo busco, ni lo espero.... vosotros los que lo invocáis, estáis perdidos, já, já, já. No existe nada....! ¿El amor, fúlgido destello de un infinito bien, no fuiste quien endulzó las horas más bellas de la hermosa juventud? Necia creencia! ¡cuánto abomina las mal gastadas horas de ingrato afán! Materia, materia, solo materia, es el ideal que se antepone al sacro fuego del corazón! ¿Y los goces? infelices pasatiempos que ni satisfacen, ni recompensan las pérdidas que implican. Fe, esperanza, humildad, piedad. No, no existen bellas frases de abstracto significado.... y por eso no os busco cual solía para endulzar mi monótono existir. Adiós! todo lo abstracto del mundo metafísico, huid! solo el pesar..... el sufrimiento..... las lágrimas esas sí, son mis certísimas compañeras y por eso ni un instante me dejáis.... y tú, ¡oh muerte! bello ideal del pensamiento mío, cuándo me vienes á dar el ósculo que anhelo frío como de fauces secas, helado como el escepticismo que me roe, que me abruma, que me cansa....

Volvamos la hoja: Mi humilde cuna no se meció entre cortinaje de flotante tul, pero sí se arrullaba mi cabecita al suave acento de la tierna madre, que en mi frente con efusión santa me besaba, y acallaba pronto el dolor físico, ó el frío, ó el calor, ó el miedo inherente á la alborada de la existencia! y no pasó aquella edad bendita, sino para trasponer una era de santa recordación, y la infancia, dulce penumbra á donde no llega el mundanal aliento, solo se deslizaba entre nobles ocupaciones, que bendecía el ángel tutelar de la inocencia.... por eso, presto cambió, y al acercarse la Juventud, con su traje de amarantos, sus sandalias de piel de armiño y sus joyas de brumas de Océanos, no hubo luto ni inquietud, el ángel del cariño abrió sus níveas alas, y cobijó con ellas mis castas amistades: tiernas ondinas, apacibles vestales, ríos, montes, praderas, vosotras nunca me engañásteis, no; á vuestra sombra deleitosa pasé las gratas horas que un trabajo ameno, necesario y útil me dejaba de las horas del día, y, niñas buenas como el ángel del bíblico Tobías, enlazaban sus manos á las mías

y en inocentes juegos las plácidas tardes otoñales, iban y venían sin sombras, sin pesares, sin inquietud!....

La muerte como fin de una vida transitoria, llevó en su seno á los autores de mi existencia; pero ni ellos me olvidan desde el cielo ni yo olvido sus santos consejos, su amorosa faz, su sin igual ternura, los saludo y para ellos invoco ante el altar, paz y gloria todos los días de mi vida, pagando así tanta deuda contraída; yo sufro alguna vez, pero ¿qué sér sobre la tierra no vé sombras á través del sol? ¿qué criatura de este planeta, no admira de vez en cuando tras de rojo horizonte una franja gris? La vida del mortal es una cadena de alegrías y pesares, unos, propios frutos de las otras y sin que á su armonía falte nada, se deslizan sin sentir, pero que en la economía providente, son tan necesarios al hombre como el día y la noche, el día son los goces tranquilos y la noche las brumas de tristeza que visitan al mortal!

¡Yo os bendigo! Vosotras, brumas densas, á veces fatídicas, á veces asfixiantes que pesáis sobre mis febricitantes sienes, yo os quiero porque me avisáis, me recordáis, me murmuráis al oído, que tras de ese éter, allá, en cercano día, me pesaréis esos dolores, me descontaréis esas tristezas, me pagaréis esos desencantos y con usura gozaré tantas delicias como privaciones tuviera aquí, ¿qué digo, no podrá existir comparación, entre efímeros goces y placeres sin rival; entre dichas no conocidas en la tierra y delicias que no cambian ni se acaban en un lugar siempre venturoso, benditos sean! Fe santa, esperanza bendecida, caridad dulce, humildad, resignación generosa. Cuán necesarias sois para el camino que debemos atravesar para llegar á la anhelada felicidad, y tú, ¡oh muerte! venid en buena hora cuando Dios os envíe para desatar el frágil lazo que á la materia me une. Si ya encontráis el alma mía purificada por el fuego del sufrimiento, no tardéis, pero sí aún falta crisol, dejadme.... yo volaré dichoso, porque así no demoraré el infinito gozo de conocer á Dios!

¡Muerte, encantadora amiga, tú sola, tú me abrirás las puertas del Edén! pero no obstante que te amo, que te deseo, como la blanca desposada de mi corazón, te ruego que solo vengas cuando el Supremo Criador te ordene que me abras el cielo, porque no quiero dilatar en otro mundo, que no sea la celestial Salem! Amé la patria, ella nunca me amó, me vió como extranjera planta y humilló mis trabajos y mi nombre, pero no la maldigo, más bien oro por ella y cuando la deje para siempre, por otra sin rival, oraré por ella también. Amigos, no sé si me quisísteis ó solo me fingísteis la ternura, pero yo pido al cielo que vosotros seáis felices! Inocentes goces, nada me dejáis que pueda aborrecer vuestra memoria, pero tampoco por vosotros lloraría.

Creo en un mundo mejor y lo espero, como espera la madre amante al hijo de su cariño. Espero el día feliz como espera la amante desposada al elegido de su alma y tras de ese lino de fe y de esperanza brota mi amor al infinito bien. Dulce fe, grata esperanza, caridad bendita!

La Economía Doméstica.

¡Ay, Dios mío! ya no me caso; hace pocos días que me decía un buen amigo. Y ¿qué decepción sufre? fué mi primera pregunta. Pues, la grandísima, la triste, la incalificable, de ver que mi amable Aniceta solo piensa en las labores científicas, en los estudios, en todo, menos en su hogar. Y yo, para qué quiero que ella sea profunda astrónoma, ni soberbia matemática, ni cosa por el estilo. Mi ilusión era unir mi suerte á la de un ángel, así.... candorosa, sin humos de bachillera, sin calores de indispensable, y por virtud, la economía. Pero.... todo se fué al traste. Ayer por lo menos, la obsequié con un lindo clavel, y un costoso anillo, al primero, lo desbarató para analizarlo, científicamente según me dijo, porque es una aprendiz de botánica—y al segundo, (es decir al obsequio del anillo,) lo mandó rayar para conocer sus quilates.—¡Oh fatalidad! yo que había sacrificado 25 centavos para obsequiar una bella flor á mi amada Aniceta, tratarla (á la flor) como un cadáver que sufre autopsia—es hasta donde no se comprende el cinismo.—Dice bien, amigo mío, le dije á aquel decepcionado; pero no todo está perdido; puede Ud. aún salvar de ese abismo á la bella joven, con quien más tarde formará una familia—voy á darle un consejo que dicta la amistad sincera.—Gracias, dígamelo pronto, pues yo lo seguiré como que lo dicta su experiencia.

Ahorremos preámbulos. Cásese con ella dentro de 15 días lo más tarde. Y ya verá que aquella anarquía de ideas se cambiará en orden y concierto. Las faenas domésticas le serán tal vez molestas, pero al principio, Ud. con una táctica especial, la hará comprender que todo eso es vano, si no pernicioso, puesto que aleja á la mujer de su fin. Y por otra parte voy á darle una ligera excusa á fin de que atenúe Ud. el mal de que adolece su futura. La mujer que se ve poco estimada ó que ha sufrido alguna decepción, esa es la que busca en los libros un lenitivo ó el medio de atraerse el afecto de los demás, sin fijarse que esto es contraproducente.

Trataremos de probarlo: la joven que dedica una parte de su precioso tiempo, á una carrera profesional, es porque su corazón está vacío de afecciones, y allí compensa lo que le niega el purísimo sentimiento del alma, no podrá pensar en aquello que requiere ternura. ¿Cómo consagrarse exclusivamente al gobierno de una casa, aquella que la necesitan en las aulas, y más tarde en la tribuna ó en el foro, ó en la cabecera del enfermo, ó en una oficina? ¡Pobre hogar aquel en que haya una mujer dada á las letras! Se necesita una dosis de fuerza moral y de un juicio formado, para que dicha mujer, vea esas ciencias y esas letras, como accesorios, y no como base de felicidad.

Cierto es que los pueblos más cultos del globo, han dado ya ejemplo de esas heroínas; que pasando por los cuidados de un hogar pobre, se lanzaron al mundo de la ciencia; pero eso no es

afortunadamente más que dos por ciento, y allí contribuye más que en todo el tipo característico de las razas. ¡Quién duda que las mujeres norte-americanas, como las inglesas, son frías y generalmente metalizadas! En cambio, nuestras mujeres de la raza latina, son muy distintas, todo afecto y sentimiento.

No soy enemiga del progreso, ni de la luz que se extiende en todos los senos de la sociedad, pero de esa luz que sin cegar, deja tiempo, para el cultivo de tiernas afecciones en el tranquilo hogar. La madre anciana, el tierno niño, el hermano inválido, el amigo sin apoyo, y cuantos seres nos rodean, merecen y necesitan mucho interés, cuyo interés poco significaría, al consagrarnos á elevados estudios ó á carreras que embargaran nuestro tiempo.

Cuántas veces una mujer que se consagra á las letras, olvida hasta las más insignificantes labores domésticas, y no puede ser de otra suerte. Absorbido su pensamiento, y limitado su tiempo, tiene que olvidar. Y á propósito de la economía doméstica, Ud. sabe cuánto gana la mujer, en estimación, en aprecio y en respeto tanto en su hogar como fuera de él, y cuánto también debe acumular de riqueza relativa, hija de esa misma ciencia. No se crean incompatibles ambas labores, pues son de género distinto, pero si, no es posible destinarles á las dos, nuestro precioso tiempo.

Convénzase Ud. de que su futura no será en el matrimonio tan dada á los libros como es hoy, á no ser un hábito adquirido desde mucho tiempo atrás; y en ese caso no podrán más en su ánimo las dulzuras del hogar, la quietud de la familia y el amor de sus hijos.

Ud. dice que le es repulsiva la mujer con humos de literata, pero sí le complacerá, oírle de vez en cuando los episodios de su fecunda imaginación (si acaso es así) formados por sus muchos conocimientos, sin que por esto deje su hogar al acaso, ó en manos de la servidumbre, (pues eso y los ratones son sinónimos.) No se puede oponer el tener algunas nociones de jurisprudencia ó de otra cosa por el estilo; y cocinar como el mejor, ni mucho menos se rivalizaran, la higiene que nace de la escoba y la que la mujer en el hospital aconseje (si es practicante interna.)

Procure pues Ud. abreviar el plazo de su enlace y adviértale al mismo tiempo que para mayor armonía y facilidad en su futuro nido, debe ser y necesita que así sea, el ángel guiador y que su presencia es indispensable para conseguirlo. ¿Podría acaso vigilar las oficinas de la casa, y vivir por sus atenciones, lejos de ellas? ¿Sería bueno (como médica) llegar de un lugar infestado y tomar en brazos y alimentar á un niño de meses? Altamente imprudente. Y la abogada, ¿cómo tendrá calma para reprender á sus tiernos hijos si de tal juzgado, ó por una causa perdida, se le ha subido la bilis al cerebro? Esto es dado que sea una eminencia; al no serlo se verá relegada al olvido, porque todos preferirán ocupar á los colegas masculinos, por varias razones; una de esas es, la imparcialidad, otra la prudencia, el silencio es lo principal y

también la pericia que le proporciona una larga experiencia, y mientras la mujer la adquiere, ya sus achaques la llevaron al otro mundo, la abandona en un lecho, y entre tanto los más bellos días, los consagró al estudio de materias áridas, muy complicadas y á veces enojosas.

¡Pobre arte culinario, cómo no aspira la mujer de hoy á cultivarte! ¿será por degradante, ó por nocivo, ó por vil, ó por mezquino? ¡No; es porque la aureola de la fama no te circunda!

El día en que nuestros gobiernos titulen á la joven en el conjunto armónico de las ciencias domésticas, entonces los bachilleratos no tendrán razón de ser, y ya Ud. señor don Teodoro, amigo mío, no vería á su futura en brazos de la anarquía doméstica.

Año Nuevo.

Ha comenzado el año, y con él, cuántos proyectos de progreso, de bienes y de dichas, y ¡ay! cuántas también dolorosas remembranzas para el trascurso de este nuevo año. Unos, comenzando obras nuevas y buenas; y otros, entregándose al noble objeto de sus labores, ya científicas, ya literarias, ya industriales. Ha comenzado el año....

Aquellas que nos dedicamos á la hermosa labor de la enseñanza, dando á nuestra imaginación mil vuelos para ver realizados nuestros simpáticos planes de instrucción, adoptando nuevos y mejores sistemas que en países cultos y genuinamente pedagógicos se tienen á la orden.

¡Oh! cuánto progresaría la enseñanza si cuantos á ella atienden, se poseyeran de tan bello y grandioso fin. Guatemala sí, es entre los pueblos ansiosos de instrucción, uno de ellos. Si no lo ha conseguido, no será voluntad la que le falte, serán auxiliares.

Ha comenzado, pues, el año 1896. Vamos á reanudar nuestras labores. Hablo con el profesorado. Ojalá que todos los instantes consagrados á cultivar la inteligencia y el corazón de la niñez, sean después bien remunerados con ópimos frutos. Ojalá que la generación que hoy se instruye y se educa, sea honra del suelo patrio, sea su mejor adorno y su lustre. "La Escuela Normal" felicita hoy desde sus columnas, á todos sus colegas de uno y otro hemisferio, deseándoles más y más lauros; en sus luchas cada día más bríos; y en sus trabajos siempre satisfacciones.

Muy de corazón felicita á todos aquellos compañeros en el terreno pedagógico, cuya noble misión no es justamente recompensada, ni aun de los que la comprenden; saluda también "La Escuela Normal," á todo el Profesorado, con el fraternal afecto de quien comprende tan sublime, sacra y grandiosa misión.

Adelante abnegados luchadores, la juventud que recibe luz, si no os bendice es porque no os conoce. ¡Mas, no desmayéis! una generación vendrá que os bendiga porque os comprende.

Sembrad, ¡oh vosotros labradores de corazones! sobre campos abonados por la moral y el bien y así recogeréis frutos de admirable exuberancia. Llevad en una mano el libro que despeja las inteligencias, y en la otra el premio á la virtud. No descuidéis jamás el corazón juvenil, por consagraros sólo á la inteligencia; no, allí donde sembráis violetas, dadles sombras de palmeras. Aquellas las virtudes, estas las ciencias.

Chinautla.

(Recuerdo á mis hermanos ausentes.)

Cualquiera pensará que este pequeño pueblo, cercano á Guatemala, no merece ni mencionarse en nuestro mapa, y menos detener la mirada en sus escasos atractivos. Por cierto que así creerán los que no lo conozcan. Para esos escribo estas líneas; si van empapadas del perfume de mis simpatías, perdóneseme, siempre serán ciertos los detalles. Aunque aparezcan muy más lisonjeros de lo que les convenga, á los lectores que le conozcan.

Allá por los primeros años de este moribundo siglo, iban á solazarse á ese pintoresco pueblo, que dista dos leguas de la capital, tomando el camino llamado pequeño, y tres, el carretero y nuevo, pues solo cuenta algunos doce años pico más, pico menos. Iban á descansar, repito, nuestros antepasados. Casi era de ordenanza en los primeros días de Enero. Allí pues iban mis venerables abuelos, y con ellos mis respetados tíos, entre éstos, el filántropo y benefactor decidido de los niños, Licenciado don J. Antonio Larrave. ¿Muy distinto estaría ese precioso pueblo, de lo que es actualmente? No lo sé; pero sí sé que aquellos huéspedes, gozaban con la sencillez de los indios, con la comida casi frugal pero muy apetitosa que, después de sendos baños, hacían en rústicas mesas, sazonadas con el buen humor de que allí gozaba. Y es lógico creer que ellos gozarían más, dadas sus patriarcales costumbres, sus inocentes juegos y su hastío de tantas ocupaciones como en la capital tenían ya que, principalmente el último citado, tenía que atender, ya la Corte Suprema de Justicia, ya la Sociedad Económica, ya ciertas escuelas, que él visitaba con el objeto de ver y estimular los progresos de aquella época, ya en fin, su hogar que era visitado por los prohombres de las letras de aquel entonces.

Volvamos á Chinautla. Un día, era el mes de Marzo, aquel río estaba unos metros más ancho de lo que se conoce hoy y quizá más limpio; eso del color no importa: con sus propias manos (y perdonen el pleonasmo) quitaba el Licenciado las piedras de su baño, éste, es verdad que los inditos se lo habían arreglado con hermosas ramas de frondosos árboles, con sólidos troncos de hizote ó izote y con un tapexco (léase asiento) pero eso de quitarle todas las piedras no les pareció de ley, y aquel octogenario, no tuvo el menor empacho en inclinarse á recoger piedras y más piedras. Entre de éstas se encontró primores (hablo de piedras) y las iba coleccionando á fin de traerlas al proyectado museo que sería un..... gusto para los miembros de la Sociedad Económica. De repente se acordó que aquello no era su oficio sino que su mente era facilitar el paso á sus pies, y á todo esto era la una de la tarde. Su noble y cariñosa hermana, que frisaba ya en los sesenta, en vista de la tardanza de aquel, fué á buscarlo, y en cuanto se acercó al baño y lo halló en tan distraída ocupación, se quitó zapatos y medias, se alzó su vestido y ella también le ayudó en la tarea. Pero más dichosa y más escrupulosa también, se fué internando, y por último se perdió en aquellas interminables curvas, hasta que, como á las dos horas regresó, radiante de juvenil regocijo. ¿Por qué? dirán Uds. Por un idolito de piedra que había encontrado, dicho ídolo era una preciosa miniatura. Si los indígenas lo habían arrojado allí, no lo sé, si lo había elaborado la casualidad en aquellas ocultas rocas, tampoco lo he averiguado; lo que sí sé es, que después de muchas preguntas en las que él revelaba su gozo, vino á dar por hecho que era su fortuna y que ya verían que averiguaban de los demás. Lo que por de pronto precisaba era irse á la cabaña y almorzar y darse unas fricciones con aguardiente, que ya los pies las necesitaban por tan larga penitencia.

La tarde la empleó el señor don José Antonio en recorrer el pueblo presentándoles á los indios el busto de piedra, y dándoles idea de cómo lo encontró su hermana. Sin lograr que ellos se hicieran eco de su placer, ni menos de su curiosidad.

Más tarde, aquel hallazgo y en virtud de haberse prendado de él un caballero inglés (al fin inglés), se lo obsequió, bien con harta pesadumbre que ocultó por cierto, nuestro afortunado pariente. Más aquel obsequio le valió un magnífico alfiler de corbata, que no lo he visto igual después y que por cierto también, no estaba en uso eso de los perifollos corbatiles.

Hagamos que pase un velo á este incidente que me sirvió de digresión, y de tributo cariñoso á la inocente y sencilla alma de aquel, que bajó á la tumba, antes de que yo viniese al mundo.

Después de este suceso pasaron muchos análogos; los demás sobrevivientes de aquel apellido continuaron sus temporadas por el mes de Marzo y preparaban (como ellos no eran maestros no necesitaban estar en vacaciones) un cajón con todos los enseres de cocina,

un bául para los comestibles, y ¿saben Uds. por qué llevaban bául? Porque había, y hay, y habrá—per secula seculorum, perros— y que perros, que comen hasta..... no quiero ni repetirlo aquí, pero sí les diré que me comen cada año que voy, hasta los papeles que emborrono. Cierto que no comen gran cosa, pero allí está el mal, porque no se satisfacen y siguen comiendo cuanto ven y alcanzan. Este sí, es el único pero, que yo le encuentro á mi poético, á mi legendario, á mi inspirado pueblo que conserva aun el nombre que heredó de sus abuelos (el pueblo), Chinautla, oh, sí, este nombre suena á mis oídos como susurro suave de hojas que mece un blando céfiro; al recordar Chinautla, viene á mi olfato, por no sé qué extraño fenómeno, cierto olor de paraíso, (hablo de las flores que así se llaman) cierto aroma delicioso de selvas no holladas aun por humano pie. Cuando yo, allá en la plenitud de mis ensueños, recorría las sinuosas irregulares y elevadas casas, ascendiendo siempre, siempre, y encontrándome al cabo en una, dos ó tres horas con que tenía á mi paso una rústica choza, siempre de caña, siempre techada con paja, tan efímera como todo lo de esta vida. Me reía de mi sed de visitar las casas de las pobres inditas. Siempre ellas trabajando apastes, tinajas, tinajeras, porrones y patos, para quemarlos el viernes, y salir á las cuatro de la mañana á venderlos á la capital (á la Ermita), con cuyo producto compran ellas maíz, panela, aritos, soguillas, petates de la Agua Caliente (así dicen ellas), y él, para comprar allá en aquella época, chicha, hoy aguardiente, y un machete (aunque tenga otros), un poco de chile y nada más.

Puede ser que estas líneas las revise un europeo, algún sudamericano ó alguno que quiera saber cómo es ese pueblo que nunca había oído nombrar. Pues para él escribo.

Tomando por el Norte de la capital se puede ir en carruaje, ó en un penco, ó en carreta, ó en bicicleta (eso hoy), ó si no en la primitiva diligencia, (léase pies). Andará de este último modo dos horas, y al final, está en un arrugado papel, tal es la forma del lugar en cuestión no sin haber dado antes más vueltas que al laberinto de Minos en la Isla de Creta. Esto es verdad que es otro atractivo; barrancos más ó menos profundos, preciosos cerros cubiertos de elevados pinos, un espeso ramaje por allí una vaca por este lado, un indio ante un horno de cal, (perdón por la metáfora). Más allá una fila de indios inclinados por el peso de los trastos, que casi besan el suelo (ellos, no los trastos), más acá una indita corriendo tras el autor de sus días, que tan poco cortés la deja á respetable distancia, y muchos machos, diría mejor asnos, cargados de caña de azúcar, ó de cal, ó con carbón, que este es el principal comercio con la ciudad. Llegando al pueblo, lo primero que se

divisa, es el campanario de la ya anciana iglesia; que bien sentára aquí, aquella estrofita que ví no sé en dónde ni cuándo:

"Que alto el campanario
De mi pobre y triste aldea
Mas, allí donde humea
Es mi poético santuario."

Prosigo con el permiso de ustedes; se siente tal gusto al llegar á Chinautla que se olvidan los pesares, los dolores de muelas, las jaquecas, los sustos, y hasta las faltas de ortografía que ridiculizan al autor, y que son obsequio de los buenos cajistas (sin ofensa para ninguno) al bajar la pendiente, que es el casi pretorio de Poncio Pilatos, digo por lo fácil de bajarse por ella; se comienza á sentir el olor de tortillas calientes, el suave aroma del zuquinay, el no menos grato del choreque, y todo ésto en conjunto, nos da una idea del perfume que aspiró Eva en el Edén.

Estamos ya en el pueblo, se sube más de lo que puede una persona subir humanamente, pero así baja también, y no está uno exento de caerse ocho y más veces al querer pasar el Cerro Partido. ¡Oh! el Cerro Partido. ¡Raro caso! hace cien años que estaba igual, sin un apéndice más, con la misma escala hecha de un tronco, con el mismo centinela de elevado ciprés, con la misma difícil ascensión. Pasamos el cerro, allí se dilata la vista! Un sublime y agradabilísimo panorama se presenta al viajero, allá en lontananza una vasta llanura, en dirección al Noroeste; si es por la tarde, luz y sombra; si es al amanecer, un espectáculo soberbio, pues el astro rey se va elevando, tal aparece allí, con su habitual majestad, y con su cortejo de luz, de claridades, de esperanzas! A todas horas es bello el paisaje. Enfrente del espectador, unas colinas, á los pies, un riachuelo tan silencioso y apacible, que más parece una faja de cristal, casi en la misma dirección del río, elevados, esbeltos pinos, y entre sus ramajes posando miriadas de guardas, y de otros muchos cantores de la naturaleza. Un ruido que no sea el trino de las aves, ó del aura, no se escucha allí, silencio paradisiaco Así medito yo en el campo damasceno, aquel lugar delicioso, en el cual se cree, que fué formada la primera mujer!

La fisonomía de Chinautla es de esas que no pueden conocerse solamente al pasar; hay mucho que la caracteriza. No solo la irregularidad de su suelo, sino lo arcilloso del terreno, lo variado de los colores de que están teñidas las rocas, siendo muy á propósito dicho terreno para consideraciones geológicas.

Aunque aparece á primera vista, campo estéril, es un terreno que produce variadas frutas, multitud de flores y maíz, frijol y muchos árboles que bien proporcionan á sus dueños medios de subsistencia.

Pudiera el indio de Chinautla fabricar en mayor escala la cal, y hacer fácil comercio en la capital; pero es muy rutinario y sin

aspiraciones. Podría también hacer de sus selvas, inmensos astilleros; mas, no conoce la previsión y cree que sus exiguos haberes, son siempre los suficientes á las ningunas necesidades. Por eso no es rico el chinautleco, porque ignora las riquezas que natura le brinda. Come maíz, que él mismo siembra lejos de su hogar, después tendrá frijol y ese es su elemento. La esposa (eso sí todos se casan), (*) le prepara tortillas, café, que es de su mismo patio, y en ciertos meses del año mucha caña de azúcar, lo cual le entretiene largas horas.

Vive en el campo y regresa á los hogares cansado, por lo que generalmente son tan silenciosos, salvo cuando se excede en tomar licor, que éste lo comienza á libar desde el sábado, de regreso del gran mundo.

Entonces sí se suspende la quietud en la humilde choza, ya la pobre india llora, y grita y le pega á veces, pero pasa el sábado, el domingo y el lunes, y ya vuelve al estado de orden y trabajo que le es característico.

Su traje nada tiene de común con el resto de los pueblos civilizados. Una camisa blanca, pero muy blanca, cuyas faldas caen á modo de blusa de marinero y unos calzoncillos blancos también, de manta gruesa, su pie en el tradicional caite, que quizá fué invento de Cain, que es según se supone, el que más debe haber subido cuestas.

Por el contrario la india, viste, de soltera, enagua plegada, azul, de muchísima duración, que, si no estoy mal informada, es fabricada en nuestros telares nacionales; cuando se casa, tiene derecho á unas enaguas coloradas, de igual tela, pero de muy variadas labores, un güepil muy vistoso, ya con pajaritos, jarras, muñecas y cuanto se les ocurre; en su largo aunque no muy abundante pelo, introducen gruesos cordones rojos, á modo de turbantes; en las orejas largos aritos aunque de variadas piedras y á veces de monedas de plata.

La garganta cubierta de soguillas de todos colores y de todos objetos, no escaseando el coral, ni las monedas antiguas y modernas. Su bonito pie, jamás está aprisionado en ninguna sandalia. Al asistir al templo se cubren con blanquísimos pañolones de punto ó tela transparente y muy blanca.

El matrimonio lo verifican con toda la pompa que cabe en su sociedad, y siempre con instrumentos, cohetes, abundantes viandas, y más abundante atole de maíz; respecto al licor, en excesiva cantidad, concluyendo el tercer día con un pleito de ordenanza.

Allí la novia con su ropa de color rojo y cara muy bien tapada con el paño, deja ver un semblante compungido, es casi una niña. Le espera la piedra, ésta es una de las regalías de la suegra, (de veras que de suegra), y la eterna faena de hacer tortillas tres veces al día; pero siempre sumisa, siempre apacible, siempre dispuesta á

(*) Cuando esto escribí hace 24 años, sí se casaban todos los inditos á la edad de 13 años. Hoy no se si ya no reciben este Sacramento. — La Autora.

seguir al esposo aunque fuese al confín del mundo. El, en cambio, en el acto de unirse ante el Ministro del Señor demuestra cierto grado de estupidez que le hace aparecer inferior á la novia. El no cambia de su antigua posición, trabajará cuando quiera, en la seguridad de que encontrará en su hogar, alimento, vestido y afecto.

¡Cuánta tranquilidad respírase en aquel poético lugar! El nos trae á la memoria, los pueblos que viriles y llenos de vida, convirtieron los españoles en tribus sujetas á sus dominios, ya sin derechos, sin privilegios, que les habían impreso el sello característico de su raza! ¡Pobres indios, sin embargo, lo ignoran y son felices! Sin aspiraciones, sin envidias, sin odios, sin intrigas, sin ambiciones de mando, ni de glorias, ni de fama. Cruzan este mundo como plantas más ó menos regadas por el benéfico rocío del cielo, más ó menos calentadas por el padre sol.

Siempre que me alejo de Chinautla, suspiro por el ambiente perfumado de sus flores, por el trino de sus aves, por el ruido del hacha que derriba gruesos troncos, por el proverbial saludo de las comadres, y por cuanto lleva el vestigio de aquel lugar. Cercas de hizote, blanqueando en lontananza, ¡adiós! Graciosas rocas que el tiempo no ha destruído, ¡salud! Y cuando las labores del hogar me lo permitan, gustosa iré á bañarme á las quietas aguas que te circuyen de lúgubre ciprés y de las mil corolas que ostentas en primavera, tan varias y bellas, como es bello el autor de lo que existe. Te saludo como siempre, cariñosa, y mientras vuelve el helado Enero. ¡Adiós!

Remembranzas.

Y corrían los días y los años, con vertiginosa rapidez.... No sé qué tiene de indecisa la luz crepuscular; pero así me parecía la luz de mi existencia.... Aquellas tardes, á veces bellas, á veces soberbias, á veces melancólicas, eran fiel trasunto de mi agitado ser, visto desde la lejana colina de aquella pobre juventud! ¿Te acuerdas Rosa, de aquellas horas en que juntas paseábamos por la deliciosa playa de*** ¿Recuerdas que tocábamos apenas, en las puertas de la primavera, pero primavera al fin de la vida.....?

Todo cambió; tú, como bella y como buena, fuiste consagrada al altar del hermoso ideal, que la virgen ruborosa ve siempre en las níveas alas de un querubín. Te vestiste de transparente gasa y orlada de rosas de Jericó y de pálidas azucenas, trémula y palpitante, de gozo sí, diste un paso, y entre el santuario y el vestíbulo, te esperaba Aquel, que hacía tu alma estremecer. La púdica veste fué cambiada por áspero paño, pero entonces te ví más y más bella....

La corona de lirios que circundaba tu alabastrina frente, fué cambiada por nítida toca, que ocultando tu larga cabellera negra, cual ébano, hacía resaltar la pureza de sus líneas....

Inmóvil te contemplé..... Una lágrima furtiva abrasó mi pálida mejilla....

Tu última mirada no la soporté, y tú oraste en el secreto de tu sér, á aquel á quien gustosa ofrendabas: belleza, juventud, talento, riquezas, nombre y.... ¿por qué no terminar? más admiradores que una Venus, salida del pincel de Rafael ó de Murillo.

Un año más tarde..... una nave me alejaba del suelo de mi infancia! Ya no recorría en tardes estivales, las poéticas colinas en que nos sentábamos juntas á descansar. Tú separada del resto de los mortales por tu exclusiva voluntad; yo separada de cuantos seres amigos me brindaban su afecto por la mano aleve del destino.

¿Volvería á verte? No lo sabía. ¿Volvería á ver el paraíso de mi primera edad? Quien sabe, talvez una muralla vendría á ser mi anticipada tumba....

Un mes llevábamos de monótona travesía. Solo las cenicientas cumbres de algún lejano volcán columbrábamos desde aquel vapor. Era el vapor "Lucrecia," las tardes sobre cubierta se hacían menos cansadas; allí las pasábamos varios pasajeros. Al fin de aquel interminable lapso, divisamos la alegre costa del Plata, henos allí en la soberbia República.

Aquella animación, aquel comercio, aquel horizonte, aquel puerto y sobre todo, aquellas millares de naves que como aves acuáticas revolotean en todas direcciones, dieron á mi fantasía más vuelo que todos los días juntos pasados en el "Lucrecia."

Por aquí un vapor mercante, por allí un buque de guerra, más allá una graciosa corbeta, entre tanto una altiva flota, más acá un antiguo bergantín, más cerca una débil góndola.... y centenares de banderas de todos los países del planeta, flotando sobre la vasta ciudad Argentina.

¿Qué os pareciera si levantando el velo que os ocultase un gracioso panorama divisáseis, sábanas de agua, enormes espirales de humo y un mundo que agitado sobre otro mundo, os sonriese, os encantase? Así me pareció á mí. La vasta llanura del mar, la eterna faja de tierra, la inconmovible bóveda azul, los numerosos vapores que salen ó entran de todas las naciones en la grande y populosa Buenos Aires, todo traía á mi mente, mundos de belleza ignota que solo la acalorada mente de un poeta podría concebir.

Aun no para aquí. Recorrí aquellas pampas, en espacio de tres meses, ¡dilatados desiertos de eterna verdura, aun os saludo! desde la apartada habitación en que os evoco. Aun recuerdo con delicia las frescas mañanas de diciembre, en que, con sombrilla en mano y un lápiz, embargaba dulcemente las tristes horas. Doce años han pasado! Aquellas tardes estivales no volvieron. Aquel cuadro trazado por la mano del Eterno aun no se ha borrado,

pero ya en mi mente es sombrío, quizá está incoloro, sólo el dolor, el que dejan los años que pasan ese sí se aviva más y más.

¿Quién me garantiza que vuelva yo á ver las encantadas visiones paradisiacas del suelo argentino? ¿Quién me asegura, que mi planta pueda posarla de nuevo en las márgenes del caudaloso río que le dió su nombre? y si vuelvo, ¿quién sabe si estrecharé la mano cariñosa de tantos seres amigos y generosos que allí estrecharon la mano de la infeliz que lloraba lejos del hogar de sus mayores?

Tú entre tanto cada día más y más feliz, volví á verte, te estreché á mi pecho y lloraste junto á mí. Cierto es que tu única vestidura está tan inmaculada como en aquel día en que ante el altar celebraste tus místicos esponsales, cierto es que tú volviste al bullicio de la sociedad, aunque sin tomar parte en él, cierto es que tú eres la vestal de siempre.... pero, tus muros, tu altar, tu templo, ¿á dónde están?....

Tu altar, es el espacio, tu templo, es tu alma; tus muros, las virtudes y ese templo, y esa alma, y esas virtudes y esos muros no los podrá el tiempo destruir!

¡Qué feliz te contemplo, ya no en los albores de aquella tierna juventud, sino en la espléndida belleza de la mujer que ha dejado los dinteles de la vanidad y el necio orgullo, para consagrarse al bien de la humanidad!

La Hija del Lago.

Leyenda escrita para "El Ateneo."

Periódico que vió la luz por el año de 1888.

Dos siglos y medio hace que á la orilla opuesta del pacífico Chocoyá, pequeño río que tomó su nombre, de una tribu indígena que habitaba por aquel tiempo al sudeste de la entonces populosa población que hoy se nombra Chichicastenango. Dos siglos y medio, repito, hace que en aquella poética colina rodeada de cascadas, embalsamada por las gratas emanaciones de la pequeña fuente recibía sus caricias la candorosa Madmali, nieta del poderoso, Mancotah, hija de Ixumsocil, primogénita de Balam Acab. Allí no llegaba el ruido de la población porque había una especie de castillo, solo para que la nieta del monarca tuviera días de solaz sin que el bullicio del pueblo la turbara. Allí tenía un bellísimo estanque, para que la refrescase el día que los rayos ardientes del sol la acalorasen; tenía una pequeña cueva que la servía de templo ó de altar para que ofreciera con sus cultos el humo de su incienso

ante una legendaria imagen; tenía hacia la orilla opuesta, un gracioso lago que daba vida y felicidad á centenares de preciosos patos. Suspendidos del antiguo techo, se veían jaulas de plata, con bellísimos zenzontles que, al manso murmurio de aquel río, unían sus célicos gorjeos; y entre calles de limoneros, estaba el alcázar de la ninfa de aquel lago, de la diosa de aquel río, de la ondina del estanque.

Una anciana oriunda de aquel pueblo la servía de apoyo, de madre y de familia: se llamaba Nimac. Amaba á la joven como el viajero en medio de la lluvia, el árbol que le abriga; como ama el tallo que se dobla, la mano que le levanta, como ama el que ya nada espera, sobre este planeta, una voz que le inspira un algo de ventura ignota: así amaba Nimac á la hija del lago. Así la llamaban los que á nombrarla se atrevían. Se sabía que más de un joven había intentado pedirla á la anciana para llevarla á los altares; pero no se ignoraba que ese infortunado mortal hijo de la muerte, como ella les llamaba, había bajado á la tumba con su amor y por él. Sinembargo, el altivo Rumatán, tuvo la osadía de fijar sus ojos en la hija del lago. Y ¿cómo no suceder así, cuando era la flor de los quichées, en aquel entonces? Su tez fina, ligeramente sonrosada, sus ojos garzos, melancólicos y dulces, su boca como pétalo de rosa, sus dientes como flores de café, su rostro como los que nos describen los que conocieron á los descendientes de Israel! Candorosa y altiva, inteligente y hermosa. ¿Cómo no sentir por ella una de esas pasiones avasalladoras, que inspiraban en aquel siglo las gracias nacientes de los habitantes de este suelo?

Rumatán la vió ofreciendo el incienso en sus altares y la ofreció con su mano, inmensos tesoros, pero ignoraba el desgraciado que aquella mano y aquellos tesoros no eran suficientes para mover el corazón de la anciana Nimac. Hubo crímenes en la orilla opuesta que pasaban ignorados por el resto de la población y que Nimac contemplaba con ojos de glacial indiferencia. Hubo momentos de espantosa lucha entre el joven Rumatán y los siervos de Nimac; pero nada subyugaba su obcecada voluntad.

Madmali entre tanto, no era indiferente á los sufrimientos de Rumatán. Una noche en que dormía la anciana, aletargada por el jugo de una planta que acostumbraba beber, salió Madmali por entre los limoneros con un rico traje hecho por sus siervas; se dirigió al lago, buscó con la mirada una sombra, regresó por la misma ruta, traspasó el cerro vecino y se sentó en la piedra más grande que había en aquel río. Eran las once de la noche, se oyó el ruido que hacía un caballo, después una voz varonil, y en seguida una carrera. Era Rumatán: había conocido la ondina de aquel lago y corría á hablarle quizá antes de morir. Admirado, loco de satisfacción, se postró á los pies de Madmali y la juró por primera vez que ó su amor ó la tumba. Se repitió por los silenciosos ámbitos cien veces aquel juramento y Madmali le ofrecía que sino unía su suerte á la de él, se sepultaría en aquel lago antes de cuatro pri-

maveras. Se dijeron adiós, y él la acompañó á la puerta de su alcázar alejándose después feliz, y llevando la esperanza, como faro, que le alumbraba su oscura existencia. Dos años habían pasado; Madmali esperaba todas las tardes al gentil Rumatán y todas las tardes tenía la felicidad de verle de lejos y decirle adiós: bella recompensa, para el que siente el sublime afán del cariño! recompensa más deseada que todos los tesoros de los más ricos monarcas!

Pero llegó una tarde que en vano le esperó, pasó aquella y otra y otras y no volvió á oír ni su nombre por boca de sus siervos. Madmali creyó que había encontrado alguna hija de otros reyes y que le había olvidado, fatalidad, que tan constantemente lacera el corazón de la mujer que con verdad ama.

Se creyó olvidada, y no pudiendo olvidar también, arrojó su regio manto y se vistió un traje popular, buscó la sombra de la cueva, allí pasó el resto de sus días. No quiso oír los cantos de sus pájaros, ni el murmurar del río, y destruyó de una vez el dilatado estanque.

¿Qué había sido entre tanto de Rumatán? ya lo sabremos. Una tarde que paseaba por el lago, creyéndose como era, feliz y amado, cantaba á la sombra de un naranjo dulces cantos populares que revelaban solo el placer de su alma satisfecha. ¡Infeliz juventud que cantas á los bordes de la fosa! la cruel Nimac le oía. Comprendió toda la dicha que experimentaba aquel hermoso y valiente joven, y buscando la sombra de la noche le salió al encuentro, y disparóle una flecha. Cayó el noble descendiente de tres monarcas y no pudo levantarse de aquel sitio, aunque vivía aún. Llamó á un siervo de Madmali que por allí pasaba, para que le entregase una hoja de naranjo y un rizo de su cabellera que ella misma le diera un día, diciéndola que moría por ella; pero que allá en otro mundo más hermoso iría á esperarle tan puro como el aura matinal, tan amante como la yedra de los campos, tan firme como su nombre que quería decir tenaz, obcecado, y tan ardiente como un rayo del sol meridional.

Bajó á la tumba, si puede llamarse tumba la profundidad de un lago y quedó ignorada su muerte.

Cuatro primaveras habían pasado, después de aquella hermosa tarde, en que por vez primera juró Rumatán unir su suerte á la de la ninfa del lago y ésta no volvía á oír ni el arrullo de las aves, ni el canto de los pájaros, ni el rumor del viento, ni el tranquilo paso del río; vivió en su cueva dejando transcurrir uno tras otro, los días de su amargura. ¡Pobre hija de una princesa infortunada! ¡Ignoras la muerte de aquel que compró caro tu cariño y tus amores! ¡Ignoras que duerme como perla en el fondo de las aguas!

Aquel día, se acercó á ella el siervo conductor de las hojas y del rizo después de dos años de tenerlas en sus manos, y lo entregó á la inconsolable Madmali, así como los últimos afectos del no menos desgraciado Rumatán.

Comprendió entonces la doncella todo el rigor de su desgracia, olvidó sus celos, olvidó sus sufrimientos y corriendo tras sus bellos trajes y coronándose con flores de la montaña, voló á sepultarse ella también al fondo de aquel lago que contaba dos años de ser sepulcro del valiente y generoso joven.

El pesar llevó á la tumba á la anciana Nimac, pero antes dejó ordenado que secaran aquel lago, que destruyeran el estanque y que obstruyeran el río. Cuando sus siervos cumpliendo ese mandato, secaron el lago, encontraron los cadáveres aún tan bellos como cuando los animaba el soplo de la existencia, á una pequeña distancia el uno del otro, riente él, inconsolable ella!

Aquel alcázar fué olvidado, aquella bellísima colina desde entonces silenciosa. Solo de vez en cuando algún pobre viajero se alojaba á la sombra de su techo. Desde entonces las garzas que corrían al estanque se murieron de tristeza, los pájaros no visitaron jamás los árboles de aquellas montañas, las siervas y los siervos se fueron á habitar libres ya el vecino pueblo.

He aquí la triste historia del que hoy visitamos pequeño río, con el nombre de Chocoyá. Ya han pasado doscientos años. No nos queda ni la historia de aquella infortunada pareja, que se amó como se aman los que no conocen el corruptor veneno de las ciudades. Como se ama el cándido labriego y la tímida pastora. Como se amaban hace seis siglos los desventurados quichés.

Yo que he visto estas pacíficas colinas, que solazo las grandes amarguras de la existencia; veo con tristeza, al par que con entusiasmo, la ignorada huesa, que cabe al arroyuelo se contempla silenciosa; y que á través de tantos años, grita de manera dolorosa el trágico fin de un amor sublime y verdadero.

¡Salud valiente y hermoso Rumatán! ya no existe en nuestro siglo, quien baje al fondo de un lago por el fuego de un afecto santo. ¡Y tú, sensible Madmali, vives en la memoria de las que como yo, son hijas predilectas del dolor! ¡Como tú hay millares, que, no bajo las ondas de los lagos, sino bajo los pliegues de la seda, devoran en silencio sus pesares, no bajo la fosa, sino sobre la superficie de una sociedad sin creencias, ocultan sus dolores! ¡Como tú, hay muchas que bajan al sepulcro no comprendidas, sino insultadas! ¡Tú fuiste dichosa, porque una tumba selló tus sentimientos, no el dolor de verlos mancillados!

Santo Tomás, 16 de Junio de 1888.

La doble vista.

(Para *La Juventud Salvadoreña.*)

....Aquella mañana era tan bella como todas las de Mayo, pero aun más límpida y más fresca. Nos habíamos acercado á contemplar, á pocas varas de la línea de las aguas, dos graciosos caracoles que resbalaban lentamente sobre la arena removida de la playa, cuando un niño, como de 11 años, de rubios cabellos, de mirada lánguida y rostro oval, se apróximo á nosotros.

Algo de aristocrático había en el semblante de aquel niño, que atraía nuestras miradas; y algo, también, que hizo palidecer á mi amiga Elisa.

—¿Qué tienes?—la pregunté, y ella, por toda respuesta, me indicó con gesto el hotel, al cual se dirigió precipitadamennte.

Cuando á él llegamos, se sentó abatida en un sofá y me interrogó, entre recelosa y humillada:

—¿Te fijaste en el rostro de aquel niño que acabamos de dejar en la playa?

—Sí, ¿y qué?

—¡Que es el vivo retrato de Miguel Angel!

Miguel Angel era el joven á quien estaba prometida y que sólo esperaba concluir su carrera para llevarla al pie del altar.

Aunque comprendí la razón de las sospechas de Elisa, quise llevar á broma sus recelos. Pero en vano; Elisa seguía en sus trece y, entonces, para averiguar lo que de cierto había, me despedí de ella, diciéndola que me retiraba á mi cuarto; y me dirigí al niño que todavía se paseaba en la playa en espera de gentes que le hicieran caridad.

—¿Quién es tu madre?—le pregunté, después de abrazarle.

—¿Madre? no tengo, señora. Mi anciana abuela me ha criado á su lado hasta hace un mes, porque mi madre, según dice ella, murió del pesar de una..... desgracia, poco después de venir yo al mundo.

—¿Pero tú sabrás cómo se llamaba?

—Sí: se llamaba Angélica. Mi padre llevaba también el nombre de Angel....

—¿Y tu apellido?

—Alba Rosa—me contestó el niño. Entonces le acaricié tiernamente, le dí algunas monedas y, despidiéndome de él, me dirigí hacia donde Elisa.

Ella, desde el balcón, me esperaba para consultarme una resolución que había tomado. Temí que leyera en mi semblante mi confusión.

Entonces, y después de meditar algunos instantes, me enteró de sus proyectos. Quería escribirle á Miguel Angel, devolverle su

anillo de compromiso y no hablarle ni una palabra de aquel niño cuyo padre estaba convencida de no ser otro que él.

¡Ah! La mujer tiene una doble vista incomparable, desconocida para los hombres. Ve, conjetura y, casi, siempre, acierta en sus presentimientos.

Al día siguiente escribió Elisa á Miguel Angel una carta concibida en estos términos:

"Una feliz casualidad me ha permitido conocer un hecho de tu pasado. Tengo dignidad y tan sólo haré lo que ella me dicte. El enlace proyectado entre los dos, es imposible. No esperes que cambie de resolución ni recurras á mi padre, que lo ignora todo.

Elisa Santiesteban."

Cuatro días habían trascurrido, cuando llegó al Hotel Miguel Angel, pálido, triste, meditabundo. Elisa se negó á recibirle y aun me rogó que mientras Miguel estuviera en el puerto no la llamara de su aposento. Así lo cumplí; más por boca de él mismo supe toda la verdad.

Doce años hacía que, por causas políticas, Miguel Angel había tenido que ir á Venezuela con su padre. Allí se había prendado de una joven hermosísima, que vivía muy pobremente.

Ambos se querían y hubieran sido muy felices si el señor Lorini, padre de Miguel, viendo la pobreza de la doncella no se hubiera opuesto á su casamiento. Pero la juventud y las pasiones no siempre pueden combatirse sin esfuerzo, y Miguel dió un paso de trascendencia.

Una mañana de Agosto se despidieron, quedando Angélica bañada en lágrimas y marchando Miguel á su hogar sin dar el primer beso á un hijo de su sér!

Enfermóse Angélica desde aquel día, y poco después dió á luz un ángel de rubio cabello y de mirar de cielo. Con esto se agravó más su dolencia y un mes después bajó á la tumba.

Miguel Angel lo supo todo por un fiel amigo. Desde aquel día la palidez de su rostro era natural y la languidez de su mirada era característica.

Once años habían pasado, y hacía tres que conocía y trataba á Elisa cuyo semblante le recordaba el de Angélica. Por eso la amó, pidió su mano y quería unirse á ella. Confesaba la innoble acción cometida, pero la confesaba arrepentido y lloroso.

¿Lo perdonaría Elisa? Veremos.

Exageré el dolor de Miguel Angel, por su antigua falta, la hablé de aquel joven, de aquel niño; pero nada hizo cambiar á Elisa de resolución.

"¡Primero moriré,—decía,—que humillarme ó que ser indigna de mí misma!"

Y así fué.

Ambos regresaron á la patria. Miguel Angel terminó á los tres meses su carrera de Leyes, y Elisa se encerró en su lujosa estancia.

Jamás volvió á verla Miguel Angel, aunque se pasaba largas horas y días enteros cerca de su casa. Los padres de Elisa atribuyeron á misticismo aquel cambio, y no insistieron en contrariarla. La amaban tanto, era tan bella, tan virtuosa, tenía tanta fuerza de voluntad, que no intentaron alejarla de ellos.

Dos años más tarde, en el mes de Septiembre, las campanas anunciaban con lúgubres tañidos que alguien había dejado de exirtir. En efecto, dos almas habían ido á juntarse en el cielo.

Extraña coincidencia. El mismo día, á la misma hora, morían, en puntos opuestos de la gran ciudad, dos distinguidos jóvenes. Dejó de existir la apreciabilísima señorita Elisa Santiestevan de hipertrofia en el corazón.

Y el muy notable escritor y jurisconsulto don Miguel Angel Lorini, dejó igualmente este mundo, víctima de una afección al corazón.

Aquel niño, causa inconsciente de dos muertes, es hoy un joven y honrado arquitecto. La beneficencia pública ha hecho de él un hombre notable. Además, el señor Lorini le dejó al morir, más de treinta mil pesos; porque yo le avisé que era su nieto y que era huérfano.

Ahora decidme. ¿Haría bien Elisa en rechazar á Miguel Angel? ¿Haría bien en morirse de pesar? ¿Haría bien Miguel Angel en sufrir? ¿Haría bien el señor Lorini en oponerse al enlace de su hijo con Angélica?

El drama "Hija Maldita."

Avidos, anhelantes, esperábamos la representación de un nuevo drama, de nuestra renombrada poetisa, la digna cantora de Centro-América, señora doña Vicenta Laparra de La Cerda, y digo de Centro-América, porque para ella, es patria común, allá donde se la aprecia, donde se la conoce, donde todas sus ricas producciones se leen, donde se la ama, donde se la prefiere no obstante que ese lugar lleve el nombre de El Salvador, ó de Nicaragua ó de Costa-Rica ó de Honduras. Centro-americana, por todos conceptos, goza, la distinguida escritora con lo que pueda gozar esta gran familia. Sufre con lo que ella sufra, y anhela verla un día en fraternal abrazo, formando un sólo gremio, como es uno sólo el idioma, las creencias, las costumbres, los ideales y la hermosa cordillera que es patrimonio de América.

....Llegó la noche fijada para el estreno.... Luces, luces y mil luces, daban vida al gracioso teatro, para que fuese más

pomposo el acto nacional; todas las almas que aprecian lo que es coterráneo, todas las personas que estimulan al que vale, en nuestro suelo; todos los que tienen alma sensible, corazón generoso y orgullo patrio, estaban esa noche en mística espectación. No podía menos, nuestra egregia cantora, iba á bosquejar uno de tantos hechos, que turban las sociedades y que ella quisiera ver desaparecer de nuestro suelo.

Desde el primer magistrado, hasta el último proletario, quisieron dar á nuestra dramaturga, una prueba de adhesión, de admiración y de simpatía. Allí estaban la mujer guatemalteca como la europea y la de otro origen, en grata compañía, apareciendo una sola, en los momentos de aplaudir.

Cuadro patético, tierno, conmovedor, interesante descorrióse á la vista de la multitud; en relieve vimos esas grandes llagas sociales que labran todo un mundo de dolores, vimos á un tierno niño, desconocido del autor de sus días, á una mujer bella que siguiendo sus impulsos ciegos, desvióse del camino del Edén, á do quería llevarle de la mano el anciano noble y digno, que la llamaba hija. Vimos la negra influencia de corruptora confidente!.... por último la espantosa sima á donde se despeña la mujer víctima, si no se guía por otra mano que la de la venganza.

¡Soberbio, magnífico cuadro nos trazó la sublime autora. Y díganlo sino, millares de perlas que se desprendieron de pupilas de azabache! Vimos compungirse á valientes ciudadanos, que nunca han derramado una lágrima en el Campo de Marte, vimos gemir á tímidas doncellas, ante el doloroso estremo de ver á una mujer que, antes bella, querida y feliz, hoy sucumbe en un obscuro calabozo! Y ¿por qué? porque creyó en el amor de un hombre, en la hidalguía de un caballero, y después lo contemplaba cínico, miserable, mezquino y perjuro!

Si siempre desempeña á las maravillas su cometido, la señora Valero, esta noche lo hizo incomparable, avasalladoramente. ¡El señor Terradas nos dió una vez más, muestras de su alta escuela dramática.

No es mi ánimo hacer un juicio de la pieza, porque no soy hábil para ello, ni menos me atrevería á trazar con incorrecta pluma, lo que es cometido de inteligencias superiores; sólo quiero hacer justica al mérito y dar tributo á la fama de la autora y de los que cumplieron sus difíciles papeles.

En general, los desempeñaron admirablemente, dejando recuerdo grato é imborrable en nuestra memoria. Ellos, sí, supieron interpretar á la señora Laparra, ellos dieron vida á lo que la pluma diera alma, y ellos en fin, hicieron de su parte por que fuera más espléndido el éxito de la obra.

Siempre que en nuestro teatro se representen dramas nacionales, veremos entusiasmo, porque esto revela el fraternal aprecio que deben inspirar las plumas que se dedican á tan delicada labor.

Nuestro amor patrio se extiende á todas sus glorias, y por eso gozamos y gozaremos siempre con sus felices resultados.

No es ni puede ser Guatemala desagradecida á los grandes genios que sustenta, menos aún, si esos genios son ó tienen la forma de una mujer, como la ilustre cantora del amor maternal. ¡Oh, no! la patria debe preferir á sus hijos, á ellos gloria, para ellos protección, por ellos sacrificios y para ellos gratitud; por eso gozamos los que presenciamos el lleno de nuestro teatro en la noche del estreno, y beneficio de la señora Laparra de la Cerda, porque ella es un hermoso luminar en el cielo de nuestra literatura, porque ella es entusiasta defensora de los derechos de la mujer, en el hogar, en la familia, y porque es hija muy querida del parnaso.

Feliz Guatemala que entre sus sublimes bardos, cuenta con la eminente pluma de la señora de la Cerda, que dá nombre á nuestro teatro actual.

Guatemala, 28 de Abril de 1896.

Urbanidad.

I

Hablo con mis jóvenes alumnas para que ellas sean un modelo de urbanidad en su trato social, en la vida del hogar y en donde pose su planta. No se puede prescindir de la urbanidad á no ser que se prescinda de la felicidad. Si la felicidad es un mito, existe siquiera la dulzura del hogar, y esa dulzura sólo la brinda una educación esmerada.

Si he de hablar con franca sinceridad, diré que á mí no me atrae la belleza, porque, ¿qué me importa una fisonomía más ó menos perfecta, cuando la brusquedad de carácter me hace repulsiva á quien la tenga? A mí no me fascina el talento cuando el que lo posée es áspero, dominado por el orgullo (aunque hay raros talentos ogullosos); á mí no me halaga la riqueza, puesto que la ajena fortuna, á la mía no puede contribuir, y hasta la virtud, practicada por personas sin urbanidad me repugna. Voy á dar mis razones. No puede ser virtuosa la persona vanidosa, que se imagina que vale algo, y por esto desdeña á los demás, pues sabido es que la virtud es humilde y no cree valer nada, y si algo vale, á Dios, sólo á Dios lo debe. No puede ser virtuosa la persona que trata á los demás como ó peor que á perros, pues la virtud es hija del Cielo y ve en cada ser racional, un hermano, un semejante, nunca un inferior. No puede ser virtuosa la que sólo vive investi-

gando los defectos de los demás, cuando la virtud es enemiga de inmiscuirse en la conducta ajena. No puede ser virtuosa la que jamás asiste al lecho del enfermo ó del moribundo, por un vil orgullo de acercarse á la casa del pobre. No puede ser virtuosa la que ni saluda á la que encuentra en su paso porque se cree superior, puesto que la virtud no conoce necias preocupaciones. No puede ser virtuosa la que ni aún en la casa del Señor sabe estar con la decente compostura que exige el lugar de la oración. No puede ser virtuosa la que si quiere practicar la limosna, sube á elegante carretela y, haciendo ruido, el ruido más posible, lleva á la casa del desgraciado un ínfimo socorro; cuando la caridad es tímida, oculta y generosa. No es, no puede ser virtuosa la que oye la calumnia sin defender á la infeliz víctima, puesto que la virtud no es cobarde. Largo sería enumerar las faltas á que se expone la falsa virtud, y por esto he dicho y repito que de esa virtud me horrorizo.

Precisamente la educación borra todos esos defectos, el criterio justo, nos da á conocer lo que desvirtúa, lo que molesta, lo que ofende, y lo que puede hacernos repulsivos, y como la caridad consiste entre otras cosas, en procurar cuanto nos sea dable el no humillar, el no denigrar, el no gravitar sobre otro ni menos inferirle ningún agravio, de aquí pues que se puede juzgar la urbanidad como hermana de la virtud, como amiga del honor, como termómetro para conocer el talento de los que la practican.

Decía que no hay seres con talento, que estén dominados del orgullo, y creo, que si los hay, es porque el talento que poséen es talento de las medianías, y la razón es esta: El que lleva en su cerebro ese destello divino que se llama inteligencia, bien comprende cuanto tiene que saber, cuanto ignora, cuanto hay oculto á su investigación, cuanto queda aún por descubrir, y cuanta es su pequeñez, cuanta es su miseria. Además, sabe de donde vino, y á donde va. Conoce la inconstancia de la pompa mundanal, cuanto lo mezquino que le rodea, cuanta la fragilidad humana y por último no está henchido de falsas preocupaciones de raza ni de fama, porque si la primera, no es más que un vacío; si la segunda un humo más breve que el de un cigarro. Convenzámonos pues, de esta verdad. Sólo es soberbio, el que nada vale, el que nada puede y el que no se conoce á sí mismo.

Risa me dan ciertas mujercillas que pasan por el mundo despreciando á las demás, porque tienen unas cuantas monedas en su bolsillo. (¡Infelices!), ¡cómo se ofuscan con el fugaz metal, cuando al bajar á la tumba sólo se revuelcan en el lodo y entre miasmas! mejor diré, ¡pobrecitas! que no conocen su fin, que no saben que su pobre cráneo sólo calienta una masa sin fósforo, sin vida, sin chispa divina, sin.....

Tristeza me proporcionan ciertos hombrecillos meditabundos á fuerza de ambiciosos, que ven á la humanidad como á una masa compacta de parásitos y no la alzan á ver siquiera, temerosos de que

como plantas mezquinas quieran adherirse á él, que se cree un robusto roble. ¡Miserables! Cuando la humanidad, con toda su miseria, con todo y sus grandes plagas, vale más que un pigmeo de esa clase. Pues sólo es grande, aquel que no sabe que lo es.

Las pocas reglas que quiero trazar para mis amables discípulas son bien necesarias, para sembrar la felicidad; sin su aplicación existirá el vacío, con su puntual observancia reinará la dulce paz que presagia futura bienandanza.

Trato con los mayores.
Trato con los iguales
Trato con los inferiores.
Trato con los amigos.
Trato con los indiferentes.
Y trato con los enemigos.
Conducta en la sociedad.
Conducta en el hogar.

Acerca del primer punto debemos tener presente que existen categorías sin las cuales no podría haber orden, auxilio, ni bienestar. A esos pues, hay que respetarlos, cualquiera que sea su esfera. El respeto, debe nacer de nuestra profunda convicción hacia los que nos dirigen, nos enseñan, nos guían y nos alumbran. Debemos pues, respeto á los superiores: en talento, en dirección, en edad, y en posición. Al faltar á tan sagrado deber, se desmorona el edificio, nada hay más falso que un edificio sin cimientos sólidos y en el edificio social, los cimientos son el respeto que debe el inferior al superior. Al faltar á ese respeto por cualquiera causa, faltará también equilibrio. Sólo un necio orgullo, puede inducirnos á que le quebrantemos. Nada más dulce, que esa noble deferencia y prudente respeto á los que por su edad, ya por sus luces, ya por su virtud, son acreedores á que los juzguemos en otra categoría. El anarquismo lleva por mira emanciparse de todo respeto y consideración y por eso hace tantas víctimas en las sociedades.

Acerca del trato con nuestros iguales, hay tanto sobre que fijarse, que apenas ligeramente nos ocuparemos. Nuestros iguales ya sea en fortuna, en posición social, en estimación, en edad, etc., etc., son los llamados á esperar de nosotros, cariño, medida en las acciones, consecuencia en nuestros compromisos, suavidad en nuestras palabras, sinceridad, franqueza sin injuria, afecto sin exageración y tolerancia. No existe un sólo ser perfecto sobre la tierra, esto sólo es atributo de Dios, así pues querer que alguno posea toda virtud, es un imposible, y de aquí la necesidad de que toleremos en los demás, algo que no nos agrade, para que á nosotros nos toleren de igual manera nuestros defectos, porque unos, conocemos, pero otros no conocemos. La tolerancia pues, en los demás, garantiza la paz, la tranquilidad y hasta el cariño duradero.

Nuestros semejantes necesitan de cariño, y en muchos casos de un prudente consejo, otras veces de una corrección suave y oportuna;

alguna, de un bálsamo consolador, quizá de un apoyo, ó del auxilio en casos desafortunados; siempre de indulgencia, de sinceridad y en algunos momentos de perdón. Pues ese cariño, ese sabio y oportuno consejo, aquella corrección, aquel apoyo, esta sinceridad y sobre todo el perdón, son obras que sólo puede ejecutarlas el alma templada en el crisol de la virtud y habituada por una prolija educación á su cumplimiento. La falta de urbanidad no puede dar cima á tan justos deberes, porque los ignora ó los ha olvidado. El que carece de urbanidad deja vacío en todo lo que emprende, el consejo si lo da es inoportuno ó fastidioso, la corrección si la emplea, es áspera y humillante, el consuelo si lo brinda es duro, el apoyo si lo presta es haciendo alarde, y la indulgencia no la conoce porque es alma modelada en la fatuidad, y el fátuo, nunca tolera lo que muchas veces ejecuta.

II

En el comercio con nuestros iguales debemos hallar benevolencia y ternura, y la una y la otra son el fruto de la urbanidad siempre por norma. No podemos ser benévolos con los demás, cuando los satirizamos, los denigramos, los despreciamos y los vemos con marcado desdén, aun cuando ellos nos viesen de otra suerte, creeríamos ser víctimas del engaño; no podemos emplear ternura en el trato social, cuando rencores mezquinos, y bajas odiosidades emponzoñan nuestro corazón, y si una ficticia suavidad se nos escapa, esta vendrá á ser más vil, cuando sea conocida como máscara de hipocresía.

Desgraciadamente hoy, imitando las costumbres de Francia se acercan á besar nuestras mejillas pero..... en seguida nos insultan, nos burlan y nos censuran, hasta el timbre de la voz; este refinamiento de hipocresía está á la orden del día, entre la juventud ligera, pero ella trasmite su cinismo á cuantos la rodean. Hoy se encuentra la sociedad amenazada por dos grandes plagas: el orgullo, esa falsa delicadeza por la cual se sacrifica muchas veces, toda la paz del alma, y la hipocresía; para desarraigar dichos males solamente puede emplearse una noble humildad y conocimiento íntimo de nosotros mismos y una franqueza á toda prueba, aunado todo esto á la urbanidad.

Para nuestros semejantes, toda clase de consideraciones, pues al prodigarlas nosotros, redundan en bien de nuestro mismo individuo.

¿Queremos nosotros que se nos considere en el dolor ó en el infortunio, ó en las duras pruebas de la existencia? Pues debemos estar prontos á la ayuda del que padece, consolar al que sufre y apropiarnos el padecer ajeno.

Deberes hay de mera sociedad ó civilidad y estos dan idea de la cultura de la persona. Cuando existen relaciones de cariño, parece inoficioso prescribir las obligaciones que la amistad nos im-

pone, pues el mismo afecto las va inspirando, tales como son las de verse en la aflicción, acompañarse en las tristes horas de duelo, y compartir algún goce, con quien por algún título se regocija.

Con las familias con quienes no existen esos lazos de mútuo afecto, tenemos otros menores, pero siempre imprescindibles deberes. Si somos vecinos, nuevamente trasladados, ofrecernos como tales, y presentarnos para servirles en aquellos casos que la buena educación dicta, pero si somos vecinos vitalicios, es un deber, que no haya motivo de pena ó de gusto en que nuestra presencia no les demuestre que somos partícipes de aquello. Quien se evade de tan corto sacrificio, si es que así lo considera, es porque ó está dominado por el orgullo necio, ó ignora las más triviales reglas de la urbanidad. Siempre á la señora de la casa toca el corresponder ó hacer las visitas de vecindad, de cortesanía ó de parentesco. El nacimiento de un niño así como el matrimonio de alguno de la familia y el ausentarse á lejanos países debe ponerse en conocimiento de nuestros vecinos, se entiende que cuando una conducta criminal no nos haga alejarnos de ellos.

Cuando una amistad íntima y sincera nos une á personas mayores, debemos siempre usar de aquel comedimiento, que atrae, de aquella complacencia que cuadra mucho con la bondad y siempre la prudencia y la discreción modere nuestros pasos. La complacencia es un lazo que une con firmeza los afectos. Cabe siempre el ceder, al que se crea inferior, creerlo así es un indicio natural del humilde.

Entre amigas de iguales condiciones, se observa con harta frecuencia el que se deslizan ciertas frases duras quizá hirientes, pero que en son de broma se escapan. Acerca de esto dice mi pobre y humilde opinión. No siempre está el ánimo para bromas, y muchas veces éstas afectan algo íntimo, por cuya causa chocan, ofenden y algo disminuyen el afecto. Además, esas chanzas parece que son el lenguaje del vulgo inculto, por lo que la urbanidad las destierra de la mejor sociedad.

Como todo es accesible de educación, yo desearía para la juventud femenina el que moderara la voz, pues tanto hiere el timbre brusco, como un afectado acento que es hijo de la hipocresía.

Otro punto que es quizá muy poco meditado entre las jóvenes, es el de la discreción. Cuantas veces, preguntas inoportunas, alusiones ofensivas vienen á herir al que se le dirigen y dan por otra parte muy mala idea de quien las produce.

Entre conversaciones familiares muchas veces se cometen errores que después se deploran, pero que solamente por la falta de reflexión se han escapado.

Acerca de oportunidad hay mucho que observar. En una visita de pésame, risas que hacen el efecto de un tiro de revólver; en fiestas de familia, dolorosos recuerdos, escenas amargas; entre personas desagradadas, sembrar cizaña, entre personas ofendidas hacer reve-

laciones. Todo esto denota carencia de urbanidad, pues la misión precisamente de este hermoso adorno, es poner en equilibrio ciertas bases, por ejemplo, al dolor darle su legítimo puesto, al placer no acibararlo, al que se cree ofendido, librarle de esa carga y procurar conciliar á los que así se juzgan, esto es no sólo obligación de cariño y urbanidad, sino del dominio de la moral.

Entre personas que ejercen una profesión, y entre familias que están dedicadas á un mismo oficio se observa que hay un marcado antagonismo, pues bien: ese antagonismo aunque estuviese fundado en buenas razones, quiere decir la superioridad ó la justicia, no debe existir entre almas bien nacidas. Debemos desterrar de nosotros aquel adagio, que aunque cierto es poco caritativo y nada culto; de que: "el peor enemigo es el de tu oficio." Parece raro que lejos de asociarse esos que viven del mismo medio, que tienen una misma idealidad, ó que pasan la existencia en idénticas luchas, se complazcan en censurarse con siempre cruel saña. Desafortunadamente, no se exime ni el noble empleo del magisterio, de tan ruin defecto. Toca pues, al que sea más generoso no hacer nunca alarde de sus mejores dotes, ó de su mejor sistema, etc., pues esta generosidad hablará más alto de quien así la emplea. Además pondrá de relieve la cultura y buena educación de quien no se expresa con frases duras que hieran á otro.

Muchas veces una mal comprimida envidia hace que al expresarnos de personas que tienen nuestra misma profesión, lo hagamos con indiferencia, sino con desprecio, pues este sólo hecho prueba que algo vale quien tan marcada envidia nos inspira. La mujer precisamente es más predispuesta á dejarse dominar de este necio vicio, pues el hombre por ser menos frívolo ó más juicioso, y á veces más pensador, desecha tan bajas pasiones.

La curiosidad muchas veces, hace que faltemos á la urbanidad aun con amigas muy íntimas, que quisieran que ciertos actos ó quizá desgracias, no fueran investigados por quien de veras las estiman.

La negligencia ó la pereza, causa de desorden, es fruto de la falta de urbanidad. Puesto que el que ha cultivado sus facultades, sabe lo que es nocivo, lo que le quita parte de mérito, no puede comprenderse que la persona culta sea víctima del ocio, del desorden ni de la falta de aseo. Muy triste idea nos formamos de una persona que se cuida poco de conservar el aseo y la limpieza en su persona, y en su habitación. Desde luego inspira repulsión el hogar en abandono. Motivo muchas veces de que el esposo se aleje de su consorte cuando ésta, vela poco por el aseo personal y por el contrario contrae el hábito del desaseo, fuente en algunos casos de enfermedades.

Así como el demasiado adorno es perjudicial á la tranquilidad del hogar, por varias y justas causas, así el abandono personal origina hastío y extingue la estimación.

La vida laboriosa es una de las mejores vías de progreso, de bienestar y de felicidad, porque ella asume todo el modo de ser del individuo. Se supone que la mujer consagrada al trabajo es ajena á las discordias, está muy por encima de la ligereza y frivolidad, se aparta del vulgo y vive de una manera digna. Muy recomendable es pues, en una joven el que arregle sus horas de manera que para todo le alcance el tiempo y sepa cumplir con aquellos deberes sociales que estrechan los vínculos del afecto y de la amistad.

La afabilidad, ese precioso adorno de la juventud, que predispone al que lo posee, para el bien y que le hace agradable á cuantos le rodean y conocen, debería ser el mejor tesoro que la mujer acopiara, porque deja ver que es prudente quien es afable; que es juiciosa quien así se precave de la animadversión de los demás, y que es de un corazón magnánimo, puesto que no hace distinciones en ninguna esfera, y para todos tiene suavidad, indulgencia y cariño.

Un carácter agrio, revela no sólo orgullo necio, sino escasas facultades, y nunca sienta bien ni en el poderoso, ni en el rico, ni en la hermosa.

III

Tanto necesita la juventud, del adorno de que venimos hablando, cuanto más estime la tranquilidad en su hogar y fuera de él.

Al tratar á aquellos á quienes las condiciones sociales han colocado en una categoría inferior, debemos procurar que su amor propio no sea herido. Aquella humilde posición en que una adversa suerte coloca á muchos, no es causa de que les califiquemos hasta de insensibles, cuando les ofendemos y descuidamos de aquel manejo fino, prudente y comedido que toda alma bien nacida usa con los desafortunados.

La sociedad deplora á cada instante los tristes efectos de una descuidada educación en las clases proletarias. Cierto es ese ostensible defecto; pero no es menos cierto que una mal encubierta altivez y un predominio que humilla, son el primero y principal fomento de aquél.

Ante la dulzura de un carácter siempre al mismo grado, no puede ser duradero el desagrado; el carácter menos flexible, tiene que amoldarse á fuerza de tan bello ejemplo. Esos seres desheredados de la fortuna, son dignos de nuestra indulgencia, de nuestro apoyo y quizá de nuestra estimación, según el mayor ó menor grado de sus aptitudes, de sus servicios y alguna vez de sus prendas morales.

En el caso de hallarnos al frente de esos infelices mendigos, que buscan en nuestro hogar, consuelo y pan, no debemos recibirles con semblante adusto hijo del menosprecio, porque éste, envenena el alma mejor templada. No, que siempre haya una dulce sonrisa y una generosa compasión para el que sufre y se acerca á nosotros.

Nuestros domésticos, serán buenos, serán útiles, serán alguna

entidad, si nosotros les ayudamos á moralizarles, á descubrirles ese ancho horizonte que para ellos parece velado por el obscuro manto de la ignorancia. Estos seres si no están degradados, pueden ser dignos de cuanto es digno el que algo vale, el que algo puede.

Que nuestro suave yugo les aligere el triste camino que tienen que cruzar y si al alejarse de nuestro lado, hechan de menos aquel lenguaje, aquella táctica, aquel cariño, habremos adelantado un paso en la moralidad de esos seres, habremos inspirado la gratitud, que es el sentido moral, que más lejano se halla de la humanidad degradada.

Amar á los que nos brindan su cariño, es tan natural que parece inoficioso, dar teorías á ese respecto, no obstante, parece que la cultura en su grado máximo, siembra en vez de afecto, hipócrita palabrería, por eso pues, debemos decir algo del cariño hacia nuestros amigos, pero antes de hablar del lazo que nos debe unir, debemos hablar de la elección de ellos mismos.

Adagio antiguo, pero siempre moderno, "que la oveja busca su pareja"; y en verdad, si no pudiéramos comunicarnos los que nos comprendemos, no existiría la amistad. El anciano, busca para camaradas, aquellos que le recuerdan las bulliciosas horas de su juventud, el joven, se asocia de los que pueden como él, gozar de la época de las impresiones, y el niño busca á otro niño que le secunde en sus infantiles juegos y pueda como él, correr tras una mariposa y subir á un elevado ciprés. Es el orden lógico de la humanidad y el motivo por el cual no se acomodaría un joven con un anciano, ni éste con un niño, á no ser que lleguen al último período en que ambos se asimilan.

Pues bien si esto es así; busquemos para nuestras amistades, comunión de ideas, similitud de tendencias y concordancia de sentimientos, para que todo esto sea perfeccionado, estimado y comprendido de nuestros amigos y de nuestra parte hacia ellos, y pueda ser en consecuencia duradero nuestro afecto.

No obstante y á pesar de esa igualdad debemos observar ciertas reglas que la prudencia dicta, á fin de no gastar el lazo que nos une. La que abusa de la amistad, es necia, y no tarda el día, en que se rompan los vínculos que más ligados quisiera ver.

La inconsecuencia entre amigos es una falta y la falta de sinceridad es un delito. De manera que debemos llevar por norma, la franqueza, la lealtad y el tino para conservar siempre puro el afecto que nos hemos propuesto cultivar.

Desterremos pues, de nuestras conversaciones, todo estilo chocarrero, insípido y falso, para que sea agradable nuestra compañía. Defendamos siempre con prudencia, al amigo que es atacado en nuestra presencia, y ayudemos á aquel que de nosotros puede necesitar. El auxilio mútuo es necesario en algunos casos de la vida, y nunca el verdadero amigo se exime de pagar ese tributo.

El dolor sólo lo atenúa la voz consoladora del cariño. El

placer sólo satisface cuando lo comparte el amigo cariñoso. El trabajo se dulcifica, cuando la mano amiga ayuda.

Estos son los deberes del que quiera llamarse verdadero amigo.

En la sociedad hay amigos y hay también indiferentes, es decir aquellos que no nos aprecian ni nos aborrecen. Esos son los que necesitan también de nosotros. En esa gran palanca social, en donde los unos, favorecen á los otros ya con la industria, ya con su ciencia, ya con su riqueza, ya con su presencia; pero que á pesar de eso no merecen un lugar en el corazón de los demás, pues á esos debemos procurar serles útiles, ayudar el perfeccionamiento social y con el contingente de nuestras facultades en cualquiera de sus órbitas, favorecerles. Ellos á la vez nos favorecerán sin que lo comprendamos ó sepamos. Así es el eslabón social.

Que no haya jamás en nuestros labios palabras de encono para aquellos que no nos prodiguen afecto ni nos brinden apoyo. Que todos encuentren suavidad en nuestro trato social y así labraremos nuestra propia dicha.

¡Ojalá solo amigos é indiferentes existiesen! Hay desdichadamente enemigos, y muchos, y grandes, y alguna vez gratuitos. A éstos, hay que tratarlos con el espíritu del fuerte, es decir sin odios, sin rencores, sin mal semblante, pues más grande es el que perdona, que el que aborrece. Lejos de fomentar odiosidades, debemos cortarlas, esto no solo embellece el alma de las sociedades, sinó que se vence y el vencedor siempre merece.

La sociedad, está compuesta, de diferentes categorías y ellas entre sí, tienen una misión, ésta misión es heterogénea, puesto que la forman diversos cuerpos, distintos elementos y con fines varios, convergentes todos á darse fuerza, unidad y perfección. Así el rico es depositario del pobre, ó en otro lenguaje es el que fomenta las empresas, las industrias, las ciencias, las artes y la civilización en suma. De manera que el pobre es, el descubridor de los grandes caminos del progreso, con su brazo, con su ciencia y con su constancia.

La industria, el comercio y cuanto la civilización acopia, son frutos del rico y del pobre. Fijándonos en éste debemos olvidar todo aquello que puede llamarse diferencia de razas, de distinciones, etc., y vivir en sociedad unidos como los factores de ese progreso social y de esa gran familia humana. En este caso, desterraremos necias preocupaciones, y tendremos dulzura para nuestros asociados.

No por esto debemos olvidar que la misma sociedad heterogénea como es, tiene distintas tendencias, distintos grupos y distintas aspiraciones, tenemos entonces que estudiar cada uno de esos grupos, de esas tendencias y de tales aspiraciones para que nuestro manejo sea acertado, oportuno, natural, agradable y útil.

Esa táctica es la ciencia que se llama sociabilidad. No es difícil, es por el contrario bien sencillo, solo requiere buena voluntad.

Aquel que sabe vivir en sociedad, puede llamarse afortunado; huir de la falsedad, medir la franqueza, amoldarse á los demás, procurar el bien á los que nos rodean.

La sociedad es muy exigente, oímos decir á cada paso y fijándonos en ésto, encontramos que no puede ser ella, sin ser nosotros como parte de esa misma tenemos que participar y si cada uno de nosotros dejáramos toda exigencia con los demás, daría por concluído ese defecto.

La sociedad es muy injusta, dice otro, y nosotros somos entonces los que cometemos dichos actos, cada uno debíamos medir nuestras acciones, con equidad y entonces se habría terminado toda injusticia.

La sociedad, ese conjunto de individuos, no puede ser dotada por unanimdad, de todos los elementos que hacen del hombre, ser útil, bueno y feliz, pero unos pueden lograrlo á fuerza de dominio sobre la voluntad, otros sobre cultivo de su inteligencia, aquellos por el mejor uso de sus facultades, ya morales, ya físicas, ya estéticas, y así es como esa gran colectividad se hará y se hace útil y feliz. Tócanos á nosotros, dar á cada uno lo que le pertenece, ó más claro, agradecer el beneficio, estimar el mérito, proporcionar donde se necesite, el bien, meditar nuestros pensamientos antes de lanzarlos al viento y llevar por norma la moderación.

Estos deberes pueden ser los que á nosotros mismos nos atañen, por la ley de reciprocidad; pero hay además otros deberes que son de conservación, de perfeccionamiento. Es un deber moral conservarnos, pero es un deber social conservarnos para bien de la misma sociedad, perfeccionarnos, es un deber social y que reune en sí, otros deberes, para ésto, no bastan las luces propias, que á cada uno dá la mano de Dios, es preciso ayudarnos con el estudio, con el modelo de quien nos pueda guiar, con el esfuerzo de nuestras facultades todas.

Procuremos perfeccionar nuestra parte física con adecuados ejercicios, con moderados actos, con métodos y con prudencia. Perfeccionemos nuestras facultades estéticas con lo bello y con lo bueno, así en orden á los sentidos, como en orden de las impresiones que no sean del dominio de aquellos.

Perfeccionemos nuestro espíritu en fin con lo que la ciencia y el arte nos brindan á manos llenas, perfeccionando éste, el perfeccionamiento moral será el colmo de nuestra verdadera dicha. Muy amplio campo queda al maestro para dirigir al niño en todos los pasos de la vida, pero hay que reducirlos á estos: prudencia en palabras, en acciones y hasta en deseos, afabilidad en todas las horas de nuestra existencia, hasta para nuestros ofensores y moderación hasta en nuestra sonrisa, quien graba estos caractéres en su norma de conducta puede creer que ha abierto el templo del bienestar.

Hemos hablado de una manera abstracta, vamos á concretarnos á alguno de sus puntos. Se trata, por ejemplo, de una reunión, impropiamente llamadas de confianza..... toca á la señora de la casa, ó á un caballero, en su defecto, recibir á las personas, atenderlas y ver que no pasen sólo sentadas, sino recomendar á otros que las lleven al salón donde se sirven los licores. Es de mal tono que la señora de la casa ó de la fiesta no permanezca al lado de sus invitadas; igualmente es censurable que se exija á éstos una forzosa permanencia en la casa, cerrando la puerta de calle, estorbando casi el que las personas puedan salir cuando lo juzguen conveniente. El que haga los honores del salón, está en obligación de velar porque ninguno de los que allí se hallen reunidos, quede sin pasar á las mesas donde se destina cena ó helados, porque deja ver una notable inurbanidad. Toca á un caballero cumplido, ofrecer el brazo á personas que, por su carácter ó edad, no se confunden con los danzantes; no hacerlo así, deja ver incivilidad.

Rara vez no son motivo de crítica las reuniones, pero ésto, sólo da señales de un espíritu pequeño; pues si hay razón para juzgar desfavorablemente de dicha ó dichas reuniones, debe haber nobleza para no hacerlo.

El que invita á esos momentos de expansión, no creo que pretenda molestar á sus amistades, y si la mala suerte le persigue, que le falte tino, que le falte buen tono, y que la carencia de cultura la hagan defectuosa, esto no es motivo más que de indulgencia, no de burlas.

Mi consejo á este respecto, es que: quien no puede de una manera debida dar el lleno á ciertos deberes de urbanidad y cortesía, que no ponga en público sus escasas aptitudes, pues se ahorrará murmuraciones y desagradecimiento.

IV

La sociedad como testigo de muchos actos, es á veces más que exigente, cruel. Ella quisiera que á cada paso se buscara el medio de serle agradable y le importa poco ó nada que esto implique sacrificios á los demás. De aquí la necesidad de medirse cada uno de nuestros pasos.

En las reuniones debe procurarse que no solo un individuo sea el agraciado con nuestra compañía porque los otros tienen derecho á buscarnos ya por una mera cortesía, ya por particular agrado. Así como ofende una tenaz negativa de parte de las jóvenes para acompañar á un caballero, así molesta la exigencia de éstos para todas las piezas del programa. El buen tono dicta que unas y otros sacrifiquen algo en aras de la complacencia.

En las visitas, hay oportunidad de conocer el carácter de una persona y su mayor ó menor cultura. En este caso, pues, debemos

procurar no extralimitarnos; por el contrario, allí se debe medir cada palabra que salga de nuestros labios, cada movimiento de nuestro ser. Frases finas, adecuadas, indulgentes y de ningún doble sentido; expresiones sinceras y sin exageración, timbre de voz no afectado ni brusco, miradas no investigadoras ni despreciativas, movimientos no libres ni vulgares. ¡Cuántas personas hay que agradan por su amena conversación, pero que molestan por su ligereza ya para sentarse, ya para investigarlo todo, y cuyo afán por mecerse en las sillas, nos marea, nos enferma, nos ofende!..... ¿Quién puede dudar que preferiremos no ser visitados, que serlo de semejante manera? Hay otras personas quizá cultas, pero distraídas, que con el uso del tabaco ó sin él, olvidan lo mal recibido que es arrojar salivas en presencia de otros; muchos se ven que distraídamente sacan su cortaplumas y se arreglan las uñas, ó un lápiz, etc., etc. Esto, como cualquier descomedimiento análogo, significa poca estima á las personas que visitamos ó nos visitan. Entrar á una casa en donde quizá solo reina el aseo y el orden, y mover todos los objetos, y dejarlos desarreglados y alguna vez sucios, es el colmo de la inurbanidad.

A propósito de visitas, hay que advertir que no son agradables las que se prolongan demasiado, por la sencilla razón de que generalmente, ocupaciones varias, acortan el tiempo, y aquellas horas que se nos quitan, hacen una notable falta. Muy grata puede ser la compañía de un sér amigo, pero también el cumplimiento de otros deberes primordiales nos exigen consagrarnos á ellos. No obstante, una visita muy breve, revela desagrado: significa que no lo hacemos sino por cumplir forzozamente. Y ésto, lejos de complacer, hiere. De manera que ambos extremos son inciviles.

Respecto á visitas que no dicta un íntimo afecto, deben ser moderadas y no frecuentes, teniendo por norma que si nos son correspondidas, no debemos repetirlas; á excepción de nuestros superiores en cualquier categoría, ya por posición social, ya por deuda de gratitud, ya por otro título que revele que nosotros somos los llamados á buscar y no á ser buscados.

A personas excesivamente ocupadas, se les visitará solo en épocas determinadas, para no aumentar sus quehaceres, y ésto, en horas que sepamos que son destinadas á descanso.

Cuando asuntos que no son del dominio del hogar, nos impulsen á ocupar á personas elevadas, debemos hacerlo brevemente y sin repeticiones que fastidian, procurando, arreglado el caso, y con las debidas manifestaciones de gratitud, retirarnos.

Cuando una persona entra últimamente en un salón, toca á las que han permanecido más antes, retirarse, ya para que se hable de asuntos particulares, ó ya para evitar indiscreciones.

Las conversaciones para que no sean enojosas, deben ser variadas, amenas y sencillas, pues de lo contrario hieren y cansan. Se requiere arte para ser agradables á los demás y nunca estaremos

desagradando si buscamos el medio de complacer á los que nos escuchan.

Las frases finas y corteses salpicadas de alguna ocurrencia, hacen divertida la visita.

Generalmente sucede entre personas poco instruídas ó vulgares, que se concretan á hablar de sus asuntos sin dar tregua á que el oyente abra la boca, fastidiando sobre manera. Eso de ponernos como prototipo de cuanto se habla, de cuanto se oye, ó de cuanto nos rodea, es ridículo, es odioso, y muy mal predicado para el que lo emplea.

Se trata de un asunto quizá original, viene esa persona y ella ha sido el modelo del cuento; se trata de un negocio, pues esa persona tiene una suerte felicísima; se habla de modas, ella dice ser la primera en seguirlas; comentan un hecho, ella es la primera en dictaminar; se arregla un trabajo, ella es la única idónea para llevarlo á cabo.

Estos tipos son, por entrometidos, despreciables y repulsivos. Una persona que á toda palabra que otro pronuncia se mezcla, denota falta de juicio, y mucha necedad.

Como una persona puede ser instruída y no siempre educada y cortés, es preciso que una y otra cualidad, se enlacen á fin de que valga el mérito de la instrucción, aunque todo sér de buen sentido la da preferencia á la finura.

V

Todo nuestro sér, es susceptible de educación, es una verdad innegable, y por este motivo, se debe á todo trance educar hasta nuestras miradas. Ciertamente, que las miradas merecen una especial cultura, ¡quién lo creyera! pero las miradas indiscretas, fijas, burlonas, investigadoras, altivas, tenaces, orgullosas, idiotas ó hipócritas, son el espejo más fiel del alma; sin ser buenos fisonomistas nos formamos el peor concepto de los que desafortunadamente no han sabido educar su mirada.

Si la vista ó los ojos, son el espejo del alma, ¿por qué no dominar esas miradas que ofenden al que es escudriñado por ellas? ¿por qué detener la vista (hablo á las jóvenes), con entereza, en personas de otro sexo, y á quienes jamás se ha tratado con familiaridad? ¿Qué revela esa insistencia al retratar á los que nos rodean, con nuestra mirada audaz y ofensiva? Revela imprudencia, revela altanería, y lo peor aún es que revela falta de inteligencia.

La voz, ese medio por el cual trasmitimos todos nuestros pensamientos, es digno y muy digno de educarse. Nada más hermoso que oír á un tribuno, con voz enégica y vibrante, dominando al auditorio; pero nada más molesto que una voz chillona, desabrida é hiriente. Débese pues medir la extensión de la voz por la distancia que hacia los que nos oyen nos separa.

La afectación en todo es odiosa; pero dejar todos nuestros actos á merced de sí mismos, no es digno, y sin rayar en esa afectación estamos obligados á ponerles dique cuando se extralimiten.

La delicadeza llamada así por el tacto y exquisita finura con que debemos tratar á los demás, así como deseamos ser tratados, nos va guiando por el camino de la moderación y del buen manejo. Dicha delicadeza se descubre en todos los momentos en que nos encontramos en sociedad, ó fuera de ella tanto que se viene á formar una segunda naturaleza.

Ciertos hábitos de franqueza, hija de poca cultura, nos pone en peligro de ser temidos hasta de nuestros allegados; y por el contrario, la pulcritud de conducta nos aproxima á los demás.

Como la sociedad aunque á veces inconscientemente, fomenta en su seno seres despreciables, los pone de manifiesto para que sean observados, y los juiciosos se alejarán de esos tipos y los prudentes no los desecharán, pero no por eso merecen estimación los últimos, mientras que los primeros serán acreedores al aprecio general.

VI

Hemos visto que las miradas y el timbre de la voz, son educables; de igual manera serán los demás sentidos y es innegable que de la cultura de éstos se deduce la general, que caracteriza al individuo.

Escuchar con atención al que nos habla es una muestra de urbanidad. Preguntar dos ó más veces lo que hemos oído ya, denota necedad; pues aunque algunas veces no oímos con exactitud, eso depende en muchas ocasiones de que no se habla con claridad, precisión y separación de frases. Ambos defectos son corregibles con solo buena voluntad.

La persona que se propone escuchar por los intersticios de las puertas lo que pasa en el interior, demuestra inmoralidad. Acciones son estas que la persona educada destierra de su hogar.

Pasando al olfato. Choca ver á una persona acercarse las viandas á la nariz, cuya acción es propia de los perros. Llevar siempre olores que agraden es hasta cierto punto, una muestra de exquisita finura, pero hay que tener en cuenta que existen personas á quienes el exceso de aromas, perjudica la cabeza, y en ese caso deberíamos usar dichas esencias con medida y oportunidad. A este respeto, debemos evitar al hablar casi encima de los que nos escuchan, pues muchas veces un mal aliento hijo de las cáries, repugna al olfato. Para que nuestro cuerpo guarde debida limpieza debemos amar mucho el agua y el jabón, que son dos elementos contrarios al mal olor. Personas hay tan pulcras, que, por no exhalar olor desagradable, no acuden á medicinas mal olientes, aunque sepan su benéfico resultado. Ese extremo es eminentemente caritativo para

los que las rodean. Aunque ese exceso lo repruebo yo. Una vez que la salud exige ciertas drogas mal olientes no debe atenderse á ciertas formas de la buena educación. Acerca de ésta, hasta en aquellas cosas más insignificantes, hay mucho que advertir, pero sería largo detenernos en los detalles.

Salvando, pues ciertas omisiones, pasemos á la exquisita cortesía que debe reinar en la mesa, ya que ese es uno de aquellos casos, que hablan muy alto de quien la observa y muy mal, de quien la olvida

Es un deber de urbanidad, esperar que los demás ocupen sus lugares, para tomar el nuestro, una vez en él, esperaremos que la persona ó personas autorizadas se sirvan; á no ser en el caso de tomarnos la libertad de servir á los demás, que esto toca desde luego á los hombres, si los hay en la mesa, pero al no haber, la persona mejor educada, deberá servir á los demás, á no ser que note que no le agrada á los comensales. Una vez sirviendo, procuraremos que no sea demasiado ó muy poco, pues de ambos modos se incurre en una falta. En la mesa evitaremos no hacer alusiones que dañen el gusto ajeno, ya con evocar cosas que entristecen ó que irritan y que hieren el amor propio ó provocan náuseas.

Muchas acciones pequeñas é insignificantes, debemos evitar en tales horas, como toser, reír con exageración, rascarnos, escupir, estornudar sin precaución, quitarnos algunos parásitos que en aquel instante nos importunen, etc.

A las nuevas maestras.

Junio, de 1896.

Entre armonías de instrumentos musicales, entre aromas de flores varias, y entre arrullos de innúmeras palomas, recibísteis el título de maestras. Bien merecido lo teníais; siempre el estudio, y el cumplimiento del deber siempre, han formado en vosotras á la instruída maestra que debe ofrendar luces, bondad y ejemplo á la naciente generación.

Concluísteis ya vuestros afanes..... mejor diré comenzáis vuestras tareas, no será permitido que vayáis á relegar al olvido, el precioso don que recibísteis de la ciencia y de la cultura. No, con la mano que recibísteis el beneficio de la instrucción, debéis prodigarla á la niñez, de quien sois hermanas aún. Pero antes de consagraros á la bella, delicada y noble labor de la enseñanza, escuchad como postreros los consejos de mi cariño.

Ya no seréis mis alumnas. Seréis mis comprofesoras, pero siempre mis amigas. A las amigas dirijo mis consejos.

Cuando la palabra, fiel intérprete de vuestros pensamientos aparezca fría ó no crea hacer eco en el alma de la juventud á quien la dirijáis, escudriñad vuestra conciencia, no sea que en algo háyais incurrido, que os haga acreedoras á una prueba de indiferencia.

La verdadera maestra, debe comprender que si sus palabras no son atendidas, es porque ha dado lugar al desaliento entre sus alumnas. Nunca os familiaricéis con ellas, hasta el punto de confundiros como alumnas porque desequilibrará la disciplina. El día en que hagáis á las jóvenes, confidentes de vuestros íntimos secretos, se desmoronará el pedestal en que os colocaran antes. El día que aceptéis las flores de manos predilectas, habréis vendido vuestros derechos, imparcialidad y equidad. No soy ni podría ser partidaria del semblante adusto, pero sin perjuicio de la amabilidad, deberéis ser rectas, severas y juiciosas.

Dejad para otras circunstancias el atavío exagerado en vuestra persona, que deja mal efecto y peor concepto en vuestras alumnas. Si el descuido os perjudicaría no lo haría menos el atavío supérfluo durante el pacífico recinto de la Escuela.

Si algún día el desaliento embarga vuestro espíritu renunciad antes á la alta misión de educar, porque si lo hacéis en aras del desmayo y del hastío, no recogeréis ningún fruto. No, el corazón ha de animar la palabra que brote á vuestros labios y la razón la debe meditar antes.

No creáis que vuestro estudio ha concluído, no mil veces no, ahora comenzáis á estudiar prácticamente el corazón y el cerebro de la niñez para aplicar las reglas de la sana pedagogía que habéis oído en ese mismo recinto.

Con nuevos libros, con nuevos elementos, caminaréis por la senda de la enseñanza, que es la que hoy en nuestro espirante siglo debemos perseguir los que de verdad amamos la escuela, el progreso y la verdadera educación.

Antes columbrábais en lejana perspectiva el triunfo á vuestros anhelos, hoy los recogéis y con usura; pero tenéis como legado un imperioso deber: transmitir cuanto bien podáis á esa porción que se os entregue; labraréis su corazón como labra el joyero precioso metal; grabaréis en él, ricos adornos de virtudes, de energías, de bondad, hacéis de cada uno de esos seres, un miembro útil, vigoroso y feliz. Solo así cumpliréis vuestro sagrado compromiso, contraído

con la patria, con la familia, con la ciencia y con vuestra propia conciencia. No seáis vosotras de esas, que solo buscan el lucro en el digno campo de la educación que creen cumplir con ceñirse á un determinado programa y que en consecuencia, cuanto está implicando algún trabajo ó sacrificio, les arredra, les apena y les fastidia. No seáis vosotras de las que encontráis en cada alumna una cruz, sino al contrario, cada discípula un precioso árbol confiado á vuestro cultivo procurando que las hermosas flores que brinden, sean aromosas, muy lozanas y duraderas.

El magisterio será de esa manera vuestro jardín, vuestro escudo también y vuestro mejor recreo. La mujer como tierna, generosa y abnegada, es la llamada á enseñar y entonces serán las sociedades como ella generosas, tiernas y abnegadas.

Alguien os dirá que la carrera que emprendéis es árida, monótona y espinosa; pero es porque al tocarla han llevado ideales ajenos á la empresa, sino hubiese sido así, verían en cada espina una flor, en cada aridez un horizonte nuevo y en esa monotonía, un camino llano. ¡Oh! es bello el camino de la vida cuando á nuestro derredor hallamos muchos corazones dóciles, ajenos al doblez y sinceros y esto solo se encuentra en la edad de la niñez. Aprovechad vosotras esa época, porque más tarde encontraréis: falsía, mentira, hipocresía, ingratitud, envidia, olvido.....

Perdonad que al comenzar vuestro apostolado, os hable del frío de la indiferencia y de tantas pasiones bajas que corroen la existencia, pero es lo cierto y quiero que vosotras, flores preciosas de cultivado pensil, no os equivoquéis en más ó menos lejano tiempo, caminad prevenidas contra los embates de ese mar que os aguarda en la orilla. Más, no temáis, sed como siempre, como hoy, modestas, sencillas, buenas, y en ese mar hallaréis barquillas que os salvarán en momentos de enfurecido oleaje. La virtud vuestro timón, el trabajo vuestro puerto, y la quietud vuestro galardón.

Acordaos de las preciosas horas de la escuela y ellas os servirán de dulce remembranza en el porvenir. Aunque os digan que la felicidad es un mito, tened presente, que no es mito para las almas buenas y virtuosas, que llevan dentro del alma todo un poema de encantos, capaces de darle verdadera felicidad. ¡La Escuela! allí tendréis vuestros ideales, que no pueden ser más sanos, ni más puros, ni más inocentes.

La patria deposita en vosotras cuanto tiene, una nueva generación, sabed corresponder á su confianza.

Discurso

pronunciado por su autora, en la velada que la Escuela Normal Central de Señoritas, celebró con motivo del 74 aniversario de nuestra gloriosa Emancipación Política.

Señores:

El entusiasmo patriótico nos reune hoy, para celebrar una de esas fiestas grandiosas, con que se conmemoran hechos que enaltecen al suelo que nos vió nacer: hablo de la Independencia.

Llegó su turno al corazón de América y su mayoría, digámoslo así, la pone en aptitud de constituirse en señora, y sacude el tutelaje que por tres siglos largos le prestara la madre patria. Fecha imborrable en los anales de la Historia Nacional, hoy te saludamos, como saludáronte en aquel día, los generosos patriotas, que pusieron su contingente para conseguir tan bello ideal.

¡Luchas! sí, luchas constantes, ostracismos, dolores y mil pruebas, fueron los escalones por do llegaron estos pueblos, al pináculo de su independencia; pero al fin ven brillante y hermosa la aurora de aquel día, que hoy, después de catorce lustros, celebramos en aras del entusiasmo.

¿Quién será aquel que se apellide centro-americano; ¿quién será aquél que amando á la libertad y el derecho, como aman las aves el despejado cielo de las Pampas y como amaba el Inca la luz del día, no ame su autonomía y no evoque con cariño, gratitud, respeto y admiración á los nobles patricios, á los héroes de aquella etapa? Sonarán esos nombres venerandos desde el Tehuantepec hasta el Estrecho de Panamá; como suenan hoy en Venezuela y en Colombia, los San Martín y los Bolívar y otra pléyade de héroes inmortales.

La fecha que hoy recordamos, sintetiza libertad, derechos y autonomía.

¿Qué era ayer, qué era el 14 de Septiembre de 1821 esta porción del Continente Colombino? Era la hija tributaria de la raza ibérica, era la pobre doncella que suspiraba por llevar el nombre que le conquistaron sus mayores.

Su comercio circunscrito á los productos de la madre patria; sus relaciones amordazadas, é ignorada de los demás pueblos del planeta; sus leyes, acomodadas á las leyes de la Península; era su industria, la industria legendaria; sus usos, eran los caducos usos de una nación aunque grande, cansada de luchar con el pueblo agareno, su idioma, ¡ah! su sonoro, su rico idioma, no era apreciado, porque no podía hablarse en nuestro suelo, otro lenguaje que no fuera, el que nos legaron los castellanos; su literatura, que ha dado nombre á la patria de Castelar, de Teresa de Jesús y de la Pardo

Bazán, yacía encerrada en pocos cerebros que la dejaban vivir latente.

Vegetación soberbia ¿por qué vivías desconocida del antiguo mundo? arenas auríferas de nuestras playas, que inspirasteis ambición á las huestes españolas ¿por qué no os trasformábais en elemento de progreso para estos pueblos? aves mil que con armoniosos trinos poblabais el aire de nuestros bosques ¿por qué no os conocían en los alcázares de los grandes, allá en el viejo Continente? Porque aún no había sonado la campana del llamamiento; era preciso que los corazones de cien patriotas, ofrendaran su valor y abnegación, para convertir en realidad el hermoso ideal de la libertad.

No quieren sin embargo, que la sangre de los hijos sea vertida por el arma de los padres; no quieren llevar sobre su frente el estigma fratricida de la estirpe de Caín; no quieren que la virgen manche su blanca veste, en el día de su desposorio, y por eso luchan como caballeros, y por eso triunfan con la idea, con la palabra y con la unión. Por eso vemos á aquellos campeones, grandes en sus empresas, pero aún más grandes en su hidalguía.

No quiere tampoco la virgen americana echar en cara á la madre común su yugo de tres siglos, no le reprueba la muerte moral de aquellas generaciones que duermen en la fosa común, no le inculpa por su estacionamiento, ni le pide cuenta del letargo, en que yacían enervadas sus facultades intelectuales. No, sólo procura adquirir fuerzas, para decir al mundo "No soy esclava: soy señora."

Setenta y cuatro años hace hoy, que levantóse radiante y muy ufana la alborada de nuestra nueva era; vió su sueño de muchos años, realizado; al unísono grito de cien pueblos, la llamaron libre, soberana, independiente. Y ella, sí, formará sus leyes, su prosperidad y su grandeza. Abrirá á todos los países, su corazón lleno de vida, de riqueza y de hermosura, la visitarán los fríos habitantes del polo y le brindarán sus pieles, por un puñado de cereales, la saludarán con sus pabellones los hijos del mediodía y del septentrión y del ocaso, flotarán naves que visiten sus riberas, y en místico consorcio trabajarán en su seno, pueblos que ayer nómadas son industriales.

¡Hermoso sueño que realizó el Istmo americano, lazo de unión que unió dos hemisferios!

Triunfante la América Central, no obstante, no guardará rencor para la madre patria. ¡Oh! nunca, jamás, vedla con ella cultivando sus relaciones de familia, enriqueciéndose con la hermosa historia de sus héroes y de sus sabios, y nunca olvidará que por sus venas, corre la sangre ibérica.

La hija que se aleja del patrio hogar, para formar nuevos lares, no puede olvidar á los seres que le dieron vida, ni olvida tampoco cuanto la eslabona con el poético lugar do se deslizó su infancia. La doncella que se arranca de los brazos maternales, para ceñir sobre su nívea frente, la guirnalda de azahares no puede aborrecer

aquella que le dió su idioma, su nombre y su culto. Esto pasa con los hijos del nuevo mundo. Sacudimos la férrea cadena, que nos ataba al león Castellano, pero aún amamos lo que de él recibimos y evocamos á sus bravos, y presentamos á sus héroes, como tipo de caballeros, ante nuestros tiernos hijos y enlazamos la historia hispana, con la historia de la patria.

¡Oh! cuanto ha tenido lugar en nuestro suelo, desde aquel día, en que el grito de independencia le conquistó un lugar entre los pueblos libres.

No hagamos sombras recordando luchas fratricidas; no veamos la sangre que enrojece nuestra tierra..... No..... alcemos el velo y contemplemos á la virgen americana, circuida de enhiestas cordilleras, que al impulso del hombre, serán un día, veneros de riqueza, y en sus flancos tendrán asiento estaciones ferrocarrileras. Veamos á la régia sultana, que bañándose en ambos mares, en sibarita adormecimiento, se despierta al sonoro ruido de audaz locomotora, y sacudiendo su egregia cabellera, se adorna de convólvulos y trepadoras plantas; jugando con las ricas producciones de millares de gramíneas, de centenares de palmeras, que convierten sus olvidados bosques, en ciudades obreras; de donde llevan á los pueblos de otros mundos, sus sabrosos frutos, olorosas resinas, aromosas flores y exquisitas maderas, que causan admiración á los pueblos europeos.

¿No véis en Occidente la luz crepuscular despidiendo con vacilantes luces al moribundo día y de pronto dormir en el Océano, para despertar fulgente allá en otros mundos? ¿No véis como presagia la aurora al astro rey, cuando se levanta de su lecho de amapolas, para recorrer el éter en su carro de rubíes y oro? Así apareció en nuestro horizonte, después de sus últimos destellos, la alborada feliz de 1821, anunciando á sus moradores nueva era de vida y de grandeza.

No se engañaron los hombres del pasado, cuando contemplaban en apocalíptico miraje esa esplendidez, esa grandeza, y esa gloria, de los pueblos que se bañan en dos colosales mares. Ved si no, levantarse esa pléyade gentil, de varones grandes, unos dando nombres á las ciencias y á las letras; otros cultivando la gaya ciencia: aquellos, enriqueciendo los catálogos de su soberbia flora, y estos, arrancando al seno plutónico, sus ricos manantiales de preciosos minerales; y los otros brillando con su acero, en el campo de Marte.

No siendo pocos, los que admiran con su palabra en la tribuna, como admiraron á los griegos, sus Demóstenes, y ¿qué diremos de sus bardos, gloria de la poesía? con los Córdovas, Goyenas, los Diéguez, Batres y tantos otros, que cantaron al cielo de la patria, á sus selvas, á sus flores, á sus genios y á sus hadas?

Nada puede desear nuestra bello istmo, porque con la facilidad de la palabra y de la idea, tiene Zorrillas y Castelares; con la

llama de la inspiración tiene música y armonía; allí están los Benedictos Sáenz y los Andrinos, Quinteros y mil cantores, que pulsan con maestría los instrumentos del Edén! No tiene que avergonzarse, de no haber producido genios en las artes, que dan riqueza á las naciones; ved allí como en otra Italia, á los renombrados escultores, produciendo bustos y semblantes que conmueven el ánimo, y cuando se fijan los ojos en rostros que sacó el hierro, de delicadas maderas, no podemos menos que admirar esa feliz disposición, de nuestros Lanuzas, Castillos y Gallardos.

Largo sería enumerar nuestros genios en todas las artes, cuando tenemos museos, monumentos, estatuas y ricos alcázares.

Esto fué lo que vieron nuestros próceres en lejana edad, y por eso suspiraban por su hermosa libertad, y por eso cantaban tristes aquellos vates, junto á las bellezas tropicales, las regias formas de su andino suelo; y cantaban á las extensas sábanas de esmeralda, que convidaban al hijo de otros climas, para su espléndido festín.

..... Todo se cumplió y aún seguirá cumpliéndose. No en vano Valle, Molina, Milla, Aguilar, Córdova y aquellos patricios, impulsaron generosos la ansiada emancipación. Nuestros laberínticos bosques y nuestras dilatadas llanuras, se hablan á una voz, por medio del telégrafo; nuestras ciudades se estrechan por lazos de cariño, al conversar á través de centenares de leguas, salvadas por el teléfono. Hoy escuchamos con respeto, la voz de los grandes hombres de otras naciones, por medio del fonógrafo. Mañana nos lanzaremos al antillano mar, en alas de veloz locomotora, y por doquiera, el humo de multiplicadas máquinas, nos anuncia la anhelada prosperidad. Esto fué lo que vieron en lontananza aquellos héroes.

Toca á nosotros los hijos, de esa generación, dar lleno á las nobles aspiraciones de nuestros mayores, no poniendo obstáculos al desenvolvimiento de la gran riqueza y felicidad de Centro-América. Aunando nuestros contingentes de cualquier especie, en aras de su engrandecimiento. Debe pues, cada uno ser partícipe del fiel cumplimiento de todo cuanto tienda á mejorar nuestras leyes, usos y costumbres. El hombre con sus luces, el guerrero con su valor, el hombre de estado con su afán de progreso é integridad, la mujer con sus virtudes, el niño con su docilidad y todos con la sana moral por divisa y el patriotismo por blasón.

La Escuela Normal, creación de un Magistrado entusiasta del progreso, no es indiferente á la voz de la Independencia Nacional, ¡oh, no! ella recibe en sus bancos escolares, lecciones de abnegación y de heroísmo con sus bravos campeones; ella estudia de los próceres de la emancipación política, nobles acciones, que fortalecen su espíritu y fortalecen también su corazón, ella aprende á amar á los generosos iniciadores de nuestro progreso y libertades. La Escuela, esa formadora de las sociedades de mañana, graba en las juveniles inteligencias, el amor patrio sin sed de sangre, sin odios, sin pasiones,

y esas doncellas que un día serán madres, trasmitirán á sus hijos fraternales sentimientos y dirán á esos mismos hijos: "sed imitadores de los Valles y Molinas, sed siempre amantes de la patria; pero no alceis jamás vuestro brazo en aras de bajas ambiciones; porque solo es gande un país, cuando en él, reina paz, trabajo y amor; y cantará esa juventud al unísono compás de la sierra y el martillo, al par que las arpas de sus trovadores hiendan el espacio, aunadas con sus melódicos acentos, haciendo un solo corazón, el corazón de la América; haciendo una sóla alma, el alma del Continente; y desde el Golfo Dulce, hasta el Usumacinta, el humo de colosales máquinas, hablará de nuestra grandeza y de nuestra prosperidad; y cuando levanten su cabeza los héroes de la Independencia, desde la madre tierra ó desde el paraíso, sonreirán satisfechos de sus hijos y no permitamos nunca, que se arrepientan de sus luchas, por realizar, el ideal que los hizo grandes.

Dije.

Tres males.

¡Quién dijera que las edades, las costumbres, y los climas habían de transformar únicamente el carácter individual y social; pero no cambiar las tendencias y aptitudes del hombre. Los pueblos orientales, los del Septentrión, los del Mediodía; ayer como hoy y como en futuros siglos ni han cambiado ni cambiarán. Allá en siglos prehistóricos dieron señales evidentes de una civilización preponderante que aunque no extendida á todos los pueblos conocidos, sí abarcaba las naciones grandes. Allá decimos, imperaba, la sed de dominación, el olvido del fin con que hemos sido creados y la idolatría. Tres grandes males que se han venido sucediendo sin interrupción, de etapa en etapa, de aluvión en aluvión, de pueblo en pueblo y de raza en raza. Ya bajo la primitiva forma, ya bajo distinto ideal. Tres grandes males que han hecho de la humanidad, el ludibrio y que la han convertido en cenizas! ¡Quién creyera que después de las mil hecatombes que ha legado, aun el hombre no mudara! ¿Será porque es más poderosa la fuerza que le arrastra á proseguir en su sendero? ¿Será porque es ley ineludible que esos tres espíritus se cumplan en la economía social? O será porque obsesiona de tal suerte lo sensible que avasalla el ser espiritual?—Creemos que no.—La causa que reconociera el desborde de crímenes y delincuencia en épocas antidiluvianas fué la perdida fe de los moradores y el lejano recuerdo de su Hacedor, que á medida que se alejaban los tiempos se alejaba también la memoria de los hechos. Iguales causas vinieron en épocas posteriores, la extinción de la fe, y esto hizo crearse códigos distintos de aquel con que el Señor hablara en el Sinaí.

La sed de dominación se recrudece no obstante las ideas de los hombres, destruyendo con ella la caridad, base de la justicia y del derecho; el olvido de nuestro fin, nos aleja de la lucha con las pasiones tan ardientes hoy como en épocas faraónicas; la idolatría, ese culto distante de ofrecerlo al Señor Dios de la Creación, se rinde, ya al oro, ya á la gloria, ya á la materia, ya á la fama, ya al vicio cualquiera que sea su nombre. ¿Se salvará la humanidad? Si quiere, tiene tres grandes armas para triunfar. Que renazca la fe, que á su sombra brote la caridad y que á las concupiscencias ceda la lucha. Poderosos elementos de vida espiritual que el Rosario ha venido desde su cuna ofreciendo á la humanidad.

Extiéndase más cada día tan poderoso remedio y enseñémosle en su triple carácter: como alimento del espíritu, meditándolo; como culto externo rezándolo; como distintivo de amor, llevándolo.

Horas de lucha más pujantes, esperan á las naciones; evolución propia de los siglos que no puede evadirse, aguardan á la humanidad, por eso vemos la dilatación de la devoción á María en todos los pueblos de la tierra. Ella lo quiere. Ella lo ha inspirado, quiere salvarnos, obedezcamos su voz, portadores del Rosario, levantemos su estandarte, y la lucha no nos arredre!

¡Salve, oh Papa!

El Pontífice de las Encíclicas en el ocaso de su augusta existencia, nos envía la luz que su cerebro irradia y en irisadas ondas de pristina claridad envuelve la nave que los Píos y Leones le legaron, y antes de dormir entre los elegidos derrama nuevos tesoros de Misericordia sobre las naciones. ¡Oh luz del cielo desde la Sede que ocupas velas tu Barca!

El fecundo cerebro del heredero de Pedro, no duerme para que su tripulación marche feliz al Puerto. ¡El corazón del sabio anciano apenas palpita ya!; pero en cada vibración hay mundos de ternura para su Iglesia, para su aprisco. Su mano no descansa, y, ya bendice á las naciones, ya sella los eminentes escritos con que enriquece los pueblos y el anillo de más de doscientos predecesores, autentiza testamentos de amor y de enseñanza! Cual potente mástil, mantiene erguida la nave que gobierna, y, ora, pide, exhorta, ruega, manda que todos, todos lleven el Rosario como enseña, ya en las populosas ciudades; ya en las arrinconadas selvas á donde llega apenas escasa luz y se levanten á María, altares, templos, ó en humildes rocas se le ofrezca el himno de Guzmán, y cual en otra Massabielle se aguarde que Ella baje y por el Rosario regenere, transforme las sociedades. ¡Ora dice á los sabios, que el Sol de Aquino presida las ciencias y los centros donde se imparte; ora

canta las glorias del humilde Asis, y enriquece sus filas con nuevos dones; ora acuerda con paternal solicitud se acojan los hogares todos á la familia de Nazareth, y enriquece su obra; ya especializa la consagración de las naciones al Corazón de Jesús y no olvida patronos para los pueblos, habla en favor del proletario, del obrero, de la sociedad conyugal; á todo atiende, á todo acude, quiere para el niño, luz y virtud; para la mujer derechos y respetos; para el monarca obediencia y cariño, para el Orbe paz y fe! ¡Oh luz de luces, qué bien fulgura sobre tu triple corona la brillantez del oro de la sabiduría, del amor y de la justicia!

No bajarás á la tumba que ya tienes preparada sin contemplar la regeneración de las naciones. Tu voz que cual el trueno del Sinaí, hizo volver los ojos al pueblo que delinquía, se tornará suave y cariñosa. El Castillo de San Angelo verá flamear la bandera de todo el Orbe y la tierra toda entonará el himno de la Victoria!

Los monarcas de la soberbia Europa y los hijos de todos los continentes, dirán: "Viva el gran León" y el Rosario tremolando en las cimas de las cordilleras y en las torres de los castillos, será el aviso de la metamórfosis universal!

¡Oh luz de luces! triunfará tu ciencia sobre los errores, tu amor sobre el egoísmo, tu egregia figura sobre el siglo de las destrucciones!

¡Salve, oh Papa! ¡Salve, oh Rey!

Bethlem.

En un suelo privilegiado, puente de dos imperios, lazo de dos mundos, el oriental y el occidental. Entre el Asia corrompida y la Europa sin creencias. Entre Egipto, Grecia y la Siria se esconde un país, limitado por montañas y arenales. Por una parte el Desierto, por la otra, el caudaloso río de San Juan; rodeada por colinas, cubierta de olivares, olorosa por los nardos, bulliciosa por las susurrantes ramas de sus encinas, tibia por los rayos débilmente inclinados de su sol, apacible como la mirada de sus vírgenes! Tal se lee la mística ciudad que cantaron los Profetas.

'Tú Bethlem, llamada Efrata, había dicho Miqueas, tú eres pequeña entre las ciudades; pero de tí saldrá Aquel que transformará las naciones, y aquí brotará el árbol que dará vida á la humanidad". La filosofía pagana va á dar paso á la filosofía cristiana. Los sabios de Atenas tendrán que convertirse ó enmudecer, porque sus viejas ideas, mueren al calentar el sol del nuevo día, y doblegarán su frente los cerebros iluminados y las razas despertarán.

El Areópago no hará resonar los nombres de sus sabios, porque nueva doctrina va á difundirse á pesar de los supremos esfuerzos de la corte más corrompida de los Césares.

¡Bethlem, Bethlem, tú serás la urna bendecida que presente al Rey de Israel! y apenas guardas al infante de todos ignorado, ya desconocida luz pasa á la Arabia Pétrea, á la Etiopía y más allá del desierto y en forma de sideral cauda bañará con sus resplandores las frentes de tres monarcas, que sabios y sencillos buscan en el libro de la verdad el fenómeno celeste que contemplan. Gaspar, con su alma de niño y su corazón de acero, busca en el éter la causa del aparecimiento del raro astro y vé con letras de luz: "Las semanas de Daniel llegaron ya, id á la Judea." Melchor, rudo como sus montañas, bravo como sus leones, pero grande como sus reyes, inquiere y busca, y lee, y abre en el libro de sus destinos: "La tierra se rejuvenecerá, Bethlem es el gran teatro del acontecimiento," y Baltasar sensible, generoso, amante de la verdad y de la belleza, consulta y pregunta el porqué de aquel astro tan hermoso que brilla en su cielo, negro como las sombras y alumbra con espléndida claridad las noches de su país, y halla la causa: "Un astro de primera magnitud anunciará la venida del Rey de los Reyes," y por eso cada uno de estos, sin saberlo, sin comunicarlo, sin sentirlo, alistan su marcha al lejano pueblo, que la misma estrella les guiará, y todos ellos han visto en sus horas de meditación en lejano espejismo el pueblo de Bethlem.

No se comunican, no se conocen, y uno manda traer la mirra de sus bosques para el presente que le hará al hijo del Señor. El otro reune el odorífero incienso de sus elevadas palmeras, y el otro de los senos de la tierra ordena que le traigan el oro para la cuna de el Deseado, y vemos como se acercan y se juntan en la próxima cañada y se abrazan alegres y respetuosos y se cuentan sus poéticos anhelos y en ricas urnas de alabastro, de aloes y de oro vienen las primicias del lejano Oriente. Oro, emblema de los poderosos. Mirra, sintética palabra de humanidad. Incienso, todo el poema de la adoración, y Bethlem contempla á sus adoradores y los siglos repetirán la bella historia de sus tres sabios.

Remembranzas.

(Para "La Juventud Salvadoreña.")

Siempre el pasado es bello, aunque en él se hallen los dolores que matan, las amarguras que agostan y los desencantos que extinguen todo cuanto hace bella la existencia.

.....Y corrían los días y los años con vertiginosa rapidez..... no sé que tiene de analogía la luz crepuscular con los primeros días de mi juventud. Aquellas tardes, á veces radiantes, á veces melancólicas, otras, ya soberbias, ora apacibles, ora risueñas en fin, tra-

sunto fiel de mi agitado sér, visto desde la ya lejana cima del pasado.

.....¿Te acuerdas Rosa, de aquellas horas en que juntas nos paseábamos por la deliciosa playa de Las Flores? ¿Recuerdas que tocábamos apenas en las puertas de la primavera? ¡Pero primavera al fin, y huyó!

Todo cambió. Tú como buena y como bella, fuiste consagrada en el altar de tu hermoso ideal, que la virgen ruborosa ve siempre entre las níveas gasas de un *alado querubín*. ¡Te vestiste de trasparente blonda y orlada de rosas de Jericó y pálidas azucenas, trémula y palpitante, de gozo, sí, diste un paso, y entre el Santuario y el vestíbulo, te esperaba aquel que hacía tu alma estremecer. La púdica veste fué cambiada por áspero sayal. Pero entonces te ví más y más bella.....

La corona de lirios que circundaba tu alabastrina frente fué sustituída por nítidas tocas, que ocultando tu larga cabellera negra tan negra como el ébano, resaltaba la pureza de tus aristocráticas líneas.

.....Inmóvil te contemplé..... Una lágrima furtiva abrasó mi pálida mejilla.

Tu última mirada, no la soporté, y tú oraste en el secreto de tu sér á aquél ante quien ofrendabas gustosa y satisfecha: belleza, juventud, talento, nombre, riquezas, afecto y..... ¿por qué no concluír? más admiradores que las Venus animadas por el pincel de Rafael!.....

Un año más tarde y en aquel mismo día..... una nave me alejaba del suelo de mi infancia! Ya no recorrería en las tardes estivales las poéticas colinas en que juntas solíamos descansar. Tú separada del resto de los mortales, por tu exclusiva voluntad; yo, alejada, de cuantos seres amigos me brindaban su afecto, por la mano aleve del destino.

¿Volvería á verte? No lo sabía. ¿Regresaría al paraíso, de la edad de las flores? Tampoco. ¡Tal vez una muralla, sería mi anticipada fosa.

Un mes contábamos de monótona travesía. Sólo las cenicientas cumbres de algunos picos volcánicos, se columbraban desde nuestro camarote. Estábamos en el vapor "Lucrecia."

Las tardes, sobre cubierta, se hacían menos largas, y de vez en cuando, mucho disfrutaba nuestra vista, con pequeñas embarcaciones que se alejaban, como aves errantes que nos guiaban; con enormes habitantes de las ondas que nos asediaban y con todo aquello que jamás se ve ni en sueños, en tierra firme. Aquella distancia del suelo patrio, si no entibiaba los afectos, por lo menos suavizaba y hacía calmar la sed de los recuerdos.

Después de aquellos días de constante navegación divisamos la alegre costa del Plata. ¡Hénos ahí en la soberbia república de las Pampas! Aquella animación, aquel comercio, aquellos horizontes,

aquel puerto-ciudad y ciudad-capital, y sobre todo, aquellos centenares de embarcaciones, que como aves acuáticas, revolotean en todas direcciones, dieron á mi fantasía más vuelo que todos los días juntos pasados en el vapor "Lucrecia."

Por aquí, un vapor mercante, por allí un buque de guerra, más allá una graciosa corbeta, más lejos, una altiva flota; más cerca un antiguo bergantín; entre tanto una ligera góndola y millares de espumosas velas inundando la playa. Y flameando además todos los colores, de los pabellones del planeta. Si es grande, si es bella la ciudad metrópoli vista en conjunto, aparece mucho más bella contemplada sólo sobre la dilatada playa.

Bañado todo esto, por los rayos de una despejada luna y cuando está en toda su plenitud. Más aún, alegres estudiantinas de diferentes grupos y clubs, en ambulantes goletas, alegrando con armoniosos instrumentos á la ciudad navegante, y despidiendo muchos, á los caros seres que próximos á alejarse se dicen adiós en dolientes notas de Weber.

Desaparece la inmensa sábana de agua y sólo se distingue movimiento, vida, y un panorama paradisíaco, un mundo agitado sobre otro mundo.

La costa y sus rocosas murallas, la bóveda inconmovible del éter, la densa humareda de cien maquinarias y el frecuente silbido de vapores que se despiden. ¡Oh cuánto me embargaban! La ignorada belleza de esas grandes ciudades, acaloraba mi imaginación, más que las leyendas de muchos bardos.

Aun no para aquí. Recorrí más tarde aquellas encantadas y encantadoras pampas, á donde nuestras golondrinas emigran en busca de otra estación. ¡Allí las saludé! allí también pude calcular la riqueza pecuaria de la república del Plata.

. . . . . .

Desde la habitación en donde os evoco, os envío un cariñoso saludo, ¡oh, vosotros desconocidos habitantes de esos llanos!

Aun recuerdo las frías mañanas de diciembre, cuando con sombrilla, como árabe y con un lápiz en la mano, recorría aquel gran desierto americano.

Doce años largos han pasado. Aquellas mañanas frías no se repetirán! Las tardes estivales de mi patria tampoco volverán; aquel cuadro trazado por la mano del Eterno, aun no se ha borrado, pero ya mi mente está fría, y yo perdí la febricitante luz de la alegría. Está el cuadro incoloro.

Sólo los años que de la juventud se alejan, esos sí están con colores abigarrados.

¿Quién me garantiza, que vuelva yo á ver las encantadas visiones paradisíacas del suelo argentino? ¿Quién me asegura, que mi planta pueda posarse de nuevo, en las márgenes del caudaloso río que dió su nombre á aquel suelo feliz? Y si vuelvo, ¡quién sabe si estrecharé la mano cariñosa de cuantos seres me brindaron cariño y

simpatía, cuando casi niña lloraba por el recuerdo de la distante tierra donde yacían mis hogares!

. . . . . .

Rosa, tú entre tanto siempre bella y muy feliz, volví á verte, te estreché en mis brazos, y lloramos de alegría.

Cierto es que tu nívea veste, está tan inmaculada como en aquel día en que ante el altar, celebraste tus místicos esponsales; cierto es que tú volviste al bullicio de la sociedad, pero no tomas parte en él; cierto es que tú eres la vestal de siempre..... pero, tus muros, tu altar, tu templo, ¿dónde están?

Tu altar es el espacio, tu templo es tu alma; tus muros son tus virtudes, y ese templo y esa alma y ese altar y ese muro, no los puede el tiempo destruír.

¡Qué feliz te contemplo, ya no en los albores de aquella tierna juventud, sino en la espléndida belleza de la mujer que ha dejado los dinteles de la vanidad y del egoísmo, para consagrarse al bien, y á la humanidad!

Guatemala, Agosto, 1895.

Alocución

pronunciada por la Secretaria del Rosario Perpetuo, en la recepción de la Asociación al regreso del Ilmo. Prelado Sr. Casanova E. en el año de 1897.

Ilmo. y Rvmo. Señor Arzobispo:

Balbuciente la voz sale de mis labios, presa de emoción, en uno de los más plácidos momentos de mi vida, representando inmerecidamente á una División del Rosario Perpetuo, cuya agrupación goza al contaros entre los guardias que la enaltecen, uniéndose de manera simpática el título de hijos, y el no menos caro de hermanas, antítesis que hoy nos causa la más dulce de las satisfacciones.

Perdonad, Ilustrísimo Señor, que voz desautorizada, cual la mía, ocupe en estos instantes vuestra dignísima atención, olvidad su desaliño ante los sinceros arranques del sentimiento que vuestro retorno al suelo de nuestros mayores nos inspira.

El Rosario Perpetuo, institución bienhechora, anhela salvar las sociedades de su mefítico aliento destructor, y extendida en Guatemala hoy, desde el alcázar del magnate hasta la humilde choza del labriego, os cuenta entre sus filas, altamente honrada y doblemente satisfecha.

Esta dilatada Asociación que milita bajo las banderas de María, es hoy la que viene á postrarse á vuestros pies para rendiros homenaje de respeto, ofrendas de adhesión y sentimientos de sincera manifestación de alegría por el fausto suceso que devuelve á nuestras almas su perdida calma.

Probaros nuestras pasadas amarguras, sería evocar lo que ansiamos releguéis al olvido. Bastante os lo diría vuestro corazón de padre, cuando allá en apartado suelo os separaba de la amada Grey, arcano desconocido de Dios! Entonces, Ilustrísimo Prelado, quizá oiríais desde la perla del Adriático, ó desde el rugiente océano los mil lamentos de la huérfana porción confiada á vuestra guía. Nosotros, aquí en místico espejismo os contemplábamos, doquiera que os llevara la mano del Señor.

¿No os llegaban los ecos lejanos de las constantes plegarias que al cielo se elevaban en el hogar, en el templo y dentro del alma, por vuestra existencia preciosa y para que no estuviese distante el día en que se rompiese el dique que á la patria os ocultaba?

Más, llegó la hora venturosa para nosotras, tanto más feliz cuantos más vínculos á vos, Señor, nos unen y vednos hoy henchidos nuestros corazones de júbilo no ficticio, de expansión sublime y pura, de ternura filial. No permita el cielo que del seno de esta numerosa familia del Rosario se repercuta otro acento que no sea de profunda admiración, por vuestra virtud, y de amor de ovejas, al sabio guiador.

Contad, Ilustrísimo Señor, con corazones femeniles, sí, pero fieles y sencillos, amorosos y decididos, que anhelan haceros olvidar las tristes horas del ayer doliente que saturó vuestro noble corazón y acibaró las apacibles horas de vuestra vida.

Olvidad, Señor Arzobispo, que hubo una década en vuestra augusta misión en que no disfrutásteis del aura enbalsamada de vuestros propios lares; perdonad también, si negligentes algún día, prolongamos inconscientes vuestra permanencia en hospitalario clima.

También nosotras como Vos lloramos, y nuestras lágrimas amargas eran gotas de hiel que quizá envenenaban el pan de nuestro espíritu. En el retiro de nuestra alma quizá dijimos como el anciano del Templo: "queremos morir hasta que veamos al deseado de las Naciones."

Colmadas vemos nuestras justas y filiales aspiraciones y hoy esta amada porción que bajo muchos títulos os pertenece, no tiene otro lenguaje, que el de la alegría, otro pensamiento que alabar al Señor de las misericordias, porque tornó nuestros pesares en suavísimos efluvios de contento.

Y al sonar por fin la hora en el reloj de su justicia para volver á veros, escucharemos vuestra voz amada, y nos postraremos para recibir de vuestra augusta diestra, bendiciones, ofrendándoos cuanto

tiene la mujer católica, un corazón de creyente y una ternura que se aquilata en el dolor.

Cuando se eleven al Eterno las notas del órgano sagrado, y cuando el cántico piadoso suba cual incienso ante el Señor, creed, Augusto Pastor, que del seno de esta Asociación, se levanta la más profunda plegaria, implorando eterna bendición para vos Señor, y mientras tanto, aceptad nuestra obediencia y adhesión".

Alocución

dirigida al R. P. Visitador de la Orden Dominicana en la América Española, F. Segundo Fernández, en el día de la solemne recepción.

Muy Rmo. P. Visitador, R. P. Director, Tercera Orden:

En estos momentos de indescriptible júbilo logrado ya nuestro mayor deseo, no debieran ser mis labios intérpretes de cuánto goza y siente la legendaria y noble Tercera Orden de Penitencia. Palabras autorizadas deberían resonar en esta mansión, asilo un día de santos y de sabios, hermanos vuestros, que hoy, yacen, unos allende los mares, y otros en la huesa. Mas ya que cúpome tan inmerecida honra, ruégoos perdonéis mi incorrección.

Apenas descubierto por Colón el suelo americano y cuando comenzaban las luchas y las amarguras para la raza autóctona, vienen en auxilio de conquistadores y conquistando una numerosa pléyade de apóstoles del Cristo. Salamanca, la Atenas española, envía sus ínclitos hijos los hijos de Guzmán, y si los aborígenes se hallan rehacios para recibir la luz de la fe y la aurora de la civilización, se sienten atraídos, se doblegan, seducidos ante la voz elocuente del predicador. El horror que siente la raza descubierta por los hijos de Castilla, se torna en amor por los religiosos dominicanos, y, aunque es cierto que allá en la Florida, vierte su sangre generosa un Luis de Cáncer, sirviendo su venerando cráneo para que los victimarios bebiesen el agua, y su inocente carne para el festín, dejando su piel incrustada en la pared; esa sangre y esos dolores preparan el terreno á Ponce de León, para que agregue al cetro español aquella ignota y virgen península; también es cierto que un López es sacrificado en las laberínticas selvas lacandónicas, y Pérez y otros religiosos mueren á flechazos en la tierra de los Incas; pero allí, un Luis Beltrán y aquí un Las Casas cambian los ídolos por el

sacro fuego del Santuario y en vez de las odiosas ceremonias de sus cultos, tributan amorosa fe, al rosario de María.

A ésta y otras instituciones debióse la civilización y cristianización y cuanto diera derechos y cultura á nuestros países, pero más á la Orden de Santo Domingo. A ella, cupo un noble cometido en aquella grandiosa obra, que circunvaló el orbe, que conmovió la Europa y que alegró los cielos. Con su pluma unos, como el mismo Las Casas, y como Ara, y como Azcona, y como Ramírez y como muchos que sería largo citar; con voz elocuente otros, con sus virtudes todos contribuyeron á dejar en el mapa universal un gran hemisferio. Tiernos son aún para nosotros los nombres de Ladrada, de Fray Pedro de Angulo, de Fray Domingo de Betanzos, etc., porque ellos trajeron savia vivífica á nuestros pueblos; á ellos debióse cuanto noble abrigara el istmo centro-americano. No sólo auxiliaron en la conquista á los castellanos con sus luces y su prudencia, con su industria y sus labores, sino que exploraron enmarañados bosques seculares! Allí el corazón de los salvajes vuelve á sentir cual quizá sólo sintiera cuando niño. Allí la sociedad conyugal es bendecida. Allí el antropófago vuelve horrorizado su mirada ante el doble crimen del fratricidio y del canibalismo. Allí también la mujer puede aspirar á la vida del espíritu de que tan ajena se encontrara entre los suyos, y á flor de esa conquista ya se funda para ella un monasterio que regenta Sor Juana de Santo Domingo. Allí ingresan oriundas de este suelo é hijas de conquistadores, que militan bajo las banderas de nuestro augusto Patriarca, y se funda la Tercera Orden, que daría en todo el continente, preciadas flores, como en el jardín de los Incas una Rosa de Lima.

Transcurren tranquilos los siglos de la Colonia y en esa etapa ¿cuántos frutos recoge para el Cielo? Allá en la primera ciudad de este reino, unas se dedican á la educación de jóvenes indígenas, otras al cuidado de los enfermos, y todas á prácticas útiles y santas.

Aquí, en estas mismas bóvedas, se reunían á orar con el severo hábito y su hermoso escapulario al pecho, nuestras terciarias; pero vino para la patria una era bien triste y de dolorosa recordación.... El año 1871 y con esa fecha, si no murió toda institución benéfica, sí se extinguía, y el marasmo más enervante se cernía sobre nosotros. Sólo de vez en cuando, en místico miraje contemplábamos aquellas flores que marchitó el aquilón..... y veíamos las huellas que cual en azulado mar dejan blanca estela de espuma para seguir la ruta de luz. El Cielo no nos abandona. Un hijo del mismo Patriarca, vástago de aquella secular encina, que niño aun había penetrado á este alcázar donde florecían la piedad y la virtud, en donde también arrullado por las graves notas del órgano sonoro y al suave canto de este coro, deslizáronse sus primeros años, guardaba latente dentro del alma el recuerdo de cuanto había pasado, ¿quién garantizaba, si para no volver á repetirse en esta egregia basílica? Nada olvidaba, no podía olvidar lo que fué para él, el lapso más tierno de su exis

tencia, y medita y ansía que llegue la hora de la restauración. Llegó aquel instante, y tuvo la inmensa felicidad de acercarse al Ara Santa, y después de los días de su único predecesor toma la nave de este templo á su cargo, y con ese piloto, se divisan las costas anheladas de nuestra reorganización espiritual, y pasa al Viejo Mundo, y habla con el General de su Orden y con el primer Jerarca de la Iglesia y allí expone las vicisitudes que afligen al creyente pueblo guatemalteco, á la tierra Centro-Americana, y habla por la extinta Tercera Orden y á su regreso reorganiza, funda, mejor dicho, esta institución y la enseña y la dirige y la gobierna, y de aquellos dispersos y escasos miembros, levanta esta colectividad que hoy cuenta centenares de afiliados, y vela por ella, contando apenas un corto interregno de descanso en los últimos años de existencia del anciano, virtuoso y santo Sacerdote Fray Juan María Martínez, de tierna y santa memoria! pero á su muerte, vuelve nuevamente á regentar nuestra Tercera Orden, con todas las nuevas y recientes fundaciones á su espíritu debidas.

Cuando en este recinto hace más de un cuarto de siglo se albergaba la comunidad, entonces anhelaban como lo anhelábamos nosotros, la visita de un delegado especial para sanción de muchos de sus actos y remedio de necesidades especiales. Más esta gracia en los arcanos del Señor no les fué concedida. Dicha era ésta reservada para nuestros días, quizá para compensar el funesto aluvión en que hemos sido arrastrados y cuyo limo nos hubiera envuelto, á no ser que la barca de Santo Domingo nos guardaba y la tradicional fe de nuestros mayores venía inoculada misericordiosamente en nuestras venas!

Ya que nuestros votos fueron oídos y os tenemos entre nosotros, vednos aquí, hijos de la dilatada familia vuestra. Os ofrecemos nuestra adhesión y nuestra gratitud por los trabajos y molestias sufridos en vuestro largo peregrinaje, aunque en remotos climas, íbamos con el espíritu siguiendo vuestros pasos, tuvimos harta pesadumbre de saber que os arrebató la muerte á vuestro amado compañero y que circunstancias imprevistas os interrumpían vuestra marcha; pero hoy bendecimos al Eterno porque os trajo salvo á nuestras playas, que el Océano fué pacífico para vos y que las insalubres costas del Sur, respetaron vuestra salud tan cara. ¡Quiera el Cielo benigno continuar y que el afecto y el aprecio nuestro supla, las deficiencias que se notan cuando nos encontramos distantes de la patria y de los nuestros! Si la dulce paz de vuestros claustros fué interrumpida por el rumor de embravecidas olas, hoy os causará satisfacción veros entre tantos corazones que laten agradecidos y que os bendicen, porque nada os arredró tratándose del bien de estas almas.

Hermosas esperanzas van envueltas en nuestro entusiasmo, de que vuestra omnímoda autoridad sancionará aquellos actos que lo merezcan y encarrilará nuestros pasos.

Cuando vuestra atención se sirva fijar en nuestras labores, nuestro amado Director os expondrá las necesidades y las difíciles circunstancias porque hoy se atraviesa, hijas de la época, y generales, en el espirante siglo, porque aún no ha sonado la hora del término de la expiación.

Vuestra venida nos augura días mejores, preludios de ventura. Entre tanto, sumisas nos encontramos aquí y cual es el júbilo que nos embarga, sea vuestra indulgencia para esta Tercera Orden, que bendice á la Madre del Señor, que no vimos terminado nuestro siglo sin la gracia de saludaros.

DIJE.

GUATEMALA, Noviembre de 1900.

El señor Licenciado don Antonio Machado.

¡Vestidas de crespones funerarios, yacen las patrias letras!.... Luto, desolación, vacío, rodean el templo de Minerva! Los sabios, los sacerdotes de Licurgo visten caudas que revelan el pesar que los anima. ¿Por qué tanto dolor?.... Porque conmemoran la desaparición de uno de sus miembros. Porque lloran la partida eterna de aquel hijo preferido del talento y la virtud!

La pluma se entorpece al querer trazar algo que sea revelación de un sér nada común; algo que deje trasparentar, cuanto grande, cuanto bueno, cuanto honroso se hizo característico en el honorable caballero que bajó al sepulcro hace un año!

Hablar de hombres de la talla del señor Licenciado don Antonio Machado, es empresa superior á las débiles fuerzas de una mujer.

Contar una á una las páginas que lo elevaron de sobre la generalidad, es asunto de plumas, cortadas allá en Atenas.

Mas, no por eso debo rehusar yo ofrendar mi incipiente óbolo á la memoria del que fué lustre de la patria en la tribuna, orgullo de las letras en el foro, en la sociedad tipo de hidalguía, espejo en la hoy escasa ciencia de la Urbanidad, y sobre todo ésto y sobre mucho más que le distinguía, aquella honorabilidad, rectitud, entereza y convicciones; estas últimas quizá, hicieron del elocuente tribuno un mártir, pero allí se sintetiza su grandioso mérito.

"Soy un rezagado de la vieja escuela", le oímos repetir más de una vez. ¡Oh, cuánto significaba aquella frase en boca del señor Machado!

Puesta en sus labios, era un reproche á la generación que se vende, á la juventud que se extravía, á las letras que se profanan, á las creencias que se ridiculizan, á la conciencia que se traiciona, á la caballerosidad que se suprime, á la virtud que se quiere anate-

matizar, á la religión que se quiere abolir, al hombre, en fin, que, olvidando su propio saber se empequeñece.....

El señor Machado bajó al sepulcro cuando aun éste no le llamaba, cuando la patria le necesitaba aún para indemnizarse de cuantos la deshonran.

Pero los hombres que viven para sus semejantes, olvidados de sí mismos, abren su fosa, por los grandes sacrificios que se imponen en pro de la humanidad.

Los hombres que ven las mil evoluciones sociales, bajo prismas nada halagüeños, concluyen por hacer callar su propio corazón, y éste, en fuerza de no latir, acaba con el organismo más favorecido.

Para inteligencias superiores, la humanidad es su centro y por ella, escalan el Olimpo, ó surcan los mares, ó arrastran cadenas como Colón, ó mueren como Juana de Arco.

Patrimonio de los Genios es el dolor. Por eso lo veíamos reflejado en la frente del ilustrado filántropo; por eso el dolor en todas sus manifestaciones, minó aquella existencia: por eso el dolor sirvió de guadaña para cortarlo de la tierra y llevarlo á regiones siderales donde solo se alcanza á ver lo que descuella por su magnitud....

¡Bajásteis á la tumba con laureles que os merecieron el talento, la fe y la virtud, ante cuya sola trilogía doblan su frente los hombres que valen, los hombres privilegiados y los hombres que como vos, dieron honra y dieron fama á nuestra bella Guatemala!

El señor Don Rafael Angulo y Urruela.

¡Solo es grande, el que disputa la aureola de los santos. Solo son grandes, los que al traspasar los linderos del tiempo, dejan su memoria indeleble, en los corazones no por una edad, sino que de etapa en etapa, de pueblo á pueblo y de idioma á idioma, la perpetúan con respeto, con amor, con gratitud!

A los Nerones, Eróstratos y tiranos de todas las épocas, puede decirse que la historia los perpetúa, pero ese recuerdo es para sarcasmo de la humanidad. Esos nombres los llevan de generación á generación para crispar los nervios de los patricidas, para enseñanza de los venideros. No encuentran efigies en los pechos agradecidos ni lágrimas de ternura, que las poéticas leyendas de los héroes hacen verter.

Roma se eleva en penachos de humo y centenares de víctimas en los paroxismos del dolor no arrojan sino frases de odio y de desesperación al miserable, y cada vez que sucumbe un monstruo de las naciones, carcajada histérica de odio eterno arranca del corazón.

Mueren los Vicentes de Paúl, los Boscos, las Catalinas de Sena ó las vírgenes que consagran su existir al desvalido y de millares

de pechos se levantan los tristes ayes del pesar. Y, pasa la generación que los viera fulgurar en el cielo de la patria, y esa memoria se agiganta, y esos héroes, y esos santos, tienen en cada corazón un pedestal, en cada pueblo un altar, en cada siglo un renuevo, en cada idioma un libro, en cada templo un culto.

Porque sus triunfos no fueron sobre cadáveres, ni cenizas, con acero ni con fuego, fueron sobre el corazón sembrando el bien, y el dolor enjugando con presteza y lavando del alma del infortunado, la escoria que le impedía gozar.

Pocos, muy pocos aparecen de tiempo en tiempo. Esos séres casi providenciales, que: ya para bálsamo al grosero egoísmo, ya para detener los justos enojos del cielo, ya para hacernos ver cuán grande la virtud, cuán bello el sacrificio, cuán dulce la recompensa, cuán grata la santidad. Esos seres, nos los deja ver el cielo y son tanto más grandes y luminosos, cuanto obscura es la noche de la humanidad.

Sí, cada pueblo nos ha legado un hombre que se ha levantado del nivel de los demás, señalando con su mano el camino de la abnegación y del deber; pero es duro el camino que le vemos seguir, es áspero el sendero, es nublado el horizonte y es muy triste, muy doliente combatir!

Guatemala, la sultana de dos mares, que da nido á millares de canoras aves, que con sus ricos frutos convida á su banquete á pueblos y á las naciones; que con sus ya bravos, ya apacibles ríos, cual arterias invisibles lleva vegetación y vida de un punto á otro; no había contado con un hermoso fruto propio de su seno que embalsamara con su fragancia el vergel, que atrajera con su lozanía, que alentara con su vista.

Hombres y genios tienen los patrios lares pero, ya hijos de la madre Patria, ya de extranjero clima y si sus otras bellas y nobles cualidades, les han dado sitio preferente en el corazón de nuestro suelo no puede, no podrá enorgullecerse de haberlos producido.

Cábele hasta hoy, la gloria de contar entre los nacidos bajo su cielo, calentado bajo su sol, al ilustre caballero don Rafael Angulo y Urruela. De familia rica por su cuna y más por sus virtudes tenía que ser heredero de nombre y de justicia.

De nombre sin mancha, tenía que hacerlo inmortal y desde niño se consagra al ejercicio de las más altas virtudes, de los más heroicos sacrificios, de las más arduas empresas. Grande será como humilde, pero es más grande como pacífico, y lo es más aún como caritativo y ésta es la hermosa virtud que solo ella abre el paraíso ¿y quién podrá contar los constantes actos que de amor á Dios hiciera á cada instante?

¡Lloren pues los infortunados y cúbrase de crespón el alma de la patria!.....

Ha pasado á la región de la inmortalidad, el que supo conquistar un lugar alto, muy alto entre los Bienhechores de la Hu-

manidad!..... pero la patria está de duelo, pero el infortunio está abandonado y los dolientes manes de la miseria derraman sobre el pavimento, el acíbar de sus montañas! ¿Quién enjugará las lágrimas del desheredado? ¿Quién llorará sobre la tumba del proscrito? ¿Quién dará abrigo y pan al expósito?

¡Oh vosotros todos, los que de él recibísteis junto con una lágrima tierna, el apoyo y el consuelo. Venid, venid..... y cabe á su venerando túmulo no ceséis de exhalar vuestros gemidos! y..... allá en su Alcázar escuchará vuestros dolientes ayes y también pedirá al Eterno por vosotros!!.....

No oiréis ya más sobre la tierra aquel acento bienhechor, pero es más poderosa la voz de su cariño ante el Señor.

Cuando la Historia retrate al digno caballero señor Angulo y Urruela, levantarán sobre granitos su imagen y la patria se levantará por él.

El hogar de antes y el hogar actual.

Cuánta desemejanza notamos, los viejos de la pasada centuria, con los gigantes adelantos de la civilización, en paralelo con aquellos felices días del pasado. Ah, dice la juventud, así sois vosotros, siempre creéis que lo viejo es lo mejor. Y ¿quién lo creyera? tiene mucho de cierto esa sarcástica frase!

Nosotros, los que pasamos los lindes juveniles y saboreamos las dulces y muy tranquilas horas de esa lejana edad y vemos á nuestros hijos que con la vocinglera civilización, no han gustado ni una gota, decimos: ¡cuánta desemejanza del ayer con el hoy!

Cuando no éramos sino una bandada de..... infelices sin trenes, sin fonógrafos, sin luz, rival de las estrellas; sin soberbios hoteles, sin galicismos, sin timbres eléctricos, sin vapores, en fin, de toda clase como los hay, hasta alcohólicos, que es gusto; entonces la fe conyugal era fe, la filial ternura más obligatoria, la devoción más pura sin la vanidad y humos de hoy. El suicidio era un meteoro, el lujo encausado y la vaciedad en las cabezas menos nociva.

¡Ay de aquellos tiempos! como con otras palabras, dijera el poeta don Pedro de Alarcón.

Es el caso que vino la moda de ser semi-franceses, semi-ingleses, semi-turcos, semi-yankees y fué necesario imitar á aquellos en lo superficiales, á los otros en lo tristes, á los de allá en lo mentiroso y á los de por allí en lo sedientos de oro y eso no estaba acorde con nuestra raza linfática, semi-tropical, semi-perezosa, semi-indolente; resultando que aquella amalgama de imitaciones produjera desconcierto y las grandes virtudes que por otra parte tuvieran los modelos, no fué del caso imitar.

Vinieron entonces cambios muy ingratos; los niños ya no supieron obedecer, porque no les hace gran falta el hogar, viven en el paseo y con las nodrizas y las institutrices y se alejaron de las caricias maternales que poca falta también les hace y vinieron los jóvenes y no hallando más gusto que por el sport, no pueden dedicarse á estudios serios; y vinieron las doncellas que con la luz de las novelas, no quisieron los sencillos ejemplos morales y las máximas puras del Evangelio, que no están en armonía con las atrayentes leyendas de tal ó cual literato á la moda de allende los océanos; y la madre de familias no es la sencilla y resignada madre de otros días que gozaba con los dulces juegos de sus hijos; fastidiada de que el esposo la tenga en el abandono de moda, se consuela con otros..... pasatiempos, que para eso los ve en sus autores favoritos. Y viene el esposo cansado de la vaciedad de su costilla ó del desorden doméstico ó de la mala fabricación de sopas, se traslada en cuerpo y alma á un hotel..... y allí goza, y allí tiene muchos halagos que le hacen olvidar las desdichas de esta vida.

De repente..... un tiro de revólver termina aquel engranaje de desdichas..... y todo parece que acaba. Eso es civilización ó como si dijéramos eso es progresar. Cuánta desemejanza con los esposos de antaño (con sus excepciones, ya lo creo) ellos ganaban alegres el cotidiano sustento é iban acopiando fondos para sus hijos; la esposa hacía los cigarros y él hasta éstos le agradaban. Sola ella debía hacerle su plato favorito los días festivos, sus hijitos no salían de casa porque aprendían mañas, su santo era celebrado con la familia de la esposa ó la de él para que hubiese concordia y respetos y cuando el niño comulgaba por primera vez la casa se ardía (de gusto), y la escuela era un santuario digno de respetos, de cariños y de gratitud.

Hoy todo es vaporoso, el maestro, mientras más recto y educador, menos estimado, menos agradecido y más mal tratado.

Hoy en el vigésimo siglo, se vive sin hogar, se ama sin cariño, se hacen matrimonios para vivir más lejos los contrayentes y se vienen los hijos como una viga sobre un descuidado que dormita en un sillón.

Los vecinos se querían, se auxiliaban, se saludaban por lo menos; hoy se ignora quién vive en nuestra misma casa y se le observa si acaso para criticarle ó para burlarse de su traje ó de su rostro.

Ayer el niño era temeroso y comedido, hoy con desenfado de hombre de barbas, visita las tabernas, juega, robando á su papá el reloj y á su mamá la sortija matrimonial.

Ayer la niña hablaba de muñecas y de la escuela y hoy de..... y de sombreros.

Ayer se rezaba en los hogares el Rosario por las noches, y hoy se sale á lucir los trajes y á murmurar de la humanidad.

Ayer se economizaba una parte del trabajo, hoy se fía las dos tercias partes de lo que se adquiere. Ayer se comía á las dos de la tarde, hoy se come á las nueve de la noche.

Ayer se gozaba con los entremeses, hoy se buscan los bailes de fantasía. Ayer se ignoraban las guerras de Asia, hoy se saben los pensamientos que aún no han brotado del cerebro de los monarcas. Ayer, en fin, éramos labriegos ó simples campesinos que nos alegraba la pascua, las meriendas en tardes hermosas; hoy somos bolsistas, amigos del Banco y no gozamos sino con los números.

¡Qué bella transformación, pero no obstante, eran más felices mis bisabuelos que mis tataranietos. ¿Por qué? Porque había virtud en lo íntimo del alma; hoy, hay vacío, sed, locura, delirio!

Guatemala.

Hablar de la patria donde nacimos, donde nuestra primera edad corrió dichosa, donde fuimos quizá amados, es tan natural, como es natural al arroyo deslizarse tranquilamente, como es natural el quejido de la tórtola separada de su amante compañero. Pero ¿quién hay que con la pluma en la mano, no le haya cantado á la Patria? Ya en el lenguaje de las musas, ya en el rudo del labriego.

Más no por esto dejaré yo ahora, de pagar el tributo de filial ternura á la hermosa tierra en que, cuando niña gocé, arrullada por las maternales caricias; cuando joven, lleno el corazón de afectos y de ideales el espíritu me rodearon el amor y la amistad, y hoy que no puedo aspirar, ni quiero ni debo aspirar más, que por la dulce sombra del quietismo, ahora también gozo como puede gozar el que comprende cuanto se merece la faja que lleva el nombre de "Patria." Si el habitante de los bosques, halla frases de infinita ternura, para la obscura choza que le abriga en ignotos días; si el nómada que sin residencia fija pasa unas cuantas noches bajo el ramaje de añoso roble, dedica un canto de cariñoso recuerdo á aquellos sitios, ¿qué diré yo de la virgen tierra, corazón del Nuevo Mundo?, á su cielo solo comparable al bello cielo de Italia, á sus selvas, rivales de las selvas paradisiacas; de sus ríos, que cual arterias ricas, dejan vida por donde atraviesan, á sus volcanes gigantescos, como guardianes de tanta belleza, coronados de nieve y vestidos de esmeralda; á sus auras tibias como el aliento de la madre que nos besa; á sus lagos que imponentes se recuestan sobre lechos de oro; á sus noches de luna melancólicas y frescas como los palacios de las hadas y, á su flora y á su fauna, tesoro escondido por Dios en nuestra inexplotada zona.

Nunca, como cuando se retorna á nuestro hogar, puede apreciarse cuanto bello encierra ese trozo de cielo que nos cobija. Oh,

entonces se pesa en balanza fiel, el santo fuego del cariño que nos inspira la adorada patria, y si ya no encontramos á los seres que un día nos brindaron amores y ternezas, sus cenizas guardadas en cinerarias urnas son un aliciente más, para consagrar nuestras horas á su memoria.

Un día en lejana tierra, recorría cuanto hay de bello en ella, pero, ¡cuánta diferencia encontraba en todo, desde el nebuloso cielo hasta la agreste colina, y allí, ni una cima volcánica para compararla con los ojos del alma, á nuestro enhiesto Chimborazo-guatemalteco; ni un lago, que me representara á nuestro bello de Atitlán, que encanta, que fascina al viajero, cuando en tardes primaverales recorre sus playas y espera alegre el regreso de la pequeña embarcación que se alejó en busca de ánades, cuyos esbeltos cuellos se distinguen en lontananza. Ni un celaje purpurino decoraba allá, la caída del astro-rey, ni, un perfume despedía la escasa alfombra de las llanuras. ¡Ah, la tierra guatemalteca!, decía entonces, presa mi alma de letal melancolía! ¡Quién me diera las alas de nuestras aves emigradoras, para posarme allá en tu extensa cordillera, gozar del gorjeo de tus mil aves y recibir el aroma de tus selvas, el céfiro blando de tus florestas y la armonía adormecedora de tus fuentes!

Amatitlán con su poético lago; la Antigua con sus volcanes y sus ruinas; Izabal con su Golfo; el Petén con sus laberintos; el Quiché con sus tradiciones; Esquipulas con su legendario templo y su remota historia; la Capital con sus soberbios edificios, sus elegantes templos, desafiando al tiempo y á los hombres; con sus sonoras campanas llamando á los creyentes. Ah, aquellas fiestas en donde la piedad y la ternura femenina, se aprestan; nuestras poéticas pascuas, alegres ovaciones al Hijo de María, en el portal de Belén, con aquellos mundos de poesía que son el eco tierno de la infantil creencia; nuestras reuniones semi-familiares y semi-aristocráticas, en donde lucen su hermosura las guatemaltecas, que á juzgar como el señor Diez de Bonilla, casi no hay feas; pues la que no tiene egregio talle, posée encantadoras formas, purpurinas bocas, centellantes ojos, piel de armiño, nariz griega, cabellos de diosas, almas de fuego.

Nuestros caballeros, elegantes, pundonorosos nos recuerdan aun los hombres de la edad medioeval, y más aun los hijos de la noble España, de quien llevamos apellido, sangre é idioma.

¿Qué puede ambicionar mi patria, en ningún terreno? Naturaleza pródiga, rica, soberbia, virgen; nuestra industria esperando ensancharse más y más con sus ricos elementos, sin pensar en buscarlos en otros países.

Nuestra cultura aunque parezca exagerado, puede ponerse en paralelo á la de países tan viejos como los de Europa. Nuestros sabios, tan sabios como los suyos. Y si cerca del coloniaje descollaron figuras luminosas como tribunos, como filósofos, como poetas, como escritores, historiadores, teólogos, artistas, políticos, como

filántropos, etc., etc. No abrirá sus puertas el Oriente del siglo próximo, sin contar una multitud más en todas las esferas del saber y de la inteligencia.

La mujer no quedará relegada. Al impulso de su siglo, y si antes de espirar el décimonono, ya cuenta inspiradas poetisas como la dulce cantora, Vicenta Laparra de la Cerda, Lola Montenegro, Josefa Aragón; escritoras como Rafaela del Aguila, Natalia Górriz de Morales, Adelaida Ch. de Pineda, y otras que sin prescindir de su hogar y de sus atribuciones ofrecen lo que tienen, su cerebro y sus ideas, al espirar repito, el siglo presente, tendrán muchas más que hagan de la patria hermosa constelación.

La vida material, la vida de la inteligencia, la vida del corazón, la vida del comercio, la vida de la vida, todo brinda en Guatemala al que llega á sus puertas. Campos extensos, para la agricultura, zonas variadas para sus diversas producciones, fajas de oro, para sus explotadores, y después de ésto, hogar tranquilo en donde reposar; corazones leales para la vida íntima del alma, virtudes en sus mujeres, calma para sus espíritus y anchas vías para el trabajo. Sus dos mares, abren ya las puertas á todas las razas, y á todas las aspiraciones para el hombre del trabajo, le brinda un dilatado territorio; para el hombre de las ideas, grandiosa inspiración y para el que anhele la paz y el progreso, este suelo le garantiza la calma y el bienestar.

Joven aun este país, tiene ya un alto nombre que se afianzará más á la sombra bienhechora de sus instituciones; con gobernantes rectos y progresistas; con sosiego de luchas como al presente y con un horizonte más y más despejado.

Que el suizo, que conoce la verdadera libertad nos visite, no encontrará deficiente nuestro cuerpo social, que el italiano venga, y no sentirá la nostalgia de la patria, porque aquí encontrará poesía sentimiento, inspiración y arte.

El alemán, el inglés, el francés, el ruso, todos los hijos de los pueblos cultos hallarán aquí cuanto caracteriza su país natal.

Y si el destino me arranca de mi pacífico hogar yo no hallaré otro cielo, ni otros bosques, ni otros lagos, ni otros templos, ni otros amigos, ni mi soberbio quetzal, ni mi límpido pabellón á cuya sombra cantaré. Más, ¿qué importa que yo no admire entre tanto el diáfano cielo guatemalteco, si llevo con buril de oro esculpido su recuerdo y su hermosura!

Otros y otras que levanten sobre regio pedestal, á la patria, vendrán, y yo gozaré como el proscrito con la ansiada hora del retorno.

Escrito 1888.

El invierno.

Pasaron los meses de dichosa animación.... Las aves en su lenguaje lloran.... El viento en su unísono murmurio gime y se lamenta.... El céfiro arranca los mústios pétalos de las rosas y de los claveles... Las flores se caen del tallo, y... todo está triste.... ¡Estación hermosa, adiós!

El hielo cubre la cima de nuestros picos volcánicos y la animada falda de nuestras montañas se ve desierta.... Uno que otro viajero extraviado cruza nuestra Cordillera..... ¡Adiós hermoso abril, juventud del año! Mientras te quedas en la edad de los ensueños, nosotros llegamos al decrépito septiembre, y como tú sonríes, sonreiremos nosotros, al verle pasar, agobiado de pesares y vejez.....

¡Mas..... ! ¿Qué digo? ¿No somos también nosotras las que declinamos al caer la tarde? ¿No seremos también las que agobiadas por el doloroso invierno, vemos desaparecer la lozanía y con ella, cuanto puede ser hermoso?, ¡dando lugar á la tristeza y al dolor!

¡La belleza de los campos va á morir!.... El invierno con su helado soplo, arranca las flores y las hojas al jardín..... y la edad y la vejez arrancan con su frío aliento, las flores y los frutos al Edén de la existencia!

¡El invierno,.... esa sombría estación que enluta las ciudades, que entristece los salones, que apaga las luces en la orgía, es imagen fiel del invierno de la vida!

¿A quién no espanta la lobreguez del crudo invierno? Y ¡quién no tiembla al sentir que se acerca el invierno de los años! ¡Adiós edad de oro! ¡Adiós bella primavera! ¡De hoy mas solo veremos las encanecidas cabezas de nuestros volcanes cubiertos por el hielo! ¡Las aves viajeras van á emigrar allende los mares!.... Las inquietas golondrinas buscan el Sur de nuestras regiones, y nubes de tórtolas se alejan hacia las pampas americanas.... ! ¡Quizá no volverán más á nuestros seculares bosques porque unas arrulladas, por amigos cariñosos en climas más benignos, quizá olvidan el sitio do nacieron, y otras ancianas ó enfermas, talvez pagan el tributo á la madre común!

¡Adiós, grato abril de mis dulces ilusiones, dice la hermosa á quien comienzan á blanquear los rubios cabellos! ¡Adiós edad de flores, dice la mujer que un día era el blanco de las miradas!

¡No hay que llorar!, la vida es, en cuanto existe el eslabón de las estaciones. Tras el florido abril, se encamina presuroso el decrépito septiembre, y después el gemebundo diciembre....

¡¡Uno tras otro los meses bajan á su tumba; pero se suceden llenos de vida los siguientes de primavera!!

Tras los días de luces y de flores, vienen las horas de luto y de meditación. ¡Tras los días de ancianidad, bajamos á la eternidad,

para dejarle campo libre á la juventud y á la belleza! Nuestro ocaso es sin celajes de gualda y de zafir, como lo es para el astro del día, pero al declinar nuestra existencia, vemos levantarse á nuestro lado los seres á quienes trasmitimos, nuestra fe y nuestro cariño. ¡Hermoso ocaso!

Si el invierno pone lóbregos nuestros campos y praderas, llevando hacia otros lares aves y semillas; así nuestra última estación, lleva á otros puntos, aves que gorjeaban en nuestra mente bullidora.... Semillas que darán riqueza al que las coseche. ¡Eslabón de cuanto existe!

¡Cuánta tristeza encierra la llegada del invierno para el mísero mendigo, que se encuentra, sin pan y sin hogar! ¡Mira acercarse esa estación bienhechora, con llanto en sus ojos y zozobra en su corazón! ¡Aquellas plácidas mañanas, en que recorría las calles afanoso, por conseguir el sustento, las verá como el preludio de su fin! Y las tardes despejadas del abril, cuando su mirada se extendía por el diáfano horizonte, divisando en lontananza bellezas crepusculares, traerán á sus recuerdos el dolor y la aflicción..... ¡Pobre mendigo! No maldigáis al benéfico invierno, él dará á nuestras sementeras el ansiado fruto que alguna mano bondadosa pondrá en las vuestras, movida por la piedad.

..... Trabajemos en los meses de primavera. ¡Acopiemos frutos de saber y de bondad, para que cuando llegue el temido invierno, no muramos ateridos por el frío, ni poseídos de tristeza!

¡La juventud debe trabajar en la edad de la potencia, y cuando llegue el fin de sus hermosos días, la veamos rodeada de ventura y bienestar!

Cuando nos sonríe la estación primaveral, debemos recordar el tiempo que nos falta, para proporcionarnos lo que en el invierno podemos anhelar. ¡Así seremos prudentes, discretas y previsoras.....!

Sin el invierno no habría frutos, ni flores, ni bosques, ni campos cultivados.... ni juventud, ni felicidad.... A él debemos, la exuberancia de nuestro suelo, la riqueza de nuestra zona..... ¡Bendito sea!

Así es la existencia, sin el anciano no existiría el joven, no habría niñez. La edad juvenil debe sus ensueños á la edad decrépita. Las maravillas que nos encantan, las ha coleccionado aunque con mano trémula, el anciano! y la historia y los inventos, y cuanto embellece nuestra mente lo debemos al invierno de los años. Así como es más imponente y provechoso el de la zona tórrida; así es más rico en producciones. Igual sea el de nuestra existencia.....

¡Bien venido seas hermoso amigo á dejar en nuestros campos elementos de vida y prosperidad!.... ¡Bendito seas!

Guatemala, abril de 1894.

Observaciones.

Entre los conocimientos útiles á la mujer, deben figurar aquellos que más tarde le serán indispensables en la vida del hogar, ya como madre, ó ya como Jefe de un Establecimiento de instrucción, ó como subalterna. Conocimientos son estos, en los que debe fijarse más nuestra atención, por ejemplo: la Fisiología. Delicada es esta materia, si se pone en manos inexpertas ó poco escrupulosas, pues bien sabido es, que la mujer ó mejor dicho á la niña debe procurársele mantener el pudor, y no descorrerle el velo que haría que cayese en el abismo de la despreocupación que casi siempre es vecina de la inmoralidad.

Es innegable que la Fisiología es útil y necesaria, pero ampliada solamente en aquellos puntos que no comprometan el más bello adorno de la joven, el candor.

Si la mujer tiene que ser la llamada á cuidar y velar á la infancia, necesita conocer el organismo, sus distintos componentes y variedad de sistemas; así como las tendencias, propensiones y peligros á que está próxima. De aquí se derivará el cuidado, la atención y hasta el verdadero progreso de la familia. La higiene se hará efectiva y si no es dado desterrar de la humanidad los males que le aquejan, al menos los atenuará y sus efectos no serán siempre deplorables.

¿Quién mejor que la madre puede y debe conocer á la tierna criatura, que ve desde su primer momento de vida? ¿Quién mejor que ella, le puede preservar de aquellos accidentes que la falta de precaución atrae?

Más, si se amplían esas nociones en aquellos puntos delicados, en que sufre menoscabo la modestia, creo que lejos de ser bueno es hasta criminal.

De todo hay sobre el planeta, no pongo en duda que habrá quienes aplaudan que una niña nada ignore, aunque se trate de algo que la perjudique y degrade; pero en cambio, la mayoría está, porque la mujer sea un ángel, sin que la empañe ni la sombra más ligera de impudor ni desvergüenza. Tratándose de las madres de familia, no hay ni habrá una sola, que aspire á ver á una hija despojada del blanco velo de la inocencia que la hermosea, la hace atractiva y aun la defiende de palabras libertinas. El pudor, pues, se reciente al recibir ciertas explicaciones fisiológicas que dejan la mala impresión que no se borra y que jamás debiera oírlas si es que se quiere conservarla buena y honesta. Por esto repito, la Fisiología es de utilidad, pero llevada con el tino y prudencia que exige la condición de la mujer y los respetos que se merece. Que no ignore la variedad de temperamentos de que consta el sér físico y su gran influjo en la buena marcha del organismo, que sepa llevarlos en el debido equilibrio y combatir sus propensiones, que evite todo cuanto

pueda alterar dichos sistemas: he aquí su necesidad y su utilidad. Los consejos higiénicos, aplicados por la madre ó la maestra, en todos los actos de la niñez; ya en sus trajes, alimentos, habitaciones, juegos y costumbres, es no solo deber sino conveniencia y mal puede aplicarlos, quien los ignore. Así pues, la vista por ejemplo uno de los más delicados órganos como interesante, ¿cómo no ha de ser de grande utilidad conocerlo y saber preservarle de los muchos peligros á que está expuesto? Los demás órganos de cuya pérdida se ocasiona la infelicidad, ¿cómo no ha de ser indispensable la solicitud con que se les preserve de aquello que podría perjudicarles?

El corazón, el más sensible de los órganos del cuerpo humano y de cuyo descuido se puede decir, aun desde que el niño ha nacido, se originan tantos males. ¿Quién puede desconocer cuán provechoso es su estudio? principalmente la que un día tiene que ser guardián de la salud, de esa generación que invade los campos de la existencia. Estos conocimientos, creo, á mi corto juicio, que no son relacionados, de un modo íntimo, con las nociones que son harto bochornosas para explicarlas.

La Botánica, es otra de las materias que considerada bajo el punto de vista doméstico, se hace necesaria en la buena administración de una casa y familia. Sabido es que casi no hay planta ó vegetal, que no tenga aplicación en la farmacia y su uso es muy conveniente que la madre de familia ó la maestra, lo haga no solo rutinariamente, sino de una manera científica. Primera y esencialmente, conocer las plantas, segunda: poder y saber cultivarlas; ésto, no solo es bueno para las ciudades sino con urgencia en los pueblos apartados, en los caseríos y aldeas, y en fincas, en donde la llegada de un facultativo se hace tan imposible. Las múltiples aplicaciones de ciertos vegetales vendrían á servir de adorno y distracción para la mujer, prescindiendo de la parte económica y productiva.

En algunos puntos de la América del Sur, por ejemplo, se aplica la bebida ó comida del hueso del marañón para excitar la memoria; y la fruta para conservar los dientes. Allá mismo, la corteza y raíces del árbol de mango la emplean para fortalecer los dientes, las hojas en infusión, las aplican en las enfermedades del estómago, como astringente; y la fruta de ese árbol, ó sea el mango, como pectoral, por cuyo motivo, tienen en especial aprecio esos árboles. En algunos países, sobre todo en el celeste imperio, las mujeres tienen empeño en cultivar el limonero, por ser de mucho mérito y uso, como para combatir las enfermedades de la cabeza conocidas generalmente por tiña y limpiar el cutis y otros muchos usos que de él se hacen.

Algunas mujeres orientales tienen solicitud particular en cultivar las violetas, porque han descubierto que preservan el cutis de las arrugas; otras orientales también, cultivan la rosa de Jericó, para

perfumarse el aliento; la planta llamada parietaria para los ojos y ciertas yerbas para conciliar el sueño.

Nosotros tenemos iguales vegetales y aun mejores en propiedades, para toda clase de dolencias, y muchas veces, aunque conozcamos esas mismas propiedades no hacemos el uso conveniente, ya por falta de ellos, ya por no conocer el origen ó causa de ciertos achaques.

Por estas razones yo creo, que sería más útil ampliarle estas nociones á la joven y suprimirle otras, por nocivas ó inaplicables.

No soy enemiga de la cultura para la mujer, todo lo contrario: aprecio y amo cuanto sea instructivo, para la que un día ha de ser madre solícita; pero quisiera que se le diera preferencia á los que pueden reportarle muchas ventajas, y que la habitúen al orden, trabajo y economía.

Descuidar las reglas de higiene, abandonar el arreglo de la casa, arrancar plantas útiles por sembrar flores puramente de vista y sobre todo ignorar lo que le debe servir en el hogar, por dedicarse á la literatura, á la música y á otros ramos de orden secundario, es, bien visto, ridículo y nocivo.

Desgraciadamente se vé que muchas jóvenes, han pasado los mejores años de su vida, en cultivar ciertos ramos del saber que: ó solo la distraen ó lo que es peor la vuelven escéptica y por último al final de la carrera saben tanto como al comenzarla y entre tanto perdieron, el hábito del trabajo, el gusto por el hogar y su arreglo y la idea de la economía habiéndose olvidado talvez de aquellas faenas indispensables que embellecen el más humilde recinto. Lo que nos prueba que su asídua lectura ó talvez estudio, era sin vocación, quizá sin afición y aun sin facilidad, y de esta falta de elementos nace el que se olvidan pronto, y se ven con indiferencia y por último que no hallándoles aplicación en el terreno de la práctica, no pueden ser duraderos. Mientras que otras talvez sin emplear largas vigilias, y sin descuidar sus labores domésticas han logrado perfeccionar, probando con esto, que si hay vocación y facilidad se logra lo que no puede solamente la dedicación.

Por otra parte, la misión de la mujer es muy diferente de la del hombre; aunque sus aptitudes sean las mismas, sus tendencias no son, y rara es la joven que queda célibe, siendo esto uno de los motivos por los cuales olvida bien pronto lo que no tiene que practicar. Ocupaciones más dulces y necesarias la obligan á descuidarse hasta de lo más trivial en materia de ciencia. Si se dedica al magisterio por vocación, entonces resultará, que: en vez de olvidar sus primeras nociones las perfeccionará, por el espíritu de progreso que la debe animar, y entonces considero que tampoco olvidará las labores de su sexo que son el mejor garante del orden, progreso y aun elegancia.

Hagamos, pues, prácticas ciertas reflexiones que dicta la prudencia, tratándose de educar é instruir á la mujer en cuanto la

convierten en ser útil, amado y feliz y despojémosla de ciertas aspiraciones que la harán, fátua, inútil ó nociva.

El progreso es el que nos llama, cierto es: pero también nos impulsa la conservación del hogar y el bien de la familia.

Nociones hay, que lejos de ayudar á ese bienestar tienden á su destrucción.

Dejemos al sexo fuerte penetrando en todos los arcanos del saber y descorriendo el velo que oculta grandes llagas sociales y consagremos á la niña, como débil ó como tierna y pura, á labores adaptables, que le eleven, que la embellezcan y que la hagan dichosa en cuanto es posible. Además, día llega, en que tiene el ancho horizonte de sus facultades, en plena libertad, si aun desea conocer lo que yace latente, en el fondo de los libros, puede interrogarlos, si aun quiere consultar los astros, entonces podrá con facilidad arrancar todos los secretos á la ciencia sin haber malgastado las horas preciosas de una juventud que pronto se marchita dentro de cuatro paredes. Sin dejar quizá ni huellas de utilidad en su hogar, en la familia ni en la sociedad y quizá habiendo gravitado sobre la nación.

Consejos á una alumna.

Escucha con verdadera atención la voz del maestro, cada palabra suya será un tesoro, que en la mejor ocasión te servirá.

Jamás hables mal de la escuela de donde saliste, pues allí aunque no lo conozcas, te hicieron algún bien, sinó muchos.

No murmures de tus maestros, porque eso es villana cobardía, que en su presencia les adules y á su espalda les censures.

Cuando penetres á la Escuela, deja en su umbral, todo lo que sea defectuoso ya en tus palabras, ya en tus modales ó acciones.

No haya para tí una sola compañera antipática. Esa palabra, cuadra mal con la cultura moral de una alumna.

Todas sean para tí, hermanas queridas, pero ninguna preferida á las demás.

No obsequies flores ni aun bagatelas á tus profesoras, que sería intentar comprarles la imparcialidad.

Nunca se altere tu semblante, que eso es irracional y si alguna vez te crees víctima de la injusticia, sufre con resignación y calma, que pronto pasará.

Ningún mote emplées nunca, para llamar á tus compañeras, que por inocente que sea, es de gente baja.

Cuando el pesar agobie la frente de alguna de tus compañeras, sé tú la primera en consolarla y si alguno baja á la tumba de los seres de su familia, sea ésta la única vez que llegues á su hogar á dar muestras de tu civilidad y caridad; que en estos casos se conoce

la buena educación y la fraternidad. Entre compañeras no hables jamás de los bienes de fortuna, que poco más ó menos disfrutes, porque ésto para oído es humillante, y para contado ridículo.

No gastes zalamerías con ninguna, aunque tu carácter sea expansivo, que es de hipócritas: la sonrisa eterna en los labios es de malvados. El diminutivo para todos los nombres es de ignorantes. Con eso quieren subsanar sus murmuraciones y bajezas los que desconocen la sinceridad.

Las conversaciones de las jóvenes son según su corazón; si ellas son puras, puras serán sus palabras, si son perversas, así tienen que ser sus frases.

Huíd de las exageraciones, en palabras y en superlativos, que son pobre recurso de la escasez de ideas.

La memoria.

Los pedagogos modernos, convienen en que la memoria tome una parte secundaria en la enseñanza, desarrollando primero la inteligencia por el discernimiento y la comprensión; pero sabios también han discutido sobre el importante papel de la facultad sublime llamada memoria. Chateaubriand, dice: "Sin la memoria no existiría ni el amor: pues las gratas emociones del afecto, son efecto de la recordación," y si del amor habla así, el autor del "Genio del Cristianismo," qué diremos nosotros, de la Escuela, en donde tanto como inteligencia, necesitamos memoria.

Cierto es que los modernos pedagogos y con razón, convienen en que la memoria aplicada solamente en la gran elaboración del pensamiento, es casi nula, pero no es menos cierto que la memoria ayuda eficazmente á la imaginación y entre la atención, la percepción y la memoria, existe un lazo que une todas las facultades intelectuales.

Dejad á un lado la memoria y desarrollad solamente la potencia de la comprensión. Hoy habréis encontrado un mundo, desconocido ayer; pero fácilmente olvidaréis los medios de que os valísteis para descubrirlo, y si por el contrario, tenéis las sendas, ó los medios, ó las reglas de que os valísteis para descubrirlo, entonces no podréis olvidar nunca ese incógnito. La memoria sola, hace rutinaria, es verdad la primera enseñanza; pero sí, la hace fácil, y con ella, se da un paso á la comprensión; pero si solo nos ocupamos de la facultad de conocer, de inquirir con la mente sin tomar parte la retención, entonces no es perfecta la facultad, ó no está armonizado su desarrollo y por tanto no podrá ser completo.

Haced que un niño comprenda toda la ciencia de los números, pero no le déis reglas, me diréis que es imposible su aprendizaje,

pues yo creo, que no es imposible, pero sí, no es duradero, porque las reglas en aritmética son para la memoria, digamos así. Haced que conozca un alumno la lengua castellana, pero no le déis como base el griego ni el latín, y entonces nunca sería buen gramático, y esa base es atribución de la memoria. Bien podemos conocer las evoluciones de la corteza terrestre, pero si la memoria no nos guarda las etapas de aquellas mismas evoluciones, más tarde será inútil la ciencia geológica que hemos acopiado incompletamente.

La Botánica, la Historia, la Geografía, las Matemáticas, etc., etc., no son sólo comprendidas sino conservadas por esa facultad grandiosa y primordial, la memoria. Las cualidades de la memoria deben ser las siguientes: tenacidad, facilidad, prontitud y fidelidad, cuyas cualidades son la causa de la mayor ó menor retención. Hay que advertir que para exigir dichas cualidades en la memoria, es menester que el cuerpo esté sano, ó mejor dicho que el estado físico del individuo sea ó esté en actividad y pleno goce de bienestar; buen estado de la atención, para que las impresiones sean vivas, profundas y amenas y variadas las emociones.

Si no se asocia el juicio, al desenvolvimiento de la memoria, se vicia la educación intelectual.

Convengamos pues, en que la memoria es el segundo de los medios de progreso en las inteligencias. El ayer, es para la memoria, siempre el hoy, y el entendimiento para conceptuarse feliz, debe apoyar sus luces en la recordación, en la percepción, en el juicio y en la razón. Separad cualquiera de estas facultades, y destruiréis todo progreso de la mente.

Aunemos pues, la fuerza comprensora á la fuerza retentiva y entonces tendrá la Escuela, todo el mérito que por una ú otra causa se le quita; pero no fiemos solo á los elementos aislados la buena marcha del aprendizaje, porque entonces mentira es el adelanto y repito con Alcántara García: "En Gramática, las reglas principales; en Aritmética, las operaciones; en Geometría, los teoremas; en las ciencias en general, las fórmulas; en Historia, los sumarios; en Geografía, los términos; en Moral, las máximas; en Urbanidad, los principios"; y con razón el ilustre pedagogo español piensa así, si la memoria es el eje de las ciencias. Pero, "fiemos á la memoria, lo que la inteligencia ha comprendido."

Himno á la Inmaculada Concepción

en el 50º aniversario de su dogma.

CORO

Retemplemos las cuerdas de oro,
Y entonemos con místico afán,
Himno grato, entusiasta y sonoro,
A la sola, feliz desde Adán.

Que se escuche, de un polo á otro polo,
La más regia y alegre canción.
De mil coros formando uno solo,
A la Pura sin par Concepción!

Por aquel sin rival Pío nueve,
Declarado ese dogma inmortal,
Al mediar el feliz diecinueve,
Entre siglos, el siglo eternal!

A la pura mujer, que cual nube,
Viera un día el Carmelo feliz,
Muy más limpia que blanco querube,
Sin doblar á Satán la cerviz.

A la palma más bella que eleva,
Entre todas, su egregio dosel,
Y ella sola, levanta y renueva,
La raza que odiaba Luzbel.

A la nívea, graciosa paloma
Que cautivo en el arca Noé,
Ve radiosa en Oriente que asoma,
Y el olivo le arroja á su pie.

A la zarza, cuyo humo á los cielos,
Elevaba, en nevado espiral
Y rasgando del éter los velos
Traspasaba región sideral!

A la rosa que sola embalsama
La pradera del bíblico Hebrón,
Más preciada que lirio y retama,
Que á la margen ostenta el Cedrón.

A esta rosa ofrezcamos el alma,
Y á esa nube que llega al Edén,
A la esbelta magnífica palma
Que embellece la eterna Salén.

A la Reina, cantemos mortales,
Porque es ave y es iris y paz,
Ella fué quien calmó nuestros males,
Quien del mundo cambiara la faz.

Cincuenta años, que viste de gala,
Todo pueblo doquier halla fe;
Y entre todos, la fiel Guatemala,
Desbordante de amor se la vé.

Hoy ofrecen sus mil caballeros,
Como nunca, á su Madre adorar,
Y su triunfo, serán los primeros
En amantes estrofas cantar.

Que tremole doquier la bandera,
De creyentes y leales también,
Mientras llega la hora postrera,
De llevarnos consigo al Edén!

Dolor.

En la muerte de Su Santidad León XIII.

El ronco clamoreo, de bronces que suspiran,
Anuncia sollozando la muerte del Leon,
Quedó la barca sola, la nave sin timón.....
El mástil yace roto, las velas se retiran.
El barco va y se aleja, le aguarda el aquilón!

El ave se ha elevado á espacios siderales,
Abriendo con su pico la puerta celestial,
El ave en raudo vuelo y giros inmortales
Dejó la estéril tierra por mundo sin igual.

El genio entre los genios durmióse entre laureles
De triunfos que supiera la ciencia conquistar,
El santo prisionero, cumpliendo mil deberes,
Sucumbe al fin cansado de tanto batallar.

El árbol cuyas ramas cobija cien naciones
Y siempre savia nueva derrama por doquier,
Tronchóse al peso rudo de recios aquilones,
Dejando solo frutos que diera su saber.

Por eso Leon augusto; opreso de tristeza
Palpita nuestro pecho al verte ya partir.
Por eso los que te aman inclinan la cabeza
Sintiendo entre huracanes la olas de fiereza
Que fuertes se levantan quizá por combatir.

No olvides en los cielos, ilustre Soberano,
Al pueblo que te amaba porque eras su pastor,
Que veles desde arriba tu nave y á tu hermano
Y venga acá á la tierra el reino del Señor.

Julio 21 de 1903.

Ya no canto.

Dedicada al señor don Arturo H. D'Alençon G.—(Santiago de Chile.)

¡Ya no canto cual solía,
De la hermosa primavera,
La soberbia, la ardorosa, la prístina alegría,
Que doquiera leda vierte, entre aromas y armonía,
La alfombrada régia veste, de la espléndida pradera.

Ya no canto la belleza,
Del airado rudo invierno,
Que con truenos y fulgores, y entre magnos electrismos,
Nos abruma y dá pavores, evocando los abismos,
Los abismos del averno!

Ya no canto del otoño,
La letal melancolía,
Con que vemos deshojarse, los soberbios carrizales
Desnudarse la floresta, ya troncharse los maizales,
Dó natura se recuesta en espasmos de agonía.

Ya no canto del verano,
Esas tardes tropicales,
Que celajes en el cielo, bordan franjas de tizú,
Y semejan el encanto, que dejamos los mortales,
Muy distantes, entre tanto, de la breve juventud!

Ya no canto á la inocencia,
Que sonriente y candorosa,
Ve sus horas deslizarse esfumando su existencia
Entre sábanas de nieve, entre pétalos de rosa,
Como deja espuma leve, la hélice afanosa.

Ya no canto á la risueña,
Loca y dulce juventud,
Que cual banda de lijeras avecillas vocingleras
Se alejaron á otros lares, con insólita inquietud,
Y ya tornan con pesares, en la flébil senectud.

Canto sí con la ternura,
La ternura maternal,
A los séres bien amados, que merecen mi cariño.
Canto al genio do reside, si en las sienes con armiño
O en las frentes do se anide, fuego etéreo celestial.

Canto al genio, que es la llama
Y lo eterno simboliza,
Y en divinas, fulgurantes, asombrosas concepciones,
De la tierra nos eleva, nos aleja y nos hechiza,
Y en la frente nívea lleva, las sidereas creaciones!

A Santo Tomás Chichicastenango.

El 15 de Septiembre.

Al pie de tus colinas, yo quise contemplarte;
Y quiero allá en tu cima subirme á meditar,
Cantar á tus quebradas, allí también mirarte
Y doquiera en tu belleza espléndida, gozar.
Gozar como se gozan, olímpicos placeres,
Sintiendo el magnetismo de toda tu beldad,
Sintiendo el dulce efluvio de todos esos seres
Que gozan el deliquio de incógnita deidad.

Mi espíritu, quisiera, en aras de ese arrobo,
Sentirse transformado, en algo celestial,
Que olvide las miserias de aqueste rudo globo
Dejando en su corteza cuanto hay de terrenal.
Cantar con entusiasmo, á todas tus praderas
Vestidas de esmeralda, con sombras tricolor,
Sumida en un letargo, soñar en las riberas
De aquel Edén risueño que evoca el trovador.

Es bello sin rival llegar á tus cascadas,
Acaso de tus senos el fondo penetrar,
Dudando si existen en este suelo, Hadas,
Que al toque mitológico, os hagan transformar.
Aquí en tus campiñas, cual pampas ignoradas
La vista nos dilatan, y llenan de estupor,
Nos causan alegría, tus cimas empinadas,
Doradas por los rayos de vívido fulgor.

Tus formas prominentes, formando cordillera,
Acaso me recuerdan el Andes Colosal;
Aquí tu exuberancia sublime, enriqueciera;
Porque es semi-africana, soberbia, tropical.
Aquí tus puras fuentes, son frescas y ligeras,
Que brindan al viajero, oasis eternal;
Tus tardes son veladas por brumas pasajeras
Que prestan luz y sombra por todo el litoral.

Tus días se deslizan, en plácido solaz
Acaso no los tiene más gratos un Sultán,
La vida se eslabona, dichosa en dulce paz
Haciendo que olvidemos del mundo el rudo afán.
Por eso en mi alegría, feliz y satisfecha,
Escribo tu hermosura con íntima efusión;
Y junto á tu belleza, lo grato de esta fecha,
Agreste y solitaria, ignota población.

Y quiero en mis cantares con rítmico alborozo,
Hallar algún acento de amor, para tus lares,
Amor para tus auras, emblema de un sollozo
Que tímidas cimbrean altísimos pinares.
El árbol que se viste de frutos y de flores,
La caña que se dobla por recio vendaval,
La tarde cuando augusta, se baña de arreboles
Nos trae remembranzas del suelo Ecuatorial.

Tus horas silenciosas, aduermen las pasiones
Y hacen transportarnos á un mundo celestial,
Tus varias perspectivas, y recios aquilones,
Nos llevan al paraíso, morada sideral;
Aquí son tus sencillos primeros habitantes,
En medio de su agreste, pacífica mansión,
Patriarcas, que nos guardan los bélicos instantes
De aquella ya lejana, tragedia de Colón.

Tu vasta y suntuosa, silvestre donosura
Le trae á mi memoria, mil hechos olvidados,
Tus hijos animados, de aquella fe tan pura,
Cual hijos de las selvas, obscuros, ignorados.
Cantando á las sencillas y púdicas mujeres,
Cual párias viven solos, en todo el litoral,
Y ricos, porque ignoran los báquicos placeres;
Y guardan sus ovejas y cuidan el mezcal.

Esta era tu poesía, ideal y venturanza,
El son con que adormían, tus hijos al nacer,
El Dios de tus mayores, veía en lontananza
Que envuelto entre las brumas, podrías perecer.
.....¡Ah! cuánto me recuerdas de dramas olvidados,
Soberbia, aunque silvestre, feliz Santo Tomás!
Tus arcos y tus flechas, tus hombres espantados,
La sangre á borbotones y el odio siempre audaz!

Delirio!!

Para la Revista "Juventud Salvadoreña."

Creí un cielo de brillantes ilusiones
Forjado por el genio del amor,
Al verte te adoré por mi desgracia
Con indecible ardor!
Mas pronto horrible desengaño frío.
Rasgó sin compasión aquel cendal,
Y vi desparecer en el espacio
Mi más hermoso ideal!
Rompió mi corazón fibra por fibra,
Y en esa lucha vaciló mi fe.
Sumida en dolor negro y profundo,
Delirante quedé!
Sentí de entonces, colosal anhelo,
Como se siente la primera vez.
Que sueña el alma en la fugaz quimera
Que no vuelve después!
Creí su vida como limpio espejo
Donde el cielo podía reflejar,
Después ví sombras pavorosas
De acerbo pesar!

Quedando sólo de la triste historia
Las dulces remembranzas del ayer,
De ese ayer de ilusión y venturanza,
De dicha y placer!

¡Pobre de tí, á quien amé soñando,
Juzgando que sentías el amor.
Que en mi pecho prendía ardiente hoguera,
Calmando mi dolor!

Adiós, adiós aparición sublime,
Que me hizo ir de una quimera en pos,
Cuando en mi alma te formé santuario
Adiós, delirio, adiós!

Aunque tu amor, que embelleció mi vida
En este mundo no me es dado ver.
Porque murió la flor de la esperanza
Que perfumó mi sér!

Aquí te guardaré dentro del pecho,
Donde mi corazón palpita ya
Con ritmo, gemebundo, agonizante
Que apagándose va!

Y, si no me fascina aquel ensueño,
Que en otro tiempo arrebató mi paz
Guardaré la memoria del delirio,
Que ya pasó fugaz!

Contaré las horas de la noche,
Recordando la ventura que pasó
Como ángel bello que en sus alas blancas,
Mi quietud llevó!

Bendeciré mi negro desencanto
Que dejóme el aroma de una flor,
Flor primorosa que me dió sonriendo
El hada del amor!

Cual se desgajan las hermosas flores,
Que marchita el airado vendaval,
Así se desgarró la nívea veste
De aquel sublime ideal!

¡Adiós por siempre, hermoso paraíso,
Que alumbró con sus luces mi ilusión
Arrullando con dulce melodía
Mi pobre corazón!

Si ya no debo contemplar tu cielo
Bordado con celajes de rubí,
Ni los vergeles de fragantes flores
Que entusiasmada ví!

Sola en el mundo, viviré cual paria!
Como arcángel proscrito del Edén,
Que desciende hasta el páramo infecundo
Donde escasea el bien!

Porque la tierra, en su constante feria
Tan sólo ofrece crimen..... corrupción
Cáliz de llanto de dolor inmenso
Y acerba decepción!

¿Qué lleva el hombre en su vacío pecho,
Que á la débil mujer pueda brindar,
Nada..... porque la dicha que le ofrece
Se convierte en pesar!

El, sólo busca fugitivos goces,
El fuego dó se enciende la pasión
Y no el amor purísimo del alma
Que eleva el corazón!

¡Pobre mujer, que el hombre no comprende
Que hiere tu existencia sin piedad:
Deja del mundo la nefasta feria
Do impera la maldad!

Llevas el alma entre crespón envuelta,
Y entre las sombras densas del pesar:
Deja la tierra querubín del cielo
Y no vuelvas á amar!

¡Deja que el mundo en su Babel maldito
Corrompa á la inexperta juventud,
Y con mil idiomas tienda lazos
Que turban la quietud!

¡Deja al anciano que corrompa al niño,
Deja que el niño pierda el porvenir,
Deja á la joven que en vedado fuego
Sólo quiere vivir!

Deja que el hombre en fementida lucha
Manche la blanca aureola del honor,
Deja que viole el conyugal cariño
Mintiendo siempre amor!

Deja que impura sus encantos venda
Al hombre vil, la pobre meretriz.
Deja que pronto llorará el tesoro
Que perdió infeliz!

Deja al esposo que burlando vive
A su virtuosa y púdica mujer,
A quien brinda el acerbo desencanto,
Robándole el placer.

Deja que pase la fatal Pentápolis,
Calma un instante su constante afán.
Eleva al cielo tus cansados ojos
Do tus lamentos van.

Deja por Dios la Babilonia impía,
Fija los ojos en el cielo azul
Bordado de luceros y celajes
Y de flotante tul.

Allá se encuentra la ferviente llama
Del verdadero y del sublime amor;
Aquí sólo hay abrojos y zarzales,
Desencanto y dolor!

Salém se llama la mansión etérea
Donde tiene su trono la virtud,
Donde pulsa el querube su arpa de oro
Y el justo su laúd!

Dejemos, pobre corazón, la tierra
Porque en ella no puedes existir;
Hay en ella congojas infinitas
Que te hacen sucumbir!

¿Acaso el mundo recompensa al bueno
Que aborrece el infecto lodazal.
Donde pierde la virgen su corona
Y su níveo cendal?

Cambia tu lloro en cadencioso acento,
Deja las sombras, por inmensa luz,
Descorre el velo que el azul espacio
Cubre con su capuz!

. . . . . .

Horrible y triste decepción no vuelvas
A salpicar con llanto mi quietud.
Ansío sólo la calma bienhechora
Que brinda el ataúd!!

Guatemala, Diciembre de 1893.

INDICE

Pags.

A mis lectoras 3

PRIMERA PARTE

Carta 1ª de una joven a su madre 5
,, á un hermano extraviado 8
,, de una señorita huérfana á su pretendiente 9
,, á una amiga 11
,, de condolencia á un antiguo amigo de familia 12
,, de una amiga á otra solicitando le lleve á la pila bautismal á una niña 14
Carta á un amigo que nos participa su boda 15
Tarjeta de felicitación á una amiga en sus bodas 16
Tarjeta de felicitación á un joven que nos participa su boda .. 16
Tarjeta de pésame 16
Carta á una hermana en el colegio 17
,, á una joven, á petición de un amigo 18
,, á un sobrino que se despide para lejana tierra 19
,, á una amiga que nos pide consejo 20
,, al Sumo Pontífice 20
,, de despedida á una amiga que ingresa de hermana de la caridad 21
Carta á un primo que se cree desgraciado 22
Tarjeta de invitación 24
Carta al novio enfermo 24
,, á la maestra 25
,, á un tío contestándole 26
,, á un autor 28
,, solicitando empleo en el ramo de instrucción 28
Nota de dimisión 29
Carta dando consejo á un hijo que quiere seguir carrera eclesiástica 29
Carta al esposo ausente 30
,, de una joven que termina con su novio 31
Tarjeta de bienvenida 31
Carta de una hija pidiendo perdón á su padre 32
,, de reconciliación 32

Pags.

Carta de despedida á una amiga 33
,, contestación 33
,, de recomendación á una señora 34
,, á una señora pidiendo la mano de su hija 35
,, á una sobrina que se casa 36
,, á un hermano proscrito 37
,, á una amiga enferma 39
,, de una madre al Director del colegio 39
,, á una hija en el colegio 40
Constestación de una persona que recibió una ofensa 41
Carta á un novio 41
,, al papá ausente 42
,, á una prima que está distante 42
,, á una cuñada con motivo de un nuevo niño 43
Contestación á una petición 44
Carta dando una mala noticia 45
,, á un abuelito 45
,, á una abuelita 46
,, en el natalicio de una amiga 47
,, cobrando una cantidad 47
,, á un doctor pagando sus derechos profesionales 48
,, de despedida á una hermana 48
,, agradeciendo un obsequio 49
,, á un sacerdote en su primera misa 49
,, de felicitación á un nuevo abogado 50
Tarjeta de felicitación á un artista 51
Carta á una amiga que sufre 51
Contestación á una amiga 52
Contestación á una amiga 53

SEGUNDA PARTE

La Navidad de Jesús 55
Sor Elena 57
La Poesía del Dolor 58
Condolencia.—A mi amiga Josefita de Penedo 60
El Dolor 61
Murmurios 63
El valor 64
Higiene 69
3 de Agosto.—A Colón 73
Misterio! 75
Estudio del niño 76
La universalidad del idioma 80
El 15 de septiembre 83
La mujer sin religión 85
Las vacaciones 91
Máximas 92

Pags.

El M. R. P. Fray Simón de Jesús López 93
El escéptico y el creyente 95
La Economía Doméstica 98
Año Nuevo 100
Chinautla 101
Remembranzas 106
La Hija del Lago 108
La doble vista 112
El drama "Hija Maldita" 114
Urbanidad 116
A las nuevas maestras 130
Discurso pronunciado en la velada de la Escuela Normal Central de Señoritas, con motivo del 74 aniversario de nuestra gloriosa Emancipación Política 133
Tres males 137
¡Salve, oh Papa! 138
Bethlem 139
Remembranzas 140
Alocución pronunciada en la recepción de la Asociación del Rosario Perpetuo al regreso del Ilmo. Prelado Señor Casanova y E. el año de 1897 143
Alocución dirigida al R. P. Visitador de la Orden Dominicana en la América Española, Fr. Segundo Fernández en el día de su solemne recepción 145
El señor Licenciado don Antonio Machado 148
El señor don Rafael Angulo y Urruela 149
El hogar de antes y el hogar actual 151
Guatemala 153
El invierno 156
Observaciones 158
Consejos á una alumna 161
La memoria 162
Himno á la Inmaculada Concepción 164
Dolor.—En la muerte de Su Santidad León XIII 165
Ya no canto 166
A Santo Tomás Chichicastenango 167
Delirio!! 169

This book is due at the WALTER R. DAVIS LIBRARY on
the last date stamped under "Date Due." If not on hold it
may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET
FEB 15 1994			
NOV 24 '93			

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00003396444